LUIS DE LA LUNA VALERO

El León de Cartago

Amílcar Barca



El León de Cartago nos sumerge en la cultura cartaginesa, romana y de los pueblos hispanos prerromanos, en un marco apasionante de aventuras, amor e intriga. Sus páginas relatan la vida de Amílcar, el padre del gran Aníbal, y la niñez de este.

A través de una historia ágil, entretenida y llena de pasión, conoceremos las conspiraciones en el senado cartaginés, la dureza implacable de Roma y la vida en la suntuosa, moderna y financiera Cartago. También nos embarcaremos en las aventuras cartaginesas por la España prerromana en busca de plata y descubriremos sus alianzas militares en el Mediterráneo para tratar de derrotar a sus enemigos. Pasearemos por las calles de una Roma de ladrillo y madera, un gran poblado latino, orgulloso y austero, habitado por agricultores guerreros a quienes les cuesta asimilar que, gracias a su ejército, la República se está convirtiendo en un imperio. Y recorreremos la España antigua viviendo aventuras entre los celtas, iberos y celtiberos que la pueblan, conociendo sus fascinantes costumbres y tradiciones. Un viaje inolvidable por uno de los episodios más emocionantes de la Historia antigua en el Mediterráneo.

Lectulandia

Luis de la Luna Valero

El León de Cartago

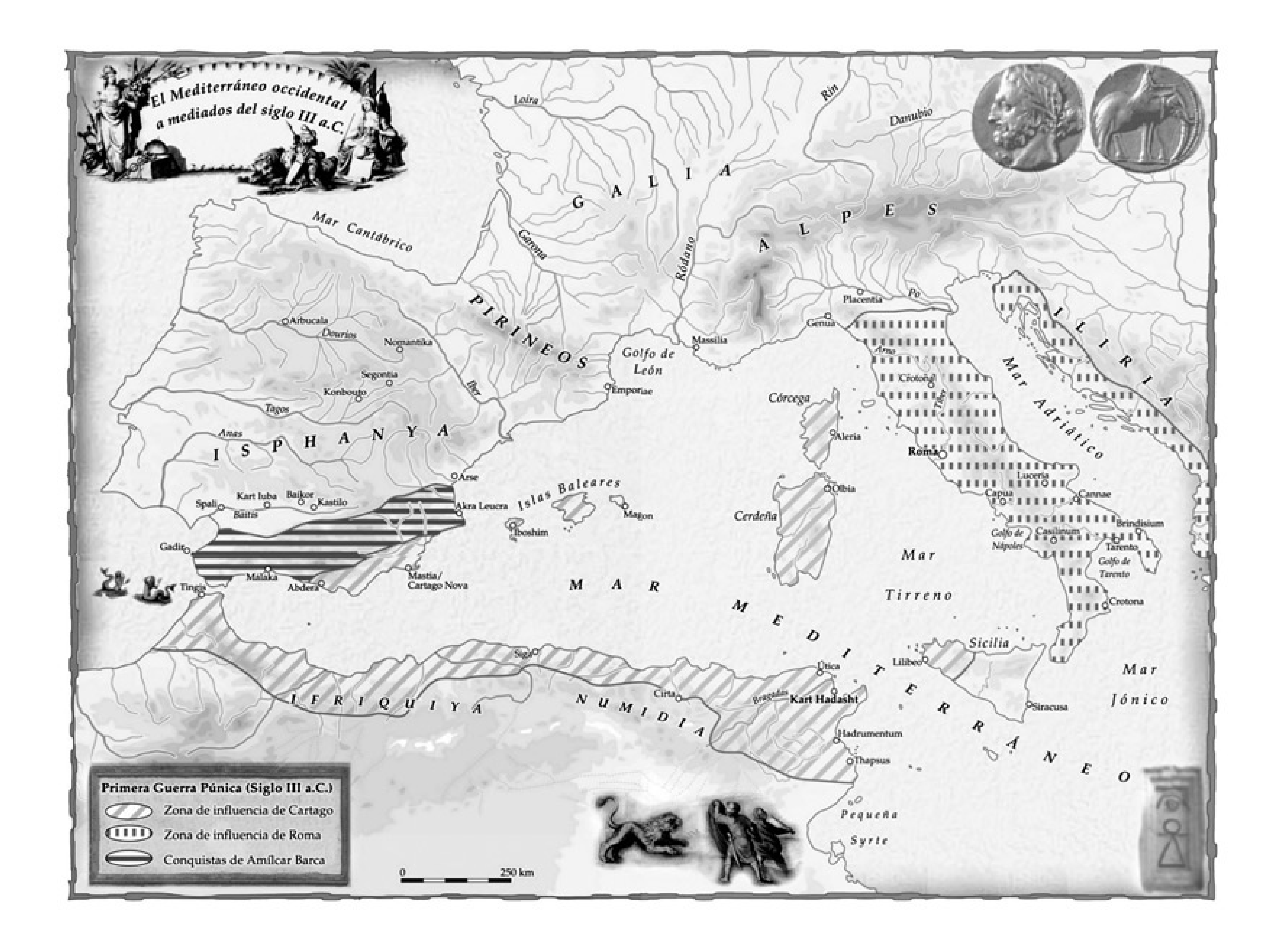
El León de Cartago - 1

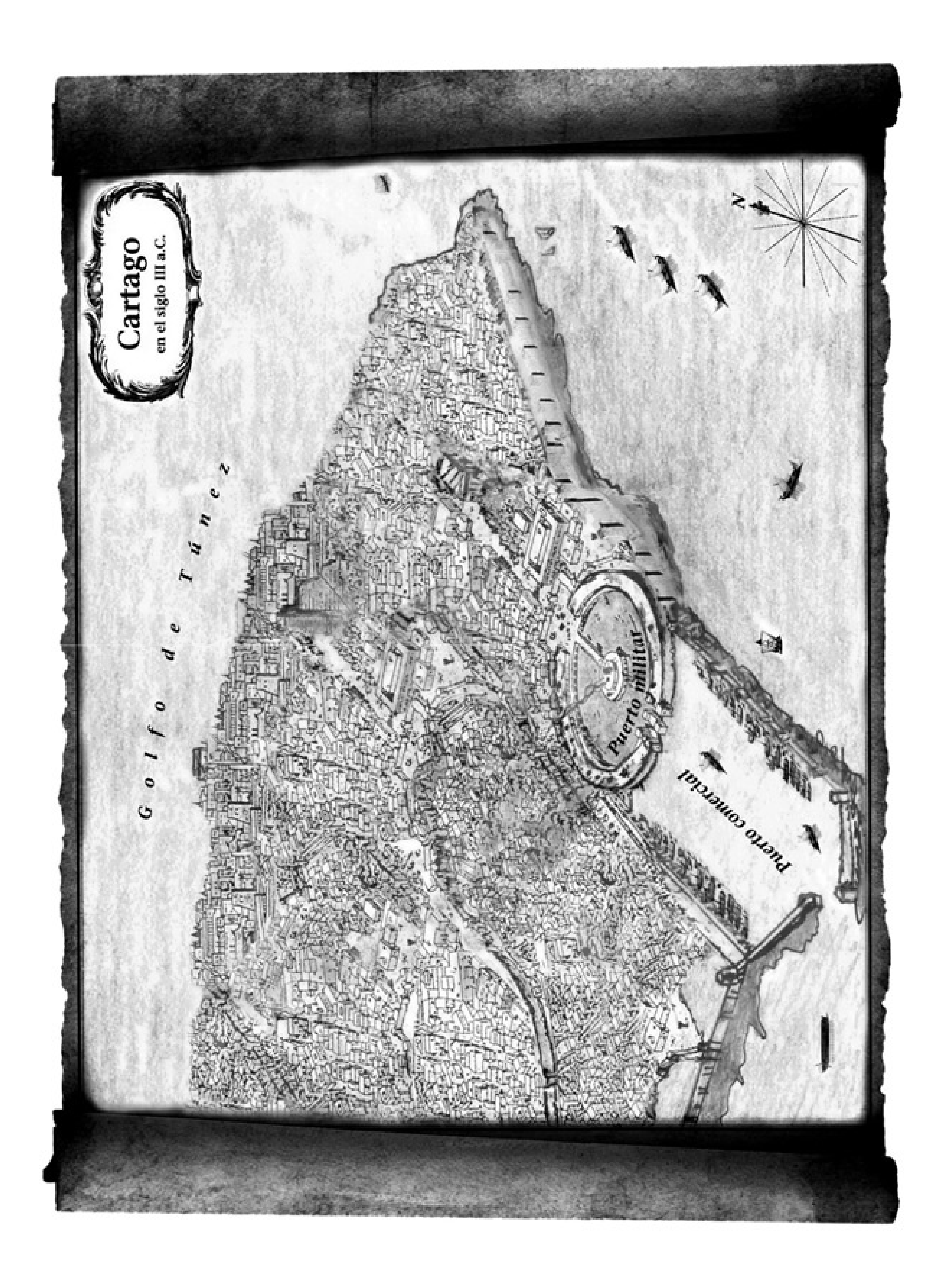
ePub r1.0
Titivillus 10.05.16

Título original: *El León de Cartago*
Luis de la Luna Valero, 2012
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Dedicado a mis sobrinos: José,
Alejandro, Carlos, Borja y Carmen.
A mi agente literario, J. Miguel Romaña.
Y a Lucía Luengo y Francisco Giménez de Ediciones B


El Mediterráneo occidental
a mediados del siglo III a.C.
Loira
Rin
Danubio
G A L I A
A L P E S
Mar Cantábrico
Garona
Ródano
P I R I N E O S
Golfo de
León
Massilia
Genua
Placentia
Po
I L I R I A
Mar Adriático
Arbucala
Dourios
Nomantika
Segontia
Konbouto
Iber
Tagos
Emporiae
Anas
I S P H A N Y A
Arse
Akra Leucra
Spali
Kart Iuba
Baikor
Kastilo
Baitis
Islas Baleares
Iboshim
Magon
Gadir
Malaka
Abdera
Mastia/
Cartago Nova
Tingis
Córcega
Aleria
Olbia
Cerdeña
Arno
Crotona
Tíber
Roma
Luceria
Capua
Cannae
Golfo de
Nápoles
Casilinum
Brindisium
Tarento
Golfo de
Tarento
Crotona
Mar
Tirreno
M A R
M E D I T E R R Á N E O
Sicilia
Lilibeo
Siracusa
Mar
Jónico
Utica
Kart Hadasht
Bragadas
Cirta
Siga
I F R I Q U I Y A
N U M I D I A
Hadrumentum
Thapsus
Pequeña
Syrte
Primera Guerra Púnica (Siglo III a.C.)
Zona de influencia de Cartago
Zona de influencia de Roma
Conquistas de Amílcar Barca
0
250 km


Cartago
en el siglo III a.C.
Golfo de Túnez
Puerto militar
Puerto comercial
N

Prefacio

Cuando se escribe y, sobre todo, se lee sobre Cartago, conviene eliminar de nuestra mente todos los prejuicios antipúnicos resultantes de la propaganda tan negativa que tanto los autores griegos como los romanos, enemigos acérrimos y rivales comerciales de los cartagineses, fueron vertiendo contra ellos a manera de «leyenda negra»; así como la que también realizaron anteriormente los judíos —en el Antiguo Testamento— contra los cananeos y fenicios. De esta manera, la objetividad histórica permitirá apreciar, en toda su verdadera dimensión, la grandeza de la civilización púnica; siempre, eso sí, con sus luces y sus sombras.

Rescatar Cartago del olvido también es evocar el imponente legado que esta civilización, mezcla del helenismo y de lo semita, ha dejado en la Historia de la humanidad. Y, en consecuencia, es recordar a una ciudad donde se elevaron los primeros rascacielos de Occidente —casas de seis a ocho pisos— por la escasez de suelo edificable y la especulación inmobiliaria; donde funcionó la primera bolsa de comercio, en la que se constituyeron sociedades mercantiles y bancos con afán de lucro, tan similares a las que funcionan en nuestro actual sistema financiero; y cuyos navegantes circunnavegaron África, navegaron habitualmente hasta las Islas Británicas y las costas de Senegal, y sus comerciantes recorrieron, en caravanas, el Sahara hasta el Sudán y el centro mismo de África.

A todo lo anterior, tendremos que sumar que los cartagineses fueron, en la cuenca mediterránea, quienes mejor explotaron, de una manera intensiva y no exenta de calidad, los recursos agrícolas tales como los cereales, los viñedos, los frutales, los olivares… Y que sus tratados de agricultura, como el escrito por Magón, serían luego estudiados, copiados y adaptados por el mundo grecolatino.

Para los españoles, la lectura de los hechos de Cartago y de los fenicios trae, además, los recuerdos de lo estudiado en años de pupitre escolar y refresca la memoria de la antigüedad española, de las ciudades que fundaron, entre ellas: Cádiz, Cartagena, Sevilla, Córdoba, Alicante…, y aquellas que destruyeron, tal como la inmortal Sagunto y, tal vez, también Tartesos. Su estudio hace, asimismo, rememorar la historia y la vida de los pueblos celtas, iberos y celtíberos que poblaban y habitaban la península Ibérica, los cuales fueron sacados de su aislamiento cultural y geográfico por esta potencia africana, además de por otras del ámbito mediterráneo. Todo ello sin olvidar que el término España deriva del latino Hispania, que a su vez proviene posiblemente del vocablo fenicio-cartaginés I-Sphan-ya. Este significaba «costa del norte», así llamada desde la perspectiva geográfica de la costa sur o africana de Túnez, Argelia y Marruecos, que era en la que los cartagineses vivían y desde donde partían sus viajes.

Todas las civilizaciones son, o fueron, el producto de una suma de factores culturales, medioambientales, históricos, geográficos, etc. Cartago también lo fue, además de ser al mayor rival de los romanos en la época de despegue de estos. Eso posibilitó que Roma, tras su victoria, pudiera creer en sí misma como potencia internacional llamada a dominar el mundo mediterráneo, lo que provocó su transformación en un estado imperialista y su perpetuación y grandeza durante siglos.

Roma, que tan solo era una modesta república militarista que apenas dominaba la mitad de la península Itálica desde una ciudad-Estado austera y sencilla, aprendió de los cartagineses a navegar, a construir los mejores barcos y a comerciar a gran escala. También descubrió el Mediterráneo y la riqueza de Hispania, se adueñó del rico y fértil norte de África, entró en contacto con la cultura de las naciones y pueblos del Mediterráneo oriental y Grecia, se expansionó, creció y cambió. Estos beneficios tan notables no pudieron impedir que Roma temiera tanto a Cartago y sufriera tan enormemente por culpa de Aníbal, que su orgullo jamás perdonó tamaño miedo y dolor. Por ello, durante las guerras púnicas, que enfrentaron a ambas potencias, Roma creó una leyenda negra que exageró enormemente los defectos de los cartagineses. De esta manera, incidió sobre su avaricia, su desmedido afán de lucro, su astucia y traición, sus sacrificios humanos de niños, sobre el fatalismo púnico… Y ridiculizó a estos en obras de teatro de Plauto —como en Poenulus— y de otros autores teatrales romanos.

Con todo lo bueno y lo malo que hizo y que tuvo, Cartago figura en un puesto de honor entre las grandes civilizaciones del pasado y la presente novela histórica, así como las que la continuarán, quieren ser un homenaje a esos intrépidos marinos y comerciantes que contribuyeron decisivamente en el cambio de la mentalidad del mundo mediterráneo porque la transformó en atlántica también…

Libro primero

Kart Hadasht[1]
La Ciudad Nueva

1

—Padre, recuérdame cómo se fundó Nueva Ciudad.

Amílcar Baraq[2] sonrió a su hijo Aníbal. Tras retirarse de la balaustrada en que se apoyaba, se acercó atravesando la terraza del palacio familiar, situado sobre la colina Byrsa.

—Siervo de Melkart,[3] vamos, no te hagas de rogar —insistió el niño con la tenacidad impaciente de sus ocho años.

Su padre le sonrió de nuevo y dejó de pensar por un momento en la guerra que mantenían en Sicilia contra los romanos,[4] contienda a la que se reincorporaría tan pronto conociera el veredicto del Senado cartaginés. Se mesó la negra y cuidada barba e invitó a su hijo diciendo.

—Anda, siéntate a mi lado y escucha la leyenda.

Aníbal dejó de jugar con unos hoplitas de madera y corrió presuroso a su lado.

—Los cartagineses procedemos de la ciudad de Tiro, ¿verdad? —inquirió.

—Sí… —asintió el progenitor—. Hace muchos años Tiro fue atacada por los asirios y su rey, Pigmalión, decidió casar a su hermana Elyshat[5] con uno de los generales invasores…

—¿Para qué?

—Para establecer una alianza política.

—¿Y qué pasó? —preguntó Aníbal, sin dar tregua en su afán de conocimiento.

—Para lograr su objetivo, Pigmalión asesinó a su cuñado. Horrorizada, Dido zarpó de Tiro con un grupo de fieles, entre quienes estaba nuestro antepasado Barcas —narró Amílcar, mezclando realidad y leyenda, tal cual le habían contado a él de niño.

—¿Y qué más ocurrió? —quiso saber Aníbal, aprovechando para sentarse sobre las rodillas de Amílcar.

—Los fugitivos navegaron hacia el oeste y, finalmente, arribaron a nuestras costas, donde fundaron Nueva Ciudad, a la que griegos y romanos llaman Cartago.

—Pero ¿cómo se edificó la capital?

—Dido obtuvo de Yarbas, el rey libio de la región, todo el terreno que pudiera abarcarse con la piel de un buey —le explicó Amílcar.

—Pero, padre, una ciudad no cabe bajo la piel de un buey —argumentó Aníbal, sonriendo.

Su padre le guiñó un ojo cómplice, diciendo a continuación:

—Mi querido Dádiva de Baal,[6] los iberos de Isphanya[7] tienen una expresión muy acertada: «Las apariencias engañan». Atiende y verás por qué… —Aníbal abrió

mucho los ojos, encogiéndose de hombros—. Dido recibió el pellejo y ordenó que fuera aplastado hasta que adquirió su máxima extensión.

—Sigo pensando que Kart Hadasht no puede caber bajo…

—Ten paciencia y escucha —le interrumpió su padre—. A continuación, mandó cortar la piel en finísimas tiras y colocar sobre el suelo la larga cuerda de cuero obtenida… El terreno abarcado, aprovechando los accidentes de la costa, fue suficiente para asentar a varias familias.

—¡Qué mujer tan inteligente! —exclamó Aníbal, admirado.

—Lo mismo pensó Yarbas, porque también le concedió el territorio que domina la bahía, donde ahora están los puertos.

Aníbal se quedó en silencio, reflexionando. Al cabo de un momento, se levantó de las rodillas de su padre, llegó hasta la balaustrada y observó Cartago, sus puertos y la imponente triple línea de murallas.

Le atraía poderosamente el cothom,[8] asentado en una laguna ovalada, con sus muelles, atarazanas y dársenas techadas y curvas, que daban cabida a doscientas galeras de combate. De él, sobre todo, el edificio circular que se alzaba en el centro del lago, residencia y cuartel general del almirante de la flota de guerra.

Amílcar se levantó y llegó junto a su hijo.

—Es impresionante la visión del gran cothom, ¿verdad?

—Sí, padre mío —reconoció este, perdiendo la vista en el doble puerto civil y militar, que estaban unidos por un canal.

—Si te fijas, aprovechando la costa se puede abarcar bastante terreno con una cuerda larga… Ese fue nuestro núcleo hijo, donde comenzamos los cartagineses… —Aníbal movió con orgullo la cabeza—. ¿Qué has aprendido de la narración?

El niño contestó con una madurez impropia para su edad:

—Que para triunfar en cualquier empresa, hay que tener paciencia y astucia.

—Y fuerza, ¿no? —indicó Amílcar, para hacerle razonar.

—Cualquiera puede ser fuerte si realiza ejercicios en la palestra o así lo quiere la naturaleza. Pero inteligente y astuto no…

—Ya, pero el más fuerte siempre triunfa, ¿no? Recuerda a los romanos —argumentó Amílcar con amargura en la voz.

—La astucia, bien utilizada, se puede imponer a la fuerza. Tú mismo los has mantenido en jaque en Sicilia utilizando tu inteligencia… Y nunca has sido vencido por ellos.

—He sabido aprovechar el conocimiento del terreno, las virtudes y defectos de los enemigos, las virtudes de nuestras tropas… Pero no servirá para nada —reconoció con pesadumbre Amílcar—, porque los cartagineses no somos fuertes mentalmente y estamos deseando alcanzar la paz con Roma.

—¿No somos buenos guerreros? —preguntó, extrañado, Aníbal.

—Nuestros compatriotas son negociantes que aborrecen y temen la guerra porque merma el comercio y las ganancias. Por ello, desean la paz a cualquier precio… Gran

error porque los romanos son distintos.

—¿En qué se diferencian? —se interesó el hijo, interesado en cuestiones bélicas, pues su preceptor, Sileno el griego, le enseñaba las campañas de Alejandro Magno.

—Para Kart Hadasht, la guerra acaba con un tratado que permite la vida social y comercial del rival, a quien se respeta —le explicó su padre—. Para Roma, solo termina cuando el enemigo es aniquilado… —Aníbal se quedó en silencio, impresionado por el contenido y el alcance de las palabras de su progenitor—. Roma es una ciudad-Estado que apenas domina la mitad de la península Itálica. Sencilla y pobremente edificada, está poblada por ciudadanos austeros y duros que son los mejores soldados del mundo porque comparten un espíritu cívico que fortalece una cohesión social, moral y política muy sólida.

—Pero nosotros somos astutos y los mejores navegantes del mundo.

—Eso no será suficiente para vencer.

2

—El Consejo te espera —le dijo Asdrúbal el Bello a Amílcar, entrando en la estancia e interrumpiendo la conversación que este mantenía con su hijo.

—Vamos a ver qué obtenemos de esa reunión de mercaderes.

Los dos hombres salieron del palacio de los Barca. Descendieron unos metros por una calle empedrada, cruzándose con gran cantidad de peatones y asnos cargados que subían y bajaban por sus amplios escalones.

Pasaron después junto a la lonja del Gremio de Comerciantes y Banqueros —que hacía las veces de Bolsa[9] de cotizaciones e intercambios de comercio exterior—, accediendo así a una plaza bastante grande donde estaban situados los santuarios de las divinidades principales de Cartago: Baal Hammon y la diosa Tanit Pené Baal.

Descendieron un poco más y vislumbraron el tofet,[10] acelerando el paso para dejarlo atrás junto con su espeluznante recuerdo de muerte, dolor y redención.

—¿Qué han escuchado tus aguzados oídos? —le preguntó Amílcar a su futuro yerno.

Este sonrió con amargura antes de contestar en voz baja:

—Los senadores quieren terminar la guerra con Roma cuanto antes.

—Cometeremos un grave error si les ponemos las cosas tan fáciles a los romanos —replicó Amílcar, tras seis años al mando de la flota cartaginesa. Con ella había arrasado la costa itálica, frenando el avance romano.

Los dos mílites llegaron hasta el Senado cartaginés, un caserón encalado sobre cuya entrada destacaba el emblema oficial de Cartago: un caballo y una media luna, símbolos de la diosa Tanit.

Penetraron en el edificio, saludados por los guardias de la Sagrada Banda,[11] y accedieron a un gran patio porticado al aire libre.

—Que el Señor de los Altares de Incienso te proteja y te guarde, oh gran Amílcar —le dijo uno de los chambelanes—. Permíteme tu armamento, así como el del gran Asdrúbal el Bello.

Ambos le cedieron sus espadas y los hermosos cascos áticos de bronce bruñido, engalanados con crines de caballo teñidas de negro y rojo. Acto seguido, el asistente hizo una seña a los dos generales para que lo acompañaran, en tanto que ordenaba a los guardias la apertura de las enormes puertas del salón de actos del Senado.

El chambelán se quedó en la puerta, en tanto que los dos militares penetraban haciendo una respetuosa reverencia a los dos sufetas[12] máximos que ocupaban sus sitiales en la sala. Tras ello, pasaron junto a los escaños de mármol donde se aposentaban los gordos y enjoyados senadores, vestidos con recargados y coloridos

ropajes según el gusto fenicio-cartaginés; y, por último, ocuparon sus sillones de madera de cedro.

—El Senado se complace en acoger a dos heroicos militares de la guerra de Sicilia —dijo con voz aduladora Hannón Magón, uno de los dos sufetas, levantando una mano ensortijada que hizo oscilar los pendientes de oro y lapislázuli que colgaban de sus orejas.

Los senadores golpearon el brazo de sus sillones como homenaje al general que sostenía el honor cartaginés en la, para muchos, perdida guerra siciliana, y el salón se llenó entonces con los destellos producidos por tantas joyas de oro, plata y piedras preciosas.

Hannón, que era contrario a los intereses de Amílcar, esperó a que cesaran las demostraciones de aprecio y tomó de nuevo la palabra.

—Estimado Amílcar, grandes han sido tus hazañas y logros, y así las reconocemos pero tras la reciente derrota sufrida por nuestras naves en las islas Égatas, esta Asamblea ha resuelto enviar una embajada hasta Roma para negociar una paz digna que…

—Ninguna paz puede ser honrosa cuando el destino de la guerra es todavía incierto —tronó Amílcar, interrumpiendo al sufeta.

—Tú solo eres un general nombrado por este Senado a quien debes el máximo respeto —le recriminó, enfadado, Bólcar, el otro sufeta—. Estás aquí para escuchar y obedecer.

Ante los murmullos y las voces que se alzaron, Amílcar permaneció callado en actitud respetuosa. Cuando cesaron las protestas y las voces de apoyo, Hannón sonrió comprensivo y tomó de nuevo la palabra:

—Hermanos, ese vehemente arrebato se le puede perdonar a nuestro héroe dada su juventud y sus méritos… Hijo de Kart Hadasht, la sangre que has vertido por tu patria te honra, pero nuestra metrópoli necesita la paz para poder seguir prosperando.

—Nobles sufetas y senadores… Esa paz será la ruina para Nueva Ciudad —expuso Amílcar, sin alterarse lo más mínimo.

—Podemos pagar una indemnización cuantiosa a Roma sin que eso suponga nuestra quiebra —rebatieron algunas voces.

—Dadme a mí esa plata para alistar nuevos mercenarios y reponer las naves perdidas… Y yo os juro, por Melkart el Santo, que serán los romanos quienes pedirán la paz —les propuso Amílcar con pasión.

—Tú eres un soldado y crees que todo se soluciona con las armas —le espetó un senador—. Pero hay otros caminos para terminar un conflicto.

—A nosotros no nos interesa la gloria militar —le recriminó otra voz con rencor—. Esa que conduce a un peligroso liderazgo militar que puede terminar estableciendo una monarquía…

Ante esa acusación, el mílite intentó replicar pero fue interrumpido con vehemencia.

—Amílcar, pese a tu pericia guerrera, Roma puede ganar la guerra —argumentó con acritud otro partidario de Hannón—. No esperemos a que sea demasiado tarde para negociar la paz, ni arriesguemos nuestro futuro en los campos de batalla.

Tras estas intervenciones, el Senado se sumió en el silencio.

Al cabo de unos instantes, intervino Hannón:

—Amílcar, Kart Hadasht quiere la paz… Vamos a enviar una embajada a Roma, de la que tú formarás parte como representante, para negociar las condiciones —le indicó quien temía sobremanera su popularidad—. Cuando acabe la sesión parlamentaria serás llamado a mi presencia, y te expondré los pormenores de tu misión, las reglas y términos que podrás acordar y todo aquello que entendemos de vital importancia, en este momento, para nuestra República.

—Pero perderemos Sicilia sin remisión… —intentó argüir «el León» en vano.

—Retírate ya, general Amílcar. El Senado tiene que deliberar sobre otros asuntos —le cortó Hannón sin miramientos.

Amílcar y Asdrúbal hicieron una respetuosa inclinación y salieron del gran salón del Senado. Ambos se habían dañado las palmas de la mano al clavarse las uñas de rabia contenida, mientras apretaban los puños para no saltar sobre aquellos senadores orondos, cobardes mal acostumbrados a la opulencia.

Cuando recogieron su armamento, el gran chambelán les sonrió con amabilidad y, con un tono de complicidad en la voz, le confesó quedamente a Amílcar.

—Una palabra tuya bastaría para que toda la ciudad te siguiera como un solo hombre, ¡oh, León de Cartago!

Amílcar hizo un gesto indefinible, y quien respondió fue su compañero.

—Respóndeme, oh, gran chambelán, ¿y cuántas palabras serían precisas para que fuera abandonado por todos? —inquirió Asdrúbal, con su habitual carácter calmado pero siempre acertado en la palabra dicha.

El gran funcionario les observó en silencio e hizo una mueca.

Al pronto, abandonaron el Senado y caminaron en dirección al cothom. Fueron bajando por las concurridas y serpenteantes calles, donde edificios enjalbegados de hasta seis pisos de altura reflejaban el sol y daban fresca sombra.

Llegaron a la gran ágora central, tan extensa como un estadio griego, en cuyo gran bazar se traficaba con todo tipo de mercancías y esclavos. Allí, fueron pasando entre los puestos apartando a los mercaderes que ofrecían sus productos a gritos, incomodados por nubes de moscas, mientras se cuidaban de los rapaces cuyas largas manos llegaban hasta la bolsa más escondida. Al tiempo que caminaban entre el gentío, eran retenidos por cantidad de personas que les preguntaban por soldados y oficiales que luchaban en Sicilia.

—Debimos traer escolta —refunfuñó Asdrúbal.

—No te quejes, ya estamos llegando —repuso Amílcar.

Salieron del gran mercado, eludieron las transitadas calles abarrotadas de personas, jumentos y literas que llevaban damas y comerciantes, y bajaron por una

calle menos concurrida alcanzando enseguida la plazoleta donde se erigían los antiguos templos de Melkart y de Astarté. De este último, una de las prostitutas sagradas que esperaba la llegada de algún cliente bajo el porche de entrada, una mujer de un talle y una apariencia soberbias, se acercó hasta ellos caminando con una cadencia digna de la mejor bailarina de Gadir.

—¡Oh, tú!, poderoso navarca,[13] entra en mí; gózame depositando tu semilla en mis entrañas —le ofreció la mujer a Amílcar con una voz rebosante de sensualidad y, a la vez de misticismo, mezcla que le sedujo de inmediato—, deja tu ofrenda a la diosa Ashtoreth y continúa tu camino.[14]

Este, que ya tenía pensado ofrendar a Melkart, bajo cuya tutela estaba desde niño, rechazó amablemente el ofrecimiento de la atractiva sacerdotisa.

—¡Cómo!, pero ¿no eres tú quien ensalza y da testimonio del culto a los dioses de Tiro? —argumentó ella, recordando la defensa pública que hacía Amílcar de las antiguas tradiciones religiosas fenicias.

—En efecto, soy yo ese hombre —contestó el militar, sonriendo—, y por ello tenía pensado glorificar al dios Melkart, a quien sirvo desde siempre como atestigua mi nombre.[15]

Ella sonrió con amabilidad.

—Pero caminante, en la casa de Ashtoreth encontrarás calma para el espíritu, placer para el cuerpo… Respuesta para tus dudas… —le ofreció la meretriz sagrada mientras hacía señas a una compañera para que se acercara.

Ante esa respuesta, Amílcar sonrió complaciente, cedió de inmediato y contestó utilizando la fórmula tradicional:

—Entonces, mujer, condúceme al santuario de la diosa y que nuestra coyunda fertilice la tierra de los cananeos…

3

Los dos hombres penetraron en el templo. Atravesaron un patio porticado y llegaron hasta un estanque poco profundo de aguas transparentes, que estaba situado ante la capilla de la diosa.

Una suave música de flautas, timbales y crótalos de madera los acompañaba, uniéndose a un tenue perfume de jazmín e incienso.

Amílcar y Asdrúbal entregaron sus ropajes a unas esclavas, bajaron los escalones del estanque y procedieron a realizar las abluciones rituales. Tras estas, salieron del agua, que fue sustituida de inmediato por un chorro limpio y transparente. Fueron secados con sábanas de lino y entraron, como vinieron al mundo, dentro de la capilla de Astarté.

Caminaron rodeados por la penumbra hasta alcanzar el altar de la diosa que estaba iluminada con lámparas de aceite y velas.

Las dos prostitutas, que cubrían sus apetecibles cuerpos con una gasa negra transparente que realzaba sus encantos de mujer, se acercaron hasta ellos e iniciaron la plegaria.

—¡Oh tú, Ashtoreth, madre de la tierra, de las cosechas, del amor!… ¡Oh tú, madre sacra que generas vida nueva! Acoge en tu santuario a quien viene a rendirte culto, y bendice la unión carnal del varón y la hembra para que este acoplamiento sea el testimonio eterno que haga que tú fructifiques la tierra y sus frutos… Coyunda que proporciona al varón lo que le falta de mujer, y a la hembra, lo que como tal precisa para procrear.

—Que así sea —dijeron a coro los dos hombres, depositando unos shekeles de plata en un recipiente también de plata que estaba a los pies de la estatua.

Los cuatro hicieron una reverencia, salieron de la capilla y accedieron a dos estancias sencillas y limpias.

La sensual prostituta que acompañaba a Amílcar se colocó sobre el lecho en posición de cuatro patas y le invitó sin más a poseerla.

—Varón, toma a esta sierva de la diosa y haz que con tu piadosa conducta carnal se perpetúe el sagrado rito que engendra vida en la tierra.

Amílcar, cuyo deseo carnal ya estaba encendido y su miembro viril se encontraba en plena erección, levantó el velo de gasa y se colocó sobre la mujer, consumando con energía y celeridad la ceremonia de la fecundidad terrenal.

—Contéstame —dijo él al terminar—. ¿Qué duda hallará su respuesta?

La joven se bajó la combinación, se sentó en el lecho y replicó:

—Tu devoto proceder merece que te revele palabras escuchadas en este santuario… —El alto mando castrense interrogó a la muchacha con su magnética

mirada—. Hannón, tu rival en el Senado.

—¿Cómo sabes que el sufeta es mi enemigo?

—En la capilla de la Madre de la Tierra los hombres dicen palabras que son guardadas en la memoria —le contestó la meretriz.

—¿Ha estado Hannón aquí?

—Solo te puedo revelar aquello para lo que has sido invitado.

—Pues habla, presto… —apremió él con impaciencia.

—Los que dominan el Senado temen tu primacía militar y desean tu perdición política.

—Continúa… —la animó él con pronunciado ceño.

—Guárdate del puñal asesino aquí, en Isphanya o en Roma, porque tus enemigos no consentirán que alcances el puesto político que nunca antes ostentó cartaginés alguno —le contó la prostituta.

Unos minutos más tarde, Amílcar y Asdrúbal abandonaban la plaza de los antiguos templos, bajaban por unas callejuelas y alcanzaban las puertas de acceso de la muralla que rodeaba el puerto militar.

Los soldados se cuadraron mientras llegaban hasta el puesto de guardia.

—Navarca, dos hombres que han enseñado tablillas de cera con tu sello te esperan —le informó el oficial al mando.

—Muy bien… Vamos, Asdrúbal. Deben de ser nuestros hombres.

Los dos hombres caminaron por un pasillo de piedra, escasamente iluminado, y accedieron al cuerpo de guardia donde los soldados se levantaron de sus asientos en cuanto les vieron llegar.

—Tranquilos, muchachos, que no hay romanos cerca… —les dijo Amílcar, haciéndoles reír—. ¿Dónde están los hombres que ordené venir?

—Aguardan en la pieza de al lado.

—Conducidlos hasta la isla, a mis dependencias —ordenó Amílcar, saliendo del cuerpo de guardia seguido por Asdrúbal.

Los dos generales salieron al aire libre, recorrieron el largo puente que unía los muelles y cuarteles con la isla que dominaba el centro de la laguna, y accedieron al puesto de mando de Amílcar.

Enseguida comparecieron los dos hombres que esperaban al almirante.

—Himílcar y Kharbaal, sed bienvenidos —les saludó Amílcar con cortesía castrense.

—General —le contestaron estos, haciendo al tiempo una ligera reverencia.

—Informadme —les ordenó Amílcar.

Los dos hombres se miraron indecisos.

—Empieza tú, Himílcar —ordenó Amílcar a un hombre bien vestido de mediana edad, cuyos cabellos y barba estaban muy cuidados.

—Los banqueros, prestamistas y comerciantes de Nueva Ciudad tienen representantes en el Senado y en la Asamblea Popular de los Ciudadanos.

—¿Y qué? —inquirió Amílcar, impaciente.

—Que las deliberaciones de ambas cámaras ya se han filtrado.

—¿Y bien?

—La decisión de poner fin a la guerra con Roma… es de dominio público.

—¡Cuerpo místico de Baal! —exclamó, furioso, el navarca, quien golpeó con un puño la mesa—. ¿Y no consigues que nos otorguen empréstitos?

Himílcar miró a Amílcar y le contestó:

—Los banqueros solo invierten en operaciones con ganancia segura y poco riesgo comercial.

—¿Les explicaste que los créditos quedarían garantizados con la exclusiva de los mercados itálicos y las riquezas obtenidas tras la victoria? —argumentó Amílcar, que pensaba continuar la guerra contra Roma aun sin el respaldo oficial de Cartago, y para esa lucha en solitario precisaba plata para levantar ejércitos y armadas.

—Así lo hice, mi general, pero ellos ya sabían que el Senado te iba a enviar a Roma en calidad de emisario de paz.

—Maldito Hannón, tenía previsto todo… ¿Tú traes noticias tan poco halagüeñas como Himílcar? —le preguntó, disgustado, Amílcar al otro hombre.

Kharbaal, un joven fuerte cuya ropa, cabello y barba precisaban más cuidados, miró al almirante y contestó con pesar:

—Supongo que sí.

—¡Explícate!

—Ayer me ordenaron suspender la captura de elefantes…[16] Y ya no tengo empleo.

—Con estas disensiones, puede que lo mejor para Kart Hadasht sea negociar la paz —indicó Asdrúbal, más diplomático y menos belicoso que su amigo.

—Si lleváramos la guerra hasta las puertas de Roma, esta se pondría de rodillas ante nosotros… —expuso Amílcar, convencido.

—No tenemos naves para transportar un ejército hasta la península Itálica, y menos aún para salvar el bloqueo de la poderosa flota romana —apuntó Himílcar—. Esos malditos campesinos guerreros han aprendido bien de nosotros.

—En efecto, pero se podrían construir galeras rápidamente, ya que las piezas se fabrican en serie y numeradas en las factorías y astilleros. Tan solo habría que destinar más artesanos para su ensamblaje[17] —apuntó Amílcar, esperanzado.

—Las atarazanas están controladas por el Senado y no lo permitiría.

—Podríamos llevar varios ejércitos por tierra, hasta Roma —expuso, muy decidido, Amílcar.

—¿Cómo? —le preguntaron los tres hombres, perplejos.

—Desde Isphanya, atravesando los territorios de iberos y celtíberos. Y, tras superar los altos montes y la tierra de los galos, entrando por el norte de la península Itálica —les confesó Amílcar, esbozando el histórico plan que en realidad llevaría a cabo su hijo Aníbal veintitrés años más tarde.

Los tres hombres permanecieron unos instantes en silencio, el cual rompió Himílcar encendido por la audacia de Amílcar y por lo fabuloso del proyecto.

—Si lo deseas, Kharbaal y yo podemos navegar hasta Gadir,[18] reunirnos con los banqueros del templo de Melkart y obtener empréstitos para financiar tan grandiosa operación.

—Además, yo podría explorar la tierra de los turdetanos y negociar la contratación de lusitanos, carpetanos o arévacos —propuso Kharbaal, que era hombre de acción y estaba deseando iniciar aventuras para no quedarse ocioso en Cartago.

Amílcar asintió con los ojos brillantes.

—Que así sea. Partid para el norte, a la ciudad hermana de Gadir, y que el divino navegante os acompañe —convino, satisfecho.

4

—Señores, por favor, acabemos ya. Tengo un invitado para cenar —les solicitaba Hannón a los socios con los que compartía riesgos y beneficios en las lucrativas sociedades[19] que habían fundado y explotaban juntos.

—Obedezcamos a nuestro presidente —propuso uno de los socios—. ¿Cómo ha cerrado hoy el mercado de operaciones y altas finanzas?

Alguien destacó el alza de la cotización de las sociedades de comercio exterior que traían estaño desde las islas Casitéridas.[20]

—Es un valor seguro porque la demanda de estaño, para hacer bronce, se mantiene constante —opinó Hannón, complacido.

—Pero si se ultima la paz con Roma, Nueva Ciudad no necesitará demasiado bronce para fabricar corazas, ¿no? —apuntó sutilmente otro socio.

—Aun así, los romanos no dejarán de importar nuestros competitivos lingotes de bronce —precisó otro de los partícipes en aquella reunión—. Y los estados griegos seguirán adquiriendo nuestras magníficas panoplias —concluyó, muy optimista.

—Está claro que hay mercado para el armamento manufacturado… —señaló Hannón, tal como si hablara consigo mismo.

—Yo, mis queridos socios comanditarios, hasta que no se formalice la paz con Roma —expuso Qarthal, uno de los más ricos—, estimo que sería más provechoso y seguro, para nuestros intereses, invertir en alguna compañía de participaciones en cuenta establecida en el templo de Melkart o de Eshmoun,[21] en Gadir.

—Y dedicarnos a ganar dinero con las almadrabas y la pesca del atún, ¿no? —soltó Hannón, bromeando a costa de Qarthal, pues era bien conocida la rentabilidad de la industria pesquera gaditana.

Grandes risotadas acogieron la ocurrencia de su presidente.

—No hablo de pesca ni de garum,[22] sino de sociedades que cotizan en el mercado de Byrsa y explotan factorías de púrpura en Lyxus, en la costa oeste de Ifriquiya[23] —les aclaró Qarthal, contrariado, sin percatarse en absoluto de que sus socios bromeaban—. Una inversión tan rentable como los importes y valores que tenemos invertidos en las compañías que se adentran en caravanas hasta el centro de Ifriquiya para traer metales, marfil y oro.

—¿Podemos situar los fondos directamente en Byrsa, o tenemos que enviar a un agente con efectos de comercio para realizar la transacción en Gadir? —consultó Hannón, terminando con la burla.

—Los gestores aconsejan en este momento que, en lo posible, eludamos las transacciones e inversiones directas a través de la bolsa de Byrsa y sus analistas,

además, recomiendan acudir directamente al mercado de origen para obtener una rentabilidad superior —precisó Qarthal.

—Queridos partícipes, decidamos ya en qué invertimos —les instó Hannón con gravedad e impaciencia—. Yo voto por enviar a Qarthal como socio agente. Que se desplace con libranzas y pagarés hasta Gadir, los cambie por monedas, y las invierta luego en una sociedad que explote la púrpura de Lyxus… ¿Os parece bien?

El resultado de la votación de los socios fue la aceptación unánime de esa propuesta.

—Amigos y socios, que Baal Hammon me guíe hasta Isphanya… —rezó Qarthal, echando una cucharadita de incienso en un pebetero de oro situado delante de una estatuilla del mencionado dios.

—Que el Señor de los Altares de Incienso te lleve y te traiga con bien… —le respondieron a coro los asociados.

Tras el acuerdo, todos los opulentos socios brindaron con vino que les trajeron unos sirvientes en copas y cráteras de oro y plata.

—¡Los cartagineses somos únicos! —exclamó, orgulloso, uno de ellos—. Llevamos veinte años de guerra con Roma y seguimos comerciando prósperamente sin que nos falte de nada —añadió, complacido.

—Y sin sufrir los rigores bélicos porque la guerra está lejos, allá en Sicilia, y es cosa de los militares.

—Sí, claro, pero cierra mercados, merma beneficios y constituye un peligro político porque otorga popularidad y poder a alguno de los generales, quien con la fuerza de su ejército podría estar tentado de convertirse en rey, acabaría con nuestra República y pondría en serios aprietos nuestra existencia y confort —expuso, muy serio, Hannón.

Todos permanecieron en silencio, durante unos segundos, pensando en la misma persona.

—¡Hay que acabar con Amílcar ya! —exclamó con vehemencia Qarthal.

—Hay que liquidarle y conseguir la paz con Roma como sea —le apoyó otro de los socios, alzando las manos.

—Tenéis razón —expuso Hannón, que frunció el ceño—. Pero Amílcar Barca tiene a su favor a la mitad de los senadores y representantes de la Asamblea de Ciudadanos.

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—Lo mejor para Cartago sería eliminarlo —insistió Qarthal de forma directa, y con toda tranquilidad—, porque su conducta atenta contra nuestros intereses, contra la prosperidad, contra el orden establecido… —añadió, glacial.

—Eso no sería prudente ahora. La guerra no ha terminado, la Marina le obedece y no sabemos aún cómo reaccionarán los romanos ante la propuesta de paz… Podríamos necesitarle aún —apuntó temeroso otro de los socios.

—Amigos —les interrumpió Hannón—, yo me ocuparé de Amílcar, con quien

ceno esta noche… —Chasqueó la lengua—. Permitamos que viva. Por el momento, yo considero que nos es más útil vivo que muerto…

5

Después de compartir el pan, el vino y la sal de Hannón, en su hogar, Amílcar Barca, desvelado por la reunión, reflexionaba mentalmente en su palacio a altas horas de la madrugada.

«No me entienden en Kart Hadasht. El sufeta Hannón me ha recordado que somos un pueblo de comerciantes y de intermediarios financieros, para justificar la necesidad de la paz. Y me ha acusado de querer convertirme en un tirano, al estilo griego, para acrecentar mi poder y servir a mi ego…

»Nada más lejos de la realidad, pues creo en nuestra Constitución, sirvo lealmente al Senado de la República, y nunca he pensado en sustituirlo por una monarquía corrupta que me coronara como rey».

Amílcar paseaba nervioso por la terraza, sudando al sentirse tan injustamente incomprendido, censurado y calumniado.

«He intentado explicarle que únicamente deseo servir a Nueva Ciudad porque veo su futuro muy negro si firmamos una paz precipitada. Y me ha acusado de perseguir la gloria militar en mi beneficio, para sentirme fuerte e importante rodeado por mis soldados. Ha sido triste comprobar cómo opina que necesito la guerra para vivir. Yo, que soy temeroso de los dioses, hogareño y pacífico, que considero que la guerra es necesaria para defenderse, igual que repeleríamos el ataque de los leones del desierto… No me entienden. Para mi desgracia, creo que a ojos de todos soy lo que represento, no lo que opino o lo que yo siento», pensaba con amargura.

«Todos, incluso Asdrúbal y los míos, cuando me ven montado al frente de las falanges de hoplitas creen que soy un nuevo Alejandro. Tal vez porque ellos desearían que en verdad lo fuera. ¿Cómo explicar a todos que mi corazón y lealtad están con Kart Hadasht, y que si la paz entre romanos y cartagineses nunca se hubiera roto, yo no habría empuñado las armas?… ¿Con qué palabras habría que hablar para que me creyeran?… No amo la guerra, no la necesito; no quiero las alabanzas de los ciudadanos tras nuestros triunfos bélicos…

»Pero, pese a su carga de destrucción y muerte, ahora la guerra debe continuar porque podemos ganar a Roma y eso aseguraría nuestro futuro por varias generaciones. Yo no deseo la guerra por el oropel vacuo y el embriagador sentimiento de triunfo, sino como necesidad que puede salvaguardar nuestro futuro. Derrotando a Roma, y esa victoria está en nuestra mano, negociaríamos una paz digna y yo regresaría junto a mi familia y me dedicaría a mis negocios. Nunca me coronaría rey, como temen tantos en el Senado».

Sapaníbal, su mujer, lo observaba y padecía en silencio ante la expresión de sufrimiento interno que presentaba el rostro de su esposo.

«¿Cómo les podría yo hacer entender a todos lo que veo tan claro y lo que intento evitar? —proseguía, implacable, la conciencia de Amílcar—. O Kart Hadasht cambia de orientación conquistando tierras, cobrando nuevos tributos, creando una milicia obligatoria para los ciudadanos… o el fin es inevitable. No ahora, ni dentro de cincuenta años, pero la destrucción de todo lo púnico llegará desde Roma, y nuestros nietos lo sufrirán. O nos convertimos en medio romanos, o Roma nos borrará de la faz del mundo».

—Esposo —dijo suavemente Sapaníbal, tomándolo por un brazo—, concédele reposo a la mente y consiente en que la conciencia descanse sumergiéndose en el dulce abandono del sueño…

6

Cayo Lutacio Cátulo, «el vencedor de la perfidia cartaginesa», como le llamaban sus conciudadanos, oraba en el templo de Jano Quirino, situado en medio del foro de Roma.

—¡Oh tú, Jano Quirino, dios protector de los ciudadanos! —rezaba el sumo sacerdote a la estatua de dos caras—. Rogamos tu influencia para que se logre el equilibrio de la paz… Por ello, dejamos abiertas las puertas de tu santuario.[24]

Lutacio, un hombre piadoso como la mayoría de los romanos de su tiempo, sintió un escalofrío incontenible. Cuando finalizó la sencilla ceremonia, salió al exterior y comenzó a caminar por las mojadas losas del suelo del foro.

A lo lejos, vio que su amigo Lucio Cornelio Escipión[25] se dirigía a buen paso hacia él.

Cuando se encontraron, se saludaron gravemente pero con cordialidad.

—¡Salve, Lucio Cornelio Escipión!

—Que los dioses te sean propicios, Cayo Lutacio Cátulo.

—Parece que me buscas —le dijo el sumo sacerdote a su amigo.

—Así es, te buscaba en efecto.

—¿Y para qué es ello?

—Te lo explicaré al momento… —contestó parcamente Lucio Cornelio—. Acompáñame hasta la Curia[26] porque quieren hablarte los cónsules y los senadores.

—¿Por qué no mandan a un emisario con los lictores?

—Prefieren tratar contigo sin realizar publicidad de ello ante el pueblo.

Los dos amigos caminaron por el empedrado foro, que estaba rodeado por edificios de ladrillo, yeso y madera. Eran materiales habituales en una Roma republicana y austera, lejos de los mármoles y la ostentación que presentaría en su futuro imperial a partir de la opulencia y riqueza de los tiempos de Augusto.

Subieron los peldaños de la Curia, un edificio alargado, y penetraron en su interior. Se encontraba iluminado con lámparas de aceite, pues el día era oscuro, además de lluvioso y frío.

En el vestibulum los esperaba Quinto Lutacio Cerco, uno de los cónsules de ese año, familiar cercano de Cayo Lutacio.

—Salve, Cayo —saludó cortés.

—Salve, Quinto, que el día te sea propicio —contestó el aludido.

El magistrado sonrió con amabilidad, recogió los pliegues de su toga purpurada, vestimenta de los cónsules, y le informó:

—Cayo, el Senado y el pueblo romano van a prorrogar tu mando sobre el ejército

de Sicilia, pese a que tu consulado terminó. El resto lo escucharás dentro.

Pasaron al gran salón a través de una de sus puertas laterales, y se dirigieron con decisión hacia el estrado de los cónsules.

Cayo Lutacio volvió la cabeza hacia la izquierda. Allí se encontraban los senadores vestidos con sus togas blancas, sentados en bancos semicirculares de rica pero sobriamente tallada madera. Después miró la pared de ladrillo visto donde destacaban un águila de bronce y las letras SPQR.[27]

Ante la sobriedad, mesura y virilidad de los romanos, tan diferentes de la ostentación, derroche y afeminamiento de griegos y púnicos, los ojos de Cayo Lutacio se humedecieron por la emoción y el orgullo que sintió por ser ciudadano de la República.

—Cayo Lutacio Cátulo, el Senado y el pueblo de Roma se congratulan por tenerte aquí, oh tú, el vencedor de Cartago —le saludó el cónsul Manlio.

—Siempre es un honor estar entre los padres de la patria. Pero si estos me lo permiten, desearía precisar que, aunque halagador, no me corresponde ese título por cuanto Cartago aún gobierna en todo el oeste de Sicilia —aclaró Lutacio, haciéndolo con su sinceridad y modestia habituales.

Un reconocido aplauso premió las palabras del excónsul.

—Cayo Lutacio, porque Cartago ya te considera su vencedor ha enviado una embajada con proposiciones de paz —le explicó el cónsul Manlio.

Lutacio sonrió orgulloso.

—El Senado y el pueblo han decidido que vuelvas a Sicilia para recibir a la embajada cartaginesa, y acordar un tratado de paz que deberá ratificar esta asamblea.

—Así lo haré —contestó, muy solemne, Cátulo—. Para lo cual, acepto el imperium que me otorga el pueblo de Roma.

Después de recibir su mandato y las estipulaciones para formalizar el acuerdo de paz, Cayo Lutacio volvió al foro junto a Cornelio Escipión.

—Cayo, los ciudadanos llevamos años sufriendo por causa de la guerra. Mucha ha sido la mortandad, tanta como viudas y huérfanos deja a su paso. Tan enorme el dolor como las lágrimas derramadas… El desgaste es tremendo… La República está en ruinas y el Senado quiere la paz; pero no a cualquier precio… Tienes que apretar mucho a los cartagineses y conseguir para Roma lo máximo posible.

—¿Estas negociaciones se quieren mantener en secreto?

—Exacto… Para los pueblos, las falsas esperanzas son peores que las profecías amenazando con los más terribles males… —sentenció Cornelio, arrugando la frente.

—Aun aceptando tu sugerencia, actuaré con mesura porque Roma necesita una paz urgente para reponerse. Nuestro enemigo no está en África, sino más cerca —refutó Lutacio—. Los galos cisalpinos[28] están inquietos, dada su hambruna y pobreza, y no tardarán en cruzar el Po y el Arno para caer sobre nosotros.

—Para acabar con ese peligro el Senado proyecta la conquista de todo el norte de Italia hasta los Alpes —le explicó Escipión en tono neutro—. Pero ahora hay que

obtener de Cartago la mayor indemnización de plata posible… Y no es un consejo, es el mandato de la más alta magistratura de la República…

7

Los dos rivales del Mediterráneo Occidental necesitaban la paz, pero la oligarquía comercial cartaginesa, que perdía beneficios, presionó a sus negociadores y Cartago se entregó en el terreno diplomático. El tratado de paz se firmó a satisfacción de Roma, y en estos términos básicos:

Que haya amistad entre romanos y cartagineses bajo las estipulaciones siguientes:

Los cartagineses se retirarán de toda la isla de Sicilia, así como de las Lípari y las Egusas.

Ambos bandos respetarán y no lucharán contra los leales aliados respectivos.

Que nadie haga nada que afecte al dominio del otro, ni se levanten fortificaciones, ni se alisten mercenarios, ni se atraigan a su bando a los aliados del otro.

Los cartagineses devolverán los prisioneros romanos sin exigir rescate a cambio.

Y, por último, abonarán a Roma, en concepto de indemnización de guerra, la cantidad de dos mil doscientos talentos de la ciudad de Eubea, pagaderos durante los próximos diez años.

Días más tarde de su formalización, una flotilla cartaginesa arribó al puerto de Lilibeo con instrucciones para Amílcar Barca.

—Debo trasladar las tropas acantonadas en Érice hasta Lilibeo, y ponerlas bajo tu mando —le explicó Amílcar a Giscón, general bajo su mando, en presencia de Asdrúbal.

—¿Y después, qué? —preguntó este.

—Pasaré a la reserva activa, las tropas serán desmovilizadas y Giscón, aquí presente, se encargará de enviarlas a Kart Hadasht para que allí sean pagadas y licenciadas.

—¿No será peligroso enviar tantos mercenarios armados y sin cobrar hasta Nueva Ciudad? —preguntó Giscón.

—Yo he advertido sobre ese mismo riesgo a los sufetas en el Senado, pero no hacen caso… —respondió Amílcar, encogiéndose de hombros—. Ahora, Hannón y su partido triunfan y no atienden a razones.

—Esas órdenes conllevan tu retirada pública, ¿no? —comentó Asdrúbal con amargura.

—Sí. Como era un obstáculo para alcanzar la paz que deseaban tan ferviente y ciegamente, ahora me alejan de Kart Hadasht —afirmó Amílcar.

—Tu retirada es injusta —protestó Giscón.

Amílcar sonrió y contestó en voz queda:

—Soy un soldado disciplinado y obedezco a la República a la que sirvo con lealtad y amor.

—¿Qué harás? —le preguntó Giscón—. Las tropas nos adoran, podríamos dar un golpe de mano y…

—Roma me teme tanto como Hannón y los suyos, y no lo consentiría —atajó Amílcar, que alzó una mano para contener palabras sediciosas.

—¿Qué órdenes tienes?

—Que me retire a Iboshim[29] donde voy destinado como gobernador. Allí iré con mi familia, descansaré y me dedicaré a los negocios mientras espero el inevitable enfrentamiento con Roma, pues esta no nos dejará vivir hasta que acabe con nosotros… —le explicó Amílcar, torciendo el gesto—. ¿Y tú?

—Repatriaré a los mercenarios, entregaré Lilibeo y me buscaré una ocupación militar —respondió Giscón—. Tal vez me vaya a Egipto para luchar, bajo la bandera de los Ptolomeos, contra Filipo de Macedonia, Antíoco de Siria… o contra Roma… Quién sabe…

—No está mal pensado —comentó Asdrúbal.

—Vayamos juntos —les propuso Giscón, ilusionado—. A ti, Amílcar, los Ptolomeos te conocen y valoran mucho. Tres militares como nosotros son bien recibidos en cualquier parte.

—Yo no puedo ir —declinó Amílcar—. Prefiero estar cerca de la patria porque sé que tendré que servirla dentro de poco —auguró, un tanto sombrío.

—¿Y tú, Asdrúbal, te vienes conmigo? —propuso Giscón.

El Bello se acarició la puntiaguda y negra barba, declinando el ofrecimiento castrense con una sonrisa extraña.

—Prefiero acompañar a Amílcar y su familia hasta Iboshim…

8

Al tiempo que los Barca viajaban con sus riquezas y esclavos hasta Iboshim, Himílcar y Kharbaal navegaron hacia Gadir para negociar con sus banqueros.

Su trirreme atravesó el estrecho de mar que separaba Isphanya de Ifriquiya, en cuyas orillas se alzaban las columnas de Melkart,[30] salió al gran e insondable mar exterior y puso rumbo a la bahía donde estaba ubicada la isla de Gadir. Esta había sido fundada por navegantes de Tiro[31] y, por ello, aquellos fenicios habían reproducido las condiciones naturales de su patria de origen, localizando, amurallando y urbanizando una isla cerca de la costa.

La embarcación cartaginesa bordeó la amurallada y alargada isla, dividida en dos por un canal de agua. Pasó junto al templo de Melkart y se dirigió hasta el protegido puerto, situado en una de las riberas del canal.

Bien gobernada por los expertos pilotos que manejaban el timón doble, la trirreme se deslizó hasta uno de los abarrotados muelles. Cuando las maromas eran sujetadas a los puntos de amarre, comenzó a levantarse un fuerte y fresco viento de poniente.

—Este viento significa que ya estamos en Gadir —le comentó el capitán de la nave a Himílcar.

Caía la tarde y el poniente fresco y desapacible del final del invierno arreciaba por momentos.

Los dos amigos desembarcaron, recorrieron el puerto para presentar sus credenciales cartaginesas a las autoridades, quienes agilizaron los trámites aduaneros dado que Gadir era aliada de Cartago. Tras ello, dejaron el muelle y caminaron al lado de una factoría donde se elaboraba púrpura con los moluscos importados desde Lyxus.

—¿Qué hacen ahí dentro, embalsamar cadáveres putrefactos con estiércol de cerdo? —protestó Kharbaal, haciendo una mueca de asco, pues de la purpúrea industria emanaba muy mal olor.

Su amigo soltó una carcajada y le contó la actividad tan lucrativa del edificio.

—Imagino que gastarán los beneficios en perfumes para atenuar tan asqueroso e insoportable hedor —comentó Kharbaal.

Himílcar, que volvió a reírse, le respondió:

—Si esto te parece desagradable, espera a oler las factorías de salazones de atún que hay allí enfrente, en tierra firme.

Siguieron ascendiendo hacia el centro urbano, que era grande y albergaba bastante población.

Atravesaron serpenteantes y empedradas calles colmadas por casas de varios

pisos, que se apretaban por falta de espacio y para mitigar el fuerte calor veraniego del sol y el cálido viento de levante.

—Debimos alquilar mozos —protestaba Kharbaal sudando, pese al fresco viento.

—No hacía falta, nuestro albergue está ahí mismo.

Prosiguieron caminando hacia la plaza de su hostería y pasaron junto al templo de Eshmoun, dios de la medicina, a quien griegos y romanos asimilarían a Esculapio, en cuyos patios se establecían parte de los banqueros y los prestamistas para llevar sus negocios y atender a su numerosa clientela, de la misma manera que se hacía en los demás templos edificados en todo el orbe de influencia de las naciones fenicias, semitas y mesopotámicas.

—¿Qué es este edificio tan grande? —preguntó Kharbaal.

—El templo del Señor Sanador de cuerpos, enfermedades y heridas.

—Igual al que tenemos en Kart Hadasht —señaló Kharbaal, con el tono de sorpresa de las personas convencidas de que los monumentos de sus ciudades son únicos—. Hasta tiene bancos para intercambios y cambistas de monedas.

Mirándolo divertido, Himílcar le comentó para fastidiarle:

—Qué casualidad, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —preguntó el cazador de elefantes, comenzando a soliviantarse.

Himílcar sonrió maliciosamente y precisó con sarcasmo:

—En todo el mundo púnico, desde Fenicia hasta Isphanya, los dioses, la lengua y las costumbres son iguales. ¿No te habías dado cuenta hasta ahora?

—Naturalmente que sí… —replicó, ofendido, Kharbaal.

—Pues a veces te muestras como un libio ignorante.

Kharbaal iba a contestar con virulencia cuando llegaron al hostal.

—Ya estamos… —dijo Himílcar, para calmarle—. El poder de Baal, la mejor posada de Gadir. Donde mejor se come y se bebe, porque tiene los precios más ajustados a los servicios que ofrece.

Los dos amigos entraron en un inmueble encalado de cuatro plantas, a través de un arco, y accedieron a un patio interior empedrado en cuyo centro había un pozo. En uno de sus extremos se situaban las caballerizas para los equinos. Y en el otro, un vestíbulo, que hacía las veces de recepción, permitía el paso al comedor. Era allí de donde partía la escalera de acceso a pisos y habitaciones.

Los recibió Baalbo, el dueño, uno de los hombres más importantes de la ciudad. [32]

—Himílcar, que Ashtoreth te bendiga —saludó cordialmente.

—Lo mismo te deseo, amigo Baalbo.

—¿Cómo está el general? —preguntó el gaditano.

—Amílcar está bien, aunque disgustado, porque considera que Kart Hadasht ha formalizado una paz desafortunada con Roma.

—Los militares y la guerra… Esa lucha no era buena para nadie porque

paralizaba muchos negocios —opinó Baalbo, que también poseía acciones en pesquerías y en el banco del templo de Melkart.

—No estamos de acuerdo, pero lo aceptamos —dijo Kharbaal.

Himílcar aprovechó la intervención de su amigo para presentárselo a Baalbo.

—Contadme, ¿qué os trae hasta Gadir? —quiso saber este.

—Un grupo inversor, que apoya a los Barca, desea conocer las condiciones de los bancos gaditanos para financiar expediciones de exploración y conquista del interior de Isphanya —le explicó Himílcar.

Baalbo reflexionó durante unos instantes. Después les emplazó a cenar con algunos banqueros, dado que la celebración del nacimiento de Melkart impediría, al día siguiente, las actividades financieras en el templo.

Cuando se despidieron y acordaron el lugar de la cena, Kharbaal, con ojos maliciosos, solicitó:

—Baalbo, si fuera posible me encantaría conocer a las famosas y sensuales bailarinas gaditanas.[33]

—No tengas cuidado —le contestó el aludido, sonriendo—. Después de cenar acudirán las más bellas y hábiles para tu solaz y recreo.

9

—¡Vamos, haragán, levántate o llegaremos tarde a la ceremonia del nacimiento del Señor de la Vida! —le instaba, enfadado, Himílcar a su compañero de viaje.

Kharbaal, abatido por la resaca de la juerga nocturna, metía la cabeza bajo la fina manta de lana, se hacía un ovillo y no respondía. Antes, Himílcar lo había intentado casi todo. Abrir cortinas, golpear la cama, gritar… Pero nada. Kharbaal se resistía a abandonar el reino de los sueños.

La noche anterior, ambos habían cenado con Baalbo y sus socios del banco, donde no faltaron los mejores manjares, vinos y licores.

—¡Yo no voy solo al templo! —exclamó Himílcar, arrojando una jarra de agua sobre la cabeza de su amigo.

Kharbaal pegó un brinco en la cama y se levantó empapado.

—Los dioses han debido llevarse esta noche tu razón y tu corazón, para que me trates de esta manera… Por piedad, déjame dormir la borrachera. Me duele la cabeza de manera cruel y lacerante —le suplicó en tono muy lastimero, al tiempo que recordaba de nuevo cómo danzaban las bailarinas mientras se acompañaban con los crótalos y castañuelas, que hacían sonar con las manos para llevar el compás, y se movían igual que debían hacerlo las diosas.

—¡Baja a los baños que hay al lado de los establos, lávate bien los cabellos y la barba con raíces jabonosas, aclárate con abundante agua. Después, afeita con pulcritud tus piernas y brazos, y sube para que te pueda ungir con aceite perfumado! … ¡Y date prisa, por Baal! Representamos a Amílcar Barca, y debemos estar en el templo de Melkart para asistir a los ritos —le soltó Himílcar, gritando—. ¡Muévete de una vez!

Una hora más tarde, los dos cartagineses salían de la posada y tomaban una litera que les condujo hasta el templo.

—Como soy descreído en materia religiosa —comentó Kharbaal—, podías instruirme acerca de la ceremonia que vamos a ver.

Himílcar, hombre piadoso, lo miró con el ceño fruncido y le explicó a continuación:

—Melkart, además de ser el patrono del comercio y la navegación, es un dios solar y agrícola… Por ello, eternamente nace y muere todos los años.

—Y los ritos, claro, son una alegoría de la resurrección de la naturaleza.

—Sí, pero el llamado Señor de la Vida nace y muere realmente cada comienzo de estación, marcada por la posición de las estrellas y la luna.

—Vamos, Himílcar —replicó con escepticismo su amigo—, que en realidad vamos a asistir únicamente a una representación simbólica para que el pueblo siga

creyendo, ¿no?

—Eres un blasfemo, y algún día te castigarán los dioses —le reprochó Himílcar, disgustado—. Sus misterios son insondables y en verdad te digo que Melkart nace y muere, verdaderamente, cada estación y eso condiciona la vida de los hombres desde que el mundo fue creado por los señores del cielo…

Kharbaal hizo un gesto raro de asentimiento, disimuló la sonrisa que luchaba por adueñarse de sus labios y se sumió en un respetuoso silencio.

La litera callejeó por la ciudad y en poco tiempo se plantó en la plaza del mercado, que se abría delante del templo de Melkart, dejándolos en su umbral.

Los dos cartagineses penetraron a través del portón de bronce accediendo a un patio amplio, y esperaron, junto a docenas de hombres, al pie de uno de los tres altares sagrados que allí estaban plantados.

El santuario era rectangular y alargado, con una escalinata de acceso. No había representaciones humanas ni del dios. En su frontispicio destacaban dos columnas de bronce, de unos cuatro metros de altura, que flanqueaban el dintel de entrada. A su lado se abría la capilla donde se encontraba el oráculo del dios, lugar de práctica de ceremonias secretas y adivinatorias.

Cuando el gran patio se llenó de hombres púnicos, pues a las mujeres y extranjeros les estaba vedada la asistencia, comenzó la liturgia de la resurrección de Melkart, el Señor de la Vida.

10

Los sacerdotes de Melkart, con la cabeza y el resto del cuerpo depilado, incluso las pestañas, vestidos con túnicas de lino blanco y descalzos, aparecieron a través de las columnas de bronce. Así, en solemne procesión accedieron al patio entonando himnos en tono grave.

—Qué aspecto tan raro tienen los sacerdotes, ¿no? —susurró Kharbaal, para incomodar a Himílcar, quien seguía el culto con devoción. Este, con el ceño fruncido, le hizo un gesto autoritario ordenándole silencio.

Baalbo, que había oído el comentario, sonrió y le preguntó entonces:

—No eres muy piadoso, ¿no?

—Digamos que frecuento más las tabernas y los burdeles que los templos y los lugares de culto —respondió Kharbaal con cinismo sincero.

El gaditano volvió a sonreír y le dijo en voz baja:

—No digo yo que esos sean malos lugares para concurrir; todo lo contrario. Pero, además, conviene acudir a los santuarios para tener contentos a los dioses.

—Mucho he corrido yo desde niño. Mucho he precisado yo la ayuda de los dioses, pero poco o nada me socorrieron en tantos viajes y en tantas cacerías, en tantos peligros como arrostré, en tantas fatigas como padecí —replicó el cartaginés, muy escéptico—. Recé tanto, imploré tanto… que con todas esas palabras se podrían llenar papiros y más papiros y completar los estantes de bibliotecas enteras…

—Pero si tras sufrir todos esos peligros y aventuras aún sigues vivo, tal vez sea porque así lo quieren los dioses, ¿no crees? —argumentó Baalbo, arqueando las cejas de una manera muy significativa.

—Todo es posible en esta vida, y no seré yo quien diga lo contrario… En verdad que todo es posible, incluso que esos sacerdotes de ahí enfrente se disfracen de una manera tan ridícula —contestó Kharbaal, refiriéndose a los sacerdotes de Melkart que tenía delante, sin gana alguna de discutir sobre ninguna religión, pues pensaba lo mismo de todas ellas.

Baalbo respetó la postura agnóstica de su interlocutor y le comentó al cabo de un breve silencio:

—Son ritos y costumbres religiosas que se deben respetar, ya que cada culto tiene sus liturgias que son igual de sagradas todas ellas porque así lo han dispuesto los dioses… Por ejemplo, para entrar en el santuario de Eshmoun, el sanador, y participar de sus ceremonias iniciáticas y sagradas, durante los tres días anteriores al culto debes abstenerte de comercio carnal con mujer, y no ingerir alubias ni carne de cerdo…

—Eso ordena el sanador…, pero ¿tú de verdad crees que no copular y no comer

alubias ni cerdo, es algo sano? —preguntó, con escepticismo y sorpresa, Kharbaal, sin poder reprimir una sonrisa.

El gaditano iba a contestar pero súbitamente se puso de rodillas, cogió de la ropa a Kharbaal y lo arrastró hasta el suelo, haciendo que se arrodillara también. Acto seguido, inclinó la cabeza, como el resto de los fieles allí postrados, cuando el sumo oficiante llegó ante el gran altar, subía después sus escalones y empezaba a declamar:

—¡Oh, tú, Melkart, Señor de la Vida! ¡Oh, tú, señor de la luz y de lo oculto! ¡Soberano de los laberintos subterráneos del mundo recóndito! —rezaba el clérigo, arrojando a un tiempo incienso sobre las brasas del altar—. ¡Oh, tú que mueres, moras en el inframundo y renaces para traer a la humanidad tu mensaje salvador de renovación de la vida! Escucha el clamor de tus siervos y renueva el vínculo de unión intemporal con estos.

—¡Melkart, dador de vida! —exclamaron, enfervorizados, los hombres allí arrodillados.

—¡Oh, tú, Melkart, altísimo señor, escúchalos! —solicitó el sumo sacerdote.

—¡Señor de la Vida, savia que alimenta la existencia de los hombres! —rezaron a coro los fieles—. ¡Henos aquí, postrados ante ti, los varones gaditanos portadores de la semilla reproductora!… ¡Somos los que deseamos renovar la alianza que establecieron contigo nuestros padres, los padres de nuestros padres, los padres de los padres de nuestros padres! ¡Y así hasta el comienzo de los tiempos!

—¡Supremo hacedor, engendrador y procreador! —exclamó el sumo sacerdote, poniéndose también de rodillas mientras el fuerte viento movía sus ropajes y la mitra de su cabeza—. ¡Acepta una vez más el sacrificio que te ofrecemos los hombres de Gadir, y que este haga que derrames tus dones sobre nuestra ciudad!

—¡Así te lo pedimos, Melkart! —rogaron con toda solemnidad cientos de voces.

El sumo sacerdote se incorporó e hizo una seña a uno de sus ayudantes. Este se dirigió a buen paso al interior del cercano santuario.

Así las cosas, los asistentes permanecieron en un silencio absoluto. Hasta ellos únicamente llegaba el sonido del viento, el del fuego de los pebeteros al moverse y enriquecerse con el soplo de aquel, el de los gallardetes y banderolas mecidas por la fuerte brisa, y el de los graznidos de las gaviotas.

Al cabo de unos instantes, se oyó también el llanto de un niño y los susurros que pretendían apaciguarlo.

Los asistentes se pusieron de puntillas, asomándose por encima de los vecinos hombros para ver mejor cómo el asistente caminaba con un bebé en brazos, llegaba hasta el altar mayor y se lo entregaba, circunspecto, al sumo sacerdote.

Enseguida, arrojaron más leña al fuego, cuya intensidad creció de inmediato.

El bebé, de apenas seis meses de vida, fue colocado sobre una losa de piedra pulida y auscultado para comprobar su idoneidad para la sagrada liturgia.

El sumo sacerdote sonrió satisfecho. Acarició dulcemente al niño para tranquilizarlo y le susurró al oído con afecto:

—Tal cual venimos a la vida, por la voluntad de Melkart volvemos a su seno como un acto natural de sus hijos que le agradecen su existencia.

Tras ello, el oficiante tomó una redoma de cristal tallado y le dio a beber su contenido al niño, que así se serenó al instante.

—¡Oh, tú, hijo del hombre y la mujer! ¡Oh, tú, que has nacido por deseo del Dador de la vida! —rezó el sumo sacerdote mientras alzaba al bebé hacia el cielo azul, por encima de su cabeza, y lo mostraba a los feligreses—. Los portadores de la semilla te glorificamos para que seas mensajero de nuestra gratitud a Melkart, y le ruegues la permanencia en el eterno vínculo.

—¡Gracias, hijo del yacer y el germinar del hombre y la mujer! —entonaron los presentes al acto—. Ve presto a reunirte con Melkart y sé dichoso junto a él, por toda la eternidad.

El sumo sacerdote, un hombre flaco y muy mayor, mantuvo al niño sobre su cabeza durante unos instantes, pese al enorme esfuerzo físico que ello le suponía, hasta comprobar que casi no se movía. Entonces, lo bajó con delicadeza y lo miró con ternura. Besó su frente y los cerrados ojitos. Besó con ternura la piel sobre el corazón y, por último, depositó dos cariñosos besos en ambos piececitos.

Los sacerdotes auxiliares soplaron unos hermosos cuernos de oro y tañeron después campanitas doradas. Todos los feligreses se arrodillaron de nuevo.

El oficiante colocó al niño sobre un pedestal y derramó óleos sagrados sobre su cuerpecillo sosegado. Lo acarició tiernamente, un instante apenas, y lo posó en el pebetero donde ardía el intenso fuego.

—Tuyos somos, somos tuyos… —rezó con voz emocionada el sacerdote mientras las llamas consumían el cuerpo del niño, y una blanca columna de humo ascendía vertical, sosegada e invariablemente, pues el viento se acababa de detener totalmente como por obra del cielo.

11

Con las primeras luces, Amílcar Barca se embarcó en una pentera[34] en el puerto de Iboshim y junto a otra nave, esta al mando de Asdrúbal el Bello, navegó hacia Magón[35] para realizar una inspección y acantonar tropas nuevas. Debía hacerlo, pues los griegos de Massilia y Emporion rondaban la isla para establecerse en ella.

Poco después de su partida, Aníbal, su hermano menor y su amigo Maharbal, el primogénito de Himilcón, que era comandante de la caballería, también salieron de la ciudadela de Iboshim.

Como en ocasiones precedentes, habían bordeado la fábrica de ánforas cocidas para la exportación, deambulado por las callejuelas de casas bajas y encaladas y, por último, habían salido de la muralla a través de un hueco cubierto por la maleza, que ellos habían descubierto durante sus correrías.

Los dos mozalbetes y el niño caminaron hasta el cercano poblado de los indígenas baleares, donde vivía su amigo Ahusa. Querían recorrer los alrededores y que les siguieran enseñando a utilizar la honda.[36]

—Por Baal, ¿por qué has traído al estorbo de tu hermano pequeño? —le recriminaba Maharbal a Aníbal, ante la tranquila mirada de Asdrúbal Barca.

—No he tenido más remedio.

—¿Ah, no?

—Amenazó con llorar y escandalizar si no le traíamos —contestó Aníbal mientras Asdrúbal sonreía satisfecho, asentía en silencio y recibía por ello miradas de odio por parte de Maharbal.

—Eres un romano sarnoso —le espetó este haciendo una mueca.

—Yo quiero estar con mi hermano —contestó, impasible y sonriente, Asdrúbal.

Aníbal se encogió de hombros y comentó:

—Si se quedaba, este chacal me habría acusado a mi madre, y no habríamos podido salir.

—Solo es un estorbo.

—Me ha jurado por Baal que obedecerá y no ocasionará problemas —le indicó Aníbal.

Al cabo de un rato, se encontraron con Ahusa y dos de sus hermanos mayores, y todos salieron de acampada.

El infantil grupo deambuló por los cercanos campos de labranza persiguiendo conejos con un perro, tirando piedras con las hondas y saltando cercas.

—Hemos descubierto un tesoro —les contó uno de los baleares, aburrido de la faena.

—¿Qué es? —preguntaron a coro los cartagineses.

—¡Cállate, charlatán, que hablas más que una mujer! —ladró el hermano mayor—. ¡Cállate, que eres más hablador que una vieja chismosa que no sabe guardar un secreto!

Aníbal lo miró con su hipnótica mirada y dijo a los baleares:

—No deseo riquezas que considero vuestras… Pero si el tesoro es un arma o algo para vivir una aventura que anime la rutina diaria, me sentiría muy honrado por vuestra confianza y, por ello, sabría recompensarla.

Las palabras de Aníbal, lejos de apaciguar los ánimos, hicieron que los dos baleares comenzaran a regañar de nuevo.

—Son los restos de una pentera púnica —confesó Ahusa que deseaba contárselo a Aníbal, por quien sentía devoción.

—¡Una nave naufragada! —exclamó Maharbal, emocionado.

—Eso es —confesó el hermano mediano, también deseoso de estar a bien con los cartagineses.

—¡Cállate tú también, imbécil! —insistió el mayor, mientras cogía un palo del suelo y lo blandía amenazadoramente.

—La galera está cerca de aquí, en la playa de una caleta —reveló el hermano mediano.

Los dos baleares mayores comenzaron otra discusión porque el mayor no quería revelar la ubicación del naufragio. Después de los gritos y discusiones de rigor, Aníbal logró que la pelea acabara, y los seis chicos, junto con el perro, marcharon hacia la caleta.

Llevaban un rato caminando y lanzando piedras, cuando Asdrúbal, asustado por alejarse tanto, dijo con voz llorosa:

—Aníbal, vámonos a casa o tendremos problemas con padre.

—Te lo dije —protestó Maharbal, enfadado, mientras lanzaba una piedra con su honda contra un grajo—. Tu hermano solo traería problemas.

—Bueno… —balbuceó Aníbal.

—Anda, cara bonita, vuélvete tú solito a tu casita, nenita cobardica y llorona —le soltó con crueldad Maharbal—. Y deja a los mayores que sigan con sus cosas.

Asdrúbal comenzó a lloriquear más fuerte y los demás pusieron los ojos en blanco, soltando imprecaciones para amedrentar al pequeño cartaginés y hacerse los mayores.

Aníbal lo apartó y le habló con firmeza:

—Hermano, en la vida tenemos que asumir nuestros actos porque somos responsables y un producto de los mismos… —Asdrúbal, que adoraba a su hermano mayor, asintió en silencio dejando de llorar—. Estamos inmersos en una aventura y no se debe retroceder… No podemos parecer cobardes ante los baleares, ¿comprendes? —El menor de los hermanos Barca asintió con la cabeza—. Algún día dirigiremos ejércitos, como padre, y los soldados, entre los que habrá honderos

baleares, deberán respetarnos y obedecernos… Nadie sigue a un cobarde.

—Es que… —balbuceó Asdrúbal, apurado.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Aníbal con cariño—. ¿Tienes miedo por la aventura en sí misma o porque pueda sucedernos algo malo?

Ante el planteamiento de la cuestión, Asdrúbal dudó antes de replicar:

—Padre se va a enfadar… Y madre, que no sabe dónde estamos, se va a morir del disgusto si nos pasa algo —confesó sinceramente el pequeño, ya que no deseaba hacer sufrir a sus padres a los que amaba intensamente.

Aníbal, que conocía a su hermano y sabía que no era cobarde sino considerado con sus padres, sonrió con ternura y le contestó:

—Dejaremos un rastro fácil de seguir por Naybeth y los jinetes númidas[37] de padre… Eso te tranquiliza, ¿no?

Asdrúbal asintió sonriendo, aunque no se quedaba demasiado conforme.

—¿Se le ha pasado ya el miedo a la nenita, va a dejar de hacer pucheritos, podemos continuar la aventura, cuerpo de Melkart? —inquirió Maharbal, para hacerse el gracioso.

Aníbal le dirigió una silenciosa mirada a su amigo, tan significativa, que este se disculpó de inmediato y dejó de incordiar a Asdrúbal.

12

Los mozalbetes atravesaron campos de cultivo, delimitados por cercas de piedra de escasa altura, donde verdeaban el trigo y la cebada que se mecían al viento, y en los que la nota de color discordante la proporcionaban centenares de hermosas amapolas que crecían entre ellos sin orden ni concierto. Los dejaron atrás, adentrándose en un bosquecillo de pinos mediterráneos y matorrales.

En un claro de la espesura, junto a unas charcas de agua limpia, pararon para tomar un refrigerio. Sus zurrones descargaron poco. Algo de pan, queso y unos higos. Pero la excelente puntería de los honderos baleares unieron, a tan magras vituallas, las exquisitas mollas de dos lagartos gordos cuyas blancas carnes fueron asadas en las brasas hechas con unas ramas.

Después de almorzar, beber y descansar, los chicos rellenaron las cantimploras y siguieron los decididos pasos del hermano mayor de Ahusa. Recorrieron el final del bosque por un sendero bordeado de helechos y, en breve tiempo, salieron de la fronda viniendo a dar en lo alto de un escarpado acantilado, en cuya plana cresta se elevaban una naveta y un talayote[38] de piedra.

Sin tomar precauciones, como es natural, el grupo infantil se lanzó a la carrera hasta el borde del precipicio, se tumbó en la hierba y asomó la cabeza para observar el bravío mar.

—¡Fijaos cómo rompen las olas contra las piedras! —chilló, entusiasmado, Ahusa —. No creo que haya nada tan poderoso en el mundo.

Maharbal, fascinado por la fuerza y el ruido de las olas, pero cautivo de su orgullo y necesidad de recordar que los cartagineses eran superiores, replicó:

—Si contemplaras el fragor de un escuadrón de elefantes de guerra a galope tendido te quedarías sin aliento… Eso sí que es poder… El poder de Kart Hadasht… Y el ruido del mar te parecería algo nimio.

—¿Qué son elefantes de guerra? —inquirió Ahusa, desilusionado, como sus hermanos, por las palabras del cartaginés.

—Unos animales mucho más grandes y poderosos que los caballos, sobre cuyos lomos se fijan cestas de mimbre y madera en las que soldados con corazas lanzan flechas y lanzas al enemigo —les explicó Maharbal, con un tono arrogante que desagradó profundamente a Aníbal.

Los chicos baleares se quedaron impresionados, intentando imaginar cómo serían aquellas fabulosas bestias capaces de hacer más ruido que el acantilado.

Aníbal le dirigió a Maharbal un gesto recriminando su engreimiento. Acto seguido, reconoció con humildad:

—Pues yo no había contemplado un acantilado tan abrupto, ni un mar tan bravío y poderoso, ni uno que fuera capaz de producir un ruido tan sobrecogedor como el vuestro… Sin duda alguna, debe ser obra de los dioses inmortales.

Los hermanos baleares sonrieron satisfechos y, señalando hacia las construcciones megalíticas, uno de ellos explicó en tono didáctico:

—Dentro de esa naveta, construida por los gigantes hace muchos años, estaban enterrados con sus tesoros y armas los régulos de los baleares.

—Pero unos ladrones se llevaron los restos mortales, las joyas, las armas… Desde entonces —intervino Ahusa, poniendo voz misteriosa para asustar a los demás—, inquietos y contrariados, los espíritus de los muertos se fundieron con las olas del mar, y golpean las rocas exigiendo a los vivos que devuelvan sus cadáveres, sus armas y sus joyas.

—¿Y los espíritus están siempre por aquí? —se interesó Asdrúbal, inquieto.

—Sí, porque no podrán descansar en paz en la ultra vida del submundo tenebroso hasta que recuperen sus cuerpos y sus riquezas —contestó el hermano mayor con voz cavernosa, intentando atemorizar al pequeño de los Barca, como venganza por la altanería cartaginesa.

—¿Y le hacen algo a los vivos? —volvió a preguntar Asdrúbal, cada vez más asustado.

—Si los espíritus te encuentran aquí o en la playa, cuando se ponga el sol y las tinieblas se apoderen del cielo… —respondió el balear—, te cogerán, te sacarán los intestinos y los ojos… Te arrastrarán hasta el mar y te convertirán en un espíritu maligno como ellos.

Asdrúbal abrió mucho los ojos, contuvo la respiración, se aguantó las tremendas ganas de orinar que tenía, y dio un respingo cuando un grupo de nubes ocultó el sol que ya iniciaba su ocaso.

—Por eso, cuando se pone el sol, y ya no falta mucho, los espíritus malignos salen del mar y buscan a los vivos. Cuantos más vivos atrapan y arrastran hasta el mar, más poderosas son las olas —aseguró el hermano mayor, dirigiéndose a un pálido y silencioso Maharbal—. Seguro que más poderosas y terribles que esos animales que llamáis elefantes…

Los chicos se quedaron sobrecogidos, rodeados por un angustioso silencio que solo estaba acompañado por el lejano fragor del acantilado y por el ruido que producía la orina de Asdrúbal la cual, liberada por el terror que sentía, caía sin retención posible desde su taparrabos de algodón hasta las piedras del suelo.

—El cartaginés pequeño se lo está haciendo encima por miedo a los espíritus malignos… —se burló el mediano de los baleares.

Aníbal reaccionó de inmediato y le soltó al burlador un tremendo puñetazo en la parte trasera de la cabeza. El impacto fue tan violento que hizo caer al muchacho al suelo.

—¡Hijo de una perra sarnosa! ¿Por qué me tratas así? —chilló protestando el

balear, tocándose el cogote desde el suelo, pues no se atrevía a incorporarse al observar cómo el hijo mayor de Amílcar Barca posaba una mano sobre la empuñadura de su imponente daga.

Ahusa, que había escalado a lo alto del talayote, bajó de tres saltos y se interpuso, sin decir nada, entre su hermano y Aníbal.

—Te mereces el castigo del cartaginés —le recriminó el hermano mayor, sonriendo, al que estaba en el suelo—. La próxima vez no les des gusto en todo lo que exijan. Yo los conozco, y por ello, no quería traerles aquí, hasta nuestro tesoro…

El que permanecía tirado refunfuñó algo ininteligible y comenzó a levantarse con actitud sumisa.

—Ellos son los amos en nuestra tierra y si lo que hacemos o decimos no les gusta, nos castigan con severidad —prosiguió con resentimiento el hermano mayor—. ¿Recordáis la crucifixión de dos desertores de nuestra aldea, por parte de las autoridades púnicas?… Fue algo terrible… Nunca pensé que se podría sufrir tanto clavado a una cruz…

Aníbal dirigió una turbadora mirada que el balear no pudo sostener. Por ello, este se calló de inmediato bajando la vista hacia sus pies.

Maharbal sintió el fresco viento del final del invierno. Miró el cielo, la situación del sol y comprobó que se hacía tarde. Por ello, y pensando en los espíritus malignos del acantilado, comentó:

—Aníbal, pronto anochecerá… Si no quieres que tu padre se enfade, hay que regresar ya y llevar a tu hermano junto a tu madre.

Aníbal lo miró sin responder, en tanto Asdrúbal imploraba en silencio a Tanit para que su hermano aceptara; arrepentido por haberse embarcado en tan desventurada andanza.

—Yo no vuelvo a casa —dijo el mayor de los baleares—. Ni tengo miedo a mis padres, a los que poco importa si no regreso… Ni temo a los espíritus malignos.

Aníbal, para soslayar la implícita acusación de cobardía, preguntó:

—¿Cómo no les va a importar a tus padres que no vuelvas?

El muchacho lo miró con envidia y contestó con aspereza:

—En casa somos pobres y cuantas menos bocas haya para comer mejor… Y así será mientras aportemos tan poco al condumio familiar… —Tan sincera como dura declaración produjo el silencio entre los allí presentes—. Lo dicho… Como soy casi un hombre —insistió con sus escasos trece años—, pasaré la noche en la caleta junto a la galera naufragada por la impericia de los cartagineses.

Maharbal y Asdrúbal miraron a Aníbal, temiendo la respuesta que se produjo al momento.

—Tienes razón, Maharbal, debes regresar con Asdrúbal a Iboshim.

Los dos lo miraron desolados y argumentaron que no podían regresar sin el primogénito del gobernador Amílcar.

Este les apartó un poco y les habló en púnico para que los baleares no le

entendieran.

—Muchachos, ni quiero quedar como un cobarde delante de esos incivilizados, ni tengo miedo de pasar la noche aquí…

—Pero ¿y los espíritus malignos?… —le preguntó, asustado y lloroso, Asdrúbal.

—No me preocupan.

—Creo que exageras —subrayó Maharbal.

—En absoluto.

—Todos respetamos a los espíritus y nos espantan los muertos, ¿no? —insistió Maharbal, que torció el gesto.

—Yo solo temo a los vivos porque los muertos poco mal pueden hacer —replicó Aníbal, haciéndose el valiente.

Ante el silencio resignado de sus dos compatriotas, preguntó a los baleares en su lengua indígena

—¿Seguimos camino hacia la caleta misteriosa de la galera naufragada?

13

La noticia de la sublevación de los mercenarios contra Cartago,[39] al volver de la guerra de Sicilia, llegó hasta el centro financiero de Gadir, e hizo que se ralentizaran y se pospusieran muchas operaciones.

—Pero ¿qué ha sucedido? —preguntaron los inquietos financieros desde sus mesas de cambio y bancos, dispuestos en el patio del templo de Melkart.

Un empresario cartaginés narró lo acontecido y explicó cómo el general Giscón, siguiendo órdenes del Senado cartaginés, había llevado desde Sicilia hasta un lugar cercano a Cartago a veinte mil mercenarios. Allí los había acantonado para pagarles y licenciarles, pero el sufeta Hannón optó por entregarles menos plata para poder abonar a Roma la indemnización pactada.

—Y los mercenarios se han rebelado, ¿no? —comentó Kharbaal, sombrío, ya que conocía sobradamente la reacción de los soldados de fortuna cuando no cobraban lo estipulado.

El empresario cartaginés volvió a tomar la palabra.

—Hubo un principio de acuerdo entre el general Giscón y los soldados, que le conocían y respetaban tras pasar a sus órdenes años de campaña militar en Sicilia, contra los romanos.

—Entonces, ¿qué pasó? —preguntó un banquero.

—Dos esclavos del Estado huidos de las minas, Mato y Espendio, temiendo represalias por parte de las autoridades, consiguieron unirse a los mercenarios, se hicieron pasar por hoplitas deseosos de cobrar y tomaron el mando. De inmediato, se negaron a pactar e incitaron a la tropa al motín.

—Bien, pues con no atender sus peticiones asunto resuelto —comentó Baalbo, displicente.

—Mato y Espendio hicieron prisioneros a Giscón y sus oficiales —explicó el empresario cartaginés, que hizo un gesto de disgusto.

—¡Qué canallas! —protestó otro banquero.

—¿Qué ha decidido el Senado? —preguntó Himílcar, pensando inmediatamente en Amílcar.

—Ha otorgado todos los poderes militares al sufeta Hannón, y este ha reclutado un ejército para atacar y reducir a los sublevados.

—Qué injusticia se comete con el mejor hombre de Kart Hadasht, Amílcar Barca, y cuánto daño irreparable se hace de esta manera a la República —se lamentó Himílcar.

—¿Qué será de nuestra patria en las inexpertas manos de Hannón, mientras

nuestro mejor talento militar está olvidado y arrinconado en Iboshim? —protestó Kharbaal, ante la instantánea aprobación de muchos de los presentes.

Tras el revuelo y la alarma entre los cambistas y los gestores financieros, Baalbo se reunió con Himílcar y su compañero.

—Hasta conocer el cargo y las funciones que el Senado de Cartago pueda otorgar al general Amílcar, si es que recurre a él y le nombra comandante en jefe, parece razonable y conveniente posponer nuestra negociación —les informó el gaditano.

—Explícate mejor —solicitó Himílcar, poniendo mala cara.

—Podría ser que si el Senado le concediera a Amílcar un determinado puesto, entonces podría suceder que ese nombramiento le obligara a abandonar sus planes de conquista de Isphanya…

—¿Y qué? —inquirió abruptamente Kharbaal.

—Pues que parece más lógico aguardar acontecimientos, ver su desarrollo antes que hacer proyectos que, probablemente, habría que abandonar sin poder llevarlos a buen término —respondió con tranquilidad Baalbo.

—¿Crees tú que le llamarán para ocupar un cargo relevante? —preguntó, esperanzado, Himílcar.

Baalbo sonrió y contestó a continuación:

—Sin duda, mi querido amigo, lo llamarán para dirigir la campaña militar. La guerra será peor de lo que suponen en Nueva Ciudad, y Hannón no está capacitado para derrotar a los mercenarios.

—Y, entonces, recurrirán a nuestro Amílcar para que enderece y arregle la situación.

—Eso mismo opinan mis contactos en el Senado de Nueva Ciudad, donde muchos miembros se arrepienten ahora por haber aprobado que se alejara a Amílcar Barca, el más capaz para librarlos de sus enemigos —les aclaró a los colaboradores del «León de Cartago»—. Por eso antes os proponía aguardar.

—Esa dilación será desesperante —protestó Kharbaal.

Baalbo rio y replicó con seguridad:

—No, porque os propongo un viaje de negocios tan fructífero para Amílcar como para nosotros tres.

Los cartagineses le interrogaron y el astuto gaditano se explicó por fin:

—En breve zarpará una expedición comercial, cuya dirección os confiaría a vosotros dos, para remontar el río Baitis[40] hasta Kart Iuba,[41] donde transbordará y navegará con destino Kastilo,[42] que es la capital de los oretanos.

—¿Qué tendríamos que hacer en Kastilo? —se interesó Kharbaal, ávido de aventuras y acción, ya que la perspectiva de esperar le espantaba.

—Tendréis que negociar la venta de una buena partida de cepas de olivo, y cambiarla por la plata que se extrae en las minas cercanas a esa ciudad —les explicó Baalbo.

—¿Es tan rentable esa transacción como para realizar un viaje tan largo y

peligroso?

—Sí, lo es. En la tierra de los oretanos[43] los olivos arraigan muy bien, crecen adecuadamente y, por ello, producen buen aceite y excelentes aceitunas. Esa explotación tan lucrativa anima a los propietarios a comprar muchas cepas, que pagan con abundante plata, y nosotros se las proporcionamos.

—¿Y qué sacaremos nosotros del viaje? —intervino ahora Himílcar.

—Una generosa comisión en metálico —contestó al instante el banquero gaditano.

—¿Y el beneficio de Amílcar?

—La información que traeréis del interior de Isphanya, sus ríos, sus tribus, las minas y la posibilidad de contratar mercenarios, que se antojan imprescindibles para derrotar a Mato y Espendio —precisó el gaditano.

—¿Qué ganas tú entregándonos el mando de la expedición y una comisión tan generosa? —preguntó Himílcar, desconfiado.

El financiero de Gadir sonrió, se acarició su voluminoso estómago, miró los anillados dedos y contestó con calma:

—Amílcar os ha enviado a por dinero… —Se aclaró la voz—. Yo prefiero ser prudente y esperar el desarrollo de lo que va a suceder…

—Pero ¿cómo quieres agradarle sin enemistarte con Hannón? —apuntó Himílcar con una sonrisa de inteligencia—. ¿Acaso estimas que podría ser provechoso enriquecer a sus emisarios?

—Sí, mientras desarrollen una actividad útil y lucrativa que no levante suspicacias dentro del Senado cartaginés —terminó Baalbo, sonriendo.

—Así cumples con todos sin disgustar a ninguno.

—Mi querido amigo, los negocios y la política deben ir de la mano; estar bien equilibrados para no fracasar en ninguno… —confesó el gaditano, esbozando una sonrisa de complicidad—. Quiero y respeto mucho al general Amílcar, y deseo fervientemente poder socorrerle…

—Pero está en Iboshim, lejos del centro de poder —precisó Himílcar—. Y en Kart Hadasht manda el sufeta Hannón, que puede necesitar tu plata para acabar con los amotinados…

—Eso también es posible, mi querido e inteligente amigo… —concedió el gaditano, sin mostrar mayor preocupación.

—Y si más adelante, Amílcar Barca, nombrado comandante supremo del ejército cartaginés, te pidiera dinero para terminar la guerra, tú podrías facilitárselo —remató Himílcar.

Baalbo miró al cartaginés, a quien conocía de tiempo atrás, y le ofreció:

—Himílcar, un hombre como tú, siendo mi mano derecha en Gadir, haría una fortuna incalculable.

—Es posible, mi apreciado Baalbo, pero… ¿para contratarme no deberías esperar también a conocer el futuro político del general Amílcar?

14

—¿Sabes dónde están tus hermanos? —le preguntó Asdrúbal a Sofonisba, la hija de Amílcar Barca, de la que estaba enamorado.

La hermosa joven conocía los sentimientos amorosos de este, pero no les había dado réplica porque, desconociendo los planes matrimoniales que pudiera tener preparados su padre para ella, no quería contravenir su voluntad.

—Sus esclavas y cuidadoras no les han vuelto a ver desde que amaneció —le explicó en voz queda, poniéndose muy colorada.

—Pues urge encontrarlos. Tu padre está como loco, buscándolos por todos los rincones de la fortaleza y sus cercanías, y no aparecen.

—General, mis hermanos pequeños no están aquí… Debes marcharte antes de que retorne mi madre de los baños —le pidió, bajando la mirada, mientras dos damas de compañía se ponían delante de la joven.

Asdrúbal, a quien apodaban el Bello por razones obvias, dejándose llevar por su amorosa pasión y, ante las risas de las muchachas, se atrevió a decir.

—Te obedezco, Sofonisba, y marcho ya… Que los dioses te guarden, oh, tú, cuya belleza, lozanía y juventud envidia hasta la diosa Astarté… Quien pudiera ser…

—Asdrúbal el Bello, yo te imploro silencio, que no blasfemes más y que te retires al pronto… Te lo suplico. Vete antes de que regrese mi madre y me comprometas más de lo que ya estoy —le cortó la joven, turbada aunque halagada, entre las risitas y comentarios de sus doncellas.

—¡Niña, apresúrate, está llegando tu madre! —exclamó una esclava negra, entrando en la habitación.

Sofonisba miró aterrorizada a Asdrúbal, y este preguntó:

—¿Está muy cerca?

—Sí, bastante —contestó la doncella.

—Saldré al pasillo y me quedaré al otro lado de la puerta de tus aposentos como si estuviera llamando —propuso Asdrúbal, ante la mirada de alivio de su amada.

No llevaba ni unos segundos golpeando la puerta, cuando apareció Sapaníbal, la esposa de Amílcar Barca, acompañada por sus asistentes.

—¿Qué le trae al amigo y compañero de armas de mi esposo hasta la puerta de los aposentos de mi hija? —preguntó con sorna.

Asdrúbal hizo una ostentosa reverencia antes de responder.

—Mi señora Sapaníbal, no aparecen tus hijos Asdrúbal y Aníbal.

La mujer le miró fijamente a los ojos antes de contestar:

—Nada nuevo me revelas.

El general torció el gesto antes de subrayar:

—Señora, apremia sobremanera que aparezcan.

Sapaníbal suspiró profundamente.

—Claro, hijo de Cartago, en eso estamos plenamente de acuerdo… Y tú los estás buscando aquí, en los aposentos de su núbil hermana, cuando se ha puesto el sol tras el horizonte, ¿no?

—Toda pesquisa y exploración son pocas —explicó el militar, poniendo cara y voz de preocupación.

—Pues deja de sufrir, bello Asdrúbal… —respondió Sapaníbal, sin poder encubrir la sonrisa que se le escapaba—. Ese comandante de los númidas… —añadió, como si hablara consigo misma.

—Naybeth… —completó él.

—Sí, ese mismo, ha informado de que sus rastreadores han localizado el paradero de los pequeños.

—¿Dónde? —quiso saber Asdrúbal, haciéndose el intranquilo.

La dama sonrió con socarronería y respondió:

—Estuvieron en el poblado de los baleares, y ahora los buscan por los cercanos campos donde estarán haciendo alguna de las suyas.

—Qué alivio siento.

—Cuánto me congratula tu consuelo; tanto como me emociona tu devoción hacia mis hijos —dijo Sapaníbal, sonriendo.

—Es que los quiero mucho… Son tantos años…

Sapaníbal, desde el abuso personal que le permitía su belleza imponente, así como el respeto que le debía su interlocutor, aprovechó para seguir disfrutando en el juego dialéctico en el que estaba enredando con humor a Asdrúbal.

—Es comprensible, mi dilecto amigo… Pero dime una cosa, ¿quieres más a mis hijos o a mis hijas?

—A todos por igual… Naturalmente —respondió él, azorado.

—Naturalmente —repitió la mujer, ladeando la cabeza, mientras se dibujaba en su boca una sutil sonrisa que aumentaba la belleza de su armonioso rostro.

Asdrúbal el Bello permaneció en silencio, devolviendo una sonrisa forzada.

—Bien, mi querida Sapaníbal, con tu venia marcho junto a tu esposo… —acertó a decir al cabo de un instante embarazoso—. Hay asuntos que precisan de mi inexcusable presencia.

Sapaníbal devolvió la reverencia de Asdrúbal, le sonrió de nuevo, y entró en las habitaciones de Sofonisba.

—Hija, acabo de encontrar al Bello intentando entrar en tus aposentos —le comentó.

—Pero no le hemos abierto porque ya se había puesto el sol, mi señora, y no era decoroso —respondió una de las doncellas.

Sapaníbal se sentó, aguantó la risa y observó a la joven etíope que había recitado la respuesta. Realizó un gesto casi imperceptible y, al momento, todas las muchachas

se levantaron y salieron de la estancia.

Cuando se quedaron solas madre e hija, aquella preguntó.

—Hija, ¿Asdrúbal ha venido otras veces a tus aposentos?

—No que yo recuerde… Salvo en compañía de padre, claro.

—Ah, claro, con tu padre… Una cuestión, mi querida hija, tú aprecias a Asdrúbal, ¿no es verdad?

—Ciertamente, madre.

—Es un hombre muy agradable, ¿no?

—Sí, mucho.

—Hija, de alguna manera… ¿tú te sientes atraída por Asdrúbal el Bello?

La joven, que acababa de cumplir catorce años y era doncella casadera, bajó la mirada poniéndose muy colorada y respondió quedamente:

—Siempre le he visto al lado de padre… Y es como un padre…

—Aunque más guapo… ¿no?

La hija no contestó, se puso más colorada aún y se encogió de hombros.

Sapaníbal sonrió con ternura y complicidad femenina.

—Y esta especie de padre, como tú le denominas, ¿te ha confesado sentimientos amorosos alguna vez?

—Nunca hemos estado solos sin mis damas —contestó la joven, mintiendo, ante la mirada divertida e incrédula de su madre.

—Sofonisba, debes saber que la diosa Tanit, aquí presente, será testigo de la sinceridad de tu respuesta… —le dijo Sapaníbal, señalando hacia la luna llena—. ¿Te ha hecho llegar Asdrúbal el Bello algún sentimiento de amor hacia ti?

La joven, sorprendida por su madre, como le ocurre más de una vez en su vida a todas las mujeres a lo largo de los tiempos, se puso muy pálida y contestó simplemente:

—Sí… Creo que sí.

—Concreta más, hija mía —insistió Sapaníbal.

—Creo que él me ama…

—¿Y tú le correspondes, mi querida hija?

La joven, cuya cara de nuevo parecía una enorme amapola, se encogió de hombros en tanto que su madre, como es habitual, insistía.

—¿Quieres expresar con tu silencio que él no te disgusta como hombre?

Sofonisba, roja ya como la púrpura, se encogió de hombros otra vez, aunque ahora asintió con la cabeza.

Su madre sonrió con ternura y le preguntó:

—¿Te gustaría que le diéramos a la casamentera el encargo para que arregle vuestra boda, y que para ello contacte con la familia de Asdrúbal el Bello?

Sofonisba miró a su madre con tranquilidad, y sin mucha emoción en la voz respondió:

—Yo haré lo que vosotros, padre y tú, dispongáis para mí.

Esa respuesta entristeció a Sapaníbal.

—Ya… Pero hija, ¿te haría o no te haría feliz contraer matrimonio con Asdrúbal Giscón y entrar a formar parte de su familia?

La joven reflexionó unos instantes. Después contestó de una manera correcta, intentando agradar a sus padres, como hacía siempre:

—Me produce felicidad complaceros y hacer lo que vosotros consideréis más oportuno para mí y para nuestra grey.

Sapaníbal pensó que la alianza matrimonial con la familia Giscón, una de las más nobles e importantes de Cartago, era de gran utilidad para los Barca. Asintió con la cabeza, se levantó de la silla y no dijo nada más.

15

Sapaníbal bajó al salón de audiencias para hablar con su esposo, pero no pudo porque Amílcar estaba reunido con Asdrúbal, Himilcón y Naybeth.

—Himilcón, hasta mi vuelta ostentarás el mando en Iboshim… Y no te preocupes, traeré sano y salvo a tu hijo Maharbal —aseguraba el anfitrión.

—Gracias, mi general —respondió el aludido con voz emocionada.[44]

Esa declaración sorprendió a Sapaníbal en un rincón, donde permanecía en silencio para no interrumpir a los hombres, produciéndole una gran desazón.

—Naybeth, equipa cincuenta hombres con caballos y que estén en el muelle preparados para embarcar en dos hippos.[45] En cuanto rompa el alba, zarparemos… —El comandante númida se golpeó el pecho y salió con rapidez—. Asdrúbal… —continuó ordenando y organizando Amílcar—. Yo marcho a Isphanya para rescatar a los muchachos. Tú navega hasta Esparta, reúnete con Xantipo, y contrata mercenarios espartanos y griegos, los mejores.

—Sabes que no suelo contradecirte, pero ¿no crees que nos estamos precipitando? —argumentó Asdrúbal el Bello, torciendo el gesto—. Vamos a comprometer en esta acción nuestros capitales monetarios personales.

—Mi querido amigo. Tenemos que anticiparnos. La derrota sufrida por Hannón a manos de Mato ha sublevado una ciudad cartaginesa cercana a la capital, y tres tribus númidas se le han unido —le explicó Amílcar con pronunciado ceño, mostrándole el último informe recibido.

—Entonces, el Senado no tardará en llamarnos para otorgarnos el mando de un ejército —concluyó Asdrúbal Giscón.

—Y precisaremos soldados propios, aparte de los que nos entregue la República.

—Estoy de acuerdo, pero para contratar mercenarios en Esparta necesitaré cartas de crédito que se conviertan en oro y plata —precisó el Bello.

—Marcha raudo a Gadir, donde están Kharbaal e Himílcar negociando con Baalbo, y obtén cartas de crédito para ir a Grecia

—Demasiado tarde. Un emisario me ha informado de que estaban a punto de navegar hacia Kastilo, en el interior de Isphanya, remontando un gran río que hay en dicho territorio.

Amílcar contrajo el rostro por la contrariedad y dando una patada a una silla, gritó:

—¡Baalbo, maldito banquero miserable que Melkart se te lleve presto a los infiernos del inframundo! ¡Avaro diplomático que, para no enemistarse con el sufeta Hannón, les ha negado dinero a los nuestros y esa negativa seguro que les obliga a

viajar hasta esa tal Kastilo para conseguirlo!

Asdrúbal escuchó a su amigo pensando una solución.

—Podría ir a Siracusa, con las joyas familiares, y reunirme con Hierón el tirano… —Se aclaró la garganta antes de continuar—: Es posible que me dé dinero o recomendaciones para que los griegos me acojan y atiendan.

—Las joyas serán insuficientes ante un usurero como Hierón, que fue aliado de Roma durante la guerra —argumentó Amílcar con pesar—, aunque ahora tema que su antigua aliada le termine devorando… Loba insaciable.

—Una vez más, creo que tienes razón… Vete a rescatar a los muchachos y yo marcharé hasta Kastilo, donde recogeré a nuestros amigos y la plata que obtengamos. Después, todos regresaremos a Iboshim y decidimos el viaje y la estrategia a seguir: o a Siracusa o a Esparta —propuso Asdrúbal con sensatez.

Cuando Amílcar se quedó solo, Sapaníbal salió de su rincón.

—Esposo mío, ¿dónde están nuestros hijos?

Amílcar observó el atormentado rostro de su mujer, y contestó:

—Creemos que unos piratas, procedentes de las costas de Deniu y Arse,[46] los tomaron como rehenes en una cala cercana al poblado balear.

Ella se sobresaltó al oír a su esposo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Embarcar tan pronto como amanezca —contestó, lacónico, Amílcar.

—¿Qué les harán esos bandidos? —preguntó, acongojada, Sapaníbal.

—Nada malo, mi señora. Los piratas iberos toman prisioneros para pedir rescate en armas o en monedas. Ya hemos negociado con esa gente en ocasiones anteriores —le explicó, suavizando la gravedad del caso.

—¿Estás seguro de ello, esposo mío? —insistió ella, notando un nudo en la garganta.

—Tanto como que nuestro señor Melkart es el dador de la vida…

El matrimonio se abrazó y así, en un silencioso apretón de cuerpo contra cuerpo, estuvo un momento intenso de emociones.

—Habrá que atar más corto a Aníbal —resumió Amílcar con voz de enfado, al cabo de ese instante.

—Y a Sofonisba… —respondió ella, ahora con una tímida sonrisa en los labios.

—¿Qué le pasa a la niña? —inquirió Amílcar, que idolatraba a su hija.

—Pues que tiene catorce años, es casi una mujer y el amor la ronda…

—Pero cómo, ¿quién se atreve? Dime quién es el bellaco y morirá crucificado al instante —protestó Amílcar.

—Bellaco no… Más bien bello…

—No te entiendo. Habla más claro, mujer. ¿Qué sabes tú que yo ignoro? —inquirió con fiereza el caudillo cartaginés, quien como a cualquier padre le irritaba sobremanera que se tramara algo sobre el futuro amoroso de una hija a sus espaldas, o que ese fuera ya irremediable.

—Asdrúbal el Bello está enamorado de nuestra hija —le explicó Sapaníbal, soltando un suspiro.

—¡Cuerpo místico de Tanit! Mi Asdrúbal enamorado de la niña… ¿Quién te lo ha dicho? Dime cómo lo sabes.

—Nadie me lo ha dicho ni confesado; pero lo sé. No olvides que las mujeres, con una simple ojeada, vemos cosas que los hombres no apreciarían aunque estuvieran mirando cien años con todo esmero.

Amílcar Barca sonrió mientras se acariciaba la barba y, como suelen hacer los hombres, comenzó a pensar en las ventajas prácticas del enlace.

Al cabo de un momento preguntó:

—No habrán estado juntos y a solas, ¿verdad? La tradición fenicia…

—Mi esposo y señor —le interrumpió Sapaníbal con sorna y una dulce sonrisa—, debes convenir conmigo que ya no vivimos en los tiempos de nuestros padres. Los jóvenes de ahora van más deprisa de lo que fuimos nosotros; tienen sus usos y sus respetos…

Amílcar gruñó e intentó protestar dando voces, como era su costumbre, pero su mujer le puso la mano sobre la boca con dulzura y firmeza, mientras disponía lo siguiente:

—Esposo, rescata a nuestros pequeños, Aníbal y Asdrúbal, y tráelos a casa sanos y salvos… Yo, entretanto, hablaré con la casamentera para que se comunique con la matrona de la familia Giscón y con su cabeza de familia. Quiero que vaya acordando los términos y condiciones para que vengan a pedirte oficialmente la mano de la niña…

16

—¡General, aquí arriba! —gritó un soldado desde lo alto del acantilado de los Antiguos Espíritus, mostrando a un niño.

Amílcar miró hacia arriba e hizo señas para que bajaran hasta la playa. Unos minutos más tarde se encontraba en la arena con su hijo pequeño, Asdrúbal.

—¿Qué ha pasado, qué haces aquí solo, dónde están tu hermano y Maharbal?

El pequeño, que se había abrazado con todas sus fuerzas al cuello de su padre, lloraba en silencio sin poder hablar.

Amílcar Barca calmó la impaciencia que lo devoraba, le dio a su hijo unas palmadas en la espalda para tranquilizarle y aguardó.

—Vamos, Asdrúbal, que los soldados te están mirando —le dijo al cabo de un momento.

—Es que… Es que… Es que he pasado mucho miedo… —respondió el niño entre sollozos.

—¿Qué pasó, hijo, cuéntame? —preguntó su progenitor, dándole una bota con agua fresca.

El chiquillo bebió con ganas, se limpió la boca con el antebrazo y, más calmado ya, confesó:

—Tengo mucha hambre.

Su padre sonrió mientras uno de los jinetes le alcanzaba un trozo de pan con cecina de vaca. El niño comenzó a narrar lo sucedido, con la boca llena, mientras daba grandes bocados a la comida.

—Como somos de Kart Hadasht, mi hermano no quería quedar como un cobarde ante los baleares, y decidimos quedarnos aquí a dormir…

Su progenitor puso cara de no entender nada, mientras su hijo proseguía después de lanzar un gran suspiro.

—Fue para demostrarle a esos chulitos que no teníamos miedo de los espíritus que viven aquí por las noches… ¿Comprendes, padre?

—¿Y qué hacíais tan lejos de Iboshim, hijo? —le preguntó Amílcar, sonriendo.

—Salimos a jugar y a investigar el tesoro de esa pentera naufragada —relató Asdrúbal, señalando los restos de la galera, a cuyo lado estaba el cadáver de un niño —. Yo quería volver para no disgustaros, pero como ellos dijeron que se quedaban a dormir porque no tenían miedo de los espíritus, mi hermano dijo que nosotros tampoco porque éramos cartagineses.

—¿Y qué pasó? —le preguntó su padre, sonriendo con orgullo.

—Estuvimos jugando y explorando los alrededores. Cenamos y encendimos un gran fuego junto a la galera naufragada.

—A los hechos, Asdrúbal —le exigió su padre, arrugando el ceño.

—Ah, pues luego nos dormimos al lado de la hoguera contando estrellas, que no veas la cantidad de nombres de planetas y de estrellas que se sabe mi hermano Aníbal —le explicó el niño con admiración idólatra hacia el futuro caudillo cartaginés—. Cuando era de madrugada y dormíamos alrededor del fuego, unos hombres muy malos desembarcaron.

En ese momento llegó uno de los soldados y comentó:

—General, el muchacho balear está muerto. Alguien le ha partido el corazón de un mandoble.

Amílcar hizo un grave gesto afirmativo e invitó a su hijo a continuar.

—Pues los hombres malos desembarcaron de un barco parecido a nuestros hippos, y se vinieron a por nosotros… Entonces, mi hermano, que siempre duerme con un ojo abierto, me obligó a correr y a esconderme entre esas rocas grandes. Lo hizo para que pudiera avisaros cuando llegarais…

—¿Cómo sabía Aníbal que vendríamos? —se interesó su padre.

—Porque os fuimos dejando rastros fáciles de encontrar por los númidas.

—Ya… ¿Y qué pasó después?

—Que el hermano mayor de Ahusa, un chico con mal carácter, insultón y muy chulito, se enfrentó con los hombres malos, y estos lo mataron con una espada muy rara, así como doblada hacia arriba.

—Sería una falcata…[47] ¿Y después?

—Yo me subí a lo alto del acantilado. Los bandidos discutieron mucho entre ellos, dejaron algo en la playa y embarcaron llevándose a los amigos y a mi hermano… —terminó contando, entre sollozos, Asdrúbal—. No les he vuelto a ver… Y he pasado mucho frío, mucha hambre y mucho miedo… Y aunque no he visto a los espíritus malignos, los he oído gemir por las noches.

—A lo que el niño se refiere es a esto —le explicó un oficial a Amílcar, mostrando una tésera de bronce—. Mira, tiene el sello de Deniu y de Arse. Por tanto, o son edetanos[48] o viven en esas tierras.

—Lo han dejado para que sepamos dónde hay que ir a buscarlos y adónde hay que pagar el rescate —razonó Amílcar, arrugando la frente—. Rescate que en vez de oro va a ser de hierro.

—Padre… ¿qué le va a pasar a mi hermano?

—Nada, hijo mío, absolutamente nada.

Asdrúbal Barca se tranquilizó mientras su progenitor comenzaba a organizar la marcha.

—¡Ahora basta ya de charlas! Tú y tú, llevaos a mi hijo a caballo hasta Iboshim… Los demás, volvemos a los hippos y ponemos rumbo ahora mismo a las playas de Deniu.

Entretanto, la nave de Asdrúbal el Bello se separó de Amílcar en el acantilado de los espíritus, bordeó la isla de Iboshim y puso rumbo hacia las costas de Isphanya.

Tras dos días de cabotaje, Asdrúbal desembarcó en la bahía donde se asentaba Mastia, la capital de los mastienos, ciudad sobre la que él mismo fundaría, doce años más tarde,[49] la capital de los cartagineses en España, Cartagena, impresionado como quedó ante la estratégica situación y la espléndida geografía marítima de una bahía tan bien protegida por los altos acantilados.

17

Kharbaal e Himílcar acordaron las cláusulas del tratado comercial con Baalbo, lo sometieron al oráculo de Melkart, que fue favorable, y tras formalizarlo delante de un escribano-sacerdote del templo, que hacía funciones de testigo que prestaba fe pública a lo acordado, dejaron una copia en su registro de operaciones mercantiles y marítimas.

Baalbo puso a disposición de sus nuevos socios una embarcación perfecta para la navegación fluvial. Recién botada en las atarazanas gaditanas, su estructura se basaba en el hippo y contaba con una eslora de quince metros, siendo ancha y con un calado muy adecuado a la moderada profundidad de los ríos hispanos.

Himílcar, con ojo experto, estudió la perfecta curvatura de la roda de proa y la ordenada bodega que alojaba los tiestos de barro cocido que contenían las cepas de olivo. Por último, observó la cabina con su techo curvo de cañas embreadas situada junto al codaste, e hizo un gesto de aprobación a su socio y amigo Baalbo.

—Te aseguro —señaló el gaditano con orgullo—, que es una de las mejores gabarras que hay para remontar el río Baitis.

—Lástima que tengamos que cambiar a una barcaza en Kart Iuba.

—Congratúlate por ello, otras naves solo pueden navegar hasta Ilipa[50] —le explicó Baalbo.

—¡Muchas gracias, dioses inmortales! —exclamó Kharbaal, aunque sin mucho afán, pues aborrecía todo lo náutico.

—¡Nave lista para zarpar! ¡El viento favorece, las aguas lo permiten, y a Melkart le place! —gritó un marino, recitando la ritual fórmula fenicia.

—Adiós, amigos, que el sagrado navegante os acompañe, que lleguéis a vuestro destino y que volváis con bien del mismo —les dijo Baalbo, bajando por la escala hasta el muelle de piedra.

Cayó el tablón al malecón, se desplegó la cuadrada vela y los remos de ambas bordas empujaron la embarcación hacia el mar abierto.

Como era habitual en el puerto de Gadir, la actividad era constante y docenas de embarcaciones entraban y salían de su ensenada. Por ello, se deslizaron con precaución por el canal que dividía la isla hasta salir al Atlántico.

Bordearon su amurallado contorno en dirección noroeste, y pusieron así rumbo hacia el profundo golfo donde desembocaba el río Baitis.[51]

—Kharbaal, mira qué bello es el edificio del Senado de Gadir —comentó Himílcar, señalando hacia un encalado edificio, de proporciones notables, que presentaba una falsa cúpula de tejas esmaltadas en color azul y en color crema, que se

alternaban, y resplandecían de una manera espléndida.

—Precioso, precioso… —contestó el interpelado, luchando contra el mareo que le sobrevenía.

La nave terminó de bordear la ciudad en cuyo extremo norte se levantaba un pequeño templo dedicado a los dioses marinos.

—Sobre ese templete se enciende un fuego nocturno que orienta las barcas de las almadrabas donde se pesca el atún.

—Qué interesante —dijo Kharbaal, con el rostro verdoso y a punto de vomitar.

Mientras, Aníbal y el resto de los muchachos prisioneros convivían en una recóndita caleta cerca de Deniu con sus captores, donde aquel se estaba negando a realizar las faenas que les imponían a él y a Maharbal.

—Estás demasiado seguro de que tu padre vendrá a buscarte —le espetó, en un griego mal pronunciado, uno de los piratas.

—Mi padre es Amílcar Barca, gobernador de las islas donde me atrapasteis, y como arribará en breve, no pienso trabajar como un criado —replicó Aníbal, sentándose sobre un peñasco que dominaba la guarida.

—¡Quien no trabaja no come! —le gritó el pirata, un tipo delgado, mal encarado y gruñón—. Esa es la ley de Arse, mi ciudad —añadió con arrogancia.

Aníbal se quedó mirando al saguntino de los cabellos y ojos negros como la noche. Observó después la falcata que pendía de su cintura y no respondió.

El jefe de los piratas, un griego desertor de las tropas mercenarias de Siracusa, se acercó y le dijo en voz baja:

—Muchacho, eres valiente pero estás lejos de casa y aquí careces de protección. Te conviene hacer lo que te ordena el de Zakynthos.[52] Es un hombre peligroso que odia a los tuyos porque le crucificaron a un hermano en la guerra de Sicilia.

—Tú eres el jefe, mándale que me dé comida y que me libere del trabajo físico.

—Muchacho, aquí en Iberia las cosas no funcionan así… —le explicó el griego, sonriendo—. Soy el jefe para dirigir operaciones, para repartir el botín y, sobre todo, mientras ellos quieran. Sométete y te daré trabajos livianos, porque no me enfrentaré a mis hombres por ti… —Aníbal dudó unos instantes—. ¿Por qué te obstinas todavía?

—Quiero marcar distancias porque soy el hijo de quien mantuvo a raya a los romanos en Sicilia.

—No te confundas, hijo de Amílcar Barca… —le previno el griego, que torció el gesto—. Ahora solo eres un chico indefenso cuya vida está en nuestras manos. Hazme caso. No te compliques la existencia, haz lo que te digo y vive para contárselo algún día a tu padre… No hay nada deshonroso en ello.

Pero Aníbal decidió tensar un poco más la situación para ver qué pasaba.

—¡Edetano! —le espetó al saguntino, resentido—. No pienso trabajar para ti. Y te prevengo, si enfermo, desmerezco o muero por falta de comida o de cuidados, mi padre no os dará oro sino hierro en abundancia.

El de Arse se enderezó como si le hubiera tocado un rayo. Le dedicó una feroz mirada de odio y contestó con tranquilidad mientras se levantaba perezosamente.

—Entonces, no perdamos el tiempo. Como no voy a recibir plata, te violaré por el culo y por la boca para desahogarme y pasar un buen rato, como hacíamos con los niños durante la guerra de Sicilia. Después, convertiré tu piel en un saco para llevar mis cosas.

El joven cartaginés se sobresaltó, pues no esperaba ese tipo de respuesta, aunque intentó disimular la congoja que le dominaba.

—Si me tocas, mi padre te sacará los ojos y te crucificará…[53] Piénsalo bien. Amílcar te encontrará aunque te escondas en el mismísimo infierno —le advirtió Aníbal, intentando dar a su voz el timbre más enérgico y sosegado posible, aunque internamente temblaba.

El edetano recordó la horrible muerte de su hermano y sonrió de una manera más feroz aún. Desenvainó su falcata y se acercó hacia Aníbal.

—Para no ensuciarlo, no meteré mi miembro viril dentro de tu cuerpo impuro de perro malo. Simplemente, te mataré ahora mismo y me haré un saco con tu piel.

El jefe pirata se levantó y gritó conciliador:

—¡Alto ahí, edetano!, no pretendo querellar contigo ni con tus paisanos a quienes aprecio… Pero, reflexiona y no te dejes llevar por el temperamento. Ya casi tenemos ganada la plata cartaginesa y no debemos consentir que un niño bocazas nos haga perderla… —Los conciudadanos del edetano se quedaron quietos, esperando una solución, porque no deseaban perder el botín ni batirse—. Sobre todo porque este mocoso hará cuanto yo le ordene —continuó vociferando el jefe pirata, mientras se aproximaba a Aníbal y le arreaba un bofetón tan tremendo que lo tiraba al suelo.

El edetano siguió avanzando hacia Aníbal.

Así las cosas, el jefe pirata hizo una seña a dos contestanos[54] de la partida.

—¡Eh, tú, edetano! ¡Nosotros no estamos dispuestos a perder nuestra parte del botín por una cabezonada tuya! —le gritaron al saguntino malencarado—. Si te quieres vengar de los hijos de Cartago es cosa tuya, hazlo, pero no contra este muchacho que representa una ganancia segura.

—Ah, sí… ¿Y quién lo va a impedir? —preguntó el saguntino obcecado, blandiendo amenazador su falcata.

—¡Nosotros! —bramaron los otros en discordia, mientras se incorporaban y aprestaban falcatas y venablos para apoyar su postura.

—¿Vais a defender a este perro contra vuestros hermanos de armas? —inquirió el edetano, atónito.

Los contestanos replicaron tirando de hierro.

—Los hombres de Cartago no nos han hecho mal alguno —recordó uno, frunciendo el ceño.

—El padre del muchacho va a traer plata y queremos nuestra parte —arguyó el otro.

Los tres piratas que quedaban sin intervenir, también desertores griegos, se miraron y uno de ellos se explicó:

—Comprendemos tus ansias de venganza, pero no renunciaremos a nuestra recompensa. Nos hemos sacrificado para ir hasta la isla y capturar rehenes, los hemos encontrado y traído hasta aquí, y ahora hay que cobrar una gratificación por ello.

El edetano, muy serio y contrariado, consultó con la mirada a sus paisanos. Estos, sujetos a él por el obligatorio e ineludible vínculo de la devotio iberica,[55] contestaron:

—Nuestra fides[56] te pertenece… Si atacas, estamos obligados a luchar y defender tu vida hasta la muerte de cada uno de nosotros, pero conviene que los escuches.

18

La nave de Baalbo navegó con buen tiempo y sin incidentes hasta la desembocadura del Baitis. Una vez allí, sorteó el enorme delta que se estaba formando y daría lugar a las marismas actuales, y remontó el río, pasando junto al puerto de Kaura,[57] para alcanzar, a remo, Spali.[58]

La navegación por el ancho y caudaloso Baitis, transitado por numerosas embarcaciones, mostró la fertilidad y belleza de su campiña.

—¡Cuánta riqueza! —exclamó Kharbaal divisando campos de trigo y cebada, ordenados cultivos con frutales y olivos, y extensiones llenas de parras dobladas por el peso de las uvas.

—El río y este benéfico sol —comentó uno de los pilotos— son la fuente de esta abundancia… Y suaves inviernos en los que no falta la lluvia.

—¿Conoces bien estas tierras? —le preguntó Himílcar.

—Ya lo creo. Llevo media vida viajando entre Gadir y el reino oretano[59] de Kastilo.

—Entonces, lo sabrás todo de sus gentes, acerca de sus ríos, sus costumbres, cómo explotan los recursos… ¿no? —inquirió Himílcar, para poder informar a Amílcar Barca.

—Estuve casado con algunas mujeres iberas, fallecidas o raptadas por tribus rivales de la zona, y puedo decir que conozco a los iberos —confesó sin presunción el piloto gaditano, hombre poco hablador.

—Esto es lo más parecido al paraíso cananeo, ¿no? —le preguntó Kharbaal.

—Efectivamente, estos valles béticos son un regalo de Baal para sus moradores.

—¿Y quién explota tanta riqueza? —quiso saber Himílcar.

—Los turdetanos —les explicó—. Son los iberos más civilizados, cultos y ricos de Isphanya, porque tengo entendido que son descendientes de los tartesios.

—Esos eran los habitantes de aquel fabuloso reino de oro y plata… ¿Cómo se llamaba? —se interesó Himílcar.

—Los fenicios lo llamaron Tarshish y los griegos, Tartesos. Reino feraz y poderoso, se extendía desde estas tierras hasta los ríos Anas y Tagos,[60] llegando hasta Onuba…[61] —especificó el gaditano—. Su flota transportaba plata y metales hasta Fenicia, que después los hacía llegar hasta Babilonia y Asiria en caravanas.

—¿Cómo desapareció un reino tan rico?

—Pudo ser por una menor demanda de plata, por una catástrofe natural, o mediante alguna maldición de los dioses…

—¿Los turdetanos son buenos guerreros? —preguntó ahora Kharbaal.

—Según se mire. Algunos centenares fueron mercenarios en los ejércitos griegos y cartagineses de Sicilia —explicó el piloto—. Pero, en general, los régulos y terratenientes contratan mercenarios celtas y lusitanos del norte.

—¿Qué otras riquezas explotan los turdetanos? —preguntó Himílcar, observando un gran rebaño de ovejas de lana rojiza.

—En Onuba hay yacimientos de plata y cobre,[62] cerca de un río de color vino tinto oscuro. Ahora bien, las mejores minas de plata, mercurio, plomo y oro están en unas sierras bravías,[63] cerca de Kastilo, que son explotadas para sus dueños oretanos por artesanos y capataces púnicos, ayudados por esclavos.

—¿Todo el mineral que se extrae se embarca en Kastilo? —incidió el cartaginés.

—Sí, los lingotes se llevan hasta su puerto, se embarcan y, río abajo, llegan a Gadir, para ser transportados luego hasta Cartago, Sicilia, Grecia…

—Debe ser muy lucrativa esa actividad…

—Mucha, pero además —continuó el gaditano— cuenta con una estratégica situación pues es vecina de Baikor,[64] otra plaza fuerte de los oretanos, que controla el paso de los desfiladeros que unen el reino con el interior de Isphanya, donde moran los celtas vetones y carpetanos.

—Pero está lejos del mar… —apuntó Kharbaal.

—En pocas jornadas cabalgando hacia el este, se alcanza el litoral bañado por el gran mar interior, que está en poder de mastienos y contestanos. —El piloto permaneció unos instantes en silencio antes de añadir, perspicaz y receloso—: Para ser dos factores mercantiles de Baalbo, mi patrón, considero que preguntáis demasiado, ¿no?

Los cartagineses se miraron en silencio y dejaron de indagar.

La embarcación continuó ascendiendo a remo por las tranquilas aguas hasta llegar a un ensanche del Baitis. Aquí, las aguas se dividían en dos y formaban bancos de arena e islas. Sobre una de ellas, cerca de la orilla, se asentaba la ciudad y puerto de Spali, cuyas calles comenzaban a extenderse sobre la ribera más próxima.

—¿Conoces alguna taberna decente en este puerto? —le preguntó Kharbaal al otro piloto, cuando atracaron.

—Espera que me ocupe del amarre e inspeccione el hippo. Después, te llevaré al mejor mesón que hay de aquí a Kart Iuba —le ofreció el timonel.

—Amigo Kharbaal, qué admirable eres… Siempre buscando lugares piadosos donde acudir a rezar, ¿eh? —le dijo en broma Himílcar.

—Si deseas ir a orar, muy cerca de aquí[65] hay un santuario fenicio dedicado a Astarté —les explicó el piloto, creyendo que hablaba en serio.

Una hora más tarde, Kharbaal, Himílcar y los dos pilotos del hippo se dirigían presurosos hacia una taberna, pero no para rezar precisamente.

19

Había oscurecido casi por completo en la playa de los piratas cuando el saguntino rencoroso lanzó su falcata contra Aníbal, que estaba caído en el suelo, gritando:

—¡Toma, hijo de perra, muere!

El muchacho reaccionó con agilidad. Se revolvió con rapidez en el suelo y esquivó la espada, que se clavó en la arena haciendo un ruido siniestro al hundirse en la fría arena.

—¡Maldito! —rugió el edetano, lanzándose contra Aníbal, que se levantó raudo y corrió a refugiarse detrás del jefe.

De inmediato, los piratas formaron en dos bandos.

—¡Griego, entrégamelo o yo y los míos te descuartizaremos! —le amenazó el saguntino, fuera de sí, al jefe, tras arrancar su falcata de la arena con un violento tirón.

Este miró con inquietud el barranco que rodeaba la playa y no respondió.

—¡Te lo hemos dicho antes! —gritó uno de los contestanos—. Edetano, ¡no toques nuestra inversión y no juegues con nuestras ganancias!

Los hombres de ambos bandos envolvieron el brazo izquierdo con ropa y mantas, blandieron sus espléndidas falcatas y comenzaron a moverse en círculo muy lentamente, estudiándose en silencio sin embestirse. Llevaban un rato en tan extraño baile cuando las figuras de varios jinetes se recortaron sobre los peñascos.

Uno de ellos imitó el ulular de la lechuza y otro comenzó a mover una antorcha.

Tan pronto como se percataron los piratas de la presencia de extraños, olvidaron rápidamente sus disputas, agarraron a los rehenes y, como correspondía a gente acostumbrada a sobrevivir, se refugiaron dentro de su guarida, una cueva de escasa profundidad situada al final de la rada.

Poco después, Amílcar Barca y dos docenas de jinetes númidas aparecían en la caleta. El mando cartaginés bajó hasta la arena y gritó en griego:[66]

—¿Quién manda aquí?

—¡Soy el caudillo elegido por estos hombres libres! —contestó el jefe pirata, asomándose a la entrada de la guarida.

Amílcar ordenó a sus hombres que rodearan la cueva y que, acto seguido, procedieran a clavar antorchas en el suelo para que iluminaran esa parte de la playa. Tras ello, gritó:

—¡Griego, sal de esa gruta!… ¡Acércate a la luz para que nos veamos las caras, y negociemos como soldados, hombres de honor!

—¡Puedo negociar muy bien desde aquí! —respondió el pirata, haciendo señas a

los suyos para que custodiaran a Aníbal y Maharbal—. Y entiendo que mi honor de soldado está más seguro en esta cueva.

—¡Soy Amílcar Barca y…! —se presentó el cartaginés, contrariado por la falta de obediencia, a la que no estaba acostumbrado.

—¡Sé quien eres! —le interrumpió el pirata, mientras enviaba a un arquero tracio para que subiera a lo alto de los peñascos.

—¡Antes de acordar el rescate quiero ver a los dos muchachos!

El pirata mostró a Maharbal y Aníbal, desde la entrada de la gruta, durante unos breves instantes.

—¿Cuántos shekeles de plata quieres por la libertad de los dos jóvenes cartagineses? —especificó Amílcar, eludiendo el rescate de los baleares.

—¿Solo deseas la libertad de los tuyos? —preguntó el pirata griego, para ganar tiempo—. ¡Me decepcionas, cartaginés, qué poco corazón tienes, qué falta de generosidad hay por tu parte!

—¿Cuánta plata tengo que pagar para rescatar a los míos? —insistió Amílcar, enfadado.

El jefe de aquellos delincuentes del mar se dirigió a los suyos en voz baja:

—Muchachos, tenemos a ese presuntuoso donde yo quería… Hay que aguantar un poco porque enseguida una partida aliada rodeará a los cartagineses… Ocupad vuestras posiciones con las armas dispuestas. No hagáis ruido y esperad.

Aníbal, tras oír esos planes, que evidenciaban que el secuestro no era una cuestión de piratería, sino algo más profundo, tal vez una conspiración, le soltó al pirata:

—¡No podrás disfrutar del oro que te han pagado, ni podrás recoger el que te han prometido!

—¿De qué hablas tú? —preguntó el jefe de aquellos facinerosos mientras seguían gritando y preguntando afuera.

—Tu arquero no matará a mi padre, porque el de ahí afuera solo es un esclavo disfrazado de Amílcar… —mintió el muchacho.

El jefe sonrió y le contestó:

—Buen muchacho… Estate tranquilo que el tracio solo tiene que lanzar una flecha con fuego. Es una señal para el resto de los nuestros.

—¡Mientes! —masculló Aníbal.

El griego lo miró sonriendo.

—De acuerdo, el tracio hará la señal convenida y después intentará matar a Amílcar —reconoció al fin.

—Mi padre no es tan necio como para meterse en una trampa tan burda y simple —insistió Aníbal, desesperado, comenzando a sudar copiosamente.

—Pues mis espías me han informado de que desembarcó ayer en una playa muy cercana.

—¿Él en persona?

El jefe pirata volvió a sonreír y le replicó:

—Algunos dicen que el hombre que manda a los númidas se parece a Amílcar tanto como una gota de agua a otra.

Aníbal pensó rápidamente y preguntó:

—¿Ya no quieres la plata del rescate?

—La uniré a lo que he cobrado por hacer este trabajo.

—¿Para qué nos hiciste prisioneros? —quiso saber el muchacho cartaginés, desorientado.

—Tú eras solo el cebo para que tu padre viniera hasta estas costas.

—Para matarlo, claro… —El pirata griego se encogió de hombros a modo de respuesta—. ¿Por qué quieres su perdición? —preguntó, angustiado, Aníbal.

—Me han pagado para matarlo.

—¿Quién?

—Hannón el Grande.

Aníbal se quedó boquiabierto.

—¿El gran sufeta de Cartago quiere asesinar a mi padre? —inquirió, incrédulo.

—Efectivamente.

—Pero Cartago necesitará a Amílcar para derrotar a los mercenarios sublevados.

—Pues tendrá que arreglarse sin él —respondió el jefe de aquellos facinerosos que vivían al margen de toda ley.

20

A punto de echarse a llorar, Aníbal resopló desolado.

—No te preocupes, muchacho. Te he cogido aprecio y te perdonaré la vida… —le dijo el pirata, poniéndole a continuación una mano sobre el hombro—. Cuando todo termine, te llevaré hasta Iboshim para que vivas con tu madre… —Aníbal lo miró con cara de incredulidad—. No olvides que te salvé cuando el edetano quiso rebanarte el cuello… —le recordó el pirata, ofendido.

—Tus hombres no sabían dónde les metías, ¿verdad?

—Solo dos o tres —confesó el griego quedamente.

Aníbal intentó gritar y escapar, pero fracasó porque el pirata, que presentía su reacción, lo sujetó firmemente y le tapó la boca.

—Muchacho, no me obligues a hacerte daño… Sabes que te aprecio —le apercibió, dándole un fuerte capón en la cabeza—. Asume la realidad. Te quedarás huérfano en breve; pero consuélate, todos los padres mueren antes o después.

—Mi padre te puede dar mucho oro.

—No tanto como Hannón, cuando acabe el trabajo.

—Confías en una sabandija traicionera.

—No me queda más remedio.

—Olvida el trato con ese perro rabioso. Mi padre te dará un puesto de mando en su ejército. Te hará inmensamente rico para…

—No insistas, Aníbal —lo interrumpió con aspereza el pirata—. Los enemigos de Amílcar son demasiado poderosos, y yo, a estas alturas de mi vida, no me atrevo a desobedecerlos.

—Mi padre te enriquecerá… —balbuceó Aníbal, aunque sin mucha fuerza—. Si quieres te hará oficial, mandarás una falange de hoplitas, te…

—Mira, muchacho, algunos sacerdotes de Baal Hammon y de Tanit apoyan al sufeta Hannón —le explicó, preocupado y supersticioso, el pirata—. Y la casta sacerdotal de una religión es el peor enemigo que puede tener alguien.

—¿Tú temes a los dioses? —preguntó, incrédulo, el joven cartaginés.

—Muchacho, soy griego y me gano la vida de una manera poco grata a ellos. Por esa razón creo en lo que creo… —contestó su interlocutor, poniéndose muy pálido—. Pero sé que los que moran en los oscuros santuarios de Baal Hammon y de Tanit se encargan de su culto y alimentan el vigor de esos sumos hacedores, practican magia negra contra tu padre.

El pirata y Aníbal permanecieron en silencio durante unos plúmbeos instantes.

—Mucha será su magia negra, muchos serán los manejos tenebrosos que maniobran en la oscuridad, pero al final tienen que desconfiar del poder espiritual y

etéreo de sus conjuros cuando te mandan a ti para que lo mates en persona, ¿no es así? —argumentó Aníbal.

El pirata sonrió de nuevo ante la perspicacia y rápida inteligencia del muchacho, e iba a contestar cuando vio caer al arquero tracio degollado y sangrante; y solo pudo exclamar:

—¡Por Zeus, estos númidas son duros de pelar! ¡Han descubierto al tracio y se lo han cargado sin que pudiera avisar a los nuestros!

Desde ese momento las negociaciones liberatorias fueron rápidas e incluyeron a los hermanos baleares, ya que Ahusa, el amigo de Aníbal, en un descuido de los piratas había escapado y, llegando junto a Amílcar, le había alertado sobre la emboscada que tenían preparada para perderle. Por esta razón, de una manera vertiginosa los cartagineses y númidas reaccionaron, pusieron en fuga a quienes se habían confabulado con los secuestradores y se acercaban en armas, y se hicieron con la playa y sus alrededores.

Los forajidos recibieron su recompensa y embarcaron poniendo proa hacia Arse, por cuanto Deniu era puerto amigo de Cartago.

—¡Adiós, Aníbal, hasta siempre! —Se despidió el capitán de los piratas, agarrado al mascarón de popa, según se apartaba su embarcación de la playa—. No cambies, muchacho, pues llegarás a hacer grandes cosas en la vida. Tu carácter será tu destino.

Aníbal movió su mano a modo de despedida.

—¿Cuál es tu nombre? —gritó a la embarcación que se retiraba.

—Qué más da eso, ahora, soy un mercenario griego, desertor y ahora pirata porque así lo han querido los hados…

—Tu nombre —reiteró Aníbal, cuando la nao se alejaba mucho ya.

—Leónidas…

Dos horas más tarde, como estaba acordado, los cartagineses se hicieron a la mar y pusieron rumbo hacia Iboshim. Llevaban tiempo navegando, y Aníbal calculó que como ya estaban lo bastante lejos su padre no perseguiría a los piratas.

—Quiero contarte algo —le dijo a Amílcar, narrándole a continuación las confidencias que le hizo el jefe pirata acerca del complot del sufeta Hannón y el clero sacerdotal de Baal Hammon y Tanit.

El caudillo cartaginés escuchó en silencio y Aníbal asistió, por primera vez, al cambio de actitud de su padre que ni gritó pleno de ira, ni intentó volver para perseguir, alcanzar y masacrar a los piratas. Solo atendió con atención, le agradeció su conducta valerosa así como el intento por salvarle la vida. Además, le expresó su orgullo y, por último, le hizo notar que todo el mundo era importante desde el más grande hasta el más humilde, porque cualquier hombre era capaz de cambiar el curso de los acontecimientos.

Una hora después, Aníbal hablaba solemnemente con Ahusa.

—Amigo, en mi nombre y en el de Amílcar te agradezco tu valentía.

—No fue nada.

—Tu lealtad ha sido tan conmovedora como tu hombría.

El muchacho balear se encogió de hombros y continuó apoyado en la amura de estribor, mirando hacia la oscuridad.

—Con tu audacia salvaste la vida de mi padre —insistió Aníbal—. ¿Te parece poco? —Ahusa volvió a encogerse de hombros—. Pasarías mucho miedo, y lo superaste para salvarle. Te has portado como un hombre valiente, leal, honorable…

Ahusa sonrió en la oscuridad antes de responder:

—No soy nada de todo eso que me llamas… Pero cuando escuché los planes de los piratas, pensé que si no me arriesgaba, tu padre moriría.

—Luego eres un valiente —afirmó Aníbal, convencido.

Ahusa se volvió, miró al cartaginés y prosiguió:

—Muerto tu padre, los piratas nos habrían matado o, peor aún, nos habrían vendido como esclavos a las minas del interior de Iberia. Es allí donde nuestro tamaño es muy apreciado porque trabajamos en sitios inaccesibles para los adultos… ¿Lo sabías? —Al escuchar a su amigo, Aníbal reparó en que las personas desfavorecidas padecían problemas que precisaban soluciones apegadas a la dura realidad de la vida, ajenas a las vacuas e ilusorias palabras empleadas por los más ricos y afortunados—. Y eso de trabajar en las minas hasta la muerte, me producía más miedo que ser descubierto y muerto por los piratas.

Mientras los hippos navegaban hacia las Baleares, en Cartago se desataba una violenta tormenta acompañada de gran aparato eléctrico. El aguacero convirtió las empinadas calles de la ciudad en cascadas de agua, barro y piedras, que anegaron los barrios y casas de los pobres.

El sufeta Hannón, su socio Qarthal y el sumo sacerdote de Baal Hammon, observaban la tempestad desde una terraza cubierta del palacio del primero. Analizaban lo mal que se desarrollaba la campaña militar contra los mercenarios sublevados, pues tras los iniciales éxitos cartagineses, los sediciosos amenazaban con abatir el orgullo púnico.

Hannón era muy supersticioso y temblaba ante el fragor del trueno, estremeciéndose cuando rayos y relámpagos iluminaban la ciudad que se extendía a los pies de su mansión.

Miraban la tormenta en silencio cuando un enorme rayo desgarró la bóveda celeste, iluminándola con un fulgor espectral. Acto seguido, cayó y fue a golpear junto al templo del Señor de los Altares de Incienso.

El sufeta miró aterrado al sumo sacerdote de Baal Hammon, y este dijo con el rostro demudado:

—El rayo[67] se ha salvado y da muestras de su poder sobrenatural…

21

El hippo de Baalbo hizo escala en Kart Iuba e Ilipa, navegó aguas arriba por el Baitis, se adentró en uno de sus afluentes[68] y llegó hasta la capital de los oretanos.

—Loado sea Melkart, por fin hemos llegado a Kastilo —soltó, feliz, Kharbaal, tan pronto como la nave atracó en el muelle.

—No te quejes, hemos llegado en cuatro jornadas y no tuvimos que transbordar ni en Kart Iuba ni en Ilipa —replicó Himílcar.

—El Baitis se ha portado bien —reconoció su amigo—. Aunque no me habría importado quedarme algún día más en Kart Iuba.

—Estaba seguro de que te gustaría esa ciudad.

Kharbaal hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Creo que con el tiempo será una plaza tan importante como Gadir porque hay gran abundancia de todo…

—Sobre todo de mujeres, ¿no? —dijo Himílcar.

—Mi estimado amigo, tendrás que reconocer que las cordobesas son muy guapas.

Himílcar sonrió, se encogió de hombros y respondió en voz baja y con ojos soñadores:

—Ciertamente que lo son, las cordobesas merecen toda nuestra admiración, aunque ya sabes que mis preferencias e inclinaciones se vuelcan hacia los bellos muchachos y los hombres apuestos, y de esos también había en abundancia en Kart Iuba…

—Cartagineses —dijo de pronto el patrón, interrumpiendo tan sugestiva y sensual charla—, mientras me ocupo de las tareas de desestiba de nuestras cepas de olivo así como de la cerámica que transportamos, acudid al palacio del régulo Orisón para negociar el precio de compraventa.

—¿Quién es ese? —se interesó Kharbaal.

—Es el rey de la ciudad y de su territorio de influencia —les aclaró el gaditano—. Sus funcionarios se encargan de fijar la tasa de intercambio entre su plata y nuestros productos.

—De acuerdo, pero antes explícanos cómo es ese tal Orisón.

El gaditano sonrió y contestó en tono neutro:

—Tiene fama de ser un tipo complicado; bueno, como todos los oretanos.

—¿Por qué? —intervino ahora Himílcar.

—Los oretanos son iberos, pero los celtas influyen mucho en sus costumbres. Las tierras son ricas, pero tienen demasiada población para que su reparto sea suficiente. El territorio es un estratégico cruce de caminos, si bien ellos son poco viajeros.

—Complicados y contradictorios, ciertamente… —afirmó Kharbaal, ladeando la cabeza a ambos lados.

—Como todos los pueblos iberos, celtas y celtíberos de Isphanya —les explicó el gaditano, sonriendo con autoridad.

—Por tanto, será difícil tratarlos —comentó Himílcar, por decir algo.

—Para entenderse con ellos es preciso no ofender su orgullo, ni atentar contra su libertad ni mofarse de sus costumbres; alguna de ellas ciertamente extraña… Como son tan susceptibles, con bien poco se les agravia, y ante lo que toman por un ultraje imperdonable reaccionan con presteza y una violencia extrema.

—No será para tanto. Los indígenas de muchas regiones bañadas por los mares, de los desiertos, de las selvas… son así, también raros —apuntó Kharbaal, buen conocedor de África, Grecia, Sicilia, península Itálica…

—Seguramente —reconoció el gaditano, encogiéndose de hombros—, pero ese difícil carácter se agrava porque los habitantes del interior de Isphanya tienen problemas añadidos.

—Explícate —le invitaron a hablar los cartagineses, vivamente interesados.

—El territorio cultivable es escaso, por la cantidad de montes, y está en manos de unos pocos. La población no es numerosa y se concentra en contados lugares, dejando grandes zonas despobladas. Para colmo, tribus y pueblos celtas que quieren las zonas fértiles, presionan desde el norte para robarles, con idea de apropiarse de sus tierras y cultivos, hacerse con su plata, qué sé yo…

—Por lo tanto —resumió Himílcar—. Estos hombres son pobres, duros, orgullosos y violentos.

—Muy acertadamente resumido, cartaginés. Pero, además, también son muy valientes, leales y sacrificados —precisó el gaditano, alzando un índice.

—Por ello, no hay mejores mercenarios en el mundo —sentenció Kharbaal.

—Un último asunto muy importante antes de que os marchéis, y lo digo sobre todo por ti, Kharbaal —advirtió el gaditano, cansado ya de la plática antropológica sobre los pobladores celtíberos—. Dejad tranquilas a las mujeres de Kastilo, no las importunéis y jamás las miréis con descaro o con deseo en los ojos… Pasad a su lado como si no existieran.

—¿Son muy celosos los oretanos? —quiso saber Himílcar.

—Digamos que consideran a sus mujeres como una parte muy importante de su entorno, algo propio de su existencia y, por ello, les ofende sobremanera que otros hombres las deseen de manera descarada y abierta, porque temen que se las arrebaten.

—Poca seguridad tendrán como hombres si consideran que sus mujeres se irían con cualquiera que sepa cortejarlas y hacerlas reír —opinó Kharbaal, que era un inveterado conquistador, ya que gozaba de un enorme predicamento entre las mujeres, allí donde iba.

—Lo recalco, por si no lo habéis entendido —reiteró el gaditano, comenzando a perder la paciencia—. A los oretanos no les gusta que miren a sus mujeres y, menos

aún, si es con deseos de rapto sexual, ¿entendido?

—Sí, lo hemos entendido —afirmó Himílcar, fulminando con la mirada a su amigo.

—Pues hay pueblos donde eso les halaga —apuntó Kharbaal con ironía para importunar al gaditano.

Este les miró con cara de fastidio y hastío, e hizo caso omiso a la inapropiada precisión del cartaginés.

—Si deseáis mujeres, yo os diré dónde acudir para tener acceso a las mejores prostitutas que hay en este puerto oretano —les indicó el piloto náutico, ahora muy serio—. Pero no lo olvidéis jamás. Ignorad a las mujeres iberas y no las molestéis…

Los cartagineses se despidieron y recorrieron el muelle sorteando estibadores, mercaderes y curiosos. Al final del mismo, subieron una escalinata de piedra en cuyas gradas se apoyaban algunos soldados oretanos armados, y llegaron hasta la poderosa muralla que rodeaba Kastilo. En su portón de entrada, custodiado por guardias, enseñaron una tésera de barro cocido y esmaltado que contenía el pacto de hospitalidad[69] suscrito entre Gadir y Kastilo. El oficial aceptó el salvoconducto y les explicó cómo se llegaba hasta el palacio de Orisón.

Himílcar y Kharbaal penetraron en la ciudad, tomaron una estrecha y concurrida calle, caminando hacia el centro de la misma.

—Mira, allí, al fondo, se divisa una plazoleta —apuntó Kharbaal con un brazo.

Subieron calle arriba sorteando el gentío, las caballerías y el riachuelo que corría por la mitad de su empedrado, pues arrastraba desperdicios sólidos y líquidos.

Alcanzaron la plaza mayor donde destacaba el palacio de Orisón, un santuario consagrado a Astarté, bajo cuyo pórtico se sentaban dos prostitutas sagradas. Cerrando el conjunto, había un cuartel del que salían y entraban hombres de largo pelo negro armados con cascos de cuero, rodelas de madera y bronce, falcatas y lanzas.

Tras recabar información de un soldado, se acercaron hasta la entrada de la residencia de Orisón, donde un fenicio que dirigía la cancillería del palacio les informó de que su señor los aguardaba para negociar, porque sabía de su llegada por el río.

22

—Qué pena que los dioses no te otorgaran el sentido del oído, ¿verdad? Qué lástima tan grande… —recriminaba, enfadado, Himílcar.

En la penumbra de la mazmorra donde ambos llevaban detenidos dos días, Kharbaal sonrió displicente, y se dio la vuelta en la húmeda paja.

—¿Tú crees? —inquirió.

—Claro. Porque de tener oídos, habrías podido escuchar las advertencias que nos hizo y reiteró hasta la saciedad el piloto gaditano, sobre importunar a las mujeres iberas —seguía reprochándole Himílcar mientras defecaba en un rincón de la siniestra y hedionda celda. El interpelado solo emitió un sonido gutural—. Un día te van a cortar esa verga y esos testículos de babuino en celo que tienes. Y es posible que ese día esté cerca.

Kharbaal permaneció en silencio, sonriendo, mientras recordaba los encantos de la princesa carpetana con quien había compartido momentos de pasión tan placenteros que le habían parecido los más sublimes de su vida; aunque esa sensación ya la había sentido muchas otras veces antes, durante su profusa vida amorosa.

—«Ni siquiera las miréis», nos advirtió el timonel gaditano —continuaba Himílcar—. Y tú no solo las miraste, sino que te introdujiste en la alcoba y en la cama de una de las concubinas del rey Orisón… Muy prudente, sí señor, muy prudente.

—Y no una concubina cualquiera, no, la hija del régulo de la tribu más importante de los carpetanos[70] —dijo en un griego rudimentario un compañero de celda desde la penumbra.

Himílcar se volvió hacia él, pues no había hablado desde que había sido encerrado con ellos y, bromeando, le comentó:

—Ante tu pertinaz silencio, creía que eras mudo igual que mi amigo es sordo o se conduce como tal.

—Oh, Himílcar, por los dioses inmortales, basta ya… Si pudieras apreciar las bondades de esa mujer… —confesó Kharbaal con vehemencia mientras se revolcaba sobre la paja—. Si de sus carnes blancas hubieras podido gozar. Si te hubieras perdido en esos ojos del color del cielo, que yo no recordaba ya que existieran desde mis viajes a las Casitéridas.

—Y el pelo color trigo. Y todas esas cosas tontas que dicen los poetas griegos y etruscos, ¿no? —apuntó, burlón, Himílcar.

Kharbaal suspiró.

—Cartaginés, reconocerás que las mujeres celtas del interior tienen una presencia

rotunda y estimulante —intervino el compañero de infortunio, extrañado por la indiferencia que mostraba Himílcar ante la belleza de la princesa carpetana.

—No te canses —le previno Kharbaal—. A nuestro compañero de prisión no le interesan las mujeres. Solo le hacen suspirar los bellos efebos… —El desconocido miró a Himílcar en la penumbra e hizo un gesto extraño—. Por lo menos cambiamos a buen precio los olivos por plata —indicó luego de forma pueril—. Y obtuvimos una buena comisión.

Himílcar lo miró desolado, tal como quien escucha a un necio.

—Pero animal en celo, ¿piensas que los oretanos te van a traer las ganancias a esta mazmorra? ¿Eso crees, fornicador sin cerebro? —repuso, muy enfadado.

—Yo, yo… —balbució Kharbaal, sin argumentos sólidos.

—Eso es, nos darán nuestra plata para que la gastemos aquí, con las ratas, con los carceleros, con… —concluyó Himílcar, dejándose caer abatido sobre la inmunda paja que despedía una serie incesante de olores a orines rancios.

Los prisioneros se mantuvieron callados durante un rato.

—Mi nombre es Uiro, que significa «hombre» en lengua céltica, y soy lusitano —se presentó el desconocido al cabo de un rato.

—Y observo que hablas algo de griego y púnico —apuntó Kharbaal, incorporándose sobre un codo.

—Aprendí algo de esos lenguajes en los ejércitos púnicos, gaditanos y turdetanos que me alistaron —explicó el de Lusitania mientras acariciaba sus negras trenzas, que le llegaban hasta la cintura—. Es así porque el oficio de soldado es muy común entre los de mi pueblo, donde hay pocas tierras y ganados, y para sobrevivir, hay que robar a las tribus vecinas o alistarse como mercenario.

—¿Qué has hecho para que te encierren? —se interesó Himílcar con intención de entretener el aburrido encierro.

—Dirigía una partida que realizaba rapiñas en tierras turdetanas hasta que caímos en una emboscada. Eso sí, antes de ser hecho prisionero maté a un príncipe de Karmo.[71]

—Pero eres cautivo de los oretanos —argumentó Kharbaal.

—Los turdetanos me habrían matado pero como las minas de plata son tan productivas, en Kastilo compran esclavos de manera continua para asegurarse la mano de obra.

—Entonces, ¿nosotros? —exclamó Himílcar, temiéndose la lapidaria respuesta.

—Yo seguro que seré conducido hasta las minas que hay en la sierra, para que allí trabaje hasta que me llegue la hora de morir… —Uiro hizo una mueca triste y prosiguió—: A vosotros solo os cortarán en pedazos lentamente… —concluyó, mientras los cartagineses se quedaban callados.

Había transcurrido una silenciosa y opresiva hora cuando los goznes de la puerta chirriaron.

—Ya nos traen la bazofia —comentó, incorporándose, el lusitano mientras cogía

su escudilla de madera.

Una antorcha de brea iluminó la celda y a un personaje harto conocido para los cartagineses.

—¡Asdrúbal, tú aquí! —exclamaron ambos sorprendidos al verlo entrar con su coraza de bronce bruñido emitiendo destellos.

—Salud, innobles emisarios de Amílcar Barca —les soltó con acritud.

—Qué sorpresa tan inesperada —repuso Kharbaal con optimismo.

Asdrúbal el Bello frunció el ceño, puso mala cara y les reprochó:

—He venido hasta Kastilo para buscaros, y lo último que me esperaba era encontraros presos como dos malhechores.

—¿Cómo has llegado? —quiso saber Himílcar.

—He cabalgado desde la costa de los mastienos junto a un escuadrón de númidas —respondió el general agriamente, enfadado, mientras los dignatarios oretanos le observaban detenidamente para informar, después, a su régulo, Orisón.

—Asdrúbal, verás lo que ha sucedido… —intentó aclarar Kharbaal.

—No me expliques nada —le cortó, tajante, mirando a los iberos—. Los oretanos saben que eres el único responsable de mancillar el honor de su rey. Y han accedido a liberar a Himílcar junto con la plata obtenida por la transacción de las cepas de olivo.

—¿Qué será de mí? —preguntó, angustiado pero valiente, Kharbaal—. Si el rey Orisón lo desea, se puede quedar con mi comisión.

—Tu plata ya forma parte de su tesoro —respondió secamente Asdrúbal—. En cuanto a la princesa carpetana que deshonraste, ha sido confinada dentro de sus aposentos, en lo más inaccesible del palacio, a la espera de una decisión sobre ella…

—Ella no tiene ninguna culpa, yo la seduje…

—¡Calla! —ordenó Asdrúbal con severidad en la voz y una expresión en la cara de pocos amigos.

El silencio se adueñó durante unos instantes de la mazmorra, que fue roto por la impaciencia de Kharbaal.

—Entonces, ¿yo?

—Aunque muy ofendidos por tu indigna conducta, he conseguido que los oretanos no te sacrifiquen a Endovélico,[72] ni al dios toro que aparece en sus monedas, como era su primera intención —le informó Asdrúbal con frialdad.

—¿Entonces? —preguntó serenamente Kharbaal, feliz por la liberación de Himílcar.

—Te enviarán de inmediato a las minas que hay en la sierra.[73]

23

—Asdrúbal, has venido con una escuadra de númidas, utilízala y no abandones a nuestro amigo —intercedió Himílcar, suplicante.

—Lo lamento, mi buen amigo, pero no pienso realizar una acción bélica ofensiva que provoque un incidente diplomático con Kastilo, ciudad amiga de Gadir y de Kart Hadasht —le explicó con frialdad y autocontrol Asdrúbal, pues apreciaba mucho a Kharbaal, rechazando su proposición.

—Te lo ruego, no lo abandones, no le dejes morir en las minas, por favor, te lo suplico —le imploró Himílcar, juntando las manos bajo la barbilla.

Mirando hacia los oretanos, Asdrúbal se apartó de él y replicó con especial dureza:

—Si Kharbaal se hubiera portado con la dignidad y corrección que le corresponde a un emisario cartaginés, nada de esto estaría pasando.

Los oretanos sonrieron satisfechos, y uno de ellos marchó raudo para informar a su señor Orisón.

—¡Basta, amigos! La esclavitud en las minas equivale a una muerte segura, pero yo me lo he buscado. No quiero conflictos diplomáticos entre cartagineses y oretanos por mi culpa —reconoció con valentía Kharbaal—. Mientras viva, podré escapar… Por ello, mi querido Asdrúbal, te agradezco que hayas impedido que los oretanos me sacrificaran a su dios toro.

—A las minas de plata se va, pero de allí no se vuelve —sentenció, agorero, uno de los oretanos.

Asdrúbal hizo caso omiso a tan siniestro comentario, le dio un suave puñetazo a Kharbaal en un hombro y le entregó una bolsa con monedas.

—Esta plata te ayudará.

—Los esclavos no pueden tener medios de fortuna propios —protestó uno de los jefezuelos oretanos.

Asdrúbal el Bello se volvió rápidamente, encaró a quien acababa de hablar y con un tono de voz capaz de hacer temblar al más valiente, le soltó:

—Si le quitáis las monedas a mi amigo o le sometéis a malos tratos, me enteraré porque domino la magia negra. Entonces, te buscaré, te descuartizaré e impediré que tu cadáver sea incinerado.[74] Así te trataré a ti y a cuantos intervengan o te auxilien en tal fechoría. Esto lo juro yo por la sagrada sangre de Endovélico, el dios a quien adoráis… —Los iberos se quedaron paralizados por aquella inesperada reacción y el juramento blasfemo de Asdrúbal—. No lo olvides… Si le pasa algo a este cartaginés, tú morirás de una manera horrible y cruel. Queda jurado por la sangre de vuestro

señor de las moradas de ultratumba —repitió Asdrúbal en la siniestra penumbra de la celda, mientras se daba la vuelta y salía con rapidez.

Himílcar se despojó de casi toda su ropa y de sus fuertes sandalias, dejando todo a los pies de Kharbaal. Después, le entregó las escasas monedas que había conseguido ocultar en el interior de su cuerpo, recuperadas hacía poco tras ponerse en cuclillas y apretar en un rincón.

—Adiós, buen amigo, te intentaré ayudar desde fuera; aunque no sé todavía de qué manera podré hacerlo —le ofreció con los ojos brillantes, dando un fuerte y sentido abrazo a su camarada.

—Adiós… Anda, vete ya con Asdrúbal de una vez —le contestó, muy emocionado, Kharbaal, soltando forzadamente el abrazo de Himílcar, que no se despegaba—. Y ten cuidado ahí afuera con los muchachos hermosos, que estos han sido causa de perdición de muchos griegos.

Cuando todos salieron Uiro y Kharbaal permanecieron en un silencio sepulcral durante un buen rato, hasta que fue roto por el cartaginés, que era hablador por naturaleza y sumamente optimista.

—Mi querido amigo, parece que nos vamos a convertir en mineros —dijo con un tono de voz despreocupado para darse ánimos.

Una semana después de la partida de Kastilo los cartagineses arribaron a la bahía de los mastienos. Al llegar, Asdrúbal el Bello fue informado por un emisario acerca de los últimos eventos acaecidos.

—Amílcar ha enviado este correo y nos cuenta cómo liberó a Aníbal y Maharbal —le explicó Asdrúbal a su amigo Himílcar—. Después partió hacia Nueva Ciudad para comandar un ejército con el que combatirá a los mercenarios rebeldes que están bajo el mando de Mato y Espendio.

—Por fin hizo justicia el Senado —exclamó, alborozado, Himílcar—, y ha decidido colocar a nuestro general en el cargo que le corresponde… Por cierto, ¿qué es eso de la liberación de Aníbal?

—Al muchacho lo habían secuestrado unos piratas, y se lo habían llevado como rehén hasta la tierra de los edetanos.

—Me alegro por ello. Y ahora, Asdrúbal, ¿qué hacemos? —preguntó Himílcar, eludiendo el lacerante recuerdo de su amigo Kharbaal.

—En cuanto embarquemos pondremos rumbo hacia Siracusa. En esa ciudad griega y libre por el momento, nos entrevistaremos con el tirano Hierón para intentar obtener su ayuda militar a cambio de plata y de promesas políticas.

—Aunque el viaje sea mucho más largo, ¿no sería preferible navegar hasta Esparta, fuera del control romano, para negociar con Xantipo y contratar allí los mercenarios?

—Efectivamente, sería más conveniente pero Amílcar precisa contingentes militares con urgencia, Hierón dispone de hoplitas espartanos —matizó Asdrúbal—, y Siracusa está mucho más cerca.

Los guardias oretanos gritaban a los integrantes de la cuerda de presos que se dirigía hacia las minas de plata de Sierra Morena, mientras les azuzaban con cuerdas, lanzas y palos.

—¡Vamos, holgazanes, no os detengáis o no llegaremos nunca!

—Por Baal Hammon, vaya un frío que hace en esta inhóspita serranía —se quejaba temblando Kharbaal que caminaba junto a Uiro.

—Sí, pero es peor esta ausencia de árboles, ¿no?

Kharbaal observó lo peladas que estaban las laderas que había a los lados del camino, en las que destacaban cientos de tocones que sobresalían entre la nieve.

—No quedan árboles porque los talan —les dijo un preso anónimo, atado a su lado.

—¿Para qué los cortan? —se interesó el cartaginés.

—Para alimentar sin cesar los hornos donde funden la mena mezclada con plomo y obtener plata. Para ese menester tienen que quemar mucha madera para alcanzar las más altas temperaturas soplando con enormes fuelles que manejan varios hombres a un tiempo —les explicó.

—Ya… Pues están convirtiendo un hermoso bosque en un desierto —comentó el lusitano con pesar, recordando con añoranza su boscosa tierra.

—Bosque sí queda —señaló Kharbaal con ironía, mirando las docenas de postes y cruces de las que pendían cuerpos retorcidos de hombres.

—Esos son los que han intentado escapar o se han amotinado —matizó su nuevo compañero de infortunio.

Los nuevos miraron con aprensión hacia los colgados, alguno de los cuales aún se movía.

—Desde que los tuyos dirigen las minas, los sistemas de explotación y castigo se han intensificado —comentó el desconocido, mirando al cartaginés.

—¿Cómo sabes tanto acerca de este infierno? —le preguntó Uiro.

—Me llaman Mádriz, soy carpetano, y lo conozco porque estuve ahí abajo durante una temporada.

—¿Qué pasó?

—Escapé en el trascurso de un movimiento de tierra que mató a muchos.

—¿Por qué estás aquí de nuevo? —inquirió Kharbaal.

—Los tuyos y los malditos oretanos organizaron una expedición más allá del desfiladero donde se despeñan los perros, y me cazaron junto a los integrantes de una partida que se dedicaba a asaltar caravanas y pastores que hacían la trashumancia con sus rebaños.

La siniestra cuerda de condenados continuó su marcha en silencio. Cuando llegaban a la empalizada que rodeaba la explotación minera, Kharbaal comentó con sarcasmo:

—Algo me dice que no me va a gustar mucho eso de ser minero…

24

La guerra inexpiable que se libraba entre los mercenarios y la República de Cartago continuaba su atroz marcha, quemando etapas y personas. Cada ataque era respondido con un contraataque más brutal. Si una ciudad era tomada, se perdía unos días después. Si se ganaba un valle, era recuperado sangrientamente por su poseedor, y así vuelta a empezar. El conflicto bélico se fue endureciendo hasta unos límites tan inhumanos que hasta los dioses lloraron. A las atrocidades perpetradas por los sublevados, los cartagineses respondieron con otras que no les iban a la zaga en brutalidad y viceversa, y así una y otra vez. A las primeras victorias obtenidas por Hannón, comandando soldados itálicos, libio-fenicios y cien elefantes de combate, le siguieron derrotas continuas. La campaña se estancó y se endureció.

—Querido amigo, ¿crees que actuamos bien al permitir que Cartago contrate mercenarios en la península Itálica? —le preguntaba Lucio Cornelio Escipión a su amigo Cayo Lutacio Cátulo, mientras paseaban camino de la Curia.

—Lucio, el buen orden y el gobierno social de las repúblicas civilizadas deben ser respetados y defendidos por las demás, si son también civilizadas.

—Ya, pero Cartago es nuestra enemiga.

—No te confundas —le corrigió Cátulo, que hizo una extraña mueca—. Combatimos contra ellos por la posesión de Sicilia y esa guerra acabó. Ahora Cartago entrega la indemnización pactada y respeta los acuerdos. Es una república aliada de Roma.

—Pues hay senadores que preferirían acabar con esa república africana, aunque se conduzca como una leal aliada.

—Esos, mi querido Lucio, son los que teniendo intereses comerciales los quieren salvaguardar de los cartagineses —le explicó Cátulo—, aunque se lucran comerciando con ellos, enviándoles suministros y mercancías.

—Cuánta hipocresía.

—Sí.

—Pero ¿es posible que uno de los nuestros se conduzca como un comerciante avaricioso olvidando el honor? —preguntó Escipión con desprecio, por cuanto pertenecía a la vieja aristocracia agrícola.

—Desde que ganamos la guerra de Sicilia, Roma está cambiando y nada volverá a ser igual que antes. Los romanos comienzan a sentir que pertenecen a una república invencible, una gran potencia entre las naciones del Mare Nostrum.

—Tú no lo sientes así, ¿verdad? —preguntó Escipión, que había conquistado parte de la isla de Córcega, arrebatándosela a Cartago.

—Creo que deberíamos avanzar despacio para no perder nuestras tradiciones,

seguir viviendo con piedad y austeridad; y no caer, por supuesto, en manos de quienes solo desean tener riquezas y lujos… Y se olvidan de la palabra dada, la piedad, el honor…

Los dos amigos penetraron en la Curia y accedieron al salón cuando uno de los cónsules, Cayo Claudio Cento, informaba a los senadores.

—Queda aprobada la petición de ayuda que nos ha dirigido el sufeta de Cartago, Hannón Magón, y, en consecuencia, se les puede proporcionar soldados, mercancías, armas y víveres a sus emisarios.

—¿Solo a los hombres de Hannón? —quiso saber un senador de pelo níveo.

—Para evitar engaños por parte de los rebeldes, solo a los delegados del sufeta —contestó el cónsul.

—¿Y si Amílcar Barca, mi noble adversario en Sicilia, envía emisarios para obtener el mismo auxilio? —preguntó con nobleza Lutacio Cátulo.

El cónsul, que había recibido generosas cantidades y dádivas de parte de Hannón, al igual que otros senadores, respondió con firmeza:

—El Senado de Cartago solo ha autorizado a Hannón para negociar.

—¿Ayudar a Cartago es un acto prudente? —inquirió un senador contrario al acuerdo.

—Roma no consentirá que unos siervos amotinados triunfen, porque ello sería un ejemplo muy nocivo para las decenas de miles de esclavos que nos sirven por todo el territorio de la república —explicó el cónsul, fiel representante de un sistema esclavista como era el romano—. Hay logros e ideales que subvierten el orden establecido y son un peligro indeseable.

Una nueva ola de murmullos y comentarios invadieron el gran salón.

—Silencio, padres de la patria —solicitó el cónsul—. Roma, dentro de una provechosa neutralidad, permitirá que la guerra destroce la prosperidad de Cartago, triunfando el orden establecido, respetando los estamentos y no permitiendo que los esclavos y siervos puedan llegar a pensar que son iguales que sus amos, o tienen similares derechos.

—¿Cómo se desarrolla esa guerra? —se interesó un senador que presentaba una gran alopecia.

—Los sublevados han ganado las ciudades de Útica, Hipona y Bizerta, que están tan próximas a Sicilia, nuestra primera provincia, que podrían extender allí sus ideas rebeldes y revolucionarias…

Cátulo y Escipión abandonaron la Curia y se dirigieron a casa del segundo, donde se iba a celebrar la fiesta de imposición de la toga viril al hijo de Escipión, Publio Cornelio,[75] que en esa fecha cumplía diecisiete años de edad.

Los dos amigos ascendieron a la colina capitolina, una de las mejores zonas de Roma, a través de una calle bordeada por casas bajas cuyo suelo de tierra apisonada estaba embarrado por las recientes lluvias. Llegaron de ese modo hasta la domus de los Escipiones, una sencilla casa de ladrillo bastante grande. Penetraron en el atrium

donde estaban el sacerdote y la familia reunidos ante el altar de los manes, los dioses lares y los penates,[76] quemando incienso y entonando oraciones.

Los asistentes se colocaron delante de una estatua que representaba a Marte, dios de la guerra, divinidad que había elegido Publio Cornelio para ofrendarle su paso de niño a hombre.

Con la anuencia del sacerdote, Publio Cornelio Escipión se desvistió de su túnica pueril y la colocó en el suelo, bajo la estatua de Marte. Después, se desprendió de la bulla[77] que colgaba de su cuello y la puso sobre la túnica de su infancia. Un servidor le trajo una caja de madera con sus juguetes de la infancia, y Publio Cornelio también los ofrendó al dios. Por último, su padre Lucio, con los ojos brillantes por la intensa emoción que lo embargaba, le entregó su toga viril blanca, radiante y ribeteada con púrpura, que su hijo se puso de inmediato.

Tras esta emotiva, sencilla y solemne ceremonia, Publio Cornelio Escipión dejó atrás la infancia y ya, como adulto viril, participó, emocionado, en la fiesta familiar que se celebró en su honor en el hogar que presidía su padre Lucio Cornelio, el paterfamilia de los Escipiones.

25

Amílcar Barca recibió el nombramiento del Senado cartaginés para dirigir un ejército contra los rebeldes, embarcó las tropas que pudo y zarpó rápidamente hacia África. Los vientos fueron favorables y pronto desembarcó en la capital púnica, donde fue recibido como un héroe.

Aprovechando la ausencia de Hannón, que combatía cerca del desierto, se reunió con sus numerosos partidarios senatoriales y así obtuvo del Senado el mando sobre el Batallón Sagrado.

Reforzada su autoridad militar y la estima senatorial, Amílcar cabalgó hasta el desierto donde se ubicaba el poblado de Naravas, príncipe de los númidas masilios. Tras las negociaciones pertinentes, ambos caudillos formalizaron un pacto sagrado mezclando la sangre de sus venas abiertas, y la temible caballería ligera númida se unió al Barca.

—Las estrellas alumbran tu destino, Amílcar el Rayo, hermano mío —le decía Naravas, mirando el cielo, durante el banquete nocturno que se celebraba para festejar la alianza entre cartagineses y númidas.

—¿Y cuál es mi destino, hermano? —preguntó Amílcar, embriagado por el vino de dátiles y acomodándose sobre unos confortables almohadones.

Sentado en las mullidas alfombras dispuestas que compartía con sus huéspedes cartagineses, sus capitanes y los jeques principales de las tribus de su grey, Navaras observó a los jinetes que galopaban ante ellos a la luz de las hogueras. Tomó una paletilla de cordero asado que le ofrecía una mujer, dio un gran bocado y contestó con la boca llena:

—Triunfarás sobre tus enemigos siempre que estos sean humanos, porque estás llamado a gobernar a los hombres y su porvenir.

—Muy misterioso se manifiesta hoy mi hermano númida —repuso Amílcar en voz queda, mirando el inmenso cielo estrellado mientras se abrigaba con la piel de un leopardo para combatir el escalofrío que le recorría la espalda.

Naravas escupió un huesecillo de cordero al fuego. Tras ello, soltó un sonoro eructo, que provocó la satisfacción y las risas de quienes lo rodeaban, y contestó al cartaginés:

—Mi hermano, que es el más valioso adalid de la ciudad que reina sobre los mares, debe saber que Naravas no se manifiesta con misterio porque tan solo dice lo que las estrellas le susurran… —Amílcar observó el cielo estrellado, dirigió su magnética mirada a Naravas y le interrogó a este con un gesto—. Las estrellas me musitan que tu perdición y muerte, mi querido hermano, no llegarán por la mano de hombre alguno… Y me alertan para que te prevenga, ¡oh, tú, León de Cartago,

cuídate de las aguas!…

—Escúchame, ¡oh, Hierón de Siracusa!… Los griegos no debemos socorrer a los púnicos en su zozobra porque empeñamos nuestra palabra y tú la aliaste junto a Roma —manifestaba un consejero en el salón del trono del palacio real de Siracusa.

Mientras Asdrúbal y su embajada atendían el desarrollo de la discusión, Himílcar, aburrido, se asomaba a una ventana y contemplaba el paisaje urbano. Admiró las gradas del majestuoso e imponente teatro que se apoyaba en la ladera de una colina. Los armoniosos templos, cuyos frontones y tejados descansaban sobre bosques de estilizadas columnas, realizadas según los cálculos del número áureo. Palacios, mansiones, ágoras… Por último, su mirada se perdió entre las rectas calles que iban hacia el puerto, poderosamente protegido por altos muros.

—¿Te gusta nuestra ciudad?

Himílcar se volvió encontrando a un hombre delgado y no muy alto. De apariencia agradable y unos cincuenta años de edad, su atractivo rostro estaba enmarcado por una cuidada barba rizada. Su mirada era la de una persona dotada de una inteligencia más que notable.

—Me agrada vuestra manera de urbanizar, planificada, armoniosa… Son tan distintas las ciudades de fenicios y griegos.

El elegante hombre sonrió, repeinó sus grises cabellos rizados y se presentó:

—Me llamo Arquímedes. Soy matemático, geómetra e inventor de máquinas… Y como a ti, me aburre la política.

—Ya… Soy Himílcar de Cartago y acompaño a Asdrúbal Giscón.

Los dos se sonrieron con simpatía y escucharon luego la voz del rey.

—No te confundas, Menandro. Por Cartago no siento simpatía ni cariño, pero reconozco la valía de sus hombres y la justicia de su petición de ayuda, que no quiero desatender.

—Pero rey Hierón, ¿olvidas que los cartagineses son los enemigos seculares, que son la sangre vertida disputando el dominio de Sicilia?

—Menandro, ¿te parezco yo un necio? —le preguntó el tirano.

—No, mi rey, todo lo contrario.

—¿Piensas que atacado por la enfermedad que se lleva la razón de los ancianos he olvidado nuestra historia?

—Nunca, mi rey —contestó el consejero, temeroso, pues tras la amable dialéctica, Hierón era un volcán que podía estallar violentamente en cualquier momento.

—¿Seguro que mi razón no voló junto con mi juventud? —insistió el tirano, arrugando la frente.

—Todo lo contrario, mi señor. Tu discernimiento es muy brillante… Yo, tan solo deseo recordar circunstancias que parecen aconsejar que…

—¡Silencio cuando hablo yo! —gritó Hierón, enfadado, levantándose del trono —. Basta de palabrería vacua e improductiva… Ya decidiré qué hago con Cartago y

su ayuda… —Se hizo un silencio sepulcral e Hierón dio tres fuertes palmadas—. Que traigan el último invento de mi primo Arquímedes, y que nos demuestre para qué sirve —ordenó con una sonrisa de complacencia en los labios.

Arquímedes se despidió de Himílcar haciéndole una suave caricia en la cara y se dirigió hasta el centro del gran salón, en tanto que unos sirvientes colocaban a su lado un cilindro de metal dotado con unas ruedas dentadas, en cuyo interior había un tornillo hidráulico con palas.

—Primo, ¿para qué demonios sirve este invento?

Por toda respuesta, Arquímedes introdujo el tornillo hidráulico dentro de un barreño lleno de agua, y un ayudante colocó en lo alto del invento un canalón que descendía hasta un balde vacío.

—Vamos, primo —le apuró Hierón.

—Ahora lo verás.

Arquímedes sonrió, puso en marcha las ruedas dentadas y estas movieron el tornillo cuyas palas elevaron el agua hasta alcanzar el canalón. Una vez allí, se deslizaron hacia abajo llenando sin esfuerzo el barreño.

—¡Es maravilloso todo lo que un griego puede lograr! —exclamó el monarca, entusiasmado, mientras aplaudía seguido por todos los presentes—. Nadie puede superar el ingenio de los griegos.

—¡Me temo que sí, majestad! —proclamó Asdrúbal, dispuesto a jugar sus bazas ante la indecisión del influenciable reyezuelo siracusano.

—¿Quién sería capaz? Explícate presto, púnico —le ordenó Hierón, torciendo el gesto.

—La fuerza bruta de Roma, que no respeta a nadie.

Hierón se quedó en silencio, observando cómo el agua pasaba de un barreño a otro sin esfuerzo, gracias al tornillo hidráulico inventado por Arquímedes.

—Cartaginés, ¿cuánta plata has traído? —preguntó el autócrata, al cabo de un momento, ahora con voz codiciosa.

—Bastante como para compensar vuestra ayuda, aunque no en cantidad suficiente como para hacer sombra al tesoro de su majestad —contestó Asdrúbal.

—Bravo, cartaginés, sabes decir las cosas de manera conveniente —rio, complacido, el tirano.

Asdrúbal hizo una reverencia en señal de reconocimiento.

—Yo, Hierón de Siracusa, dispongo que los hombres de Cartago pueden alistar a mis hoplitas espartanos.

—Pero, majestad… —intentó protestar Menandro, temeroso por la reacción romana.

—¡Calla ya, insolente! ¡Sométete sin dilación a mi acertada decisión! —bramó Hierón. Así las cosas, Menandro puso rodilla en tierra y guardó silencio—. Ignoras que Cartago no domina Sicilia y Roma sí, ¿eh? —prosiguió, más calmado—. Asómate más allá del magro territorio que la rapiña romana nos ha dejado conservar,

y observa cómo la loba enseñorea nuestros antiguos predios, aquellos que disputábamos con los cartagineses… ¿No reparas en que Cartago está allende el mar, y Roma gobierna a escasas leguas de nuestras murallas? —El consejero hizo un gesto afirmativo a su soberano, y este finalizó su parlamento casi con dulzura en su voz.

»Entonces calla, mi buen Menandro… Que nuestra ayuda a Cartago contribuya al equilibrio político y militar de nuestro mundo. De lo contrario, tras acabar con los púnicos seremos barridos por Roma en menos tiempo y con menos esfuerzo de los que ha precisado hoy Arquímedes para llevar el agua de un balde al otro.

26

Siracusa alquiló cuatro mil hoplitas espartanos a Asdrúbal y, además, eludiendo el bloqueo romano contrató en la península Itálica toda suerte de soldados de fortuna itálicos y griegos, los cuales se alistaron en número de seis mil.

Con ese aguerrido y experto ejército, Asdrúbal e Himílcar navegaron hasta África y se pusieron bajo las órdenes de su comandante en jefe, cuyo genio militar y ardor guerrero se abatió sobre los rebeldes como un rayo devastador.

Amílcar Barca formó tres cuerpos de ejército: uno, bajo su mando; otro, con Asdrúbal al frente, y el tercero, comandado por Himilcón. Los reforzó con tres escuadrones de elefantes de combate, de los que carecían los amotinados, y con la caballería númida de Naravas.

Formando una tenaza de hierro atacó y sorprendió a Espendio y sus tropas en las cercanías de Útica, recuperando la ciudad. A continuación y durante todo el año 239 a.C., fue acorralando y venciendo a los sublevados, incorporando los supervivientes a su ejército.

Por su parte, Hannón obtuvo algunas victorias seguidas por reveses. La guerra se estancó y los mercenarios amotinados redoblaron sus ímpetus, sitiando incluso Cartago. Ante los muros de la centenaria capital, aprovechando la ausencia de Amílcar que reconquistaba el oeste, Mato y Espendio torturaron y mataron brutalmente a Giscón y al resto de los rehenes que tenían desde el inicio de las hostilidades, provocando el mayor espanto entre los cartagineses que asistían a tal horror desde las almenas.

Como en la vida los problemas suelen traer compañía, los mercenarios que custodiaban Cerdeña también se sublevaron contra Cartago. Consumada esa acción, acudieron a Roma para solicitar su protección contra la metrópoli y los sardos.

—Este Bóstar es un sujeto poco de fiar —le confesaba a Asdrúbal Giscón el cónsul Tiberio Sempronio Graco—, pero Roma, siempre ha protegido a los desvalidos, y no puede desatender esta petición de socorro.

—Cónsul Sempronio, Cartago ha cumplido el tratado de paz. Si Roma ahora desembarca tropas en Cerdeña, el Senado cartaginés lo tomará como una violación del referido tratado y una agresión territorial —protestaba, disgustado, Asdrúbal.

—¿Y qué hará además de protestar? —preguntó un senador ante las miradas de asco y las palabras de repulsa de Lucio Cornelio Escipión y Lutacio Cátulo, avergonzados por el proceder de sus compatriotas.

El general cartaginés permaneció en silencio mientras apretaba los puños.

Publio Valerio, el otro cónsul, intervino con tono muy firme:

—Padres de la patria, la petitoria de Bóstar es tan deleznable como su persona.

Pero como el caos puede extenderse por Cerdeña y los sardos precisarán ayuda para ser libres, propongo una acción preventiva inmediata.

Una estruendosa y casi unánime salva de aplausos y vítores secundó la sugerencia de Valerio. Cuando las ovaciones cesaron, Sempronio le ordenó a Asdrúbal el Bello que se retirara, pues iban a deliberar y tomar una decisión.

El cartaginés salió al pasillo, pavimentado con losas de mármol negro y blanco, y se acercó hasta una ventana protegida por el ancho alero del tejado. Se asomó y contempló la mansa lluvia que caía sobre Roma mientras oía la batahola que producían los senadores con sus deliberaciones y discusiones, que se filtraba a través de los portones que cerraban el recinto.

Llevaba una hora ensimismado, ya que la lluvia caía de una manera laxa, casi hipnótica, cuando fue avisado por un guardia. Penetró en el gran salón. Los senadores habían dejado de discutir y ocupaban expectantes sus escaños. Se colocó ante el sitial de los cónsules y escuchó.

—Noble emisario de Cartago —dijo Sempronio Graco—, como Roma no puede eludir sus responsabilidades, enviará una legión a Cerdeña para restablecer la ley y el orden.

—Esto es un atropello —protestó Asdrúbal, que no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—Silencio, cartaginés; no he concluido… —le recriminó ásperamente el cónsul —. Para ello, Roma desea que la República amiga de Cartago colabore retirando las tropas que tiene acantonadas en la vecina Córcega.

—¿Cómo? ¿Además de Cerdeña también queréis arrebatarnos lo que nos queda de Córcega? —preguntó, indignado, Asdrúbal.

—¿Acaso podéis mantener la paz en ambas islas en momentos tan aciagos como sufrís? —le interrogó el cónsul Valerio—. No, claro que no. Ahora sois incapaces de recuperar los territorios dominados por vuestros insumisos siervos.

—Los romanos os portáis como buitres carroñeros y os aprovecháis de la guerra que asola las tierras de Cartago —les espetó Asdrúbal con todo el odio y el asco posibles—. Sois unos bárbaros incivilizados que no respetáis lo firmado, ejercitando cobardemente la fuerza contra quien no puede defenderse.

—¡Cartaginés, Roma declara la guerra a Cartago! —gritó, enfurecido y ofendido, el cónsul Sempronio Graco, poniéndose en pie.

—¡Pues venid a las puertas de Kart Hadasht para contemplar cómo mueren los héroes y pereced vosotros con ellos! —gritó, encolerizado Asdrúbal, apartándose de su habitual conducta diplomática.

Un tribuno se acercó hasta los cónsules, en medio de los gritos, insultos y apoyos hacia Asdrúbal, y les recordó la amenaza de los pueblos ligures de Pisa y Luna. A eso se sumaba la dificultad para dominar Córcega y Cerdeña.[78] Y terminó desaconsejando la invasión de África.

Los cónsules reconocieron la certeza de lo expuesto por su ayudante y

dictaminaron.

—Púnicos, Roma no desea aprovecharse de vuestro infortunio. En prueba de ello, seguiremos facilitando a Cartago los necesarios medios humanos y materiales para abatir a los amotinados… —Hubo comentarios y murmullos de aprobación—. Además —prosiguió Sempronio—, no ejecutaremos la declaración de guerra que acabamos de realizar si Cartago entrega mil doscientos talentos de plata.

Un silencio pesado cayó sobre el gran salón del Senado mientras algunos senadores, muy avergonzados, abandonaban la estancia.

Asdrúbal Giscón, muy indignado, se arrancó del cuello el distintivo de su rango militar, un valiosísimo collar de plata maciza con un caballo y una luna, y lo arrojó con furia a los pies de los cónsules gritando:

—¡Tomad, buitres carroñeros! ¡Ya podéis ir cobrando parte de los mil doscientos talentos en que tasáis la paz!

Epílogo

Tras cuatro años de guerra, Amílcar Barca puso fin a la revuelta de los mercenarios. El último episodio, tras un minucioso estudio del terreno, de las condiciones climatológicas, de las posibilidades y de las tropas que debían llevarla a cabo, fue la brillante maniobra que realizó, coordinando sus tres cuerpos de ejército, consiguiendo que todos se movieran acompasadamente mientras realizaban un movimiento de tenaza que fue empujando y cercando a los amotinados dentro de un estrecho desfiladero de altas paredes, que solo contaba con una salida. Cuando el cerco fue completo y se cerró la maniobra de embolsamiento alrededor de los mercenarios sublevados, aquella fue tan eficaz que impidió la salida de ningún hombre sin morir, de inmediato, a manos de las tropas del León de Cartago, pues no podían escalar las altas paredes sin ser abatidos por los arqueros dispuestos estratégicamente, ni era posible escapar por la salida natural, ya que esta había sido rodeada por un profundo foso y reforzada por un muro de tierra apisonada, que estaba coronado por una alta empalizada, en la que destacaban numerosas torres de vigilancia.

En esa trampa permanecieron los veinte mil amotinados supervivientes muriéndose de hambre, de sed y víctimas de un calor inhumano. Quienes intentaron escapar fueron torturados y muertos por las disciplinadas tropas cartaginesas.

Tres semanas de barbaries, de todo tipo de abusos entre los encerrados e, incluso, cuando el canibalismo se convertía en la única fuente de alimentos para los desesperados prisioneros, transformaron a los otrora orgullosos mercenarios en un deprimido y agotado rebaño de seres abatidos dispuestos a lo que fuera con tal de salir de aquel infierno. Por ello, tras unas cortas deliberaciones enviaron parlamentarios para negociar con Amílcar.

—Entregaréis vuestras armas. Saldréis en grupos pequeños que nosotros controlaremos y, después, tomaré diez prisioneros, eso sí los que yo quiera —exigió

el cartaginés.

—¿Y qué será de los demás prisioneros? —le preguntó uno de los cabecillas.

—El resto de rebeldes y traidores quedará libre —ofreció el bárquida—. Y es posible que los que demuestren que fueron llevados a este estado mediante engaños, y no tengan las manos manchadas con sangre inocente…

Los amotinados escucharon con la máxima atención, albergando la esperanza de poder convertirse de nuevo en soldados.

—Aquellos de entre vosotros que se hayan conducido con honor y que no se hayan comportado como una jauría de bestias feroces… —prosiguió el León de Cartago con acritud en el tono de su voz, que fue suavizando poco a poco— recibirán alimentos y agua, y serán invitados a alistarse bajo las banderas y el sagrado estandarte de Kart Hadasht, que os recuerdo que es la media luna y el caballo de plata… El mismo bajo el que combatisteis cuando erais hombres…

Al escuchar aquello, los embajadores de los amotinados derramaron lágrimas de vergüenza, añorando otros tiempos que fueron amables con ellos, y se arrepintieron por haberse dejado embaucar por aquellos malditos.

—Ahora, marchad y comunicad a los vuestros cómo habla y qué es lo que dispone el «siervo de Melkart», el mismo que alguna vez les condujo a la victoria frente a la loba romana, allá en Sicilia…

La generosa oferta de liberación subió la moral entre los desesperados amotinados porque confiaban en la palabra de Amílcar Barca, y porque querían volver a su antigua vida cuando eran respetados y bien pagados soldados de la República cartaginesa.

Llegado el día, los rebeldes entregaron sus armas y accedieron a que Amílcar escogiera los rehenes prometidos. Este eligió a siete cabecillas más Espendio, Mato y Autarito. Al enterarse, estos prefirieron una masacre suicida antes que morir ellos solos, hasta ahí llegaba su maldad, mejor todos muertos que solo nosotros diez. Auxiliados por sus más íntimos y algunos tontos útiles propagaron la mentira de una inminente matanza. Y como la razón humana y el sentido común son escasos, volvieron a engañar a los suyos, consiguiendo que sus indignados compañeros se sublevaran de nuevo y, ciegos por un furor suicida, se lanzaran casi desarmados contra los cartagineses.

Amílcar, que estaba preparado para cualquier contingencia, reaccionó enviando la caballería pesada de Himilcón y los escuadrones de elefantes para que aplastaran a los incumplidores sediciosos. La brutal matanza duró unas horas y fue tan aniquiladora que apenas sobrevivieron unas docenas de amotinados junto con Mato. Poco después, fueron trasladados hasta Cartago.

Allí, los cartagineses dieron rienda suelta al odio acumulado contra los rebeldes durante los duros años de guerra. Los pasearon, apedrearon y flagelaron atrozmente por las calles de Cartago, durante la celebración de un desfile triunfal. El acto final fue la tortura pública de los presos en la que fueron capados, desollados y cegados,

entre otros tormentos; y su brutal crucifixión en la colina de Byrsa, donde quedaron clavados hasta que fueron devorados por los buitres y demás aves carroñeras, fue el colofón sangriento de un conflicto llamado la guerra inexpiable, seguramente porque no fue posible borrar las culpas ni purificarse de ellas por medio de ningún sacrificio posible en la tierra.

Libro segundo

Hasdrubaal[79]

27

Tras la victoriosa y costosa guerra contra los mercenarios, Cartago estaba agotada.

—La guerra ha terminado y el balance es desolador… —afirmaba el sufeta Hannón en el Senado, con la mirada perdida—. Campos de cultivo, que eran nuestro orgullo, han quedado arrasados. Aldeas, alquerías, puertos… Todo asolado, devastado, arruinado… Córcega, Cerdeña… —Nadie habló—. ¿Qué haremos, mis amados hermanos? —preguntó con dolor y abatimiento.

Su amigo Qarthal tomó la palabra y, en nombre de un poderoso grupo industrial y financiero, esbozó los proyectos de futuro.

—Esto es lo que trae la guerra cuando se padece tan de cerca. Para evitar sus riesgos, volvamos a ser comerciantes y navegantes, mercaderes y banqueros. Un pueblo próspero y pacífico —explicó, mirando fijamente a Amílcar—, una nación que dé la espalda a las guerras, a los soldados, a la fútil gloria de los generales… —Ante esa acusación tan directa y falaz Amílcar se levantó de su escaño para replicar, mientras Qarthal proseguía imperturbable—: Porque hay alguno que, imitando al tirano Hierón de Siracusa, quiere militarizar Kart Hadasht para alzarse con el poder legítimo que reside en este Senado.

—¡Maldito embustero, te voy a arrancar las orejas! —vociferó Amílcar, que fue sujetado por Asdrúbal y tres partidarios suyos.

—Debemos seguir siendo una pacífica república libre dedicada al comercio y la prosperidad —continuaba Qarthal entre los aplausos de sus adeptos—, cuya conducta no vuelva a ofender a Roma.

—¡Indigno, infame, cobarde! —gritaba Amílcar, fuera de sí, sujeto por los suyos—. ¿Crees que los romanos no nos aplastarán?

—No volveremos a guerrear contra Roma o la desgracia se abatirá sobre los hijos de Kart Hadasht —opinó el sufeta Hannón, recibiendo los aplausos de más de la mitad de los senadores.

—No habéis aprendido nada de las recientes guerras —les acusó Asdrúbal, llegando hasta la tribuna de oradores—. Ante la secesión de Cerdeña, ya visteis lo que sucedió.

—¡Que esa maldita loba nos robó las islas! —gritó un partidario de Amílcar—. Lo que no habría consentido el general si hubiera mandado él solo los ejércitos de la República.

—Eso es lo que no queremos, que un solo hombre aglutine tanto poder, porque amamos las libertades republicanas —refutaron con energía los seguidores de Hannón.

Las voces y discusiones de los dos bandos atronaron las paredes y bóvedas del

Senado.

—¡Hermanos de Kart Hadasht, por el amor de Baal, conteneos y escuchadme! —gritó el senador más anciano, desde la tribuna de oradores, consiguiendo el silencio y atención—. Roma acecha pero debemos olvidar, por el momento, los tambores y trompas de la guerra. Hermanos, en lugar de disputar, ¿habéis pensado cómo pagaremos a esos buitres cuando la patria está en ruinas?

Asdrúbal volvió a subir al estrado.

—Propongo que el sufeta Hannón sea reelegido para que conduzca la reconstrucción nacional —planteó para agradar a los partidarios de aquel—. Asimismo, el Senado debería nombrar a Amílcar Barca comandante de un ejército que restablezca nuestro dominio en Isphanya, y conquiste sus ricos territorios vírgenes desde donde podrá enviar riquezas suficientes para prosperar y pagar a Roma.

Esta proposición provocó la inmediata formación de consultas y acuerdos entre los senadores.

—¿Qué opinas? —le consultó Hannón a Qarthal, haciendo un aparte.

—Debe de haber trampa en tan generosa oferta, pero nos conviene alejar a Amílcar de Kart Hadasht.

—Y yo, ¿debo aceptar de nuevo el cargo de sufeta?

—Naturalmente, ahora más que nunca —respondió Qarthal.

—Asdrúbal es astuto, quiere compensarnos para que apoyemos a Amílcar como gobernador de Isphanya, ¿no?

—Sin duda, pero ¿qué se nos ha perdido a nosotros en esas tierras inhóspitas de Isphanya?

—Nada… —contestó Hannón, sonriendo—. Y a cambio, si le enviamos allí, nos dejará aquí un amplio margen de maniobra.

—Además, hay que tener en cuenta que con ese nombramiento no se incumple el tratado de paz con Roma, ¿verdad? —apuntó Qarthal, preocupado.

—No. Las salvajes tierras de Isphanya, pobladas por feroces bárbaros no interesan a Roma.

—Entonces, si la oferta de Asdrúbal es correcta y nos conviene, ¿dónde está el truco? —inquirió Qarthal, entre susurros.

—¿Qué hay en el interior de Isphanya? —preguntó Hannón.

—Al parecer, ricas minas de plata, mercurio y oro… Pero hay que arrebatárselas a los salvajes iberos y celtas que las explotan —le informó Qarthal, ladeando la cabeza.

—¿Tú crees que Amílcar será capaz de ganarlas para nosotros?

—Pondrá todo su empeño en ello.

—Pues dejemos que Amílcar Barca se cubra de gloria luchando contra esos salvajes iberos —convino Hannón en tono de burla.

—Durante cuya peligrosa conquista podría perder la vida… —apuntó Qarthal,

lapidario—. En cuyo afán ya colaboraremos nosotros para que se acelere tal desgracia…

Tras los acuerdos y negociaciones, los senadores reeligieron a Hannón como sufeta, y Amílcar Barca comenzó a preparar su desembarco en tierras hispanas, en calidad de gobernador general de las mismas.

28

—Debemos aprovechar la nevada para escapar —le proponía Uiro a Kharbaal—, porque los guardias oretanos y griegos no nos perseguirán.

El cartaginés dejó de hacer apuntes en una tablilla de cera, miró la oficina excavada dentro de la mina de plata y contestó con cautela:

—Recuerdas lo que nos harán si nos cogen, ¿no?

—Hay que arriesgarse. Tanta nieve en estas fechas es un regalo de Lug[80] —prosiguió Uiro, arrugando el ceño.

—Con tanto frío debe de ser muy incómodo estar clavado en una cruz desnudo, ¿no?, sobre todo si te vas a quedar colgado mucho tiempo.

—Arriesguémonos, cartaginés. No seas cobarde.

—Puedes morir por decir eso —replicó Kharbaal, mientras le apuntaba con el stylo de madera.

—Si no eres cobarde y deseas la libertad como yo, fuguémonos. La vida se nos escapa cada día que pasa dentro de estas cuevas.

—Estás loco. Con este frío y sin ropa adecuada ni alimentos, no sobreviviríamos ahí fuera ni dos días —replicó, juicioso, Kharbaal.

El lusitano lo miró con desprecio.

—Tú te has acomodado, cartaginés, porque vives bien desde que los tuyos te nombraron contador de la mina, y así soltaste el pico y la pala, se acabó el látigo, las malas comidas, los agotadores turnos de trabajo…

—Solo fue cuestión de suerte que un director fenicio reparara en que soy cartaginés —se defendió Kharbaal, arrugando la frente.

—No fue eso. Por alguna razón los dioses quisieron que salieras del pozo y dejaras de picar.

—Tú tampoco vives mal ahora —contraatacó el cartaginés—. Salí del pozo y te nombré mi ayudante, así que no me acuses de ser un acomodado.

—Prefiero arriesgar y perder la vida antes que arrastrar esta existencia cobarde y paniaguada.

—Nos han nombrado contadores del material, lo que permite trabajar cómodamente, comer caliente y no sufrir castigos físicos ni penurias… —El lusitano se encogió de hombros—. Se enfadarán mucho si te cogen o descubren tus planes… —El lusitano volvió a encogerse de hombros en señal de indiferencia—. Podrías volver abajo, a las agotadoras jornadas picando mineral a la luz de lámparas y antorchas.

—No me importa…

—¿Ni perder las dos comidas calientes al día? —insistió Kharbaal.

—No.

—¿Ni renunciar a la buena vida que nos damos?

—Tampoco.

—No te importa conservar lo que hemos conseguido durante estos meses. Solo deseas escapar y morir en el empeño —apuntó Kharbaal, ya en tono burlón—. La vida fácil te ha ablandado el cerebro y has perdido el poco sentido que tenías.

—Un día de estos te voy a reventar la nariz de un puñetazo —lo amenazó Uiro, muy serio.

—¿Tú y cuántos locos más como tú?

Uiro frunció el ceño enfadado y replicó con vehemencia:

—No me quedaré hasta que sea un viejo inútil al que los guardias echen a morir al monte, para ahorrarse la comida. Quiero escapar para volver a ser libre.

—Queda mucho tiempo hasta que llegue ese momento… —argumentó Kharbaal, ahora con la mirada perdida, comenzando a pensar que Uiro tenía razón—. Antes de que seamos viejos escaparemos, o nos liberarán, o… —El lusitano lo observó a la luz del velón, movió negativamente la cabeza y no dijo nada—. Estás decidido a huir, ¿verdad?; aunque no sobrevivas…

—Me voy con Mádriz —le explicó, refiriéndose al carpetano con quien habían hecho amistad.

—Mádriz es gafe. Escapó y lo volvieron a coger.

—Me marcho…

—Aquí no vivimos como esclavos, incluso nos consideran —valoró Kharbaal—. Cuando llegue la primavera nos escaparemos, ¿eh?

—Yo no valgo para llevar esta vida de mierda —recalcó el lusitano, haciendo caso omiso al ofrecimiento del cartaginés.

—Recapacita.

—En mi tierra los clanes se dedican a la ganadería y agricultura —le explicó el lusitano—. Cuando muere el padre, todo es para el primogénito. Así que, para subsistir, los demás se convierten en bandoleros, soldados…

—¿Cómo se llama tu hermano? —preguntó Kharbaal, sonriendo.

Uiro devolvió la sonrisa y continuó:

—Desde que dejé el hogar paterno he sido libre, y quiero seguir así.

—¿Podías haberte quedado junto a tu hermano mayor?

—Sí, como un criado sin derecho a la riqueza familiar, a matrimoniar o a tener hijos —le explicó el lusitano.

—Y por esas vivencias prefieres arriesgar el pellejo cuando aquí comes caliente dos veces al día y vives con comodidad —reiteró Kharbaal.

—Los habitantes de Isphanya amamos la libertad por encima de todo —le explicó Uiro—. Acaso porque somos pobres y no tenemos otra cosa.

Avergonzado ante la bizarría del peninsular, Kharbaal reflexionó.

—Yo fui libre y feliz —dijo al cabo de un momento—. Mi familia cultivaba un pequeño huerto dentro de las murallas de Cartago. Crecí sin lujos, jugando entre el lago, el mar y los campos, y nunca me faltó para comer… —Carraspeó dos veces—. Como no deseaba trabajar la tierra como mi padre, me convertí en explorador y cazador de elefantes para el ejército.

—Y ahora prefieres vivir sin libertad en esta mina, ¿no? —Kharbaal frunció el ceño en silencio—. Donde tendrás tiempo para recordar cómo lo pasabas cuando eras libre y cazabas elefantes… —remachó Uiro, corrosivo.

El cartaginés le miró tocándose el estómago, e inquirió en voz queda:

—Dime, lusitano, ¿cuándo nos escapamos?

29

La expedición de Amílcar Barca se adelantó porque los turdetanos y otros pueblos iberos cercaron Gadir, creyendo que esta ciudad se encontraba desamparada por Cartago, que se rehacía de la guerra inexpiable.

—¿Cómo está la situación? —preguntó Amílcar a su estado mayor, compuesto por Asdrúbal, Himilcón e Himílcar.

—Los turdetanos han contratado mercenarios celtas bajo el mando de Istolacio e Indikortes —le informó Himílcar.

—¿Quiénes son esos? —inquirió el bárquida.

—Isphanya está poblada por iberos, asentados en las costas y sus cercanías, y por naciones celtas que viven al norte y en el interior —explicó Himílcar.

—También hay púnicos y libio-fenicios —afirmó Amílcar, que no quería pasar por ignorante.

—Efectivamente. Las ciudades de Gadir y Malaka[81] son fenicias, al igual que Sexi,[82] Abdera,[83] Spali y Kart Iuba y, por tanto, procartaginesas.

—Prosigue pero concreta —exigió Amílcar.

—Usualmente, iberos, celtas y celtíberos pelean entre sí con odio y saña, pues es su modo de vida —continuó Himílcar—. A veces, se unen varias tribus, como ahora, o contratan mercenarios y asedian Gadir u otra plaza rica para obtener un botín.

—¿Cuentan con una flota? —inquirió Asdrúbal.

—Los turdetanos proporcionan embarcaciones a los celtas, lo que les permite desembarcar guerreros y combatir bajo los muros de Gadir —le informó Himílcar.

—Imagino que serán muy numerosos —apuntó Himilcón.

Amílcar lo miró con sorna y precisó:

—Si fueran un par de centenares la flota gaditana los habría enviado al fondo del mar, ¿no crees, mastuerzo?

Los cuatro rieron mientras Himilcón se acariciaba su pelo cortado a cepillo.

—Asdrúbal, obtén del Senado el mando de la flota para liberar Gadir. Nosotros proseguimos los preparativos para llevar el grueso del ejército.

—¿Dónde quieres desembarcar nuestras tropas? —quiso saber Asdrúbal.

—Precisamente en Gadir.

Asdrúbal el Bello sonrió y comentó:

—Ya entiendo la transacción… Favor por favor…

Su amigo y camarada de armas sonrió asintiendo, aunque aclaró:

—Gadir es la mejor cabeza de puente para canalizar la invasión.

—¿A quiénes puedo embarcar? —preguntó Asdrúbal.

—Cuento con griegos e itálicos, la caballería númida de Naravas y los hoplitas libio-fenicios.

—Y todos los elefantes que podamos disponer, supongo —apuntó Himilcón.

Mientras Amílcar aprobaba la presencia de paquidermos y continuaba ultimando la estrategia a seguir, Himílcar se entristeció al recordar que su amigo Kharbaal, a quien imaginaba muerto, los cazaba.

—Asdrúbal, consigue las penteras, embarca a los hoplitas libio-fenicios y haz en Gadir una demostración de poderío militar ante esos bárbaros —le ordenó Amílcar, de excelente humor.

Cuando quedaron solos Amílcar y Asdrúbal, este último le preguntó sin circunloquios:

—¿Qué planes tienes para tu familia?

—Mi mujer, Sapaníbal, y mis hijos viajarán con nosotros.

—¿No será peligroso?

Amílcar se acarició la cuidada barba, que ya comenzaba a canear.

—Considero más peligroso dejarlos solos en Kart Hadasht, a merced de Hannón, mientras estamos ausentes… ¿No crees?

—Sí… Entonces, tu hija Sofonisba también vendrá con nosotros a Isphanya, ¿verdad? —afirmó, más que preguntó, Asdrúbal, nervioso.

Amílcar Barca lo miró burlón y respondió con sorna:

—Hombre, no supondrás que voy a dejar a mi pequeña Sofonisba sola en este palacio, ni que la voy a ingresar en el templo de Ashtoreth, como prostituta sagrada, para que las sacerdotisas me la cuiden hasta mi regreso, ¿no?

—No, no… Claro, claro… —titubeó Asdrúbal el Bello—. Esto, yo, estaba pensando que…

Amílcar sonrió a su amigo, le propinó un suave puñetazo en un hombro y le dijo en tono afable, no exento de firmeza:

—No pienses en cosas de mujeres. Limítate a navegar hasta Gadir, derrota a esos celtíberos y prepara mi desembarco. Vuelve y, como premio, te entregaré a mi hija Sofonisba para que os caséis y tú te conviertas en mi hijo…

30

—¿Cómo que faltan cuatro vagonetas? —le preguntaba unas horas más tarde un capataz fenicio a Kharbaal.

—He realizado el recuento rutinario, como todos los días, y en mis cuentas no figuran cuatro carretillas.

—Por la vagina sagrada de Astarté, ¿estás seguro? —preguntó el fenicio, que era uno de los responsables del material en aquella explotación.

—¿Me he equivocado alguna vez en estos temas? —respondió el cartaginés con voz ofendida.

—No.

—¿Alguna vez he dejado de recuperar algo perdido?

—Pues no… —repuso el fenicio.

—¿Cuándo es la próxima inspección general? —inquirió Kharbaal, conociendo la respuesta de antemano, para amedrentar al natural de Fenicia.

—Mañana o pasado —contestó el encargado con temor en la voz.

—Pues hay que moverse rápido, o nos caerá una buena.

—¿Qué podemos hacer? —quiso saber el fenicio, angustiado, pues era poco resolutivo y ostentaba el puesto en la mina gracias a un familiar de su mujer.

Kharbaal hizo como que pensaba en silencio.

—Aunque está anocheciendo me llevaré a Uiro afuera, y buscaremos por el carril que va hasta el depósito de mineral.

—Esas vagonetas se han quedado junto a los depósitos por descuido —dejó caer Uiro.

—Puede ser… —admitió, esperanzado, el fenicio—. Esos malditos esclavos, perros perezosos, si pueden volver sin arrastrar las vagonetas lo hacen.

—Podemos comprobarlo mañana —propuso Uiro.

—De eso nada. Él confía en nosotros —dijo Kharbaal, señalando al fenicio, que sonrió satisfecho—, y dormiremos más tranquilos si recuperamos las vagonetas esta misma noche.

—¿Tú harías eso por mí? —se interesó el fenicio, casi en tono de súplica.

—Y ahora mismo —prometió el de Cartago, solemne.

—¿Y por qué tanta diligencia? —preguntó el fenicio, ahora desconfiando.

—Tú me sacaste de ese infierno de ahí abajo y yo te estoy agradecido… —El fenicio lo miró receloso, sin decidirse aún—. Y no quiero que, por culpa de un error subsanable, el capataz me vuelva a mandar al pozo a picar —le explicó Kharbaal con un marcado tono confidencial.

El fenicio se echó a temblar imaginando represalias contra él.

—Vamos mañana, afuera está nevando y hace mucho frío —protestó débilmente Uiro—. Supongo que nadie nos va a robar esas vagonetas con este tiempo de perros…

—¡Iréis ahora mismo, y no se hable más! —chilló, nervioso, el fenicio.

Kharbaal le explicó a este con voz persuasiva y profesional.

—Necesito a un carpetano llamado Mádriz, que está en la primera galería. Es un tipo fuerte que trabaja con los que arrastran las vagonetas, con buena vista y, sobre todo, un hombre de toda confianza.

—¿Los tres solos podréis con las vagonetas? —preguntó, incrédulo, el de Fenicia.

—Nos las traeremos de una en una. Cuantos menos se enteren de esta pérdida mejor, ¿no?

Mientras el fenicio dudaba, Uiro apuntó con voz de vago:

—Deberíamos llevar más gente. Es mucha paliza para tres.

El fenicio saltó como un resorte mientras escribía algo en una tablilla de cera y se la entregaba.

—No, no, tiene razón el cartaginés. Que suelten al carpetano y lo pongan bajo vuestra custodia. Y que de esto no se entere nadie, ¿estamos?

Los dos compañeros se introdujeron por una galería débilmente iluminada y comenzaron a descender hacia la mina propiamente dicha. Bajaron luego por el suelo en pendiente durante un rato. Lo hicieron mientras saltaban sobre los charcos que formaban la tremenda humedad de las paredes y el agua que se filtraba a través de las grietas de las mismas.

Al final del pasillo llegaron hasta una gigantesca caverna que albergaba un enorme anfiteatro formado por ocho terrazas concéntricas que descendían hacia la oscuridad.

—¿Qué diablos hacéis aquí? —les ladró un griego, desabrochando su coraza de lino endurecido al salir del cuerpo de guardia.

—Nos manda Tibios, el fenicio —respondió Kharbaal, entregando la tablilla con el sello de su jefe.

El griego la observó sin interés mientras se quitaba con la lengua restos de comida de los dientes. Después de unos instantes, eructó con fuerza y se la devolvió.

—Ese carpetano está en la primera galería, ¿no?

—Eso nos ha dicho Tibios —contestó Kharbaal.

—Hay algo raro en todo esto —indicó el griego mientras se hurgaba los dientes con una sucia uña—. Venir de noche a por un picador de mineral.

El cartaginés se encogió de hombros. Observó cómo un griego introducía apresuradamente a uno de los niños en el puesto de guardia. Tras ello, respondió dándose la vuelta:

—Si vuelvo ante Tibios sin el carpetano se va a enfadar mucho; sobre todo si le digo que los griegos violáis a los niños de la mina sin su permiso. Con lo dulce que es él con los pequeños —mintió Kharbaal.

El guardia volvió la cabeza y vio entrar en la garita a otro compañero, llevando del cuello a otro chiquillo con todo cuidado.

—Lo vais a pasar bien con esos pobres desgraciados, ¿no? —inquirió el cartaginés, poniendo cara de asco.

El griego miró a Kharbaal con aversión, y tirándole una bofetada replicó:

—Los de Cartago no podéis dar lecciones de moral a nadie porque quemáis niños vivos para aplacar a vuestros repulsivos dioses.

El cartaginés reaccionó con reflejos, sujetó la muñeca del guardia en el aire, antes de que alcanzara su rostro, y le dijo con toda tranquilidad:

—Si quieres pegarme, cuando tengas cojones nos vemos tú y yo fuera de la mina, pero solos. Si quieres abusar de los niños, allá tú. Pero si no me entregas al carpetano se lo diré enseguida a Tibios, que impedirá vuestra patética orgía y tus camaradas se enfadarán mucho contigo.

El griego, que retiró su muñeca con violencia de la mano del cartaginés, se pasó la lengua por los labios y escuchó las risas que comenzaban a salir del cuerpo de guardia. Aun así, permaneció quieto y en silencio porque no deseaba complacer a Kharbaal.

—Como quieras. Si me fastidias, yo te fastidiaré —avisó este, dándose la vuelta y comenzando a caminar hacia la galería—. Nos vemos enseguida.

Los dos amigos caminaron cuatro pasos y escucharon una agria voz.

—¡Me cago en la perra negra que os parió, malditos esclavos!

Poco después, un sorprendido Mádriz era sacado de la celda que compartía con treinta esclavos más y caminaba junto a Kharbaal y Uiro.

—¿Adónde vamos? —preguntó, todavía bajo la atenta mirada del griego.

—No sé que habrás hecho mal, pero Tibios quiere verte y está muy enfadado contigo —contestó Kharbaal mientras el griego sonreía con crueldad y preguntaba, pensando ya en las tiernas carnes de los niños:

—¿Tenéis que traer al carpetano más tarde?

—Desconozco los planes de Tibios. Es un hombre tan imprevisible que lo puede traer él mismo, en persona —mintió Kharbaal, para mortificar al griego.

—No fastidies, cartaginés.

—Únicamente obedezco órdenes y te prevengo…

—Tú sabes algo más, maldito púnico —lo interrumpió con acritud.

—Solo te informo —dijo muy serio el de Cartago, aguantando a duras penas la risa.

—¡Cuerpo de Dionisos, qué contrariedad!

Kharbaal, haciendo un esfuerzo mayor para no reír, le dijo a manera de confidencia:

—Griego, aunque esos pobres niños os tendrán que dar la espalda a la fuerza, os recomiendo que vosotros no se la deis a la puerta de entrada, durante mucho rato, no sea que Tibios os sorprenda…

31

Mientras Kharbaal se despedía del fenicio y le juraba por los dioses cananeos que traería las vagonetas extraviadas, Uiro explicó rápidamente el plan de fuga a Mádriz. Poco después, el cartaginés se reunió con los dos celtíberos y les mostró el salvoconducto sellado por Tibios.

Sin perder el tiempo, cogieron linternas, sacos de esparto, algo de ropa y alimentos.

Ascendieron por el pasillo que llevaba a la salida, donde se cruzaron con una cuadrilla minera rezagada y sus guardianes. Llegaron a la entrada, cerrada con una enorme reja de hierro colado, donde se abría una cancela doble.

Se acercaron hasta un guardia libio-fenicio, que reconoció a Kharbaal mientras el viento y la nieve hacían oscilar el fuego de las antorchas.

—¿Dónde vas con estos dos, cartaginés?

—Me envía Tibios —informó el aludido mientras le entregaba al guardia el salvoconducto—. Quiere que traigamos unas carretillas abandonadas.

—No fastidies, ¿vas a salir con esta nevada siendo la hora de cerrar? —protestó el libio-fenicio, perplejo—. Qué ocurrencias tiene Tibios…

—Ya, pero son sus órdenes… —le explicó Kharbaal, mientras su interlocutor le miraba con una mezcla de comprensión e indiferencia.

—¿Y estos dos desgraciados?

—Me tienen que ayudar a localizar el material.

El guardia los miró con desinterés.

—¿Y esos sacos? —insistió en tono de desconfianza.

—Llevamos algo de ropa y comida.

—Id afuera, pero como tardéis en volver no os abriremos hasta mañana y tendréis que pernoctar arrimados a la verja. Nos vamos ahí dentro y solo saldremos cuando amanezca —les explicó finalmente, señalando una caseta por cuya chimenea salía un humo que invitaba a acceder a su interior.

—Si no entran, estos tres se escaparán —comentó un guardia, que se incorporaba en esos instantes al grupo.

—Sí, sí… Con la nieve y el frío que habrá esta madrugada se escaparán congelados… pero hasta los infiernos —contestó el libio-fenicio, riendo entre dientes su siniestra ocurrencia.

—Tengo orden de regresar y presentarme ante Tibios —protestó Kharbaal, forzando la situación para informarse—. No quiero que me apalee otra vez.

—Si me despiertas, seré yo quien te mate a palos en lugar de Tibios —lo amenazó el libio-fenicio, alzando una mano.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó el cartaginés.

—Os lo acabo de decir —reiteró impaciente—. Os podéis refugiar debajo de la entrada, pegados a la verja.

—Pero… —protestó en apariencia.

—¡Cuerpo de Mitra!, podréis entrar con el retén que salió a patrullar —matizó el otro guardia con voz de aburrimiento.

—¿Cuándo regresará? —insistió Kharbaal.

—Suelen rondar durante un par de horas —explicó el mismo guardia, con impaciencia—. Y ahora basta ya de charla. Salid de una vez y encontrad lo que quiere Tibios.

El sol se había puesto hacía dos horas y Asdrúbal esperaba fuera del salón del Senado cartaginés. Al cabo de unos minutos, las enormes puertas de cedro barnizado, forradas con planchas de oro y plata, se abrieron.

—Asdrúbal de la familia Giscón, entra. Los senadores darán respuesta a tus propuestas —le anunció el chambelán mayor con afectada solemnidad.

El Bello penetró en el imponente salón y tomó asiento en su escaño.

—Apreciado Asdrúbal, el Senado te ha nombrado almirante de la escuadra y te autoriza a embarcar hoplitas libio-fenicios para acudir a liberar a la ciudad hermana de Gadir —le comunicó el sufeta Hannón.

Asdrúbal sonrió, hizo una reverencia, y preguntó directo:

—¿Qué deberé hacer después de liberar a nuestros hermanos gaditanos?

Hannón y los miembros de su partido también sonrieron.

—Retornarás a Kart Hadasht y embarcarás a Amílcar Barca con las tropas que pondremos bajo vuestro mando, para la conquista del interior de Isphanya —precisó Hannón.

—Entonces, ¿compartiremos el mando? —se interesó Asdrúbal, extrañado.

—Amílcar Barca solo será jefe del ejército y gobernador de los territorios que conquiste en nombre de Kart Hadasht —le explicó el sufeta.

—Esto no es lo solicitado, ¿no? —incidió Asdrúbal.

—Preferimos que la flota quede bajo tu gobierno. No es bueno que un solo general aglutine demasiado mando.

—Tú ahora eres el navarca —recalcó Qarthal, el nuevo sufeta—. En cuanto desembarques a Amílcar y a sus tropas, volverás a Kart Hadasht con las naves.

—Eso no será posible —respondió Asdrúbal, ladeando la cabeza.

—¿Por qué no?

—La flota estará bajo potestad senatorial y yo asumiré su dirección. Desde Isphanya os enviaré gran parte de las penteras, pero conservaré las necesarias para su conquista —propuso Asdrúbal con diplomacia.

—¡Tú acatarás nuestras órdenes! —tronó Qarthal, llevado por la exaltación de quien estrena cargo político importante y quiere hacerlo valer desde el primer momento.

—Solo obedeceré las instrucciones del Senado —respondió el Bello con calma, sin ceder ni un ápice—. Y como participaré en la conquista, enviaré la parte del botín que le pertenezca.

Enseguida, una multitud de voces de apoyo y propuestas para que conservara más barcos se alzaron en la sala. Hannón se percató de la brillante maniobra realizada por Asdrúbal. Tras sonreír haciendo una leve inclinación de cabeza, le preguntó:

—Entonces, ¿cómo se realizará el reparto del botín obtenido en Isphanya?

—Sencillamente. Se harán tres partes. La más importante será para el Senado, con la que podrá pagar la indemnización a Roma. Otra servirá para pagar a los soldados y oficiales del ejército, liberando de esa costosa carga al Senado —explicó el Bello entre los aplausos de muchos senadores.

—¿Y la última? —preguntó Qarthal con malicia.

—Será para aquellos que arriesguemos la vida en beneficio de Kart Hadasht.

—¡Entonces, Amílcar también se enriquecerá! —protestó Qarthal, gritando.

—Esa oportunidad está al alcance de cualquiera. Tú mismo, ven con nosotros, juégate la vida y enriquécete —le propuso Asdrúbal con una sonrisa mordaz en los labios.

—Yo ya soy inmensamente rico y no tengo que exponer la vida para ganar más riquezas —aclaró arrogantemente Qarthal, con un tono despectivo en su voz—. Y, además, creo que el tesoro debe ser enviado hasta esta Cámara para proceder a su reparto.

—Cómo se nota que nunca has mandado tropas ni soldados —le espetó Asdrúbal Giscón.

—Ni tengo deseos de ejercer un oficio tan vil como es el de matar.

—Recapacitad, señores senadores, pues tras la reciente guerra contra los mercenarios aprendimos que hay que respetar las recompensas y pagos acordados con los soldados —aclaró Asdrúbal, obviando el hiriente comentario.

No obstante, la algarabía que se formó fue enorme, y al sufeta Hannón le costó restablecer la calma. Cuando lo consiguió, apostilló con voz grave:

—Asdrúbal, creemos en tu palabra. Conserva los barcos que consideres necesarios en Isphanya, envía nuestra parte del tesoro, y júranos, por Baal Hammon, que acudirás con tu flota en defensa de Kart Hadasht tan pronto como seas llamado.

—Sí, lo juro por Baal Hammon; por Tanit, reina del cielo; por mi vida misma… Y también por la de la persona que más amo.

32

—Por qué te hice caso, salvaje lusitano, y escapé de esa mina donde vivía tan confortablemente en lugar de esperar la llegada de la primavera —protestaba Kharbaal, caminando con dificultad sobre la nieve—. Creo que me voy a morir de frío.

—Cállate ya, meridional. Nos hemos fugado en el mejor momento posible. Calla ya, que hay una patrulla haciendo su ronda y somos muy visibles por la claridad que desprende la nieve —le recriminó Uiro, mirando con desconfianza hacia todos lados.

—¿Es que vosotros dos no sentís este frío tan intenso? —les preguntó, asombrado, Kharbaal a los dos celtíberos.

Estos se miraron y sonrieron a un tiempo.

—El clima de nuestras tierras es terriblemente duro. A veranos de calor insoportable, siguen inviernos tan fríos que matan a muchos —le explicó el lusitano.

—Como nuestras viviendas son tan pobres, sufrimos y soportamos este terrible frío asesino desde niños —concretó más el carpetano—. Por eso nos aguantamos y no nos quejamos como tú.

Los tres hombres continuaron caminando en silencio bajo la nevada, alejándose hacia un paso que descendía desde la sierra hasta los valles del Baitis.

—Con esta nieve el retén habrá regresado ya a la mina —apuntó Mádriz, refugiándose bajo las copas de unos pinos.

—Si los manda un oretano tuerto, cuyos castigos he sufrido más de una vez, estarán patrullando todavía —comentó Uiro, con aversión y un profundo rencor en la voz.

—¿Por qué?

—Es un hijo de puta. Le gusta cazar fugitivos y llevarlos a palos hasta la mina —explicó el de Lusitania con odio—. Hay noches que alguno se le queda por el camino.

—Me van a estallar los oídos con este frío —seguía quejándose el cartaginés.

—Callad… Mirad allí… —susurró el lusitano, tirándose al suelo.

Sus compañeros lo siguieron de inmediato y, amparados por las níveas coníferas, observaron cómo se acercaba una partida con linternas que llevaba detenido a un hombre con las manos atadas a la espalda.

—¡Hijos de una puta perra rabiosa! —escupió Uiro con encono—. Han cazado a otro desgraciado.

Kharbaal olvidó su lucha contra el frío y exclamó entre dientes:

—¡Maldición, esos canallas verán nuestras huellas y nos seguirán!

El carpetano no dijo nada y siguió observando a la patrulla, cuyos miembros parecían discutir. Cuando esta estuvo cerca de los huidos se paró para reñir.

—Ese tuerto asesino se quiere cargar al prisionero y los otros no quieren entretenerse por la nieve —les explicó Mádriz—. El oretano gana. Lo matará mientras los otros marchan hacia la mina.

—Hijo de perra, no hay sangre bastante para saciar su sed —maldijo entre dientes el lusitano, con una feroz mirada de odio.

La ronda se alejó y el oretano tuerto desenvainó su falcata, empujando luego al prisionero hacia una pequeña hondonada.

—Vámonos por allí —indicó Kharbaal, señalando en dirección opuesta.

—Marchad vosotros. Yo os cojo de inmediato —contestó el lusitano, ahora con una mirada extraña mientras escarbaba en su saco.

Tirando del brazo de Uiro, Mádriz le dijo:

—Olvida al oretano tuerto y vámonos ya.

—Antes tengo que enviar a ese hijo de perra junto a Karonthe,[84] sin monedas, para que se pierda su alma negra de asesino impío —le contestó con gravedad, sacando a continuación de su saco una daga casera fabricada con un trozo de metal y un asta.

Mádriz asintió con la cabeza y se dirigió a Kharbaal:

—Vete hasta esa roca de allí y espéranos. Iremos enseguida.

—¿Por qué no venís vosotros?

—Uiro quiere ajustar viejas cuentas con el tuerto —avisó, saliendo tras el lusitano.

—Es una imprudencia —subrayó Kharbaal, torciendo el gesto, mientras el carpetano se encogía de hombros y se alejaba.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó Uiro al carpetano cuando este caminó a su lado.

—Quiero ver morir a ese maldito oretano.

—Está bien, pero no intervengas.

Los dos ibéricos se orientaron con la claridad de la nevada y comenzaron a bajar hacia la hoya, en pos del oretano tuerto y su prisionero.

—¿No ibas junto a la roca grande? —preguntó Mádriz al cartaginés cuando este llegó a su lado.

—Prefiero contemplar un ajuste de cuentas entre indígenas —contestó Kharbaal, sonriendo después.

Los tres llegaron hasta el oretano que estaba a punto de matar al prisionero, al que había colocado de rodillas.

—¡Hola, tuerto, hijo de puta! —exclamó el lusitano, enseñando los dientes al sonreír mientras se acariciaba una trenza.

El oretano se volvió sobresaltado y los miró asombrado.

—¿Qué hacéis vosotros aquí, perros? —inquirió con aspereza.

—Ellos, observar… Yo he venido a mandarte al infierno, hijo de la peor ramera.

El tuerto los miró observando que Kharbaal y Mádriz levantaban las manos

desarmadas en señal de neutralidad. Entonces, sonrió satisfecho, se relamió como un gato y avisó:

—Vuestra prudencia os salva la vida. Me conformaré con castigaros severamente.

—Ya no castigarás a nadie más, hijo de puta —aulló el lusitano, lanzándose contra el tuerto.

El oretano esquivó la embestida y, creyendo desarmado a su agresor, le tiró un mandoble que descubrió su costado. Con auténtica saña, Uiro le hundió la daga tres veces seguidas bajo las costillas y lo derribó sobre la nieve.

El tuerto se quedó tumbado, sonriendo boca arriba mientras la nieve le caía suavemente sobre la cara e intentaba taponarse, baldíamente, las heridas con una mano.

—Maldito paisano, te has salvado de una muerte cierta, ¿eh? —acertó a decirle a su prisionero, con una sonrisa rara, y tosiendo mucho.

El preso se acercó al tuerto escupiéndole con fuerza.

Kharbaal tomó la falcata del suelo, cortó sus ligaduras y soltó la estaca que sujetaba sus manos a la espalda.

—¿Eres oretano como ese perro? —le preguntó Mádriz.

—Somos hermanos —contestó con tristeza, frotándose las manos mientras arreaba dos tremendas patadas al caído.

—¿Qué le habías hecho, matarle a los hijos, a la mujer, a vuestra madre? ¿Tal vez sacarle un ojo? —preguntó en broma Kharbaal.

—Ser el primogénito y heredar el patrimonio familiar.

—¿Qué hacías en esa mina del infierno si eres un hacendado? —le preguntó Uiro, curioso y extrañado.

—Hará tres lunas llenas, ese perro desleal me trajo engañado para que comprara las participaciones de la mina que vendía un fenicio… —les explicó con elocuente amargura—. Cuando llegué confiado, me hizo prisionero y me envió a trabajar a la segunda galería.

—¿Cómo escapaste?

—Fue tan fácil que lo debió preparar ese cabrón para poder cazarme y liquidarme legalmente —opinó, pateando de nuevo con repugnancia el cadáver de su hermano.

—¿Él habría heredado? —se interesó Mádriz.

—Después de matar a mi hijo mayor y casarse con mi viuda.

—Lo importante es que tu penar acabó, eres libre y vuelves a casa. Y nosotros podemos salir de esta maldita y heladora sierra —resumió el cartaginés.

—¿Sois fugitivos de las minas?

—Sí, y pretendemos sobrevivir a este maldito frío.

—Mi nombre es Botilkos, y para agradeceros la vida y libertad que me habéis devuelto os ofrezco mi hogar. Venid a mi ciudad y gozad de cuanto haya en mi hacienda para olvidar tanta penuria. La primavera renace y la vida, al igual que la mía, retorna a mis campos.

Los dos hispanos aceptaron al momento el ofrecimiento del oretano.

—Yo no puedo volver a Kastilo porque allí tuve problemas por el amor de una mujer —les informó Kharbaal—. Si Orisón me atrapa de nuevo, me despellejará y adornará las murallas de su ciudad con mi piel.

—El meridional tuvo un romance con una princesa carpetana —les explicó el lusitano, riendo—. Una concubina del rey Orisón.

—¿Una mujer principal de mi nación? —preguntó Mádriz, sorprendido.

—La hija del régulo de Konbouto[85] —concretó Uiro, sonriendo con admiración.

—Konbouto es la ciudad más poderosa de los carpetanos —comentó Mádriz orgulloso—. Está cerca del clan donde vivo yo, en un bosque de encinas y madroños poblado por osos, junto a un pequeño río.[86]

—Cartaginés, puedes venir a mi hogar pues soy de Baikor,[87] ciudad que tiene gran enemistad con nuestros vecinos de Kastilo —le ofreció, hospitalario, el oretano.

Kharbaal le echó el brazo por encima de los hombros y le preguntó, sonriendo, a Botilkos:

—Óyeme, ¿vuestra discordia con los de Kastilo es muy grande?

—Sí, lo es —respondió el oretano—. Somos dos poblaciones tan próximas y tenemos unos intereses tan contrapuestos, mantenemos una rivalidad tan grande que nos profesamos un rencor interminable.

—Ya veo —persistió el cartaginés—, ¿y ese encono contra vuestros vecinos es tan amplio como para acompañarme hasta Kastilo, y, una vez allí, ayudarme a raptar a una princesa carpetana que tiene los ojos del mismo color que el cielo?

33

Después de su convenio con el Senado cartaginés, Asdrúbal dirigió su flota hacia el golfo hispano y se presentó ante Gadir en el momento en que la situación militar se volvía más crítica para sus habitantes. Sus murallas eran asaltadas por los célticos de Istolacio e Indikortes, y las naves turdetanas atacaban el puerto evitando la salida de los hippos de guerra gaditanos.

Las penteras cartaginesas maniobraron con presteza y, enseguida, hundieron varios navíos turdetanos, abrieron hueco entre sus filas y lograron el desembarco de los hoplitas espartanos en la playa gaditana; consiguiendo que el bloqueo marítimo fuera levantado.

Istolacio, que nunca había luchado contra una falange armada y formada en orden cerrado, dispuso sus tropas en filas apretadas arremetiendo con furia y valentía al son de cuernos, tambores y alaridos espeluznantes.

Los tres mil hoplitas armados con corazas de lino endurecido, cascos de bronce, enormes escudos redondos, esgrimiendo largas lanzas que oponían al enemigo, formaron diez cuadros y esperaron disciplinadamente la acometida de los bárbaros.

Con furia ciega, los célticos y lusitanos embistieron contra el metálico muro cartaginés y se estrellaron sin remedio. Entonces, los púnicos avanzaron matando enemigos con sus largas lanzas, dejando tras de sí un campo plagado de cadáveres y cuerpos heridos que se retorcían de dolor, incapaces de combatir.

Viendo el desastre, Istolacio ordenó la retirada que se produjo de forma precipitada, quedando los hispanos atrapados entre el final de la playa, el océano y los muros de Gadir.

Tras desembarcar, Asdrúbal se reunió con sus oficiales.

—¿Qué hacemos ahora, general? —quiso saber uno de estos.

Asdrúbal observó un enemigo sin escapatoria, pero tan numeroso y bien armado que podía ser muy peligroso.

—Podemos aplastarlos. Envía la falange contra esos bárbaros y no quedará ni uno vivo —le propuso el mismo oficial joven.

—Sería una lástima manchar de sangre un entorno tan hermoso, ¿no crees? —le contestó Asdrúbal, haciendo una seña para que se callara mientras se oía el clamor de los heridos que se retorcían en la arena.

La guarnición púnica que defendía Gadir tomó posiciones en las almenas, sobre los célticos, y aguardó instrucciones.

—La escuadra turdetana se ha retirado, el puerto está liberado y Gadir se ha salvado —le comunicó un marino.

Asdrúbal miró las compactas filas célticas parapetadas tras enormes escudos

coloreados, sus cotas de malla y las largas espadas. Después se quitó el casco de bronce, peinó la cimera de crines negras de caballo y le dijo al oficial impetuoso:

—Toma un par de hombres, ve en son de paz y dile a su jefe que venga a pactar.

Mientras el joven oficial partía, Asdrúbal le ordenó al oficial del hippo:

—Advierte a los turdetanos que si quieren la paz deben acudir con sus naves para llevarse a los celtas de ahí enfrente.

Una hora más tarde se presentaban los caudillos hispanos.

—Soy Istolacio y este es mi hermano Indikortes. Somos célticos[88] y no tenemos enemistad con los hombres de Cartago, pero nos ganamos la vida guerreando contra quien manda el que paga por el servicio de nuestras espadas.

Asdrúbal aprobó su sinceridad observando la estatura y fortaleza de los hermanos, sus cabellos y ojos claros, y sus terribles armas.

—¿Deseáis seguir ganándoos la vida de esa manera? —les preguntó el cartaginés.

Los dos célticos se miraron y sonrieron.

—Eres un buen guerrero y nos tienes mortalmente atrapados… —respondió Indikortes, acariciando su rubio mostacho—. Pero si ha llegado nuestra hora y hay que morir, lo haremos matando.

Asdrúbal sonrió ante tanta bravura, observó la llegada de las naves turdetanas, escoltadas por su escuadra, y les propuso:

—Embarcad, pues considero que ha terminado vuestra andanza en la tierra que protegen los soldados de Kart Hadasht. Recorred vuestras tierras para anunciar la llegada de un caudillo más poderoso que yo, cuyo ejército tiene un poder irresistible. A él deberéis someteros sin tardanza ni oposición, o el poder del rayo, que le obedece, se abatirá sobre quien se niegue a rendirle pleitesía y ose enfrentarlo.

Esa noche, durante la celebración de un banquete, el Senado gaditano homenajeó, agradecido, a Asdrúbal.

—Sea bendito a quien favorece Baal —lo saludó Baalbo exultante.

Asdrúbal sonrió complacido junto a Himílcar.

—Los gaditanos estamos asombrados por la táctica que exhibiste y enardecidos por el valor y la destreza de tus hoplitas. Qué precisión, cómo barrieron a esos salvajes —lo halagó un senador.

Así las cosas, Asdrúbal, por cortesía diplomática, se dejó elogiar durante unos momentos, al cabo de los cuales dijo de manera humilde:

—Hermanos míos, tanta lisonja es exagerada por inmerecida. Solo eran una partida de feroces célticos y unas docenas de navíos turdetanos.

—¡Tú eres el salvador de Gadir! —proclamó, exaltado, otro rico senador, que sí era consciente de la grave situación que los cartagineses habían disipado con su eficaz intervención.

—Honor y gloria a ti, ¡oh, Asdrúbal!, vencedor de los bárbaros. A ti te debemos vida y hacienda. Esos salvajes estaban a punto de tomar y saquear nuestra ciudad.

—Kart Hadasht no iba a consentir que Gadir, ciudad hermana, cayera destruida

por sus enemigos; ni la matanza y violación de sus mujeres; ni el robo de riquezas y propiedades —explicó Asdrúbal exagerando los horrores de la guerra, haciendo temblar a los gordos y acaudalados senadores.

En ese clima de exaltación y agradecimiento, comenzaron a oírse voces de fervorosa gratitud y lealtad hacia Cartago.

—Salvador nuestro, ¿cómo podríamos agradecer nosotros la redentora intervención de Kart Hadasht? —preguntó uno de los sufetas de Gadir.

—Queridos hermanos —respondió el cartaginés, posando teatralmente una de sus manos sobre el corazón—, Nueva Ciudad vive momentos de zozobra y dolor por culpa de Roma, insaciable loba de nuestros días de penuria que… —Comentarios a favor y, muchos más, en contra de los romanos interrumpieron momentáneamente al general cartaginés—. Y es por ello que Kart Hadasht, que os acaba de socorrer, precisa que Gadir le tienda la mano, dado que va a acometer la conquista del interior de Isphanya.

—¿Qué precisáis de vuestros hermanos, para ese menester? —quiso saber el mismo sufeta.

—No es plata lo que requiere Nueva Ciudad, aunque aceptará las inversiones que deseen participar —dijo el Bello, tranquilizando a los banqueros.

—¿Qué es, pues?

—Necesitamos el puerto, alimentos y la armada gaditana para traer a Amílcar Barca y su ejército.

—Mucho solicita Kart Hadasht —protestó uno de los senadores, haciéndose eco de más voluntades negativas que no querían enemistarse con Roma—. Lo digo porque un ejército púnico acabará con las libertades gaditanas.

Esas palabras arrojaron un vacío de silencio momentáneo entre quienes deseaban corresponder con Cartago y quieres no deseaban provocar a Roma.

—Mi corazón se entristece porque no imaginaba que los gaditanos mostrarían tamaña ingratitud ante sus benefactores. Y eso tan solo unas horas después de haber sido librados de una muerte segura y cruel a manos de los salvajes hispanos… —replicó Asdrúbal, fingiéndose indignado y dolido. Un estallido de discusiones, protestas y adhesiones a Cartago siguió al discurso del caudillo cartaginés, quien esperó todavía unos segundos más antes de proseguir—: Porque cuando los hoplitas retornen desilusionados a Kart Hadasht, célticos y turdetanos volverán para arrasar Gadir, a sangre y fuego, con una violencia y brutalidad mayores, si cabe…

Nuevamente, un incómodo silencio sustituyó a las vociferantes protestas, y los pensativos senadores miraron hacia el suelo preocupados.

Una hora más tarde, Asdrúbal el Bello formalizaba un tratado de cooperación con el Senado de Gadir.

34

El palacio de los bárquidas, en la colina Byrsa, presentaba un aspecto deslumbrante. A las guirnaldas de flores, ramos de olivo y hojas de palmera que engalanaban muros y ventanas, se unían centenares de velas, candelas y antorchas que iluminaban por doquier, desde alféizares y pasamanos.

Una multitud de curiosos, que había subido desde todos los barrios de Cartago, se apretujaba y empujaba a lo largo de la calle y el camino que llevaba hasta la entrada del palacio, para poder ver cómo llegaban los personajes más populares e importantes de la ciudad, los cuales estaban invitados a la boda de la hija de Amílcar Barca con Asdrúbal Giscón, apodado el Bello.

Cuando los invitados ocuparon sus sitios en los jardines y terrazas, comenzó la ceremonia matrimonial propiamente dicha.

Como la luna llena, símbolo de Tanit, estaba en su apogeo, la casamentera y Sapaníbal realizaron los ritos nupciales preceptivos bajo la advocación de esa diosa, cuyos sacerdotes y sacerdotisas matrimoniaron a la pareja.

—Querido hijo, congratulas mi alma y la llenas de gozo —le expresó emocionado Amílcar a su nuevo yerno, tras besarle tres veces en la boca en señal de aceptación y amor—. Estimado hijo, me haces feliz porque traes dicha y presentes a mi existencia.

Sapaníbal, consciente de que Amílcar había bebido demasiado vino durante el banquete, escuchaba inquieta, como le sucede a tantas mujeres en esas circunstancias, temiendo que soltara alguna inconveniencia. Por ello, le habló al oído con cariño y le recomendó la máxima prudencia.

Él, como tantos hombres, puso mala cara, rechazó los consejos de su mujer y, convencido de que no cometería errores porque no había bebido tanto, prosiguió con su discurso:

—Mi nuevo hijo me ha regalado un tratado con Gadir que ayudará a engrandecer Kart Hadasht y dar la réplica guerrera que se merece Roma. Así, desde Isphanya llevaré el dolor, el desasosiego y la desesperanza hasta nuestros enemigos.

—Olvida, aunque solo sea por un día, la guerra y la rivalidad con los hijos del Lacio —le propuso Asdrúbal con amabilidad.

Su suegro lo miró con los ojos enrojecidos por las recientes vigilias y el alcohol ingerido, y le contestó sonriendo:

—Tiene razón mi nuevo hijo… Olvidémonos por el momento de esa loba sanguinaria y de sus despreciables cachorros —aceptó el bárquida, abrazando a continuación a su hijo Aníbal, que se había unido a ellos—. Aquí están los hijos del León y juntos despedazaremos a la loba, cuando llegue su momento.

—¿Cuál es el otro regalo que te ha traído Asdrúbal? —preguntó, curioso, Aníbal.

—El hecho de matrimoniar con tu hermana Sofonisba, a quien adoro… Se han casado la persona a quien más amo y la persona a la que adoro —contestó su padre, con la lengua y el cerebro lentos y pastosos.

Asdrúbal sonrió, orgulloso y halagado, y guiñó un ojo cómplice al niño.

—¡Pero basta de charla! —exclamó Amílcar—. Asdrúbal, hijo mío, no pierdas el tiempo… Toma a Sofonisba, condúcela hasta el tálamo nupcial y consuma allí los esponsales, como varón y mujer, depositando en su vientre tu semilla viril para que mi estirpe se perpetúe por una generación más… ¡Anda, tómala ya que está muy bella y la camada del León debe multiplicarse… Anda ya!

Las risas partícipes y los comentarios picantes de todo tipo y muy subidos de tono hicieron sonrojar a la pareja de recién casados, cuyo color se encendió más aún cuando soltó el Barca:

—Mi amado Asdrúbal, pon todo tu empeño, y sé certero en ese quehacer porque pasado mañana partiremos hacia Isphanya…

35

—Dicen los sabios que el hambre aguza el ingenio, y eso es una verdad tan grande como una galera de combate —les comentaba Kharbaal a sus compañeros de fuga mientras cenaban alrededor de una modesta lumbre, al amparo de unos riscos protegidos, en Sierra Morena.

—Gracias a tus conocimientos de campo y serranía tenemos abundante comida caliente —le dijo con admiración Mádriz al lusitano Uiro.

—Ni puedo presumir ni tengo mérito por ello —contestó este, humilde—. En mi tierra los pastores y los sin nada tenemos que recurrir a esa astucia para comer.

—No tendrás mérito, pero nos has dado de comer —reconoció el cartaginés, devorando la paletilla de un cervatillo.

—Es simple. Localizar un buen nido de águilas y trepar hasta el mismo. Colocar palitos atados en los picos de los polluelos para que no puedan comer, y esperar a que sus padres traigan alimentos —rememoró el lusitano—. Después es como ir a cosechar.

—Pero en lugar de trigo o cebada, se recogen liebres, conejos, culebras, cervatos… —recordó Mádriz, sonriendo—. Es curioso, qué instinto tienen las bestias, cuanta más comida robábamos a los polluelos más cazaban las águilas y más piezas traían hasta el nido.

—Oye, Mádriz, ¿tú crees que nos habremos librado ya de los guardias de la mina? —inquirió Uiro, cambiando de tema.

El carpetano meditó unos segundos.

—En mi anterior fuga, dejaron de perseguirnos con los perros cuando llegamos a estos parajes. Aunque el tuerto continuó la caza un buen trecho —les explicó.

El lusitano tosió, consiguió escupir el hueso de un conejo y riendo con la boca manchada de grasa, dijo al fin:

—Por ese hijo de una perra negra ya no hay que preocuparse tanto como por estos huesos. Tú, cartaginés, ten cuidado al masticar liebres y conejos porque más de uno, al atragantarse, fue a hacer compañía a los difuntos.

Los fugados soltaron risas, maldiciendo luego por carecer de vino y pan para acompañar el asado. No obstante, disfrutaron, y de qué manera, la carne asada tras varias jornadas a base de raíces, cortezas y bayas silvestres.

—¿Qué haremos ahora? —quiso saber Kharbaal, todavía preocupado.

—Seguir el curso de ese arroyo, que desemboca en el Baitis, para bajar de estos montes y llegar a Baikor —les explicó Botilkos con voz segura.

—¿Tardaremos mucho en llegar a tu hacienda?

—Una vez estemos en el llano, mi casa y Baikor quedarán bastante cerca. Sin

contratiempos, en tres o cuatro jornadas de camino llegaremos.

36

El desembarco cartaginés de Amílcar Barca en Gadir fue todo un acontecimiento social. Miles de vecinos de esta estratégica ciudad llenaron calles, ágoras, murallas y puertos, agitando alegremente pañuelos, ramas de olivos y manojos de flores.

La gran flota bordeó las islas desplegando banderolas, tocando sus fanfarrias y desembarcando en los terrenos asignados. Con celeridad, los púnicos levantaron en tierra firme, frente a las islas gaditanas, un campamento base que fue objeto de visita por parte de cientos de curiosos atraídos por ver a los númidas, a los hoplitas griegos y, sobre todo, a los elefantes; quienes producían el mayor de los asombros.

Amílcar Barca y su estado mayor dejaron ordenado y dispuesto el campamento y, después, navegaron hacia el puerto próximo al templo de Melkart.

—Observa, Asdrúbal, Gadir nos recibe como si fuéramos dioses —le comentó emocionado y orgulloso a su yerno.

—Esperemos que nos traten como a hombres apreciados —le contestó el aludido con cara de preocupación.

—¿Qué te pasa?

—Pienso que debimos ser más prudentes y ceder a lo solicitado por el Senado cartaginés.

—Por el Senado no, por los senadores afines a Hannón y Qarthal.

El Bello resopló antes de hablar de nuevo:

—Son los sufetas, y colaboramos en su investidura.

—Obedecer esa orden, recibida a punto de partir, implicaba dejar a nuestras familias en Nueva Ciudad como rehenes —puntualizó Amílcar.

—Yo estoy plenamente convencido de que no se habrían atrevido a hacerles nada malo —opinó el Bello.

—Ya. Pero ten por seguro que estando con nosotros es cuando no sufrirán daño alguno, y los sufetas no podrán amenazarnos ni controlar nuestras decisiones.

—No sé si ha sido prudente…

—Hijo, no era el momento de ser diplomático, ni de ser flexible, ni de querer ser conciliador y agradar a esos perros rabiosos —le soltó comenzando a enfurecerse—. Nuestra familia debe estar aquí, junto a nosotros… Es donde estará más segura.

Al llegar a puerto, Amílcar y su séquito fueron recibidos por los sufetas gaditanos, los senadores, la aristocracia financiera y mercantil de la ciudad, así como por el alto clero de Melkart, Eshmoun y Ashtoreth.

Inmediatamente, acudieron al templo de Melkart, donde ofrecieron sacrificios y, después, los cartagineses fueron agasajados en el palacio del sufeta máximo de Gadir, con la celebración de un banquete suntuoso que se prolongó casi hasta el alba.

—Señores, olvidemos los homenajes y los placeres gaditanos. Hay que empezar a trabajar ya —exhortaba Amílcar a su estado mayor, la mañana siguiente al banquete, sentados en su mesa de campaña.

Los hombres se desperezaron, intentaron olvidar los placeres de las últimas horas y prestaron toda la atención posible a su comandante en jefe.

—Como habréis podido deducir fácilmente, he montado nuestro cuartel aquí, en tierra firme, lejos de las tentaciones y espionajes gaditanos —prosiguió el caudillo militar, señalando con una mano hacia la vecina isla donde se levantaba Gadir.

—General, ¿hay que temer a los gaditanos? —preguntó un oficial.

—En principio, no. Pero siempre conviene ser precavido, sobre todo en los tiempos que corren, donde la palabra dada no vale nada y el aliado de hoy es el mismo que te apuñala por la espalda. Además, yo entiendo que es más seguro mientras las unidades se establecen y los elefantes se acostumbran a su nuevo hábitat —contestó, haciendo una seña a su yerno para que continuara explicando la estrategia a seguir.

—Señores. Montaremos un entorno protector alrededor de Gadir —les explicó Asdrúbal—. Reactivaremos nuestra influencia en ciudades y puertos que han estado bajo nuestra esfera. Además, iremos cobrando tributo a las tribus sometidas para financiar la toma del control de las ricas minas de plata de los oretanos.

—Entonces, mi general, ¿la flota volverá a Kart Hadasht? —insistió el mismo oficial.

—Una parte sí, porque de esta manera lo ha ordenado nuestro Senado. El resto de la flota la utilizaremos para recuperar ciudades semiperdidas para la causa, que pertenecen a nuestra esfera cultural como Malaka y Abdera —contestó Amílcar.

—Y también para remontar el río Baitis —apuntó Asdrúbal—, o viajar hasta la tierra de los kalaikos,[89] donde se comercia con el valioso estaño.

Los hombres comentaron diversos detalles, aprobando los planes de sus comandantes, y se ilusionaron con la posibilidad de ganar gloria y botines sustanciosos.

—Amigos, nos encontramos ante una oportunidad única y similar a la que vivieron Alejandro Magno y sus soldados en Persia —les exhortó Amílcar, de manera solemne.

—Conquistaremos estas tierras y te nombraremos rey de las mismas —se adelantaron fervorosamente algunos oficiales ante la incomodidad de otros.

—Ganaremos las riquezas de Isphanya y alistando a sus hombres, derrotaremos a Roma bajo tu corona —dijeron otros con un mal contenido ánimo de revancha.

Amílcar, ante la sorpresa de Asdrúbal e Himílcar, dejó explayarse a sus oficiales antes de volver a tomar el control de la reunión.

—Amigos, no nos equivoquemos. Nuestra lealtad debe seguir con Kart Hadasht.

Algunos oficiales exaltados gritaron que él era su patria y su bandera.

El bárquida sonrió halagado, solicitó silencio y reanudó su discurso:

—Amigos… No quiero ser vuestro rey porque no soy un traidor… Solo deseo cumplir con mi deber, enriquecer a mi patria y aplastar a Roma… —Grandes vítores y aplausos le hicieron callar momentáneamente—. Todo cuando llegue el momento, sin hacer alardes innecesarios… —Se aclaró la garganta—. Por eso, durante la ceremonia del templo de Melkart, ante los gaditanos y los espías que había, he sido prudente y no he hecho ninguna alusión a Roma. Ni juramentos contra ella, ni recordatorio de nuestro odio y deseo de venganza. —Los aplausos y adhesiones de los asistentes silenciaron de nuevo a Amílcar.

»Quiero fundar, a semejanza del gran Alejandro, una nueva raza que será mejor y más poderosa porque será mezcla de lo hispano y de lo púnico… —Ante esta inesperada confesión, los hombres se quedaron en silencio magnetizados y atraídos ante aquella épica perspectiva—. Hermanos cartagineses —continuó Amílcar con los ojos brillantes—, se presentará una ocasión para derrotar el orgullo romano. Cuando llegue esta, necesitaremos una fuerza nueva que solo encontraremos en estas tierras. No es suficiente alistar mercenarios hispanos, como hemos hecho otras veces. Debemos fusionarnos con esas fuertes e indómitas gentes de Isphanya para renovar el vigor y el poderío púnico, y para la instauración de una nueva raza que acabará para siempre con Roma… Una raza de guerreros fieros e indomables no de mercaderes…

37

En Roma, la noticia del desembarco cartaginés en Gadir se tomó con indiferencia, pues las tierras y riquezas hispanas no interesaban. Este desinterés estaba motivado porque precisaba destinar toda su energía a su reconstrucción, y a consolidar aún su poder en la península Itálica y sus nuevos dominios.

En su frontera norte se encontraba la Galia Cisalpina, donde ciudades como Pisa, Tauro y Mediolanum[90] continuaban en poder de los galos, y constituía una seria amenaza. Además, luchaba enconadamente para conquistar Córcega y Cerdeña. Por último, como nueva potencia marítima mediterránea, tenía que erradicar la indeseable piratería iliria, que asolaba las costas dálmata y griega, como le solicitaban e, incluso, exigían Atenas y otras ciudades griegas.

Amílcar envió a los jinetes númidas de Naravas para que llevaran mensajes a los principados turdetanos, en los que se exigía el sometimiento a su poder, y el tributo a satisfacer para eludir el enfrentamiento armado.

Olvidando *ipso facto* sus continuas rivalidades, los turdetanos asesinaron a los númidas que no pudieron escapar a tiempo, y sus tribus se unieron contra el temible enemigo común. Tras ello, llamaron a los célticos, que acudieron masivamente de nuevo al mando de Indikortes e Istolacio, deseosos como estaban de obtener paga y venganza.

Desde Urso, Karmo[91] y otras poblaciones del bajo Baitis, llegaron los guerreros turdetanos vestidos con sus cortas túnicas blancas, sus cascos de corteza forrada de blanco con cimeras rojas, portando falcatas, lanzas y escudos de inspiración celta; y se unieron a los célticos en un llano cercano al río Cilbus.[92]

Poco después, compareció el más prestigioso caudillo turdetano, Attenes, que llegaba con sus jinetes tocados con cascos adornados con penachos de colores. Estos constituían la élite aristocrática ecuestre, como en todo el mundo ibero, y despertaron la admiración entre la infantería

—¿Dispuestos a la batalla? —preguntó Attenes a los caudillos célticos.

—Para eso hemos venido —repuso uno de ellos, circunspecto.

—¿Están cerca los hombres de Cartago?

—Así lo indican los exploradores.

Attenes pasó su mirada sobre el enorme contingente de fuerzas célticas e iberas, y sonrió satisfecho pensando en una fácil victoria.

—Los meridionales son grandes guerreros —le explicó Istolacio, uno de los cabecillas célticos.

—Nada temo porque nunca se vio en Turdetania un ejército que juntara tantos

hombres con ansias de matar —respondió Attenes, henchido de orgullo.

Istolacio echó un vistazo a los más de treinta mil hispanos e insistió arrugando la frente y frunciendo el ceño:

—Tú alecciona bien a los tuyos. Esos hombres del sur son grandísimos guerreros, ya verás cómo utilizan armas y tácticas nuevas que son muy dañinas para nosotros.

—Ni temo enfrentarme a ellos, ni me arrepiento de pagaros a vosotros para ese menester —contestó el turdetano con arrogancia—. Prefiero gastar mi plata en contratar vuestras espadas, antes que pagar tributo a quien no se lo ha ganado en el campo de batalla.

Así hablaba el régulo turdetano cuando llegaron varios jinetes enviados a las tierras de los bastetanos, en el curso alto del Baitis.

—Attenes, los bastetanos se niegan a dar batalla contra el invasor.

—¿Cómo es ello posible?, cuando tenemos un pacto sellado con su caudillo Indortes —replicó, disgustado, el régulo turdetano.

Los emisarios se encogieron de hombros, y uno de ellos le explicó en tono pesimista:

—Indortes ha recibido prometedoras ofertas de los cartagineses. Ha sido a través de los libio-fenicios que se asientan al sur de su territorio.

—¡Bah!… ¿Qué podemos esperar de un pueblo que adora en cuevas a esas damas,[93] efigies de las diosas que veneran los que quieren robarnos la libertad? —se preguntó Attenes con desprecio, escupiendo seguidamente en el suelo.

Una gran nube de polvo, que provenía de los territorios controlados por los habitantes de Gadir, reveló la proximidad de los cartagineses.

El ejército hispano se desplegó tomando las posiciones más ventajosas para hacer frente a los hombres de Amílcar Barca, que no tardaron en ser visibles. Llegó la avanzadilla númida seguida por la caballería pesada púnica, que se colocó a un lado de la llanura. Por último, la infantería.

Amílcar, imaginando el impacto que producirían los elefantes, los escondió en un pequeño bosque de encinas. Dispuso a las dos falanges de hoplitas, tras sus enormes escudos redondos, en el centro. Además, a sus costados formaron, en apretadas filas, dos formaciones de espartanos e itálicos, también tras sus enormes escudos, a cuyo lado se situó el príncipe Navaras con sus dos mil númidas, deseando cabalgar contra el enemigo.

—¡Por fin entramos en acción! ¡Lo mejor de la vida, una buena carga de caballería pesada! —gritaba, alborozado, Himilcón mientras su caballo hacía cabriolas y sus hombres formaban detrás de los mercenarios provenientes de Italia—. Ya estaba muy harto de aguantar a los gaditanos, de vigilar para que las tropas hicieran la instrucción, de ocuparme de los cuerpos de guardia…

—Yo también estaba cansado —le contestó Amílcar—. Celebro que los iberos se nieguen a pagar tributo porque necesitaba desentumecerme y combatir.

—¿Cuántos guerreros tendremos en contra?

—Calculo que serán el triple que nosotros.

—¡Bendita energía cósmica de Eshmoun! —exclamó, jubiloso, Himilcón—. Más de treinta mil bárbaros, casi tres para cada uno… Lo que nos vamos a divertir.

—Amílcar, antes de nada debemos intentar convencerlos para que se sometan y evitar un baño de sangre, si ello es posible —aconsejó Asdrúbal con voz grave, llegando junto a ellos.

Himilcón torció el gesto y, como si fuera un niño, protestó:

—¡Oh no, no, por la sangre de Moloch! Asdrúbal, tú y tus ideas de concordia y de diplomacia… Por favor, Amílcar, no le hagas caso y ataquemos ya, sin tardanza.

—Debemos darles otra oportunidad —insistió Asdrúbal el Bello, convincente.

—No le escuches, por favor. Hagamos una demostración de fuerza para no tener que combatir más adelante —alegó Himilcón, en un intento vano para convencer a ambos—. Será un acto humanitario…

—Amílcar, si queremos fundar una nueva raza con las mujeres de Isphanya, no desearás que los varones propaguen que hemos venido para exterminarlos y después robárselas a los muertos, ¿no? —argumentó su yerno mientras Himilcón se desesperaba y se mesaba la barba con furia, convencido de que el Bello lograría persuadir a aquel.

El Barca miró a sus dos generales y amigos, se acarició la descuidada barba y contempló el soberbio frente de batalla que presentaban los hispanos.

—Asdrúbal, toma un escuadrón, cabalga hasta ellos con toda cautela y precaución y dales la última oportunidad para someterse —aceptó, sabiendo que su amigo tenía la razón, como tantas veces.

—¡Por la vulva sagrada de Tanit, siempre cedes ante tu yerno! —le espetó Himilcón frustrado.

—¡Sujeta tu lengua! —avisó Amílcar.

—Castígame si lo deseas, pero él siempre consigue convencerte —se quejó Himilcón decepcionado, arrojando su casco de bronce al suelo desde la grupa de su caballo. Eso sucedía mientras Asdrúbal y sus jinetes galopaban agitando ramos de olivo.

—Himilcón, no te disgustes, él suele tener razón porque posee una mente capaz de razonar mejor que cualquiera de nosotros… Suele tener una visión global de todo lo que hay alrededor. —El comandante de la caballería soltó un perspicaz gruñido de conformidad—. Pero ser tan inteligente y sagaz no significa que no se equivoque nunca… —continuó Amílcar, sonriendo a su compañero de armas. Himilcón devolvió la sonrisa a su general y le escuchó decir—: Recoge y ponte presto tu casco, porque lo vas a necesitar bien pronto…

38

Como había previsto Amílcar, los hispanos rechazaron la oferta de paz negándose a someterse.

El sol caía con fuerza, vertical, sin piedad, extendiendo un tremendo calor sobre la llanura mientras los jinetes númidas, que cabalgaban a pelo armados con venablos y rodelas de mimbre, volvían a sus filas. Al verlos partir, los hispanos empezaron a dar alaridos golpeando los escudos con las espadas y a soplar sus largas tubas de bronce, alguna de ellas con boca en forma de dragón y animales desconocidos.

Los cartagineses bajaron las largas lanzas, se parapetaron tras los enormes escudos y, cual si fuera una bestia metálica y erizada de acero, avanzaron con disciplina, orden y decisión, coordinados bajo los acordes de una pequeña banda de tambores y cornetas que caminaba detrás de ellos; a la manera griega. Por su parte, la coalición ibérica se lanzó a la carrera contra ellos con su furia habitual. El choque fue brutal. Hombres y caballos rodaron por el suelo, y este comenzó a teñirse de rojo.

Al poco tiempo el frente se estabilizó, y en tanto que la caballería celtíbera perseguía a los númidas, que huían siguiendo sus habituales tácticas envolventes, los jinetes iberos, montando de dos en dos, atacaron el costado de la infantería itálica. Al entrar en combate, uno de los jinetes se apeaba para pelear en tierra, y el otro arremetía desde la montura.

Enseguida, los jinetes turdetanos e iberos se vieron apoyados por la infantería de Urso y Karmo, que cargaba con las filas muy apretadas causando gran mortandad entre los itálicos, a los que hicieron retroceder.

—Amílcar, esos hoplitas italianos no resisten —le avisó Asdrúbal, alarmado—. Envía en su auxilio a Himilcón y sus jinetes.

El bárquida desechó esa posibilidad con un gesto de la mano diestra.

—Ni el frente peligra todavía, ni quiero variar mis planes.

Unos segundos después, Amílcar le hizo una señal a sus trompeteros y estos hicieron sonar sus fanfarrias.

Los númidas oyeron la llamada y atrajeron a la caballería celtíbera detrás de las líneas púnicas, donde esperaban los hombres de Himilcón. Al verlos, los númidas de cardados cabellos engalanados con plumas y cintas de colores, vestidos con ligeras túnicas adornadas con pieles de leopardo, se retiraron con presteza lanzando venablos sobre los celtíberos.

El choque de la caballería pesada de Himilcón contra los desprevenidos jinetes celtíberos fue brutal, y causó numerosas bajas entre ambos contendientes pues los hispanos reaccionaron, inmediatamente, de manera furiosa y valiente reponiéndose a la sorpresa incial.

—¡Mira, mi general, es horrible lo que hacen esos salvajes con los nuestros, es inhumano! —gritó, muy preocupado, un oficial cartaginés.

Amílcar se volvió desde lo alto de su caballo y contempló cómo algunos guerreros celtas, después de matar a su oponente descabalgaban. De inmediato cortaban las cabezas de los cadáveres y las ataban por el pelo a las crines de su caballo, quedando estas colgadas del cuello del equino. Acto seguido, volvían a montar y emitían salvajes alaridos de triunfo.

El enorme calor de la primavera andaluza se fue dejando sentir y los púnicos, acalorados y sin agua ni respiro, comenzaron a flaquear.

—¡Por Baal Hammon, el frente está a punto de derrumbarse! —gritó Asdrúbal, temiendo lo peor—. O reaccionamos o nos retiramos, porque de lo contrario estaremos perdidos ante el empuje hispano.

—¡No te alteres, pues estamos a punto de derrotarlos! —le contestó su suegro, mientras enviaba unos jinetes hacia la arboleda donde se escondían los elefantes de guerra.

Aunque los paquidermos pertenecían a la raza de bosque[94] y eran más pequeños que sus hermanos los gigantes centroafricanos, su aparición a la carrera con sus estridentes barritos y el movimientos de sus trompas, provocaron entre los hispanos una conmoción sorpresiva. Los caballos iberos, al olerlos, se encabritaron y desbocaron tirando al suelo a muchos jinetes. Los guerreros celtíberos, que no los habían visto antes, los tomaron por fuerzas del inframundo y echaron a correr. Todo ello sucedía mientras un terror insuperable se apoderaba del ejército peninsular, que comenzó una atropellada huida, aprovechada por los elefantes y los certeros arqueros encaramados sobre sus lomos, para causar enormes estragos.

Mientras Istolacio, Indikortes y un grupo de célticos, arévacos y lusitanos hacían frente a los paquidermos, consiguiendo herir a más de uno, el resto de los hispanos era arrollado y empujado por los cartagineses hacia el río Cilbus; y la batalla se decantaba así a favor de Amílcar.

39

—Qué granja tiene Botilkos, ¿eh, amigos? —comentaba Uiro—. Y qué cerca de Baikor, donde hay que volver para disfrutar de sus mujeres.

—Ya lo creo —respondió Mádriz, masticando un trozo de pan de centeno mientras se protegía del fuerte calor jienense bajo la sombra de unos olivos.

—En mi tierra hay pocas fincas como esta —seguía diciendo el lusitano.

—Por eso el cabrón del tuerto quería asesinarle y quitarle todo esto —recordaba el carpetano—. Por Belenos que nuestro amigo es afortunado.

—Porque mis actos piadosos logran que los dioses me protejan —les explicó Botilkos, incorporándose tras realizar su almuerzo comunal.[95]

—No me lo recuerdes —se quejó en broma el carpetano—. Menuda vuelta nos hiciste dar para ir hasta esa cueva-santuario,[96] donde ofreciste no sé qué a no sé quién.

—Esa caverna es un lugar sagrado para todas las naciones iberas —les explicó con respeto Botilkos—, donde podemos consagrar a cualquier divinidad nuestras súplicas y ofrendas.

—Y los dioses admirados por tanta piedad, velan por ti —soltó Uiro, cargado de sarcasmo.

—Posibilitan mi prosperidad y me protegen —matizó el oretano piadoso, obviando el tono del otro.

—Nosotros también te protegimos y salvamos de la muerte y no somos dioses, precisamente —replicó Uiro, sin intención de echárselo en cara a Botilkos.

—No solo no lo olvido sino que, además, os estaré agradecido toda mi vida, en verdad —contestó, emocionado, el oretano—. Por eso, también hice ofrendas en el santuario para ganar el favor de los dioses hacia vosotros.

—Te lo agradezco, pero sigo creyendo más en los auxilios de los hombres que en las ayudas de los de ahí arriba; si es que en realidad existen —señaló Kharbaal al cielo, encogiéndose de hombros.

El grupo se sumió en el silencio.

—Dejemos el mundo de los dioses y sus misterios, y centrémonos ya en los asuntos de los humanos —dijo el cartaginés al cabo de un incómodo momento—. Anoche trazamos un plan para ir a Kastilo y rescatar a mi dulce princesa carpetana, pero ¿cuándo lo ponemos en marcha? Lo digo porque la impaciencia me devora.

Los otros miraron a Botilkos y este contestó:

—En breve nos haremos pasar por pastores arévacos que…

—¿Qué me perdí anoche en el mesón de Baikor? —interrumpió Uiro, extrañado.

Antes de que el oretano contestara, Kharbaal soltó bromeando:

—Este no se enteró de nada, ni recuerda los planes, porque estuvo toda la noche enredado con aquella hembra tan guapa y tan acogedora.

—¡Qué mujeres las de Baikor! —exclamó Mádriz.

Los demás se echaron a reír.

—Aprovecha que tienes quietas las manos y el miembro viril para enterarte del plan, si quieres venir con nosotros a Kastilo —le dijo Botilkos, riendo.

—Eso no me lo perdería yo por nada de este mundo.

—Todos los veranos, cuando el calor aprieta, los oretanos ricos envían sus rebaños de ovejas hasta las tierras de los arévacos y los pelendones,[97] donde hay pinares y frescas praderas verdes —le explicó Mádriz.

—Eso también se hace en la Lusitania —replicó Uiro.

—¿Puedes escuchar callado?

—Sí, ¿pero qué nos importan a nosotros las ovejas?

—Escucha… —replicó con paciencia Mádriz—. Botilkos nos explicó que todos los años van cuadrillas de pastores arévacos hasta Kastilo, donde son contratados por los ganaderos pudientes.

—Ah, ya…

—Y os voy a presentar a unos pastores de Nomantika y Visontion[98] que paran a descansar en mi granja todos los años, antes de que les contraten en Kastilo —les explicó Botilkos con suficiencia.

—Si he entendido bien —rio a carcajadas Uiro, acariciándose las trenzas—, mezclados con los pastores entraremos en Kastilo, raptaremos a tu amada y después, ¿la disfrazaremos de oveja para traerla camuflada?

Todos rieron excepto el cartaginés, que enamorado de la carpetana le ofendía cualquier alusión a ella.

—No has visto una mujer igual en tu vida, miserable lusitano. Mira que compararla con una oveja… —casi susurró, torciendo el gesto.

—Oye, no nos jugaremos el pellejo salvándola de Orisón para que luego te rechace, ¿no? —le preguntó Uiro, para seguir fastidiándole.

—Maldito bribón, si no quieres venir quédate comiendo y descansando como un cerdo, pero no me ofendas dudando del amor de Lythia hacia mí —le soltó Kharbaal, ahora con un amenazador tono de voz grave.

—Lythia… Lythia… Vaya, por fin conocemos el nombre de la dama…

40

—Un buen general ha de situar el bien de sus hombres por encima de sus deseos, ¿no? —argumentaba Aníbal con su preceptor griego, Sileno de Calacte, en una de las estancias del palacio bárquida, en Gadir.

El maestro miró desanimado al resto de alumnos: Maharbal, el mejor amigo de Aníbal, obsesionado por convertirse en comandante de caballería como su padre Himilcón; Asdrúbal y Magón, los hijos pequeños de Amílcar, que adoraban a Aníbal y solo querían jugar, y pensó que la asistencia apática e indiferente de todos ellos a las clases perjudicaba mucho a Aníbal.

—Exactamente —contestó Sileno.

—¿Aun cuando la elección realizada por ese caudillo sea mejor para sus hombres que lo que ellos escojan para sí mismos? —argumentó Aníbal, que ya iba para doce años.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque una persona discurre con más precisión que muchas… —razonó el muchacho—. Si además, está más preparada, es bondadosa y su inteligencia es superior, su decisión será más acertada que la de muchos ignorantes, confundidos o manipulados.

—Aun así, los griegos entendemos que es un error que un solo hombre dictamine qué es lo mejor para un pueblo, dado que esa conducta es subjetiva y comienza por manejar el presente de muchos seres humanos y termina por escoger o determinar el futuro de esas mismas personas, así como de sus hijos y de sus nietos —le explicó el griego con su acostumbrada calma—. Ello habida cuenta de que nadie es infalible, ni siquiera los dioses en los que creen los hombres.

Aníbal permaneció pensativo, reflexionando sobre las enseñanzas de Sileno, antes de replicar:

—Pero en un ejército únicamente puede mandar uno. Lo contrario, sería un caos.

—Efectivamente… Pero el buen comandante debe tomar consejo de ayudantes capaces, y elegir, respecto de sus soldados, pensando en los sacrificios que estos tienen que realizar.

—Según esa idea, Alejandro no siempre pensó en los macedonios.

—Yo creo que iba tras una ilusión irrealizable que le hacía perder el sentido racional de la realidad. Por eso no había mundo suficiente para él y, efectivamente, no siempre se preocupó por los miles que le seguían, que fueron cayendo víctimas de los caminos, los desiertos, las batallas, las enfermedades…

—¿Y cuál era ese espejismo de Alejandro? —quiso saber Aníbal.

—Se consideraba un ser divino con derecho a arrastrar y sacrificar la vida de

miles de hombres para hacer posible sus sueños y delirios —explicó el griego, haciendo luego una mueca desdeñosa.

—Se nota que no simpatizas mucho ni con Alejandro ni con los dioses, ¿verdad? —objetó Aníbal, sonriendo cómplice.

Amílcar, que había entrado en la habitación sin ser visto, escuchó tras una columna y con toda atención la conversación.

—Hijo mío, lo que conlleva el quehacer de razonar, filosofar, discurrir… es que uno puede pensar por sí mismo y tener sus propias ideas, basadas en la razón y en la demostración empírica —argumentó el maestro griego.

—Entoces, tú piensas que… —le animó Aníbal a sincerarse.

El maestro sonrió ante su discípulo, al que adoraba, y se expresó con franqueza.

—Yo considero que los dioses y aquellos hombres que, como Alejandro, se creen dioses… Solo traen sufrimiento y muerte a los hombres.

—¡Sileno de Calacte!, no te pago para que enseñes ideas impías a mis hijos —le recriminó, disgustado, Amílcar, saliendo de su escondite—. Los dioses rigen el cosmos y la vida de los hombres… Y, por ello, les debemos la existencia y la salvación.

El griego, que sabía lo piadoso que era Amílcar, asintió haciendo una ligera reverencia.

—Como tú mandes —convino en voz queda.

—Tú eres su preceptor y yo quiero que mis hijos aprendan latín y griego, el funcionamiento de la falange de hoplitas y el arte militar de Alejandro —le recordó el general suavizando algo el tono de su voz, cuando reparó en la mirada reprobatoria de su hijo.

—Poderoso Amílcar, en materia militar todos ellos ya son expertos conocedores de ese arte, sobre todo Aníbal, que tiene una capacidad innata para imaginar estrategias y trampas para confundir a sus enemigos durante el transcurso de una batalla, con la aniquilación del mismo —le informó Sileno.

Aquella información pareció no satisfacer del todo al bárquida.

—Además, yo quiero que conozcan nuestra Constitución,[99] que odien a los romanos y que, escarmentando con los errores cometidos por el rey Pirro,[100] aprendan la manera de vencer a Roma con el menor coste posible material y en vidas —continuó Amílcar.

Sileno aceptó en silencio con una inclinación de cabeza.

—Y, sobre todo, quiero que respeten y teman a los dioses de sus mayores para que se conduzcan en la vida como hombres piadosos, y sepan que hay poderosas fuerzas sobrenatuales sobre ellos.

—Así se hará, poderoso Amílcar.

Más tranquilo tras su elocuente exposición, el bárquida le dijo a Aníbal:

—Hijo mío, vente conmigo. Quiero que asistas a una reunión con un régulo ibero para que vayas aprendiendo diplomacia. Date prisa que tenemos que navegar hasta el

campamento que tenemos en tierra firme.

—Pero, padre —repuso Aníbal, un momento más tarde, caminando detrás de Amílcar apresuradamente—, para impresionar a un reyezuelo ibero son más imponentes las instalaciones de este palacio, ¿no?

—Sí, pero no quiero que los iberos piensen que estamos de prestado en Gadir, y menos aún ese régulo bastardo —le explicó su progenitor, haciendo una mueca—. El campamento es nuestro y representa el poder de Kart Hadasht. Ese bárbaro quedará impresionado cuando barriten los elefantes, al contemplar nuestras armas y tan pronto como vea el fulgor de nuestras corazas de bronce…

41

Indortes, caudillo de una parte de los bastetanos,[101] tras observar las maravillas del campamento cartaginés, se alegraba más todavía de haber elegido el bando púnico en lugar del partido rebelde.

—Bienvenido seas, amigo de Kart Hadasht. Toma asiento junto a nosotros —le invitó Amílcar, rodeado por su estado mayor y Aníbal, mientras golpeaba su brillante coraza de bronce pulido. Todos ellos presentaban un aspecto imponente luciendo corazas de bronce, faldellines de lino, grebas y hermosas capas de colores.

—Salud y larga vida para ti —le respondió, sentándose, Indortes, que presentaba un esplendor bárbaro pues se adornaba con hermosas alhajas de oro y una espléndida falcata ibera, además de vestir una túnica, capa y sandalias griegas.

—Veo con disgusto que te engalanas como si fueras griego o romano, en lugar de hacerlo como ibero o púnico —le recriminó Amílcar, de mal humor, indisponiéndose contra el bastetano.

—Cuando tu ciudad combatió sin suerte contra Roma, los griegos de Emporion coparon el mercado con sus excelentes productos, y como el comercio es libre… adquirí lo que me pareció oportuno y lo luciré cuando guste —contestó, arrogante, Indortes, disgustando más al bárquida.

—Pues eso va a cambiar —contestó secamente Amílcar—, porque Kart Hadasht será la única proveedora de cuanto necesitéis los iberos.

—Las manufacturas griegas tienen calidad a buen precio y una gran aceptación entre los iberos —replicó el bastetano.

—Los nuestros son mejores en todos los sentidos —insistió el caudillo cartaginés.

—¿Qué pasará con los griegos? —preguntó Indortes, sin disimular ya la inevitable antipatía que sentía por el altanero general de Cartago.

—Tú preocúpate únicamente de obedecernos, y yo me encargaré de que los mercaderes griegos no interfieran en nuestro comercio —le ordenó ofensivo el bárquida.

Indortes hizo una mueca indescifrable, conteniéndose. Tras ello, respiró hondo para no tirar de falcata y agredir a aquel altanero cartaginés, por el que ya sentía verdadero odio e intentó sacar algo de los púnicos.

—Si me priváis de comprar a quien me plazca, mi lealtad para con vuestro monopolio comercial tendrá algún premio, ¿no? —dejó caer, mientras daba vueltas en su cabeza a la idea que se iba formando con una intensidad creciente: Él y su pueblo se podían hacer fuertes en sus colinas junto a los guerreros de otras naciones iberas, dado que eran mejores combatientes que Istolacio y sus célticos.

—Creo que es suficiente recompensa para ti que sigas vivo y que permanezcas al frente de tu pueblo, ¿no te parece? —le soltó desabrido Amílcar ante la mirada desaprobatoria de Asdrúbal y la cara de perplejidad de su hijo, Aníbal—. Te recuerdo que, después de la batalla del río Cilbus, entre los miles de cadáveres se encontraban los de Attenes, Istolacio e Indikortes.

El régulo ibero acarició nervioso los brazaletes de oro de sus brazos y la funda de plata de su falcata. Observó los pavorosos elefantes que se ejercitaban cerca, las armaduras de los cartagineses, y a sus inquietantes aliados africanos.

—Muchos enemigos parece que mataste en aquella aciaga jornada —dijo al fin, arrastrando las palabras.

—En efecto, muchos.

—Y aun así, muchos antiguos enemigos son ahora tus amigos, pues veo aquí a los que derrotaste en el río Cilbus —observó Indortes.

—Se alistaron tras la batalla y disfrutan de lo que ofrece la civilización cartaginesa, como todo el que me sirve lealmente y obedece mis órdenes… —le catequizó Amílcar, ahora con una insultante sonrisa de superioridad.

—Que debe ser mucho, ¿no? —comentó Indortes con sorna.

—Más de lo que puedes imaginar. Pero hay que ganárselo porque yo no regalo nada.

Así las cosas, Indortes miró a Amílcar y replicó con arrogancia y desprecio:

—El hijo de mi padre también es civilizado y gobierna sobre muchos bastetanos que también saben matar. Es más, te advierto de que no se conformará con las migajas de los cartagineses, como hacen esos turdetanos y celtíberos.

Asdrúbal, consciente de que la expansión cartaginesa hacia el gran mar interior pasaba por el reino de Indortes, y que su postura se enconaba por la falta de tacto de Amílcar, preguntó al régulo ibero de forma directa:

—Indortes, ¿qué deseas para renovar tu alianza con Kart Hadasht?

Este sonrió codicioso, esperó unos momentos creyendo que su velada amenaza había surtido efecto, y contestó exagerando:

—No solo gobierno sobre bastetanos, también puedo obtener la obediencia de mastienos, contestanos e, incluso, oretanos. Y más aguerridos guerreros que moran en lugares inaccesibles, mucho más numerosos que los que se os enfrentaron en las llanuras del Cilbus.

—Y bien, ¿qué quieres? —inquirió, impaciente, Amílcar.

—Quiero las minas de plata de Kastilo.

—¡Imposible!… Tú has debido perder la razón por mandar sobre tantos pueblos —le soltó Amílcar sarcástico, acompañando su expresión con una desdeñosa carcajada—. La explotación de esos yacimientos constituye el eje de nuestra política en Isphanya.

Indortes torció el gesto.

—Pues dame las tierras de los oretanos —exigió a continuación.

—Inadmisible solicitud. Orisón ha enviado emisarios de paz y los oretanos sí son una nación poderosa cuya alianza conviene —denegó agriamente Amílcar, que disfrutaba humillando al ibero aunque se estaba cansando de aquello, puesto que consideraba a su interlocutor el régulo de unas tribus que no le podían hacer frente, y cuya asociación era de escaso valor.

—Yo merezco una recompensa acorde con mi valía —insistió el ibero, enfadado, intentando hacer un gesto noble con su mano.

—Pídeme unas espadas, alimentos o bagatelas para tus mujeres, para seguir siendo neutral —le ofreció Amílcar, muy despectivo ya, y sin ocultar la antipatía cada vez mayor que sentía por Indortes, desde que se habían encontrado—. Ruega por algo razonable ya que hay que comprar tu lealtad.

—Yo no mendigo y tú no tienes que comprar nada, solo debes recompensar a quien te ha servido bien… hasta el momento… —replicó, chillando, el bastetano.

—Ibero, te recuerdo que no me prestaste servicio alguno. Solo fuiste neutral en la batalla del Cilbus, salvando tu vida con ello —le cortó Amílcar sin contemplaciones.

Tras levantarse furioso, Indortes le espetó:

—¡Si yo hubiera intervenido con mis guerreros, tú ahora no estarías sentado en tu trono con esa actitud tan desdeñosa!

—¡Ibero, para combatir hay que tener cojones y coraje! —le insultó Amílcar para quitárselo de encima, escupiendo delante de él.

—¡Cuida tu lengua cartaginés y no agravies más con ella, porque en mi persona ofendes a todas las naciones de los iberos orientales! —gritó amenazante Indortes.

—Y si yo dejo a mi lengua que actúe como quiera, ¿qué harás tú? ¿Lanzarás sobre mí esos guerreros harapientos que dices mandar? —le preguntó Amílcar, burlón.

Asdrúbal el Bello comprendió que su suegro, por alguna razón, odiaba a Indortes, quería aniquilar a los bastetanos y deseaba dar un escarmiento brutal, similar a los que realizó en Sicilia, como advertencia al resto de las naciones indígenas. Pese a todo, intentó un último acercamiento.

—Haya paz. Te ruego Indortes que te serenes porque no hay motivo para que nuestros pueblos se enemisten. Busquemos puntos de encuentro. Rebajemos la tensión.

El ibero le ignoró y mientras sonreía de una manera confiada y extraña, le soltó a Amílcar con voz lúgubre e intrigante:

—Yo sé todo de vosotros. Veo vuestras armas, esos terribles animales grandes que arrasarán en la llanura. Contemplo el despiadado esplendor de un pueblo fuerte y civilizado.

—Que está dotado de un poder militar aniquilador —matizó, orgulloso, Amílcar.

—En efecto, pero que no fue suficientemente aniquilador como para derrotar a los romanos…

Ante esa respuesta, que le trajo de inmediato recuerdos muy dolorosos, Amílcar

lo miró en silencio con un odio eterno decidido a aniquilarle.

—Yo te he dicho cuanto conozco sobre vosotros mientras tú ignoras tanto sobre estas tierras, que eso te matará —le explicó Indortes, sonriendo—. Has derrotado a los guerreros del Cilbus, pero vendrán más. Conoces el calor de estas tierras, similar al de tu patria, pero ignoras cómo es el frío y los hielos que caen del cielo. Dominas unas llanuras, pero para someter las minas de plata tendrás que atravesar ríos bravíos, bosques impenetrables, así como conquistar agrestes y ásperas serranías que están protegidas por la Bicha.[102] Y allí estaré yo. Allí estaré yo esperándote… junto con los míos… —le repitió, amenazador.

—De modo que sois pelendones, enemigos de los arévacos, pero trabajáis juntos llevando el ganado de un sitio a otro, ¿no es así? —le consultó Kharbaal a uno de los pastores celtíberos con los que realizaban camino desde Baikor hacia Kastilo.

—No tengo nada contra ellos porque he vivido en Visontion —le explicó el joven vestido con un sago[103] negro sobre el que lucía al cuello un torques de plata—, y no había nacido aún cuando los arévacos nos expulsaron de Nomantika y de otros castros pelendones.

—Tienes razón, hay que vivir sin odiar para ser feliz —convino el cartaginés.

El grupo, que había salido muy de mañana de la granja de Botilkos, tras cruzar un arroyo se acomodó a la sombra de unas encinas para almorzar y descansar.

—¿Qué bebes? —le preguntó Kharbaal a uno de los celtíberos.

—Es celia.[104] ¿Quieres un poco?

Kharbaal aceptó la estrecha vasija de barro y probó la áspera, nutritiva y refrescante cerveza.

—Está buena.

—Ten cuidado, meridional. No apures tanto que esta celia embriaga lo mismo que el hidromiel.[105]

Los celtíberos se echaron a reír de manera ruidosa e infantil mientras que Uiro y Mádriz, ambos de pueblos célticos, se abalanzaban sobre las cantimploras de celia.

—Toma, prueba un poco del pan que hacemos —le ofreció otro pastor, sonriendo, dándole una pequeña hogaza de color oscuro.

El cartaginés cortó un pedazo, olió su característico aroma y lo comió. Inmediatamente, pidió bebida con urgencia.

—Rápido, dame más celia para pasar este pan tan tosco… —Después de tres o cuatro largos tragos preguntó—: ¿Con qué demonios hacéis estas hogazas?

Uno de los arévacos cogió del suelo el fruto de las encinas.

—Las bellotas que oretanos y turdetanos pudientes echan a sus cerdos para que engorden, nosotros las secamos, molemos y amasamos para hacer un pan consistente y nutritivo que aguanta bastante tiempo.[106]

Tras el almuerzo y el descanso, la partida continuó el camino.

—Cuántos jinetes oretanos… —le comentó Kharbaal a Botilkos, bajo su disfraz de pastor, al verlos galopar cerca de ellos—. ¿Qué pasará?

—Voy a enterarme en ese pozo. Permaneced a prudente distancia con los perros.

Botilkos se aproximó y habló durante un momento con las mujeres que cogían agua.

—Todos los poblados iberos hasta Gadir están revueltos, sobre todo los bastetanos —les explicó cuando se reunió con ellos.

—¿Por qué? —se interesó, intrigado, Kharbaal.

—Gentes armadas, procedentes de tu tierra, derrotaron a un poderoso ejército de turdetanos y célticos cerca del río Cilbus. Por eso están revueltas todas las tribus iberas de los alrededores.

—¿Esa batalla tuvo lugar hace mucho? —inquirió Kharbaal, ansioso y esperanzado.

—Han debido pasar unas treinta jornadas —resumió Botilkos, encogiéndose luego de hombros.

—Entonces, ¡Amílcar, mi señor y amigo, ya ha desembarcado con mis compatriotas! —exclamó, alborozado, el cartaginés.

—¿Para qué trae tantos soldados ese Amílcar? —quiso saber Botilkos.

—Quiere conquistar estas tierras y explotar sus riquezas.

—¿Qué es conquistar? —preguntó Mádriz, perplejo ante aquel verbo.

—Ganar territorios para uno mismo o para tu república —explicó Kharbaal.

—Ya entiendo… Pero eso es robar, tal como hacemos nosotros —respondió el carpetano con inocencia—. Conquistar es quitarle las tierras o los ganados a su dueño por la fuerza, ¿no?

Kharbaal resopló sin saber qué contestar.

El lusitano intervino con cierta vehemencia:

—Los meridionales, más civilizados que nosotros, tienen una lengua que embellece todo lo innoble. Y a robar, ellos lo denominan conquistar… —El cartaginés puso mala cara pero no se atrevió a interrumpir—. Los lusitanos, si bajamos de la Sierra de la Estrella y nos quedamos con tierras de vacceos o vetones, robamos —prosiguió Uiro—. Pero si los cartagineses, con sus uniformes, elefantes y su elegancia civilizada, se quedan con las tierras de los turdetanos, las conquistan para mayor gloria de Cartago.

—Entonces, me pregunto qué vamos hacer… ¿Robar a la princesa carpetana o conquistarla? —preguntó Mádriz mientras se reía con ganas.

—Nosotros se la robaremos al rey Orisón —respondió el lusitano—, y nuestro enamorado amigo la conquistará.

El cartaginés se rio también ante la sagaz ocurrencia. Tras ello, le tiró un puñetazo que Uiro esquivó con agilidad ante las miradas divertidas de los celtíberos.

—Amigos, esas torres y luces de allí enfrente son nuestro objetivo, Kastilo —les advirtió Botilkos—. Vamos a acampar cerca del río para hacer noche, mañana entraremos en la ciudad…

43

La primaveral mañana amaneció como solo puede y sabe hacerlo en Andalucía, y una luz, un olor, una frescura y una calma casi celestiales, anunciaron el caluroso día que nacía, en el que el sol, implacable, reinaría en el cielo.

—¿Seguimos el plan previsto? —le preguntó discretamente Kharbaal a Botilkos.

—Sí. Nos introduciremos en Kastilo disfrazados de pastores arévacos… —le contestó el oretano, entregándole a continuación un sago negro y un cayado—. Esperaremos, y por la noche nos orientarás dentro del palacio de Orisón.

—¿Será peligroso para ellos? —inquirió el cartaginés, refiriéndose a los pastores.

—No. Harán su vida habitual acudiendo al gremio de propietarios para cerrar el precio del pastoreo. Además, desconocen nuestro motivo en la ciudad.

—Mejor así —convino Kharbaal, que arrugó mucho la frente—. Pero les extrañará la suerte de manejos y disfraces que nos traemos.

—Les he contado que para vengarnos de unos castulenses que le faltaron al respeto a mi mujer un día de feria, vamos a gastarle una buena jugarreta —le explicó Botilkos, añadiendo en tono confidencial—: Lo de la venganza fue lo que les hizo decidirse rápidamente.

—Y con respecto a ti, mi querido amigo.

—¿Qué pasa conmigo?

—Tienes familia y propiedades solo a cincuenta millas de aquí —subrayó Kharbaal.

—Nada nuevo me descubres.

—Sé que te has unido a mí por vuestro lazo de honor sagrado, la fides ibérica… Pero como te aprecio, quiero liberarte de tu compromiso. —El oretano enarcó las cejas sin decir nada—. El rescate de Lythia será peligroso —prosiguió el de Cartago —. Y no quiero que arriesgues la vida o te expongas a futuras represalias, ni que…

—Déjalo, meridional —le cortó Botilkos, sonriendo—. Voy a Kastilo porque me une a vosotros lazos más sagrados que la fides, los del agradecimiento y la amistad.

—Has cumplido sobradamente con tu hospitalidad y acompañándonos hasta los muros de Kastilo —insistió Kharbaal.

—No me prives de correr una aventura tan estimulante que me permitirá dañar a Orisón —replicó Botilkos—. Verás cuando se sepa en Baikor el final de esta historia.

—Está bien, pero…

—En mi ciudad odiamos a muerte a los de Kastilo —confesó Botilkos, interrumpiéndolo, para recordar la profunda enemistad que tenían los hispanos entre sí, que crecía más cuanto más próximos, vecinos y rivales fueran.

—Vuelven los nuestros —les avisó Uiro, saludando a uno de los pastores

arévacos que habían estado en la plaza para informarse.

—No hay demasiados guardias en la ciudad, ni tampoco en el puerto fluvial, porque Orisón y sus guerreros patrullan los alrededores —les contó el arévaco—. En realidad, temen tanto a los revueltos bastetanos como a los cartagineses.

—¿Están cerca los míos? —preguntó, repentinamente emocionado, Kharbaal.

—No deben andar muy lejos…

Atravesaron unos campos de olivo, que se extendían ante Kastilo, y entraron así en la ciudad.

—¿Vosotros sois arévacos también? —les preguntaron los guardias en el acceso de la muralla.

—Algunos son titos[107] y ese es un ayudante lusitano —contestó el celtíbero que hablaba oretano—. Ya estuvimos esta mañana en la plaza rematando el precio por llevar el ganado a nuestras tierras.

El guardia los miró sin mucho interés y les dejó pasar.

Caminaron por las callejuelas de Kastilo en dirección a una plazoleta situada tras la plaza mayor y la trasera del palacio. Cuando llegaban se cruzaron con un fenicio, no desconocido para Kharbaal, que los miró mucho según pasaba

La posada resultó ser sucia, plagada de chinches, pulgas y garrapatas, poco acogedora, y sin habitaciones por la llegada de tantos pastores a la ciudad.

—No puedes dejar en la calle a esa gente. Son los que van a conducir las ovejas del hermano de Orisón —le mintió Botilkos al posadero, imitando el acento castulense.

—Dame pruebas porque casi ninguno parece celtíbero —desconfió el propietario de aquel siniestro local.

Botilkos se acercó al tabernero, le arrimó a la faltriquera una bolsa con monedas y le dijo en voz baja:

—He convenido con su administrador la adjudicación del pastoreo si mañana llegamos los primeros a su casa; esa que está ahí mismo… —La señaló con la cabeza, en la dirección correcta—. Como nos pagará generosamente, si nos dejas dormir aquí, te traeré otra bolsa como esta.

—¿Cómo sé que no mientes y que cumplirás cuando te paguen? —preguntó el orondo posadero con voz codiciosa.

—Porque soy oretano como tú e incapaz, como tú, de engañar a un paisano, ¿no?… —El otro respondió con un gruñido escéptico—. Y porque llevo más plata para pagarte… —amplió Botilkos, mostrando una saca de cuero que movió ante los expectantes ojos del tabernero, haciendo tintinear su contenido—. Aunque comprendo que prefieras una parte de este bolsón.

—Está bien, podéis dormir en el patio, pero ya que vais a ganar tanto dame esa saca grande —aceptó el mesonero, devolviendo la bolsita que guardó en el acto Botilkos.

—Demasiado pago por pasar una noche en el patio de tu posada, ¿no?… Además,

necesitaré parte de su contenido para sobornar al administrador… Tenemos que acordar otro trato más justo —replicó Botilkos al retirar la saca de su vista—. Algo que nos favorezca a los dos, no solo a ti —concluyó, misterioso.

—¿Qué propones?

—¿Tienes uno de esos arcones fenicios que se abren con dos llaves?

—Claro —contestó con codicia ansiosa el mesonero—. Tengo uno vacío y disponible.

—Como garantía podemos meter allí la saca grande llena de monedas —le ofreció mostrando de nuevo la misma—. Echamos las dos llaves y guardamos una cada uno… Y mañana, después de conseguir el trabajo, la abrimos y te quedas con la mitad.

—¿Únicamente la mitad? —Botilkos no dijo nada y volvió a mover la saca de cuero ante el posadero, quien ante el subyugante y tintineante sonido metálico aceptó —. La mitad me place… Puedes ir sobornando al encargado con la bolsita de plata que antes me ofrecías.

—Serás discreto y no contarás a nadie mi acuerdo con el administrador, ¿verdad? —preguntó Botilkos.

—Claro que no —respondió este, ofendido, ansioso como estaba por cotillear y publicar lo que sabía.

—Estamos de acuerdo… Pero ¿quién guardará el arcón con la saca? —preguntó Botilkos con voz desconfiada.

—Yo lo custodiaré en mis aposentos.

Botilkos se quedó pensativo, como dudando, antes de replicar:

—¿No tendrás otra llave y me la jugarás? Porque si no entrego la plata acordada te denunciaré al administrador, un hombre muy poderoso.

—Somos paisanos, ¿no? Entonces, ¿cómo voy a hacerte una villanía semejante? Sé que me puede costar un gran disgusto. No soy tan tonto.

—Confiaré en ti, pero quiero en prenda tu collar —solicitó Botilkos, refiriéndose al espléndido torques de plata trenzada que lucía el posadero en su gordo cuello.

—Este torques vale bastantes monedas.

—Si quieres se lo puedo entregar al encargado como parte del soborno. De esta manera, podrás quedarte con más monedas de la saca —le propuso Botilkos.

El mesonero sonrió, pensando durante unos momentos. Después se quitó el collar y se lo entregó a Botilkos diciendo:

—Dáselo a tu compinche… Pero me quedaré con las tres cuartas partes de las monedas de la saca… ¿eh?

—Conforme —admitió Botilkos, después de dudar unos instantes, sopesando con la mano la valía del torques.

—Acompáñame a guardarlas en el cofre.

Pasaron a los aposentos del dueño, que resultaron ser igual que una cueva sucia e inhóspita. Allí, Botilkos examinó el arcón y le pasó la saca al posadero, que la retuvo

un momento entre las manos acariciando sus contornos de una manera morbosa. Por fin, la guardaron dentro del cofre, echaron las dos llaves de bronce y salieron sin más al patio.

—Te puedo conseguir una habitación decente, si quieres —le ofreció, satisfecho, el tabernero mientras le entregaba una de las llaves.

Botilkos miró el patio medio empedrado, sucio y de paredes desconchadas. Era asqueroso, pero al menos estaba al aire libre y no olía demasiado mal; aunque fuera el paso de roedores de diversos tamaños.

—Te lo agradezco, pero prefiero controlar a mis hombres durante la noche… Cuando terminemos cogeremos la mejor habitación que tengas y celebraremos nuestras ganancias. Meteremos dentro el mejor vino y las hembras más complacientes, y montaremos una juerga inolvidable. Yo invito.

Ante perspectiva tan sugestiva y gratuita, el posadero se relamió como un gato y, eufórico, le contestó:

—Cuenta conmigo, amigo. Y mientras tanto, esta noche os haré servir a ti y a tus hombres un vino decente y una cena digna, ya lo verás. Y os facilitaré mantas limpias y paja seca y nueva, muy mullida…

44

El rey Orisón, tras cabalgar y patrullar con sus jinetes cerca de la frontera de los bastetanos, con cuyo régulo Indortes iba a reunirse, regresó a su hogar. A mitad de camino, cansado por la cabalgada, decidió levantar un campamento para pernoctar. Tras pasear por un pequeño cerro, se reunió con sus oficiales y cenó con ellos.

—Mi señor, he cabalgado sin descanso durante horas para informarte de algo que me preocupa —le dijo su mayordomo fenicio, entrando en la tienda cuando el sol se ponía.

—¿Qué ocurre? —preguntó el régulo, alarmado.

—Me ha parecido ver en Kastilo a aquel miserable cartaginés a quien enviamos castigado a las minas de plata.

—¿El bastardo que quise empalar por ofender a la princesa Lythia? ¿El que se salvó porque Asdrúbal intercedió? —preguntó, encolerizado, el caudillo. Acto seguido, se levantó del banco donde descansaba, tirando unos cuencos con aceitunas que estaban sobre una mesita.

—Creo que es el mismo.

—¿No estaba condenado a trabajos forzados en la mina de por vida?

—Sí, pero escapó hace tiempo.

—¿Por qué no me informaste? —rugió Orisón, poniéndose muy colorado.

—No quise disgustarte porque los guardias me dijeron que ese bastardo había muerto durante una tormenta de nieve en la sierra.

—Pero, al parecer, sobrevivió —incidió el monarca.

—Es posible, mi señor.

—¿Por qué no lo hiciste prender y ajusticiar, maldito fenicio? Tal vez porque pertenecéis a la misma raza degenerada, ¿eh?

—Mi señor, cálmate. Sin certeza no podía actuar contra ese cartaginés para no ofender a Amílcar, cuyas tropas no andan lejos… —se excusó el mayordomo—. He preferido prevenirte para que tomes las decisiones oportunas.

—¡Por el hacha sangrante de Bodo, el dios guerrero, ese maldito bastardo ha vuelto para vengarse y robarme a Lythia! —clamó, encolerizado, el régulo oretano, en tanto que le propinaba un puntapié a un banquito de madera—. Si ese cartaginés mal nacido rapta a Lythia, la prenda de mi alianza carpetana, su padre, el rey de Konbouto, se arrojará sobre mí y atacará las minas de plata para vengar tamaña afrenta.

—Señor, yo… —balbuceó el natural de Fenicia.

—El carpetano tiene poderosas mesnadas bien armadas y es proclive a la venganza —comentaba Orisón, como si pensara en voz alta—. La tenía que custodiar

en calidad de prenda de paz hasta que fuera mi esposa. Ante su padre soy el único responsable del honor, el bienestar y la seguridad de ella… —El fenicio hizo un silencioso gesto de comprensión—. ¿Quién quedó en mi casa?

—Tu hijo Cerdubeles, tu hijita Himilce, tus mujeres…

—Te pregunto qué cuántos hombres de armas guardan mi honor y hacienda, imbécil —le gritó Orisón, lanzándole una violenta patada que esquivó hábilmente el mayordomo, acostumbrado a las reacciones violentas de su señor.

—Como todo estaba tranquilo, y enviaste patrullas —le informó este, temeroso—, solo quedaron diez guerreros dentro de palacio, en una ciudad tuya con más guardias y llena de tus súbditos leales…

—¡Maldición! Los dioses y los hombres buscan mi perdición.

—Señor, pueden ser suficientes porque dejé un espía tras los pasos del púnico con órdenes de avisar a la guardia, sin falsas alarmas, para evitar recordar la deshonrosa entrada de ese cerdo en el himeneo de la carpetana. Así… —explicó el mayordomo con cautela.

La glacial y furiosa mirada que le dirigió Orisón fue suficiente para que el fenicio se callara de inmediato.

—¡Todos a caballo, partimos de inmediato para Kastilo! —gritó Orisón, colérico—. En pocas horas estaremos en mi capital, y esta vez empalaré y desollaré a ese ladrón bastardo, si sigue vivo y no se trata de una idiotez tuya, porque como te hayas equivocado… —Esa precisión hizo palidecer al mayordomo—. Si se trata de un fantasma o has visto visiones y te has precipitado, prepárate… Pero si ese malnacido está vivo y ha mancillado a Lythia…

Tras la opípara cena que les dispensó el posadero, Botilkos, Kharbaal y sus amigos se tumbaron en el patio con unas buenas mantas y la paja que también les facilitó el mesonero. Tras ello, charlaron al amor de la lumbre hasta que se fueron quedando dormidos.

—¿Sigues pensando que la mejor manera de escapar es a través del río? —le preguntó en voz baja el cartaginés a Botilkos, entre los ronquidos que se oían.

—Descartada la huida a caballo, porque nos alcanzarían enseguida, es la más segura —razonó Botilkos.

—Bogaremos, aguas abajo, hacia Kart Iuba, Spali y Gadir.

—Yo desembarcaré antes, cuando estemos cerca de Baikor —matizó el oretano, que inquirió—: ¿Por qué no venís a mi casa?

—Amigo, no queremos seguir poniéndote en peligro. Orisón intentará vengarse de la manera más terrible que pueda.

La noche fue avanzando. La posada quedó en silencio. La lumbre se convirtió en ascuas y solo quedó despierto Kharbaal, con la compañía de las mudas estrellas y los ladridos que retumbaban en los vacíos callejones.

Faltarían dos horas largas para el alba, cuando Kharbaal se incorporó y fue avisando a sus compañeros, que apenas dormitaban. Abrieron el portón de la posada

con todo sigilo y comenzaron a salir en silencio a la plazuela. Miraron hacia ambos lados, y caminaron pegados a la pared hacia el muro trasero del caserón de Orisón, seguidos por una figura embozada.

Avanzaron en la oscuridad tanteando la pared. Así llegaron ante la tapia del palacio y sacaron unos cordajes con garfios. Los echaron y encajaron en todo lo alto y, con su auxilio, escalaron la tapia, dejándose caer con las cuerdas, al otro lado, donde se abría un patio ajardinado.

—Falta Mádriz —cuchicheó Uiro cuando se reunieron en el suelo.

—Ya vendrá —contestó Kharbaal observando cómo colgaban las sogas, las cuales le recordaron serpientes—. Vamos, tenemos que seguir.

—No —negó tajante el lusitano con voz experta—. Debemos ser tres dentro de la casa y dejar a Botilkos aquí afuera. No podemos recorrer pasillos y habitaciones dos hombres solos y custodiarnos el uno al otro.

—Vámonos que se hace tarde —replicó el cartaginés con impaciencia.

—¿A qué esperáis? —preguntó Botilkos entre susurros.

—Falta Mádriz y quiero esperarlo —se empeñó Uiro.

—No podemos estar más tiempo parados en este patio —persistía el cartaginés—. En dos horas amanecerá…

—Yo no sigo adelante sin Mádriz, y es mi última palabra…

45

Pasaron un rato en el patio, que se les hizo eterno, envueltos por la oscuridad de la noche. Kharbaal miró hacia Uiro, y este negó con la cabeza susurrando:

—No entro sin él. Vuelvo a la calle, le tiene que haber pasado algo.

El lusitano tomó su cuerda y, nada más empezar a escalar los tres metros de la tapia, le golpeó en el hombro una soga que caía desde lo alto. Miró y vislumbró una sombra que se encaramaba en lo alto y comenzaba a descolgarse hacia ellos. Rápidamente se dejó caer para avisar a los otros.

Acababa de reunirse con ellos cuando cayó de lo alto una persona.

—¡Por Bandiarbariaico,[108] qué susto me has dado Mádriz! —exclamó en voz baja Uiro, viendo caer al carpetano—. ¿Qué te ha pasado?

—Nos seguía un sicario de Orisón.

—¿Para matarnos? —preguntó Kharbaal.

—No, qué va, es que le gustábamos… —el cartaginés enarcó las cejas sorprendido—. Meridional, te seguía con órdenes de dar la voz de alarma si entrabas en el palacio de su amo.

—¿Lo has matado? —inquirió Botilkos.

—No, le he invitado a unirse a nosotros para que abandone el mal camino y deje de ser un sicario peligroso… —contestó sonriendo Mádriz—. ¿Tú qué crees?

Botilkos sonrió también antes de preguntarle:

—¿Cuántos guerreros hay dentro?

—Antes de morir, al no aceptar mi redentora oferta, me confesó que hay diez guardias que vigilan el caserón y a la princesa —respondió, guasón, el carpetano.

—Estarán al otro lado, en el cuerpo de guardia que hay en la entrada —precisó el cartaginés, muy concentrado—. Entonces, cruzamos el patio pegados a la pared, trepamos por esas enredaderas de ahí y entramos por el balcón superior.

Mientras Botilkos esperaba y guardaba los cordajes junto a la tapia, los tres guerreros se plantaron de tres zancadas al pie del balcón.

—Vamos arriba.

Habían comenzado a escalar agarrados a las plantas, cuando un guardia se asomó a la balconada y se puso a orinar sobre el patio, cayendo cerca de ellos el líquido elemento.

—Ese bastardo es para mí —susurró, enfadado, Uiro.

El guardia se alivió la vejiga y desapareció en el interior del casón, momento que aprovecharon para alcanzar la terraza. Una vez allí, permanecieron quietos durante un momento para escuchar los sonidos y los silencios del palacio.

Kharbaal les hizo señas y entraron en el edificio, accediendo a un salón escasamente amueblado.

Salieron a un pasillo iluminado por algunos velones y lo recorrieron sin hacer ruido hasta llegar a un distribuidor en el que había tres puertas. Delante de una estaba sentado y dormido el guardia meón.

Con un índice alzado, Kharbaal indicó que custodiaba la habitación de su dama.

Uiro asintió con la cabeza y luego sonrió con fiereza. Les hizo un gesto, tiró de daga y se arrastró hasta situarse junto al dormido. Con una rapidez no humana puso su mano sobre la boca del centinela y degolló su garganta, matándolo en el acto. Lo dejó caer suavemente a un lado, permitiendo vía libre a sus compañeros con un enérgico movimiento manual y la mejor de sus sonrisas.

Kharbaal y el carpetano entraron en la pieza de la princesa con todo sigilo, y según tenían convenido, se acercaron hasta la cama de la misma. Pasaron por encima de la dueña que la custodiaba, dormida en el suelo sobre una alfombra apenas a un metro de su ama.

Mádriz, que no esperaba encontrar a nadie, la golpeó con fuerza en la nuca para que no despertara y alarmara con sus histéricas voces. Al oír el porrazo, Kharbaal se volvió y le hizo gestos recriminatorios mientras el carpetano se encogía de hombros y sonreía forzadamente en señal de inocencia.

Llegaron junto a la cama de la princesa y Kharbaal la sujetó tapándole la boca para que no gritara al ser despertada. Así las cosas, Mádriz le dijo a la joven, en su lengua común, las palabras que le había hecho repetir y aprender cien veces el cartaginés.

—Soy quien ha venido de más allá del mar para adorar tus ojos de diosa, cuyo color es igual al cielo donde habitas —susurró, pensando que los meridionales tenían una manera de hablar a las mujeres demasiado florida.

A Mádriz se le escaparon varias carcajadas, según terminaba de recitar, mientras Kharbaal le pegaba puñetazos en la espalda que solo consiguieron acrecentar el ataque de risa que padecía.

La princesa reconoció al cartaginés, apartó la mano que oprimía su boca, se levantó del lecho y le besó con pasión.

—He venido a buscarte y a llevarte conmigo —chapurreó Kharbaal, en tanto que el carpetano aún seguía convulsionándose por la risa.

Ella asintió mientras Mádriz hacía una rápida traducción aguantando la hilaridad como pudo.

—Mi señora, te vas a escapar con nosotros lejos de esta ciudad.

Lythia le hizo un gesto afirmativo a su paisano, y le indicó que tomara en brazos a la mujer golpeada.

—No la despiertes, pero ella escapa con nosotros.

Enseguida, la joven se dirigió a un armario llenando un bolsón con ropa y calzado, se puso un vestido con capa sobre el camisón y siguió a los hombres hasta el

pasillo. Al salir, el lusitano les hizo señas para pasar mientras el carpetano tomaba el relevo y se adelantaba por el pasillo hasta el balcón.

Una vez allí, Lythia se agarró a la espalda de Kharbaal y ambos descendieron hasta el suelo, donde les aguardaba Mádriz que les empujó de inmediato al abrigo de unas plantas, pues dos guardias salían al patio.

Kharbaal miró hacia el balcón, y en la tenue claridad que comenzaba a formarse, divisó al lusitano colgado a medio camino sin moverse.

—Parece una pata de cerdo como las que curan con sal y al frío los turdetanos[109] —susurró en broma el carpetano, haciendo sonreír a Lythia.

Los guardias sacaron una bota y comenzaron a beber vino sin prisas.

—Estos no se van —insinuó Kharbaal, preocupado, observando el cielo y la cercana claridad del alba que ya se apuntaba.

—Me temo que no.

Lythia les hizo un gesto indicándoles cómo pensaba atraer a los guerreros, señalando después sus puñales.

Ellos movieron afirmativamente la cabeza y tomaron posiciones.

—¡Ay, qué dolor! —exclamó Lythia, saliendo de entre las plantas.

Atónitos por lo que veían, los centinelas dejaron la bota y se acercaron hasta ella. Un momento después, Orisón tenía dos guerreros menos a su servicio.

Los huidos se movieron con rapidez. Escalaron la tapia llegando junto a Botilkos y huyeron por las estrechas calles de Kastilo hacia el puerto fluvial, con el ama desmayada sobre los hombros de Mádriz.

46

Cuando llegaron al puerto, el portón de acceso estaba cerrado.

—Los guardias duermen tras la puerta —les informó Botilkos—. La abren por la mañana para cobrar impuestos sobre las mercancías que entran en la ciudad y evitar el contrabando nocturno.

—Tendremos que saltar la tapia y abrir desde dentro —propuso Uiro.

—Por Bodo,[110] nos vamos a pasar toda la noche escalando, subiendo y bajando muros —protestó el carpetano.

—No te quejes tanto y ayúdame a trepar.

En un momento, los dos hombres estaban en lo alto de la tapia y observaban la presencia de una caseta cerca de la puerta, y la de un hombre dormido apoyado sobre la misma. Ambos bajaron, aproximándose con sigilo hasta el guardia dormido, que lanzaba al aire unos ronquidos estremecedores.

Mádriz sonrió y le hizo señas a Uiro para que alcanzara la caseta. Después cogió una piedra enorme y la dejó caer con fuerza sobre la cabeza del dormido, que se desplomó sangrando sobre el piso empedrado.

El lusitano comprobó que la caseta era el cuerpo de guardia, y atrancó su puerta con una barra metálica y una cuerda que encontró.

Unos minutos más tarde, los dos hispanos retiraban la tranca, abrían el portal y permitían el acceso de sus amigos al puerto. El grupo caminó con ligereza por el muelle, observando las embarcaciones y sus características.

—Esa barcaza parece fácil de maniobrar para ir río abajo —propuso Botilkos, señalando con la diestra una nave ancha no muy larga—. Y da la impresión de que no hay nadie durmiendo dentro.

Subían a bordo, en tanto que Kharbaal y Uiro cortaban las amarras, cuando empezó a oírse el sonoro ruido de las trompas y cuernos de guerra de los soldados de Orisón, que habían llegado con él hasta su palacio, descubriendo el rapto y fuga de la princesa Lythia.

—Escuchad —les dijo Uiro.

—Ese ruido proviene del centro de la ciudad —precisó Kharbaal.

—Debe ser Orisón que ha vuelto y ha descubierto mi escapada —exclamó Lythia, preocupada.

Kharbaal y Uiro empujaron la barcaza hacia el centro de la corriente y saltaron a su interior. Fue en el momento en que los mercaderes que dormían en sus barcas, los indigentes y demás pernoctas comenzaban a levantarse y a formar un gran revuelo.

Comenzaron a bogar de manera paralela a los muelles y embarcaciones, desde

donde les gritaban, amenazaban y arrojaban de todo.

—¡Mirad allí detrás! —avisó Uiro—. Están encendiendo antorchas en la entrada del puerto y hacen señas hacia el interior de Kastilo.

—Tenemos que irnos cuanto antes o los hombres de Orisón nos van a ensartar como pichones con esta claridad que crece —propuso Mádriz con nerviosismo, remando con fuerza.

La embarcación aceleró, alejándose de Kastilo, y se dirigió hacia el final del muelle donde se estrechaba la corriente de agua. Navegaban por el centro del río cuando un golpe les frenó en seco e hizo que cayeran por el suelo de la barca.

—¡Maldición! Esos condenados oretanos tienen tendida una cadena de lado a lado del río para impedir que entren o salgan naves y embarcaciones sin su permiso, vaya control —les explicó Mádriz, asomándose por la proa de la barcaza.

—¿Y qué hacemos ahora? Porque en el puerto cada vez hay más actividad y más antorchas encendidas.

—Vamos hasta esa orilla, donde está esa torreta de ladrillo, seguro que dentro hay una palanca que sube y baja la cadena —propuso el carpetano.

Mientras remaban la escasa distancia que les separaba de la orilla, les dijo Mádriz:

—Yo sé nadar. En cuanto me dejéis en la orilla, vosotros remad hacia el centro del río y, como en ese punto la cadena está más baja, tan pronto como yo consiga que se hunda dentro del agua, pasad al otro lado con toda rapidez.

—¿Y tú? —quiso saber Kharbaal.

—Intentaré subir de nuevo la cadena y os alcanzaré después a nado. No me esperéis aquí. Se oyen cascos de caballos y deben ser jinetes que galopan hacia la torreta.

Mádriz saltó hábilmente a tierra y subió corriendo hacia la torreta en el momento en que su vigilante salía para ver qué pasaba, pues el estruendo que provenía de Kastilo era ciertamente notable.

El encargado únicamente pudo ver cómo se abalanzaba sobre él el carpetano, quien le propinó tres cuchilladas derribándolo por el suelo; en tanto que los de la barcaza remaban hacia el centro del río.

Tras entrar en la caseta, Mádriz estudió el mecanismo y soltó el seguro de metal que sujetaba la palanca de madera, que por su propio peso hizo que la cadena se introdujera dentro del agua. Acto seguido, el carpetano se asomó y vio cómo pasaban sus amigos. Tras intentar subir la misma sin éxito, salió de la garita y se lanzó corriendo al río en el momento en que llegaban jinetes armados hasta la torreta.

Nadó con energía y en poco tiempo alcanzó la borda de la barcaza, subiendo presto a su interior.

Los cuatro hombres se afanaron a los remos y la barca se deslizó con rapidez por el afluente del Baitis en dirección a este, en tanto que los hombres de Orisón les lanzaban flechas, piedras y venablos.

—Hay que remar más rápido. Me ha parecido observar cómo salían algunas embarcaciones desde Kastilo —les informó Lythia, sentada en la popa junto con su dueña ya despierta, que se quejaba de un fuerte dolor de cabeza y no sabía dónde estaba.

Siguieron bajando por el curso acuático, a cuyos lados se extendían alamedas de chopos que verdeaban con fuerza y acantilados no muy altos de piedras grises.

—Kharbaal, mira allí… ¿Ves aquella peña que parece la cabeza de un oso? —le preguntó Botilkos, señalando con una mano extendida hacia la orilla derecha.

—Sí.

—Ahí comienza el territorio de los de Baikor, y mi granja está bastante cerca.

—Vamos a remar hacia esa orilla —indicó Kharbaal a sus compañeros de fuga.

La barcaza llegó hasta la orilla. Botilkos saltó al agua, que le cubría hasta las rodillas, y se despidió de todos con afecto y agradecimiento:

—Hasta siempre amigos.

—Adiós. Nos volveremos a ver —prometió Mádriz.

—Gracias por todo, Botilkos. Siempre te recordaré y te deberé mi felicidad —le dijo el cartaginés, mirando a Lythia mientras comenzaban a remar con fuerza de nuevo.

—Gracias a vosotros que me liberasteis de una muerte cierta, y me devolvisteis la vida. Y, sobre todo, gracias por permitirme que haya vivido una aventura tan estimulante.

—Adiós… Y siento mucho que perdieras la saca de monedas de plata en manos de aquel codicioso mesonero de Kastilo, porque imagino que era toda la fortuna que tenías… —le confesó con pesar Kharbaal.

—Por eso no te apures, buen amigo. La saca solo contenía unas pocas monedas de escaso valor, y muchos trozos de escoria y piezas inservibles de metal con forma redondeada… —le explicó Botilkos, riendo con ganas. Lo hizo mostrando el valioso torques de plata que lucía al cuello—. Imagino la cara que pondrá ese avaricioso cuando descubra que el valor de la saca no llega ni a la centésima parte del que tiene este espléndido collar, que le saqué a cambio…

—Y la que pondrá cuando Orisón se entere de que pasamos la noche en su posada —soltó Mádriz mientras la barca ya se alejaba.

Botilkos se quedó unos minutos mirando cómo se alejaban sus amigos, hasta que la perdió de vista. Subió la cuesta hacia los campos que conducían a su granja y dio un último vistazo al río, observando con angustia cómo un par de naves oretanas llenas de guerreros navegaban con rapidez a golpe de remo en persecución de la gabarra de sus amigos.

Un rato después, los fugitivos descubrieron la proximidad de sus perseguidores.

—No tardarán mucho rato en darnos alcance —avisó, preocupado, Uiro.

De repente, la barcaza perdió velocidad, pese al frenético y rítmico golpeo de sus remos.

—¿Qué pasa, por qué nos frenamos? —inquirió Mádriz—. Esos de ahí detrás se acercan cada vez más y se nos echan encima.

—Mirad, estamos confluyendo en un río más grande y por eso nos hemos frenado —les explicó Lythia, cuando la nave se incorporó al Baitis.

—Ánimo, ellos también se detendrán. Rememos con fuerza hasta allí, donde el río hace un recodo. Cuando nos pierdan de vista podremos llegar hasta la orilla y escondernos entre los cañaverales —propuso Kharbaal con el ceño fruncido por el esfuerzo.

Así hicieron y la barcaza ganó de nuevo velocidad al entrar en el Baitis. La nueva corriente les propulsó y empujó el batel con celeridad hacia el recodo donde el gran río daba la vuelta.

—¡Esos malditos están acortando distancias! —alertó Mádriz, escupiendo por babor su rabia.

—¡No se frenan tanto como pensábamos! —gritó, desesperado, Uiro mientras la embarcación daba la vuelta al recodo del río.

—¡Por el amor de Baal y Melkart! —exclamó y saltó de alegría Kharbaal de repente—. Mirad allí, esas dos naves que navegan hacia nosotros. Son dos hippos… Uno es gaditano… Y el otro… el otro es cartaginés —descubrió, alborozado, mientras agitaba los brazos como aspas de molino.

Los perseguidores oretanos, tan pronto como dieron la vuelta al recodo y vieron las naves que en ese momento se colocaban junto a la barcaza de Kharbaal, cesaron en su caza y permanecieron expectantes, sin saber qué hacer.

—¡Por la sangre sagrada de Melkart! —exclamó Himílcar en cuanto vio subir a bordo de su hippo a Kharbaal, a quien creía muerto desde hacía meses—. Lo último que esperaba era verte con vida y navegando por este gran río.

Kharbaal se abrazó a su amigo emocionado, y no pudo impedir que sus lágrimas se juntaran con las de Himílcar.

—Es la primera vez en la vida que llegas a un sitio en el momento oportuno —le dijo con cariño y un agradecimiento eterno—. Y la primera que me alegro de ver tu cuidado y bello rostro.

Mientras los barcos oretanos comenzaban a retirarse prudentemente, los dos amigos volvían a fundirse en un apretado y emotivo abrazo.

47

En apenas dos años los cartagineses controlaron toda la Baja Andalucía Oriental y fundaron un pequeño principado al que se unieron las recuperadas ciudades de Kart Iuba, Malaka, Sexi y Abdera.

—Hemos consolidado nuestros antiguos dominios y estamos enviando riquezas en abundancia a Kart Hadasht, con las que se paga la indemnización a Roma. Aun así, hay que seguir avanzando. Tenemos que dirigirnos contra los bastetanos y los oretanos —informaba Himílcar al estado mayor cartaginés, en el campamento situado en la frontera de esas tribus iberas.

Amílcar escuchaba mientras pensaba con cuántos sacrificios se habían ido logrando los planes previstos. Qué dura e inhóspita era Isphanya, pero qué subyugante. Y sus gentes, eran difíciles de comprender, aunque fueran hombres sacrificados, agradecidos y leales cuando te ganabas su respeto. Tan distintos de la ingratitud y el recelo que encontraba en el Senado de su patria. A sus enemigos no les era suficiente la demostración palpable y continuada que hacía de lealtad hacia la República. Ellos siempre esperaban que se proclamara monarca de lo conquistado y dejara de enviar la plata ganada con sangre. Traición que él jamás cometería si bien, en ocasiones, se vio tentado a ceder a la presión de los suyos y declarar los territorios conquistados como república independiente de Nueva Ciudad. Era Asdrúbal quien más le insinuaba esa posibilidad, con ellos a la cabeza como sufetas vitalicios.

Se sentía cansado, no por la magnitud de la tarea hispana, sino por la animadversión que sentían hacia él los sufetas y senadores más influyentes. Por su lucha interna y externa para seguir obedeciendo a Kart Hadasht, y por la preocupación que le causaba que Roma no diera señales de vida.

—Los gaditanos han ofrecido la financiación de expediciones hasta la tierra de los kalaikos[111] para abaratar el comercio de estaño mediante la conquista. Y esa es también una enorme fuente de riqueza —apuntó uno de los colaboradores de Asdrúbal.

—Esas tierras están muy lejos porque Isphanya ha resultado ser una península enorme —comentó Himílcar.

—¿No sería preferible bordear las tierras de Orisón e Indortes, y avanzar por la costa de los mastienos? Tengo entendido que cerca de Mastia existen grandes explotaciones mineras —propuso Asdrúbal.

—Sé que deseas evitar enfrentamientos, pero no queda más remedio porque los recursos comienzan a ser insuficientes para atender los pagos a Roma —contestó Himílcar—. La única solución es apoderarnos de las minas de Orisón para controlar

su inmensa producción de plata —propuso con tono convincente.

—Asdrúbal quiere evitar la sangría del ejército porque muchos espartanos e itálicos se han licenciado, y considera que sin ellos hemos perdido capacidad de combate —comentó Amílcar, volviendo de sus pensamientos.

—Os recuerdo que Uiro y Mádriz volverán de sus tierras acompañados por importantes contingentes de guerreros lusitanos y carpetanos —precisó Kharbaal—. Con ellos podremos marchar contra Kastilo.

—Imagino que los carpetanos no serán de Konbouto —dijo Amílcar en broma—, porque el padre de tu esposa envió emisarios para reclamar tu cabeza y la devolución de Lythia a los oretanos.

—Por lo menos no los envió para asesinarnos; como hizo Orisón.

—Explícame eso más despacio, Kharbaal… —le solicitó Amílcar preocupado—. ¿Quién ha querido matarnos?

—Ayer mismo prendimos a dos oretanos y a dos bastetanos que se habían introducido en el campamento con instrucciones de asesinar a Lythia, a Kharbaal y a ti mismo —le explicó Asdrúbal.

—¿Cómo?

—Según confesaron los asesinos, bajo tortura, unos venían a vengar el honor mancillado de Orisón y otros debían satisfacer y regalar al régulo Indortes, llevándole tu cabeza dentro de un saco.

—¿Cómo no me informasteis antes de esta infamia? —protestó Amílcar, tocándose instintivamente el cuello.

Unos fuertes golpes sobre madera y unos alaridos tremendos interrumpieron a los cartagineses.

—Todo ha sido tan rápido que no hemos tenido tiempo para ello —le explicó Asdrúbal, sobreponiéndose a los gritos que venían del exterior—. Y queríamos tener la certeza absoluta de quién enviaba a quién.

—¿Y esos lamentos desgarradores de ahí afuera? —preguntó Amílcar.

—Deben de estar crucificando a esos miserables.

—Bien hecho. Quiero que esos bastardos permanezcan colgados de las cruces para que todos vean cómo tratamos a los asesinos. Que cuelguen hasta que solo queden sus huesos blancos y pelados —exclamó con dureza y odio el bárquida.

—Así se hará.

—Entonces, ahora sabemos que Indortes y ese Orisón han unido sus fuerzas contra nosotros, ¿no? —indicó Amílcar, algo más tranquilo ante el cariz de los acontecimientos.

—Ambos tienen un objetivo común, pero como suele pasar entre los habitantes de Isphanya, no están unidos. Por esa razón debemos atacarlos sin tardanza antes de que junten sus contingentes armados —les explicó Himílcar.

—Primero, debemos avanzar y aniquilar a Indortes. Después, tenemos que establecer una alianza con los mastienos y los contestanos para rodear y aislar a

Orisón en Kastilo —propuso Himilcón, el comandante de la caballería—. Y, por último, dar el golpe definitivo.

El caudillo bárquida pensó en silencio durante unos momentos, al cabo de los cuales ordenó:

—Señores, mañana nos pondremos en marcha hacia el territorio de Indortes… Que las tropas lusitanas y carpetanas recién alistadas se unan a nosotros en la medida en que vayan llegando al territorio bastetano —les organizó Amílcar con su proverbial eficacia militar—. Naravas, envía jinetes a la Carpetania y Lusitania para que avisen a Mádriz y Uiro y que acudan al nuevo punto de encuentro.

—A tus órdenes.

—Tú, Himilcón —continuó al bárquida—, partirás de inmediato con tu caballería pesada para ir batiendo el terreno e ir tomando posiciones. Quiero ir cercando a ese perro de Indortes.

—Como mandes —acató el aludido.

—Tú, Asdrúbal, vete movilizando a las falanges libias. Condúcelas hasta Malaka y embárcalas en la flota que tenemos allí amarrada.

—¿Adónde debo poner rumbo después?

—Navegarás y desembarcarás en el puerto de Abdera.[112] Una vez allí, avanzarás con rapidez hacia el oeste para que podamos atrapar en medio a ese pérfido régulo ibero.

—Así se hará.

—Por último, tú, Kharbaal, quiero que tomes a tu esposa Lythia y a todos mis hijos, excepto Aníbal y Asdrúbal. Condúcelos con una escolta adecuada hasta Gadir. Que se queden en el palacio bajo la protección y custodia de mi esposa Sapaníbal. No quiero correr riesgos, y menos con tu esposa Lythia, porque imagino que Orisón volverá a enviar sicarios para asesinarla.

—Pero, Amílcar, yo… —intentó decir Kharbaal que no deseaba perderse la inminente invasión de los territorios bastetanos.

La feroz mirada del general bárquida fue suficiente para que Kharbaal se callara en ese mismo instante, y no continuara protestando.

—Señores, en marcha, no hay tiempo que perder. Todos tenemos tareas y deberes para realizar —ordenó el bárquida con voz grave y enérgica—. Vamos a caer sobre los bastetanos con la fuerza y la rapidez de un rayo… —Los hombres de su estado mayor sonrieron, mientras Amílcar terminaba diciendo con dureza y un rencor profundo—: Ahora vamos a comprobar si ese bárbaro de Indortes me está esperando cómo y dónde se atrevió a predecirme tan siniestramente, y vamos a verificar si sus salvajes pueden resistir lo inevitable…

48

Indortes observaba cómo el ejército de su enemigo iba rodeando la sierra de Baza[113] y el actual pico Santa Bárbara, donde el régulo había terminado por refugiarse con sus hombres, casi veinte mil combatientes. Todavía estaba estupefacto por la rapidez con que se habían desarrollado los acontecimientos; puesto que desde que sus espías le habían informado de que Amílcar se dirigía hacia su territorio hasta ese momento, apenas había trascurrido un período de dos lunas completas.

Hizo una mueca de fastidio y odio, y se introdujo en la cueva que estaba excavada dentro del cementerio, lugar de peregrinación de las naciones iberas de los alrededores. Dejó respetuosamente su falcata en la entrada, avanzó por la semipenumbra del lugar y se postró ante la estatua de la Dama.[114]

—Señora alada, dadora de vida y muerte, tú que derramas tus dones sobre tus hijos… —susurró a la luz de las velas que iluminaban una escultura policromada ricamente ornamentada, que estaba sentada sobre un trono con alas y garras de león, revestido con pan de oro y planchas de plata—. Perdón para tu siervo, porque ha sido incapaz de impedir que los hombres meridionales hollen con sus impíos pies y sus armas tu sagrada tierra.

Indortes permaneció unos momentos postrado en silencio, mientras depositaba unos exvotos de plata sobre una mesa llena de figuritas de metales preciosos.

—Señora y madre, juro que el cartaginés no entrará en tu sacro claustro materno, ese que cobija y da vida a tus hijos —rezó después, refiriéndose a la sagrada cueva—, porque tapiaré su entrada y le ofreceré mi vida al meridional a cambio de la retirada de sus tropas. Cuando todo pase, hombres fieles escondidos en estas serranías abrirán de nuevo la entrada para que los iberos sigan viniendo en peregrinación y adoren tu divinidad.

Sintiéndose mejor, Indortes se incorporó, salió de la cueva e, inmediatamente, varios sacerdotes y guerreros cegaron la entrada de la caverna con piedras, troncos y arena; procediendo a plantar enseguida unas docenas de pinos sobre la tierra recién apisonada. Acto seguido, abandonó el lugar y volvió a los agrestes riscos desde los que vio desesperado cómo su refugio se había convertido en una trampa mortal merced a la habilidad militar de sus enemigos.

—Ese salvaje bastetano no se esperaba nuestra rapidez, ni nuestra maniobrabilidad ni nuestra capacidad estratégica —comentaba, sonriendo, Himilcón con orgullo militar. Se encontraba situado al pie de los cerros donde estaban atrapados los hombres de Indortes.

—Si ese cerdo hubiera imaginado que desembarcaríamos tantas tropas en Abdera

y que nos íbamos a presentar aquí tan deprisa, no estaría ahí —dijo Asdrúbal el Bello.

—¡Todavía recuerdo sus palabras! —exclamó con odio obsesivo Amílcar, mirando hacia las peñas abrasadas por el sol—. Ese cobarde se atrevió a pronosticarme que me estaría esperando en la sierra para matarme y, no obstante, en lugar de venir él en persona para luchar como un hombre, ha enviado sicarios para asesinarme vilmente. Incluso cartagineses.

—Esos últimos se suicidaron al ser cogidos —apuntó Asdrúbal.

—¿Y qué?

—Que llevaban tatuajes ocultos de Baal Hammon.

—Entonces, tú crees que los enviaban desde Kart Hadasht los sacerdotes del dios para asesinarme —afirmó Amílcar, recordando las confesiones que le hizo Aníbal cuando le rescató de los piratas y las palabras de la prostituta sagrada del templo de Astarté.

—No es la primera vez que lo intentan, al igual que los hombres del sufeta Hannón —recordó su yerno.

—Malditos… —susurró entre dientes el caudillo cartaginés.

Tras una reflexiva pausa, Asdrúbal le aconsejó:

—Ahora pensemos en Indortes.

Amílcar se volvió hacia las colinas y juró con odio:

—Yo ya no descansaré hasta que lo tenga preso entre mis manos. Y al igual que hice cuando cerqué en aquel desfiladero de la muerte a los mercenarios sublevados contra Nueva Ciudad, de esta trampa no podrán salir vivos ni Indortes ni sus secuaces.

Los bastetanos y sus aliados iberos, hambrientos y desmoralizados, enviaron emisarios a los cartagineses para negociar su rendición. Estos, siguiendo las órdenes de Amílcar y contra el parecer de Asdrúbal, indicaron que no aceptarían rehenes, excepto a Indortes y su familia, ni monedas o premios, salvo la entrega del Santuario de la Dama. Era donde los púnicos sabían que se habían acumulado gran cantidad de tesoros a lo largo de los tiempos.

Los iberos, desesperados y perdidos ante esta rotunda negativa, intentaron valientes cargas bélicas, salidas impetuosas falcata en mano; y, por último, intentos de fugas suicidas. Desgraciadamente para ellos, el cerco cartaginés resultó ser muy eficaz y casi todos los intentos terminaron en fracaso por la capacidad y aptitud militar de los hombres de Amílcar.

Indortes, seguro de que su enemigo solo quería tomarle a él porque había prometido dejar libres al resto de los cercados, decidió escapar para salvar a sus hombres mostrándose a distancia de las tropas cartaginesas para que le persiguieran.

Una noche reunió a un pequeño grupo de valientes y, sin avisar a nadie más, se alejó con ellos del campamento, sorteó y burló a sus propios puestos de guardia y llegó hasta la cara más accidentada e inhóspita del alto monte. Una vez allí, se descolgaron con cuerdas por los inaccesibles peñascos, jugándose la vida, alcanzando

con pocas pérdidas humanas la llanura que se extendía a los pies del mismo.

Cuando comprobaron que su fuga no había sido detectada por los suyos ni por los enemigos, echaron a correr en silencio hacia un pequeño bosque de encinas.

—Cuánta razón tenía mi hermano Amílcar —le comentó en ese mismo momento el príncipe Naravas a uno de sus lugartenientes, mientras observaban la escapada bastetana apostados en un lugar privilegiado—. No se equivocó cuando predijo que si retirábamos nuestras tropas de esta zona y las escondíamos en esa pequeña selva, el jefe de los iberos rebeldes escaparía por estos barrancos y se metería él solo dentro de la trampa.

Una hora más tarde, un humillado y asombrado Indortes era puesto en presencia de Amílcar. Este sonrió con crueldad y, escupiéndole con desprecio, le espetó al ibero:

—Ya ves. En realidad, el que te estaba esperando a ti era yo. Y yo si que te voy a matar miserable perro.

—Padre, si ahora demuestras clemencia nos ganaremos la voluntad de los iberos —le propuso Asdrúbal, en voz baja, en presencia de Aníbal.

Amílcar le hizo un gesto de rechazo con la mano diestra y le contestó grave:

—No te apures, mi buen y compasivo Asdrúbal, porque voy a ser muy clemente con quien tenga que serlo. Pero castigaré con todo rigor a quien deba sancionar para que todos queden avisados y la ejemplar y severa punición sirva de escarmiento.

—Te ruego que no te excedas.

Amílcar lo miró de una manera extraña y, volviendo la cabeza, le ordenó a uno de sus ayudantes:

—Ya está amaneciendo. Comprueba que todo esté dispuesto.

—Sí, mi general.

—Convoca a nuestros hombres y haz que avisen a los iberos cercados ahí arriba, para que se asomen y puedan escarmentar contemplando el espectáculo que les vamos a proporcionar.

Cuando el sol alumbró lo suficiente comenzó el sufrimiento de Indortes, quien en presencia de sus enemigos y de los suyos fue torturado salvajemente, cegado para que no pudiera ver su próxima muerte y, por último, clavado por los antebrazos y los pies al tronco seco y sin ramas de un árbol en forma de cruz. Allí murió lentamente de asfixia como consecuencia del peso de su propio cuerpo colgado.

Pese a los brutales dolores que Indortes padeció durante la atroz tortura que sufrió, el bravo régulo bastetano, que supo morir mejor que había sabido vivir, no soltó el más mínimo quejido o lamento para fastidio y frustración de Amílcar, que deseaba verlo llorar, gritar y pedir clemencia. Para colmo, en el momento en que el cartaginés se puso al lado del ibero para verlo sufrir y morir clavado en la cruz, la cual apenas se elevaba dos metros del suelo, aquel todavía tuvo fuerzas y arrestos para incorporarse sobre los pies y los antebrazos clavados. Enseguida, venciendo el intensísimo dolor que padecía, escupió varias veces a la cara de su ejecutor. Y lo hizo

soltando a continuación estruendosas carcajadas que resonaron por doquier, llevadas por el eco, provocando los vítores y aplausos de los suyos, junto con orgullosos gritos de apoyo coreando el nombre del régulo, que cada vez reía más y más fuerte.

Amílcar, enfurecido, ordenó que encendieran una hoguera a los pies del bastetano para aumentar aún más su padecimiento.

Tras morir Indortes, más de quince mil iberos fueron liberados del cerco y perdonados por el cartaginés. Muchos se reintegraron a su vida cotidiana, y bastantes de ellos se unieron al ejército del conquistador púnico, engrosando sus nutridas filas.

—Cómo pasa el tiempo, mi querido amigo —le comentaba un ya anciano Cayo Lutacio Cátulo a su íntimo Lucio Cornelio Escipión en casa de este último, paterfamilia de los Cornelios, el día del nacimiento de su nieto.[115]

Lucio Cornelio observó el ralo y blanco cabello de su amigo, con quien había compartido vivencias alegres y tristes a lo largo de la vida. También recordó su propio aspecto, el de un venerable anciano, y le contestó en voz preñada de nostalgia:

—Nos estamos haciendo muy viejos, Lutacio; pero qué quieres, es ley de vida…

—Fíjate… Parece ayer cuando le impusimos y vestimos con la toga virilis a tu hijo Publio, y ahora está casado con esa bendición de mujer que es tu nuera Pomponia. Y viene a la vida tu nieto.

Lucio Cornelio asintió levemente con la cabeza, menos filósofo que su amigo y más pendiente de los detalles de la ceremonia. Tras ello, le indicó a un esclavo que pasaba a su lado:

—¿Tienes preparadas las coronas de laurel para colocarlas en la puerta de la casa en cuanto mi hijo reconozca al niño?[116]

—Sí, mi amo, las tengo listas en al atrium de entrada.

—Muy bien, muy bien.

Los familiares y esclavos, que estaban esperando, expectantes, la salida de la obstetrix[117] en la sala de estar contigua al aposento de Pomponia, comenzaron a hacer sonoros ruidos de satisfacción y curiosidad en el momento en que vieron salir a esta llevando a un recién nacido desnudo en los brazos.

Publio Cornelio se levantó de su asiento y se colocó en el centro de la habitación, poniendo una cara muy seria y solemne. Intentaba disimular la sonrisa de satisfacción y felicidad que se le quería escapar de los labios.

La comadrona, fiel a las ancestrales costumbres romanas, colocó al bebé desnudo en el suelo a los pies de su padre.

Publio miró a Lucio, su anciano padre, y ambos se sonrieron casi imperceptiblemente, como hacían siempre. Después, agachándose, observó al pequeño. Lo cogió entre sus manos, embargado por una emoción incontenible. Se puso de pie, conteniendo las lágrimas a duras penas, y levantó a su hijo por encima de su cabeza, hacia el cielo de Roma. Por fin, lo acunó entre sus brazos para demostrar a todos que lo reconocía como hijo, legitimando su origen y simbolizando su compromiso, ante la familia reunida, de criar y educar al niño como a un romano justo, piadoso y buen ciudadano.

Inmediatamente después, el pequeño pasó de mano en mano entre todos los

miembros de la familia allí reunidos, mientras su abuela paterna sonreía y le vendaba todo el cuerpecillo, como exigía la tradición, y su abuelo Lucio anunciaba con gran solemnidad:

—La gens Cornelia se llena de dicha porque desde hoy cuenta con un nuevo miembro.

Nueve días más tarde, como mandaban las tradiciones romanas, el niño fue presentado en sociedad al resto de familiares y amigos, momento en que su abuela paterna le colocó al cuello una bulla de oro, el amuleto que lo acompañaría y protegería hasta la edad de diecisiete años. Asimismo, le fue impuesto su nombre: Publio Cornelio Escipión, quien, con el correr de los tiempos, fue conocido en Roma con el sobrenombre de el Africano y, como tal, ha pasado a la Historia.

—Hijo mío, ya eres padre como yo —le dijo con honda satisfacción el viejo Lucio Cornelio a su vástago Publio—. Esa circunstancia te obliga, más si cabe, a ser un buen romano.

Publio Cornelio miró a su progenitor, estrechó sus brazos con afecto y le contestó:

—En esa tarea no te defraudaré, padre, porque sabes que soy un hombre digno de Roma y de nuestra familia. Y que las obligaciones como romano no me intimidan, sino que me estimulan.

—Hablando de responsabilidades —le dijo su padre, sonriendo—, el cónsul Cayo Atilio me ha confirmado tu nombramiento como tribuno del ejército que parte hacia el norte de la península Itálica para custodiar las tierras recién conquistadas a los celtas ínsubros.

—Qué satisfacción siento, padre. Sabré ser digno de los Cornelios.

—No lo dudo —le contestó Lucio Cornelio con evidente orgullo paterno—. Pero estate alerta, hijo. Te espera una dura tarea porque Mediolanum y el territorio circundante es independiente, y eso permitirá nuevas incursiones de sus hermanos galos del otro lado de los Alpes.

—Pienso que, como pasillo de seguridad, deberíamos conquistar todas las tierras itálicas hasta esos grande montes.

—Sí, pero los cónsules no quieren precipitarse —le explicó Lucio—, porque tenemos demasiados frentes abiertos. Acabamos de tomar Luna y Pisa; estamos pacificando Córcega y Cerdeña; organizamos Sicilia… —Se aclaró la voz—. Los cónsules están deseando alcanzar la paz plena para poder cerrar las puertas del templo de Jano.

Publio Cornelio asintió conforme a las explicaciones de su padre, y entonces le preguntó:

—¿Qué sabemos de nuestro viejo enemigo, Amílcar de Cartago?

—Está conquistando tierras y riquezas en un enorme y salvaje territorio llamado Hispania o algo así.

—¿En África?

—No, se extiende al sur de la Galia y está poblado por unas tribus llamadas

iberos, más feroces aún que los propios galos.

—¿Esa conquista no será peligrosa para nuestros intereses?

—Tanto los cónsules como una comisión especial del Senado hemos estudiado el asunto, a petición de las ciudades aliadas de Massilia, en la Galia, y Emporion y Sagunto, en Hispania.

—¿Han sido atacadas por Amílcar?

—No —repuso Lucio, sonriente—. Esas ciudades griegas y su aliada edetana enviaron emisarios para denunciar que Amílcar había fundado una ciudad sobre Akra Leuke,[118] un puerto que comerciaba activamente y desde antiguo con ellas, para convertirla en la capital de sus extensos dominios hispanos.

—¿Y eso afecta a los intereses de Roma?

—En principio no. Enviamos una embajada hasta Akra Leuke, que se reunió con el caudillo cartaginés, y la respuesta de este no pudo ser más determinante: «Trabajamos duro dentro de lo acordado en los tratados de paz y solo queremos, por mandato del Senado cartaginés, obtener las riquezas y fondos necesarios para atender el pago de la indemnización de guerra».

—¿Y qué actitud vamos a tomar ante las conquistas cartaginesas en esa Hispania? —quiso saber el nuevo padre.

—Mientras Amílcar Barca envíe lo suficiente a Cartago para que nos pague la compensación monetaria y no emprenda acciones bélicas contra nuestros aliados, Roma se mantendrá al margen de sus actividades y quedará satisfecha porque se estará cumpliendo el tratado de paz.

—Pero esas ciudades griegas se han quejado y son nuestras aliadas…

—Hijo mío —lo interrumpió Lucio—, Roma no se va a entrometer en discusiones comerciales entre griegos y cartagineses porque no somos unos vulgares tenderos ni unos mercaderes inquietos por sus géneros y mercados —matizó despectivamente—. Nos conviene que Cartago obtenga riqueza bastante para que pueda pagar sin solicitar quitas ni esperas.

—Pero, padre, ¿y si Cartago se hace demasiado poderosa y rica en esas tierras de Hispania?

—Aunque no considera oportuno inmiscuirse ahora, el Senado vigila los pasos de Cartago en Hispania y antes de que se pueda convertir en una amenaza, intervendremos.

—¿Por qué no hacerlo en estos momentos? —preguntó Publio.

—Los senadores hemos concluido que es preferible dejar que Cartago se desgaste explorando y conquistando Hispania, que es una península enorme. Tiempo habrá para hacernos con esas tierras y sus riquezas —le confesó su padre—. Pero en la actualidad, Hispania supone mucho riesgo y una dispersión de fuerzas excesiva para lo que tenemos que ganar allí.

—Tenemos demasiados frentes abiertos, ¿no? —afirmó, más que inquirió, Publio con una abierta sonrisa de orgullo romano.

—Roma es fuerte, pero es tan solo una república que controla parte de la península Itálica y unas islas, y debe caminar hacia el futuro sin precipitarse para poder crecer sin riesgos innecesarios.

—Y dentro de ese controlado crecimiento Hispania no nos interesa en este momento —subrayó el hijo.

—Exacto, Hispania, por ahora, no es apetecible para Roma; pero solo por ahora…

50

—Por fin tenemos una capital propia en Isphanya, hemos conquistado las tierras turdetanas y bastetanas, y solo nos resta someter a ese perro de Orisón para apoderarnos de las minas de plata. Luego, a disfrutar de la paz y de riquezas sin cuento durante un largo tiempo.

—¿Renunciarás a conquistar un imperio en estas tierras? —preguntó Asdrúbal a su suegro, acomodados en la terraza del palacio-fortaleza edificado en el puerto fortificado de Akra Leuke hacía dos años.

—Llevamos siete años luchando contra los celtas y los iberos, y cada vez cuesta más avanzar en este país. Estoy cansado… —Resopló—. Considero que hemos cumplido sobradamente con Kart Hadasht, y no merece la pena perder más tiempo en estos salvajes e inmensos territorios de Isphanya.

—Si no vas a conquistar un imperio ni te proclamarás rey del mismo, ¿qué planes tienes? —le preguntó Asdrúbal—. ¿Quieres volver a Nueva Ciudad y ser sufeta?

—No. En cuanto las minas de Kastilo sean nuestras, me encargaré de que Nueva Ciudad deje de pagar la indemnización de guerra a la loba porque retendré esos envíos.

—Roma no permitirá que no cumplamos.

—No le quedará más remedio —sentenció Amílcar.

—El Senado romano enviará un ejército para invadir y castigar a Kart Hadasht, reclamando lo pactado en el tratado de Lutacio Cátulo —apuntó, preocupado, Asdrúbal.

—Ese acuerdo no fue tal. Los cartagineses tuvimos que adherirnos al mismo sin que tuviéramos posibilidad de negociar nada.

—Insisto… Roma no permitirá que eludamos nuestra obligación de pago. Necesitan demasiado nuestra plata y oro para reconstruir su República —argumentó Asdrúbal, torciendo luego el gesto—. Ellos también perdieron mucho durante la guerra de Sicilia.

—Nada me importa lo que la loba consienta o no. Con la plata de las minas de Kastilo levantaremos ejércitos, escuadras, estableceremos alianzas militares con los macedonios, los galos y los egipcios. Y así, todos unidos, caeremos sobre la desamparada loba para aniquilarla por siempre jamás.

—¿Piensas invadir la península Itálica?

—Ya conoces mis viejos sueños… —respondió Amílcar, sonriendo levemente—. Por eso no me quiero embarcar en más conquistas de Isphanya. Solo Kastilo y sus minas.

—No tenemos una escuadra lo suficientemente poderosa y numerosa como para

desembarcar un gran ejército en las playas itálicas.

—Iremos por tierra —le explicó el bárquida, una vez más, con paciencia—. Pactaré con los edetanos, ilergetes y galos para que me permitan atravesar sus territorios, e invadiré el norte de la península Itálica tras atravesar los montes Pirineos y los Alpes.

Suegro y yerno permanecieron en silencio, pensando. Al cabo de unos minutos, Asdrúbal le informó:

—Respecto de Orisón, he enviado mensajeros hasta Kastilo.

—¿Para qué? —preguntó Amílcar, enfadado.

—Para pactar su rendición y evitar nuevos derramamientos de sangre.

—Llevamos años de escaramuzas contra sus oretanos y los contestanos que se le han unido —dijo Amílcar con cansancio en la voz—. Y estoy harto de esta situación. Hay que dejarse de negociaciones y dar el golpe definitivo a Orisón.

—¡Padre! —exclamó su hijo Aníbal, entrando en la terraza junto a dos grupos de iberos oretanos, custodiados por púnicos—. Los representantes de Kastilo y de Baikor se presentan ante ti.

Los dos generales cartagineses se incorporaron en sus asientos y procedieron a recibir a los emisarios.

—Primero que hablen los hombres de Baikor, ciudad amiga de Kart Hadasht y Akra Leuke, y que escuchen los de Kastilo —concedió Amílcar, haciendo una distinción notoria entre ambos grupos.

El portavoz de Baikor dirigió una significativa mirada de triunfo y satisfacción a sus vecinos, por la distinción recibida, y habló con afectada solemnidad:

—Esto ha resuelto el Consejo de ancianos de mi ciudad. Nosotros nos consideramos indisolublemente unidos a los meridionales comandados por el gran Amílcar.

—Entonces, llegado el caso, ¿combatiréis bajo mis órdenes contra los guerreros de Kastilo? —les preguntó el bárquida.

—Como un solo hombre. Aunque necesitaremos armas y corazas.

—Las tendréis… —contestó, muy ufano, el bárquida. Volvió la cabeza—. Hablen ahora los de Kastilo, que siguen a ese indigno loco llamado Orisón, quien con su errónea conducta precipitará a su pueblo a la perdición. Que expliquen si traen embajada de paz y acatamiento a la majestad de Kart Hadasht.

El jefe de los embajadores de Kastilo se arregló la túnica griega que vestía para provocar a los púnicos, se acarició las pulseras de plata, carraspeó y respondió con orgullo y sin miedo en la voz:

—Esto es lo que me ordena decir mi señor Orisón… Está dispuesto a entregar en matrimonio a su hija Himilce al príncipe Aníbal como prueba de…

—¿Qué estás diciendo, bárbaro? ¿Cómo te atreves? —lo interrumpió sin miramientos Amílcar—. Mi hijo no se casará con vuestra Himilce —concluyó, tajante.

—Padre, yo pacté y propuse ese matrimonio para obtener… —le intentó explicar Asdrúbal.

—¡Tú cállate! —le gritó Amílcar a su yerno, sin contemplaciones—. La próxima vez que se vaya a decidir algo que me afecte a mí o a mi familia, será mejor, para el bien de todos, que antes me sea consultado… —añadió crispado. Asdrúbal se puso muy pálido y no contestó, mientras el embajador castulense permaneció expectante adoptando una postura y una actitud orgullosas—. Termina lo que tengas que decir y márchate de mi palacio, pues lo hollas y ensucias con tu presencia impura —le espetó Amílcar al representante diplomático de Kastilo.

—Dice mi rey, Orisón, que si deseas las minas de plata que le legaron sus padres y a estos los suyos, y a estos los suyos, prepara hierro en abundancia.

—Llévale este mensaje a tu miserable caudillo —replicó Amílcar con voz dura y despectiva—. Dile que caeré sobre él como una tormenta de hierro y fuego. Será de tal magnitud y violencia que hasta la fuerza del rayo parecerá liviana comparada con el poder destructivo que desplegaré.

Unas semanas más tarde, la poderosa maquinaria de guerra de los cartagineses se puso de nuevo en marcha, y se dirigió contra el territorio de los oretanos.

La campaña fue larga y dura, y los iberos de Kastilo, que habían conseguido que se les uniesen en la lucha parte de los bastetanos, contestanos y algunas tribus carpetanas del interior, se hicieron fuertes en las serranías de Cazorla y de Alcaraz. Además, obstruyeron con piedras, troncos y ramas las aguas del Guadalquivir y del Guadalimar, para impedir la subida de naves, consiguiendo que los cartagineses no avanzaran lo suficiente.

Después de un año largo de combates, las posiciones militares eran prácticamente las mismas. Llegaba la estación fría y Amílcar decidió enviar a la mayor parte de sus tropas, junto con los elefantes, hasta Akra Leuke, para invernar junto al mar y el suave clima mediterráneo.

—Asdrúbal, comienza a hacer demasiado frío para nuestros hombres, mañana te encargarás de que las avanzadillas del ejército y los elefantes lleguen cuanto antes a nuestra capital. No quiero que se nos muera alguno como en las primeras campañas en Isphanya —le ordenó una noche Amílcar en la tienda de campaña del campamento, calentándose con un exiguo fuego—. Kharbaal te ayudará en esa labor.

—Padre, ¿dejamos de combatir y nos vamos a pasar el invierno a Akra Leuke? —le preguntó, desilusionado, su hijo Asdrúbal, que acababa de cumplir diecisiete años, mientras se arropaba con una capa de piel de oso.

—Tú no te preocupes, hijo mío, cuando Melkart, el Señor de la Vida, derrame sus dones sobre la tierra y la primavera florezca otro año más, despertarán de nuevo las armas, volveremos a buscar a ese perro de Orisón y lo clavaremos como a un animal en lo alto de una cruz —le prometió su padre con gravedad—, igual que hicimos con Indortes…

51

—Orisón se rinde con sus comandantes en las inmediaciones de Heliké,[119] ciudad que tenemos bloqueada por nuestras fuerzas móviles —le explicó una mañana Amílcar a su yerno—. Voy a su encuentro y me llevo la caballería pesada de Himilcón. Tú regresa con el resto del ejército a Akra Leuke, como convinimos.

—¿No te parece una imprudencia llevar tan poca tropa? —le preguntó, preocupado, Asdrúbal antes de partir.

—Me llevo también varios escuadrones de jinetes celtíberos, lo que hace un total de cuatro mil hombres. Cantidad suficiente junto, con los que ya custodian a distancia la plaza, como para detener a un hombre y unas docenas de fieles que se entregan desarmados, ¿no crees? —precisó el bárquida—. Además, como estaremos bastante cerca de Akra Leuke, podré recibir refuerzos con rapidez si fueran precisos.

—Recuerda que estamos desmovilizando a gran parte de las tropas que forman la bolsa del cerco alrededor de Heliké —le apuntó su interlocutor.

—Aun así, tendré suficientes soldados con los hombres de Himilcón y los magníficos jinetes celtíberos.

—¿Esa rendición no será una trampa de Orisón? —insistió preocupado Asdrúbal el Bello.

Amílcar negó dos veces con la cabeza.

—Los exploradores han indicado que apenas hay guerreros iberos en los alrededores. Y dentro de la fortaleza, unos tres centenares.

—¿Entonces, por qué lo hace?

—Orisón, a quien he jurado perdonar la vida si se entregaba ya, sabe que ha perdido la campaña porque ha cometido errores estratégicos de importancia que le van a obligar a invernar desamparado y con escasas tropas además, lejos de Kastilo —le explicó Amílcar, sonriendo—. Ha sido muy torpe y se ha dejado encerrar en la colina Heliké.

—Pero en cuanto comiencen las nevadas, podrá intentar escapar del cerco para dirigirse a Kastilo.

—No tendrá ninguna posibilidad y lo sabe, porque he establecido un implacable bloqueo de patrullas ecuestres celtíberas con órdenes tajantes de matarlo en cuanto lo atrapen —precisó Amílcar.

—¿Y eso lo conoce él?

—Igual que muchos de sus hombres que han desertado ya.

—Entonces, lo tienes atrapado, ¿no?

—Igual que cacé a Espendio, Mato e Indortes —le detalló Amílcar con un deje de

satisfacción rencorosa—. Orisón ha sido abandonado por los suyos en una aldea fría e inhóspita; demasiado cerca de Akra Leuke… —Asdrúbal hizo un gruñido aprobatorio —. Creo que no quiere morir igual que Indortes, porque escarmentó con su suplicio —recordó con crueldad y deleite—. Y tú me recomendabas clemencia cuando ajusticié a aquel perro.

—Cumplirás tu palabra y le perdonarás la vida a Orisón, ¿verdad? —inquirió Asdrúbal, preocupado porque llevaba tiempo viendo cambiar a su suegro, quien se mostraba cada vez más embrutecido y agotado debido al estrés provocado por la larga guerra y la indomable fiereza ibérica.

—Sabes que no he faltado jamás a un juramento.

Los dos militares se miraron en silencio durante unos instantes.

—¿Y los muchachos? —se interesó Asdrúbal.

—¿A quién te refieres?

—A «la camada del León», como tú los llamas.

—Mis hijos, Aníbal y Asdrúbal, se vienen conmigo. Quiero que asistan a la humillante postración de nuestro arrogante enemigo, para que se sientan orgullosos de su padre y de ser cartagineses.

—¿No será demasiado arriesgado que te acompañen? —incidió el yerno, arrugando la frente.

—Oye, estás hablando como una mujer miedosa o un viejo cobarde, ¿no? ¿O sabes algo que yo desconozco? —le recriminó en broma Amílcar, muy contento con la inminente sumisión del único enemigo hispano que le quedaba en Isphanya.

—Tengo una sensación extraña, como si algo terrible fuera a ocurrir.

—Por el amor de Melkart, mi querido Asdrúbal, somos soldados. Deja ya de ver fantasmas babilonios donde no los hay. Ese perro infame se rinde, y yo voy hasta Heliké para prenderlo porque es una aldea que me coge de camino hacia Akra Leuke, y, después, marcharé hasta mi palacio capitalino para disfrutar de su dulce y suave invierno, donde, una vez pacificada Isphanya y dueño de las minas de Kastilo, podré preparar mi golpe contra Roma.

Los exploradores y espías cartagineses volvieron a confirmar que Orisón con una pequeña tropa de soldados fieles permanecían en los alrededores de Heliké, donde se refugiaban por las noches. Además, indicaron que el régulo reiteraba su intención de rendirse si se le perdonaba la vida tanto a él como a sus leales; apenas dos centenares de combatientes.

—Vete tranquilo, Asdrúbal. He asistido a cacerías de conejos más peligrosas que esta —le dijo, confiado, Amílcar a su yerno. Fue a modo de despedida, cuando ambos separaron sus fuerzas a mitad de camino hacia sus respectivos destinos.

Asdrúbal el Bello le hizo un gesto de adiós en silencio mientras veía alejarse a Amílcar cabalgando tras sus tropas. Se quedó parado y turbado, pues no podía impedir el desasosiego y la opresiva sensación de angustia que lo invadían.

Los jinetes cartagineses avanzaron a buen ritmo y pronto cabalgaron por un valle

delimitado por el río Tader,[120] entre una serie de cerros, colinas y serranías.

—Sin novedad, mi general —le informó uno de los exploradores a Amílcar—. La ruta hasta Heliké está libre de enemigos.

—Perfecto.

—Padre —le comentó Aníbal, que cabalgaba junto a Amílcar y su hermano Asdrúbal—, ¿por qué el Bello estaba tan preocupado e inquieto cuando nos despedimos?

—No lo sé, hijo mío —respondió Amílcar mientras avanzaban hacia el pedregoso y escarpado altozano donde se levantaba la ciudad, y no podía evitar mirar hacia los cerros que iban cerrando de manera amenazadora el valle.

Un presentimiento extraño envolvió al bárquida cuando unos enormes y oscuros nubarrones ensombrecieron el cielo. De inmediato, llamó a otra partida de exploradores a los que despachó con premura hacia los cuatro puntos cardinales.

Cuando llegó el atardecer, un imponente aguacero descargó con violencia sobre el valle, incrementando notablemente las aguas del Tader. De hecho se desbordaron en algunos puntos, estorbando las labores de acampada de los cartagineses.

El acuartelamiento de Amílcar quedó situado casi a los pies del cerro de Heliké, bastante próximo al río, cuyas aguas evitarían ataques sorpresivos y envolventes por parte de los iberos sitiados. Además, se fortificó el frente que daba a la plaza sitiada con balizas de paja, algunos carros y una pequeña empalizada.

Amílcar, tras pactar con los enviados de Orisón la rendición de este, que se produciría a la mañana siguiente, entregando todas las armas y sometiéndose al frente de los suyos, reforzó los turnos de guardia establecidos para esa noche.

Aníbal repasó los cuadrados de defensa dispuestos que estaban rodeados con zarzas, troncos y espinos entrelazados, improvisadas cuadras donde habían colocado a los caballos, y exhortó a los piquetes que debían custodiarlos.

La noche transcurrió sin más mención que los dos o tres aguaceros que volvieron a descargar una lluvia intensa y fría sobre los allí acampados.

—¿Qué es eso? —gritó un centinela a su oficial, cuando las primeras luces del alba pugnaban con las tinieblas de la noche.

El oficial cartaginés aguzó y dirigió la vista hacia las cercanas colinas que tenía a su derecha, donde cientos de luces se movían por doquier a mucha velocidad, haciendo extraños cambios de dirección.

—No lo sé —confesó quedamente el oficial mientras un enorme ruido, similar a un trueno prolongado, los envolvía y daba la impresión de que bajaba hacia ellos desde los cerros.

El campamento comenzó a despertar a toda prisa, en tanto que otro ruido, más fuerte aún que el anterior y proveniente de la colina de Heliké, parecía avanzar a gran velocidad contra los cartagineses. Poderoso rumor que portaba también extrañas y desorientadoras luces.

Unos minutos más tarde, dos docenas de carros llevando ramas y paja encendidas

y tirados por enloquecidos bueyes embolados, se estrellaban y destrozaban las defensas dispuestas por los cartagineses, mientras que una numerosa tropa de oretanos, bastetanos y contestanos, dirigidos por Orisón y salidos de no se sabía dónde, atacaban a los sorprendidos cartagineses.

Casi al mismo tiempo, desde las colinas orientales cayó sobre el acuartelamiento púnico una manada de furiosos toros embolados, con los cuernos prendidos en chispeantes llamas incendiarias, que arrollaron, quemaron y aplastaron literalmente todo cuanto encontraron a su paso.

Los cartagineses reaccionaron como pudieron; aunque muchos de ellos solo pensaron en salvar a sus caballos, montando sobre los mismos, alejándose del cantón que era presa de las llamas.

—¡A las armas! ¡Vosotros, hijos míos, aquí conmigo! ¡Rápido, a los caballos! ¡Tenemos que reagruparnos o nos barrerán! —les gritó Amílcar a la luz de los incendios, todo ello mientras Himilcón organizaba varios grupos de jinetes.

—Padre, ¿qué ha pasado? —preguntó Asdrúbal, gritando y empuñando ya una espada, mientras intentaba subir a su caballo, que se revolvía nervioso.

—Que esos cobardes nos han mentido, han faltado a sus juramentos de rendición y nos han tendido una trampa de la que vamos a salir enseguida —le respondió con toda tranquilidad su padre—. Y cuando todo esto termine, levantaré tantas cruces para clavar a esos miserables traidores que estas sierras se quedarán sin árboles.

No había terminado de decir esas palabras Amílcar cuando vio cómo un pequeño pero decidido grupo de jinetes iberos se abría paso, a todo galope y falcata en mano, y se dirigía con toda decisión contra él y sus hijos. De inmediato, observó a estos desarmados, casi desnudos y sin sus corazas, que pugnaban con sus desbocados caballos, intentando montarlos. Entonces, concluyó que ambos eran un fácil blanco muy vulnerable, y solo pensó en salvar sus vidas, que parecían perdidas.

—¡Vosotros, ocupaos de mis hijos, sacadlos de este infierno y llevadlos junto a Himilcón! ¡Rápido, por Baal! —ordenó con prontitud y energía a unos jinetes, mientras de nuevo comenzaba a caer desde el cielo una violenta tromba de agua—. ¡Y vosotros, seguidme hacia el río! —indicó a otros.

Amílcar, acompañado por un pequeño destacamento de jinetes, se dirigió al galope hacia la orilla del Tader mientras sus hijos conseguían escapar con vida, dado que los iberos únicamente le persiguieron a él.

El choque entre ambas formaciones ecuestres fue tremendo y antes de que los aturdidos cartagineses pudieran auxiliar a su general, que había quedado aislado, el caballo de este, herido por numerosas flechas y empujado hasta las frías y crecidas aguas del río, perdió pie y resbaló.

En un momento, la poderosa corriente y la fuerza de las aguas hundieron, se tragaron y arrastraron tanto al corcel como a Amílcar, y así los dos se ahogaron.

«Amílcar, las estrellas me susurran que tu perdición y muerte, mi querido hermano, no llegarán por la mano de hombre alguno… Cuídate de las aguas», le

había vaticinado con voz grave, una noche en África y en su campamento númida, el príncipe Naravas.

52

—Ya han llegado los últimos rezagados —le informó Himílcar a su amigo Asdrúbal, en la fortaleza de Akra Leuke, tres días después del desastre acontecido en la sierra de Heliké.

—Menos mal —contestó este, aliviado.

—Al final, el revés militar ha sido menos importante de lo esperado cuando realizamos las primeras estimaciones. Y gracias a la protección del divino Baal, han vuelto con vida de esa desdichada expedición bastantes jinetes.

—Pero hemos perdido a nuestro rayo protector; a nuestro padre y guía; al alma de los hijos de Kart Hadasht en Isphanya —reconoció un abatido Asdrúbal el Bello, llorando con la voz rota por el dolor.

Los dos amigos permanecieron unos instantes llorando y meditando en silencio.

—Tienes que sobreponerte. Los capitanes y oficiales del ejército te han nombrado su comandante en jefe y no les puedes fallar —le animó Himílcar—. Ahora tú eres nuestra guía y luz. Así, tienes que actuar de inmediato y restablecer la situación.

En ese momento entraron en la sala algunos oficiales de alto rango, tal como Himilcón y su hijo Maharbal, el príncipe Naravas, Kharbaal, que llegaba acompañado por Aníbal y Asdrúbal Barca. Todos fueron tomando asiento.

—Amigos, los sacerdotes de Tanit y Baal Hammon han informado de que el cuerpo de nuestro glorioso general ya está embalsamado y preparado —les comentó Himílcar—. Por tanto, sus funerales pueden ser oficiados como corresponde a su rango y nobleza.

—¿Cómo está la situación político-militar? —preguntó Aníbal con profesionalidad y frialdad, intentando no atomizar la reunión alrededor de la figura de su progenitor y los juegos funerarios.

—La mayoría de las tropas ha regresado, aunque maltrechas. También hemos levantado el cerco sobre Heliké; supongo que por el momento… —refirió Himilcón, mirando intencionadamente a Asdrúbal, que había dado la orden de retirada.

—Sabéis que no soy hombre dado a venganzas ni a violencias innecesarias —les explicó este último muy serio, poniéndose en pie—. Pero como muchos pueblos y tribus iberas se han rebelado contra el poder de Kart Hadasht, tras comprobar el infame triunfo obtenido por Orisón y sus desleales aliados en…

—¡Actuemos con energía y arrasemos las tierras de todos esos perros infames! —gritó Himilcón, exultante de ardor guerrero.

Asdrúbal lo miró con frialdad y, sin perder la compostura, le comentó con un tono grave en su voz:

—Himilcón, ahora yo soy el comandante en jefe y, por ello, me debes el mismo

respeto y obediencia que profesaste al difunto Amílcar. Sería muy de agradecer que no me interrumpieras cuando os estoy hablando.

Ante ese tono de voz, el jefe de la caballería pesada se cuadró y permaneció en silencio.

—Lo que sucedió días atrás, en las sierras de Heliké, nos debe servir de lección a todos —siguió puntualizando Asdrúbal—. Cuando todo aparentaba que Orisón estaba perdido y se iba a rendir ante nuestra superior estrategia militar, él nos engañó y nos derrotó.

—¡Perro traidor! —soltaron algunas voces roncas.

—Además, fue capaz de conseguir aliados iberos que, eludiendo el control y el bloqueo de nuestras escuadras de exploradores, acudieron con sigilo hasta nuestras posiciones y, rodeándonos sin ser descubiertos, cayeron sobre nosotros desbaratando la toma de Heliké y la rendición de Orisón.

—Esos cerdos traicioneros merecen como castigo la cruz, la ceguera y el fuego.

Asdrúbal dejó que sus leales se desahogaran durante unos instantes. Después pidió silencio y prosiguió:

—Esos hombres defendían sus tierras y su libertad, algo consustancial a las gentes hispanas. Como he aprendido la lección recibida no deseo desencadenar una ola de terror y violencia extrema, a sangre y fuego, contra esas naciones o no acabaremos nunca —les explicó Asdrúbal—. Bien al contrario, prefiero que nos reagrupemos y pactemos con nuestros aliados, recuperar a los que se pasaron al bando de Orisón; y restablecer líneas y comunicaciones.

—Pero… —iba a objetar Himilcón.

—Para ello, vamos a alistar más mercenarios celtíberos e iberos fieles para instruirlos —continuó Asdrúbal, fulminando con la mirada a su excompañero y ahora subordinado—, más jinetes, más elefantes y máquinas de guerra, hasta completar un imponente ejército con el que procederemos a caer sobre Kastilo y sus minas. Quiero unas fuerzas armadas que tengan un gran poder de disuasión.

—Pero tenemos que vengar a Amílcar crucificando a ese perro rabioso de Orisón, como hicimos con Indortes —protestó uno de los oficiales de alto rango.

Asdrúbal el Bello levantó los brazos solicitando silencio, cuando varias voces más se unieron exigiendo venganza y acciones inmediatas.

—Tenemos una misión que cumplir en estos territorios… —les recordó a sus hombres, bajando el volumen de su voz, mientras les miraba fijamente de uno en uno —. Nueva Ciudad depende de nosotros para pagar a Roma la plata comprometida. Como hemos construido mucho en Isphanya, a costa de grandes sacrificios, no deberíamos echar todo eso a perder, portándonos como salvajes vengativos. —Todos los presentes escucharon en silencio las razonables palabras de Asdrúbal—. Además, no disponemos de fuerzas militares suficientes para derrotar poderosas alianzas de pueblos iberos, si estos deciden unirse como hicieron en Heliké. Tenemos que aprovecharnos de sus rivalidades para desunirlos, y mantener de paso valiosos aliados

en esa batalla.

Apoyando a su cuñado, Aníbal tomó la palabra.

—Amigos, yo no creía en los dioses porque adoraba a Amílcar, y su ausencia me duele día y noche como un rejón al rojo vivo clavado en mi alma… Pero la venganza no me devolverá ni al hombre, ni al caudillo, ni al padre… —les dijo con emoción, haciendo pausas sentidas—. Ahora bien, si todos seguimos fieles a sus mandatos y llevamos a cabo los planes que él trazó, mantendremos viva su memoria y yo seguiré teniendo a mi padre a mi lado… Y vosotros, a vuestro guía… —Se calló durante un momento para escuchar los aprobatorios comentarios de los asistentes—. Hijos de Amílcar y amigos míos, hermanos, os ruego que honremos la muerte de mi padre durante sus pompas fúnebres… Pero cumplamos su voluntad en vida, consiguiendo todo aquello que Amílcar el Rayo sin duda habría llevado a cabo, si las violentas aguas de ese río, maldito para siempre, no lo hubieran impedido.

Las exequias y honras fúnebres para ensalzar la memoria de Amílcar Barca fueron dignas de un rey. Su cuerpo, embalsamado y ungido por aceites y mirra, cubierto con su mejor coraza de oro y realzado con sus joyas más esplendorosas, fue expuesto en la plaza central de Akra Leuke, delante del templo de Tanit, donde el pueblo, tanto púnico como hispano, le rindió tributo de gratitud y homenaje de reconocimiento.

Los sacerdotes quemaron incienso en los altares, masacraron varias docenas de animales en los altares del sacrificio y soltaron varios centenares de palomas. Acto seguido, el cadáver del bárquida fue tomado en hombros por sus más fieles y allegados compañeros, quienes lo llevaron con toda solemnidad, en procesión mientras entonando cantos guerreros, hasta el imponente y austero mausoleo familiar; el cual había sido erigido al lado de los muros de la capital, recién construidos, mirando hacia la puesta del sol.

Una vez en el panteón de los bárquidas el cuerpo de Amílcar, embalsamado y ungido con aceites y mirra, fue depositado dentro de una espléndida tumba revestida con planchas de oro, plata y ricas maderas de Fenicia. Junto a su cuerpo se guardaron las espadas, escudos y cascos que le fueron más apreciados en su vida dedicada al combate. Por último, se colocó lo más valioso que se podía enterrar junto a una persona en el mundo cartaginés: dos huevos de avestruz[121] adornados con grabados vegetales y de la diosa Tanit.

53

La muerte de Amílcar dio la vuelta a todo el orbe púnico, provocando con ello diversas reacciones.

Hannón el sufeta, sus socios y aliados políticos se alegraron al escuchar la noticia, aunque no dejaron traslucir su felicidad. En cambio, los seguidores del partido Bárquida se estremecieron. Y el pueblo llano, que adoraba a Amílcar Barca, se sumió en un respetuoso silencio que indicaba el miedo que sentía al verse desamparado sin la figura del general.

La mala o buena nueva, según se mirara, la llevó Asdrúbal hasta el Senado cartaginés, pues deseaba que este órgano le ratificara como comandante del ejército y armada púnica de Isphanya. Nombramiento que ya habían realizado los oficiales de ambos cuerpos en Akra Leuke.

—Esta Cámara te ratifica como comandante en jefe y gobernador de las tierras que conquistes en Isphanya. Te aconseja que la prudencia siga guiando tus pasos, como ha sido hasta ahora, y te exhorta para que no cometas actos políticos o militares que incomoden u ofendan a los romanos, para que estos no inflingan nuevas penalidades a Kart Hadasht…

La rápida visita de Asdrúbal a Cartago fue muy productiva porque tras sus gestiones en las que derrochó diplomacia, simpatía y plata hispana, navegó hasta el puerto-fortaleza de Akra Leuke con una flota que transportaba elefantes, armamento, artesanos y comerciantes, y más hoplitas libio-púnicos.

—Esta ciudad crece día a día —le comentó a Himílcar en cuanto desembarcó.

—Akra Leuke es una estupenda ciudad colonia.

—Aun así, yo sigo considerando que Mastia tiene una situación estratégica y una riqueza circundante muy superiores. Allí fundaría yo una nueva Kart Hadasht.

—¿Fue todo bien por Nueva Ciudad?

—Todo. Me ratificaron en el cargo —respondió Asdrúbal, mostrando el sello y el bastón de mando—, y conseguí traer los pertrechos que necesitábamos.

—¿Kharbaal y su esposa Lythia?

—Los dejé en Nueva Ciudad, instalándose en la casa con huerta que tiene nuestro buen amigo cerca de las murallas que dan al lago —le explicó Asdrúbal.

—Le voy a echar mucho de menos —dijo con pena Himílcar.

—Y yo también, pero tras la muerte del general Amílcar él quería regresar a Kart Hadasht, y vivir allí con su mujer.

—Pero estar separado de nosotros, alejado de las aventuras que nos quedan por correr en Isphanya.

—Prefiero que se haya quedado en Kart Hadasht y se asiente allí durante una

temporada —le explicó, sonriendo, Asdrúbal con su pragmatismo habitual—, porque Aníbal y yo estamos seguros de que necesitaremos elefantes en breve. Y nadie mejor que él para cazar y comenzar a entrenar a los mejores en nuestros bosques.

—Hablando de la camada del León… ¿Qué planes tienes para Aníbal?

—Cuento con él y con su hermano Asdrúbal para comandar cuerpos de nuestro ejército —le explicó el Bello.

—¿Crees que Aníbal será leal o intentará tomar el poder apoyándose en el prestigio y en la figura de su difunto padre? Ya sabes que tu cuñado es un hombre capaz, astuto y ambicioso… Y los iberos y celtas a sus órdenes, le adoran.

—No albergo ninguna duda sobre los hijos del León de Cartago. Aníbal es noble y controla a sus hermanos. Juntos conquistaremos todos estos territorios hispanos libres —contestó Asdrúbal, circunspecto—. Pero antes, tenemos que acabar con la insurrección provocada por Orisón.

—Y hacernos con el control de las minas de plata de Kastilo —agregó Himílcar.

Unos meses más tarde, Asdrúbal volvió a reunirse con los integrantes de su estado mayor en la fortaleza alicantina.

—Amigos y camaradas de armas, hemos conseguido alistar, armar y entrenar el mayor ejército que jamás se ha visto en estas tierras. Setenta mil soldados de infantería, más de seis mil jinetes y casi doscientos elefantes, repartidos en seis poderosos cuerpos de ejército, que llevan tiempo batiendo el solar ibero, conquistando sus plazas y acabando con los insurgentes.

Ante la señal que le hizo su cuñado, prosiguió Aníbal Barca rodeado por los aplausos y aclamaciones de los oficiales cartagineses.

—La confederación de aliados de Orisón se ha ido desmembrando, ya que junto al fragor de nuestras armas y el poder disuasorio de las tropas, Asdrúbal ha sabido ganarse la voluntad de muchos mediante promesas, recompensas y una política conciliadora.

—¿Todo eso está muy bien, pero cuándo crucificamos a ese perro sarnoso de Orisón? —preguntó una voz, provocando las carcajadas y la conformidad del resto de oficiales.

—¿Queréis dejar sin suegro tan pronto a mi querido cuñado Aníbal? —preguntó Asdrúbal, sonriendo mordaz.

—¡Explícate! —exigió Himilcón con un ceño muy pronunciado.

—¿De qué hablas? —preguntaron varias voces con hostilidad y desacuerdo, uniéndose así a la anterior del comandante de la caballería.

—Orisón casará a su hija Himilce con Aníbal —les explicó Himílcar.

—Y como dote, depondrá las armas y nos entregará la administración de las minas de plata de Kastilo, explotación que desarrollaremos de manera conjunta con los oretanos —les especificó Asdrúbal.

—Orisón salvará la vida, se lucrará de unos beneficiosos acuerdos comerciales con nosotros, vendrá a vivir desterrado a Akra Leuke —explicó Himílcar—, y salvará

a los oretanos de una masacre segura, porque nuestras fuerzas estrechan el cerco de una manera sistemática y definitiva.

—¡Me opongo a ese trato tan indigno! —bramó Himilcón, poniéndose de pie con furia—. No ha pasado ni un año desde el traicionero asesinato de nuestro general Amílcar el Rayo, a manos de los sicarios de Orisón… Y vosotros queréis pactar con el que faltó a su palabra, ocasionándole la muerte.

—No siempre la fuerza bruta soluciona los conflictos entre los hombres —le intentó hacer razonar Asdrúbal.

—¡Y tú, tú eres su hijo mayor! —le gritó, fuera de control, a Aníbal, escupiendo en el suelo ante él—. Eras su hijo y te avienes a matrimoniar con la miserable hija de su asesino… ¡Ese perro bastardo hijo de una cerda impura que solo merece la cruz!

Tras esas duras palabras de Himilcón se estableció un silencio pesado, molesto y violento que rompió Aníbal hablando con un gran dominio de la situación:

—La vida avanza y progresa. Quien no evoluciona con ella, porque se agarra a los fantasmas del pasado para recrearse en un mundo de odio y violencia, se queda atrás y deja de vivir el presente… —Se aclaró la voz—. Únicamente quien supera el dolor con generosidad y valentía mejora y disfruta de lo que le ofrece el presente, porque quien no vive el presente, no llegará al futuro. Eso teniendo en cuenta que quien permanece anclado en un pasado cruel y dañino será destruido como persona por este. Es así porque el odio y el resentimiento contaminan y matan a quienes los frecuentan como si fueran amigos fieles; dado que esos dos miserables convierten a sus seguidores en hombres desgraciados, incapaces de ser felices y de dar la felicidad a los demás.

Epílogo

La vida evolucionó y avanzó a favor de los cartagineses, y la Oretania, junto con su régulo más insumiso, Orisón, se entregaron a estos.

Aníbal se casó con la princesa Himilce, al tiempo que muchos oficiales cartagineses tomaron esposas iberas, cumpliendo así con los deseos de Amílcar. Influido por las ideas de Alejandro Magno, deseó fundar una nueva raza hispano-púnica en Isphanya.

Meses más tarde, Aníbal permanecía en Kastilo junto a su joven esposa en calidad de gobernador de esta ciudad y administrador de sus minas, tras la marcha del rey Orisón hasta Akra Leuke para gozar, de por vida, de un dorado retiro junto al mar.

Un año más tarde, su cuñado Asdrúbal el Bello, continuando con el mismo ideal integrador que él había iniciado, también matrimoniaba con una infanta ibera, la hija del más importante régulo mastieno; eso sí, permaneciendo Sofonisba, la hija de Amílcar Barca, como esposa principal de la casa de Asdrúbal. Además, aprovechaba esta jubilosa ocasión para realizar uno de sus sueños más antiguos desde que llegó a Isphanya, y lo llevaba a cabo fundando sobre la ciudad de Mastia la nueva capital cartaginesa a la que llamó también Kart Hadasht, que sería conocida años más tarde como Carthago Nova o Cartagena.[122]

De esta manera, el astuto y capaz estadista cartaginés se apoderó de las minas de plata y los campos de esparto, incalculable riqueza que contenían los campos y territorios que rodeaban la ciudad, amén de edificar y fortalecer, durante siete años seguidos, el que sería sin duda mejor puerto mediterráneo de Isphanya.

Los territorios cartagineses se extendieron rápidamente y el oro, el bronce y la plata, en forma de lingotes, revertieron sobre Cartago y enriquecieron a sus ciudadanos, haciendo posible que su Senado siguiera pagando puntualmente a Roma.

Los griegos de Massilia y Emporio, recelosos y afectados por el poderío mercantil cartaginés en la península Ibérica, volvieron a viajar hasta Roma para exponer sus miedos y quejas comerciales, consiguiendo finalmente que esta enviara una embajada senatorial hasta Cartago Nova para investigar el asunto de cerca.

Nuevamente la diplomacia, la sensibilidad humana y la agudeza política de que hizo gala Asdrúbal, cualidades que había convertido en un arte, consiguieron convencer a los romanos de su lealtad a los acuerdos firmados, así como de la inocuidad de su política comercial y militar en relación con la República romana; puesto que, como quedó ampliamente demostrado, aquella tan solo perseguía cumplir monetariamente con Roma.

De esta manera, las acertadas y convincentes explicaciones dadas unidas al buen

trato y a los regalos recibidos, inclinaron a los senadores romanos a formalizar con Asdrúbal el tratado del Iber[123] del año 226 a.C., por el cual Cartago se comprometió a no rebasar los márgenes de ese imponente río ibero en el transcurso de las conquistas que pudiera efectuar en Isphanya, para procurarse los recursos y los fondos precisos con los que seguir atendiendo la indemnización debida a Roma.

Siete años más tarde, durante el comienzo de la primavera del 221 a.C., un esclavo celta asesinó a Asdrúbal el Bello. Ese luctuoso hecho sucedió sin razón aparente y en unas circunstancias extrañas y desconocidas.

El ejército cartaginés, que estaba listo y preparado para comenzar la conquista del interior de Isphanya, tan pronto como el buen tiempo hiciera su aparición, aclamó por unanimidad a Aníbal Barca, de veintiséis años, como su nuevo comandante en jefe; y una página en blanco de la historia se abría para ser escrita.



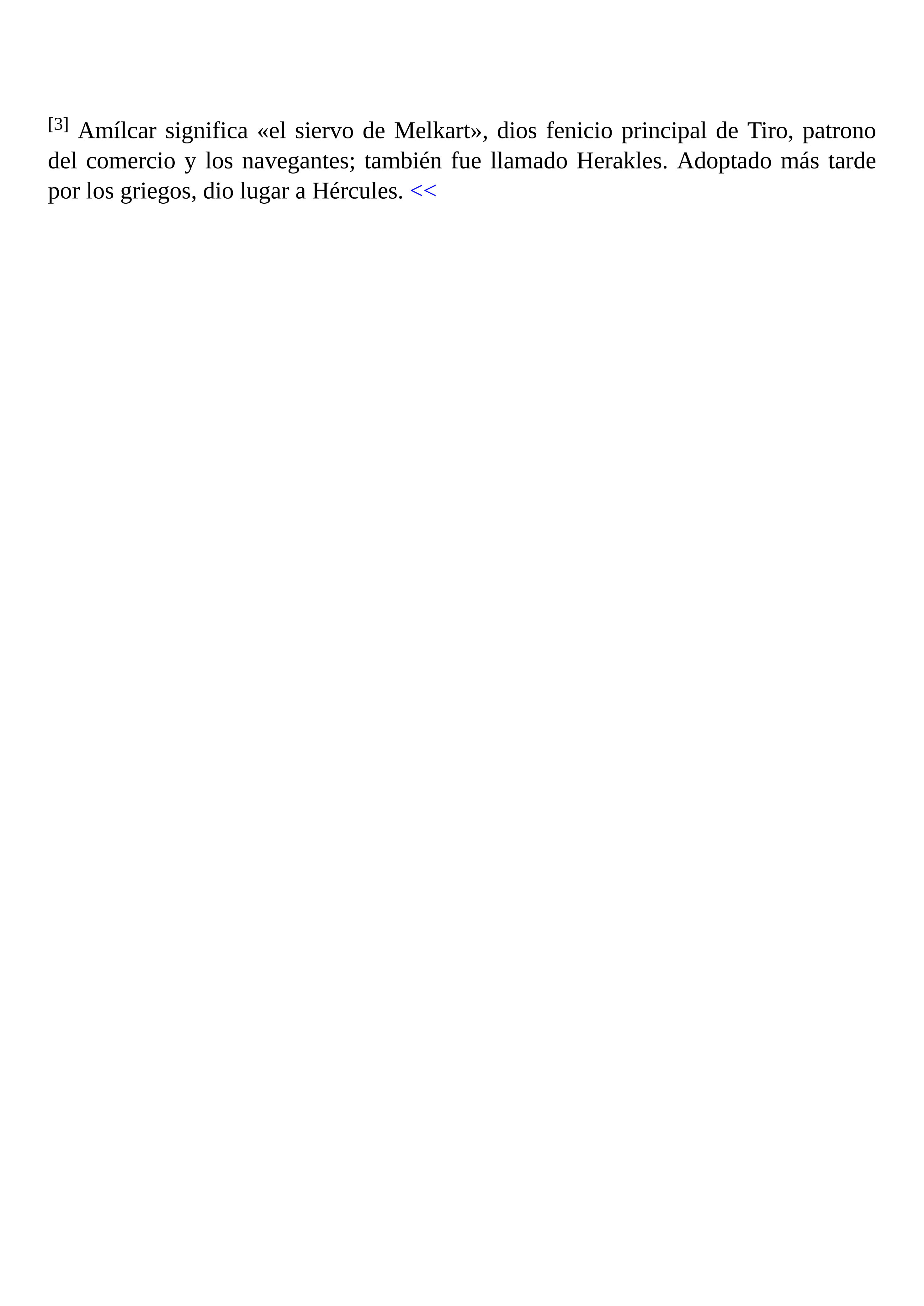
LUIS DE LA LUNA VALERO (Madrid, 1957) es abogado y trabaja para un gran banco español, actividad que compagina con la creación literaria y la poesía. Ha cursado estudios de Derecho y Dirección de empresas, y de Geografía e Historia.

Residente en Madrid, ha visto publicadas tres novelas históricas, El triunfo de los bárbaros (2006), Hipatia de Alejandría (2009), y El león de Cartago (2012), con una excelente acogida de crítica y público.

Notas

[1] En lengua púnica: La Ciudad Nueva, Capital Nueva o Nueva Ciudad… Traducido al latín y al griego como Cartago. <<

[2] Baraq o Barca. El rayo en lengua púnica. <<



[3] Amílcar significa «el siervo de Melkart», dios fenicio principal de Tiro, patrono del comercio y los navegantes; también fue llamado Herakles. Adoptado más tarde por los griegos, dio lugar a Hércules. <<

[4] Primera Guerra Púnica (264-241 a.C.) <<

[5] Elisa o Dido. <<

[6] Traducción de Aníbal al español. <<

[7] Nombre que daban a España fenicios y cartagineses. Según algunos autores significaba, tanto en hebreo como en fenicio, «La costa o tierra del norte», pero vista desde África. Como span es conejo, otros opinan que era «La tierra de los conejos». Los romanos transformaron la Isphanya de los púnicos en Hispania. <<

[8] Puerto militar en lengua púnica. <<

[9] En Cartago puede situarse la primera Bolsa de la Historia, semejante a las actuales. Son asombrosas las similitudes existentes en el ámbito financiero entre nosotros y los cartagineses y fenicios. Hay autores que indican que el término Bolsa procede del púnico Byrsa, nombre de la colina donde se asentaba. <<



[10] Santuario donde, al parecer, se realizaban sacrificios humanos infantiles en tiempos de crisis. <<

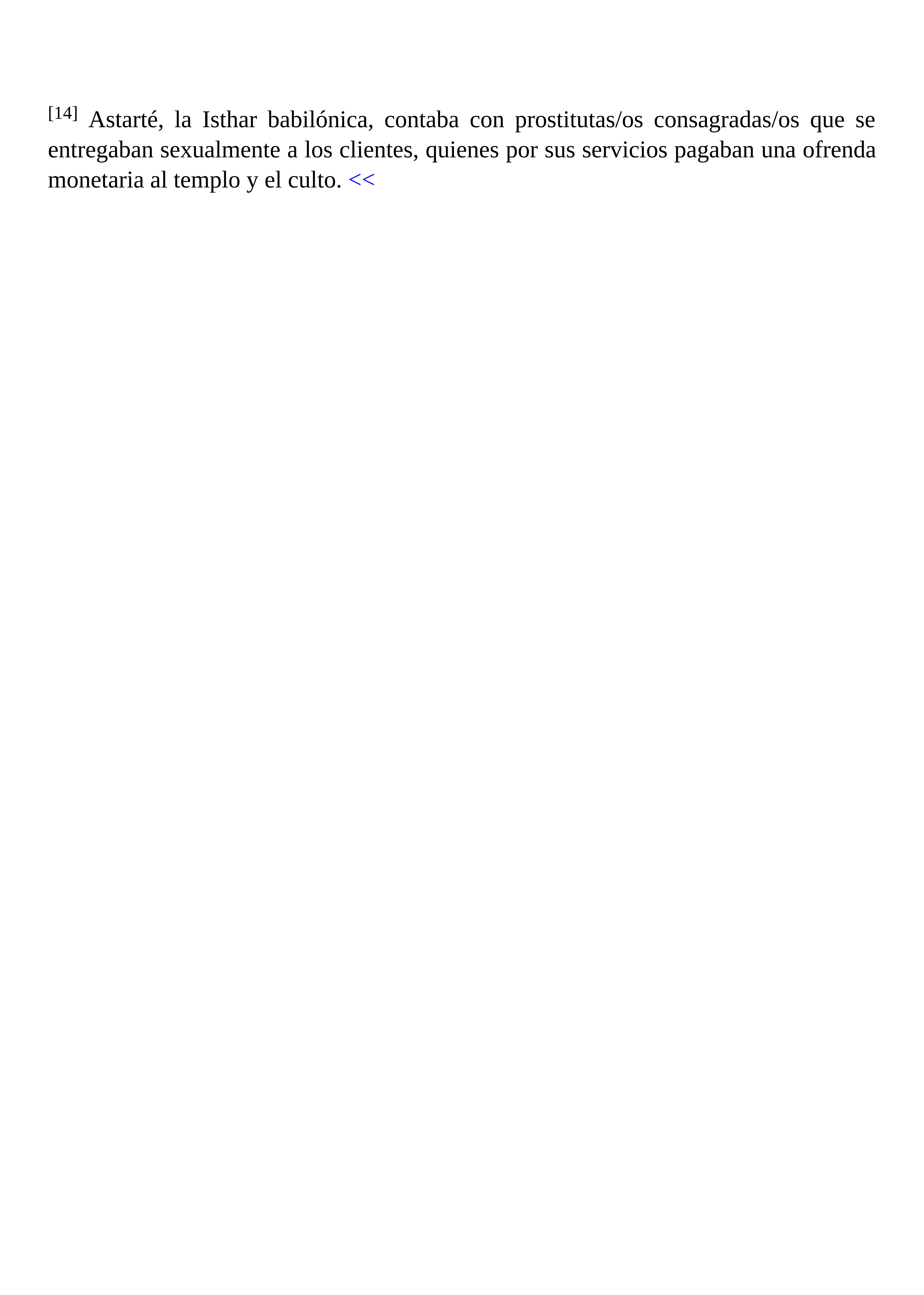


[11] Guardia urbana compuesta por unos tres mil ciudadanos, armados al estilo griego y pertenecientes a la clase dominante de Cartago. <<



[12] Palabra que, como la hebrea shofet, significa magistrado o juez y, además, en este caso, caudillo o jefe. Eran dos y actuaban como los cónsules en Roma. <<

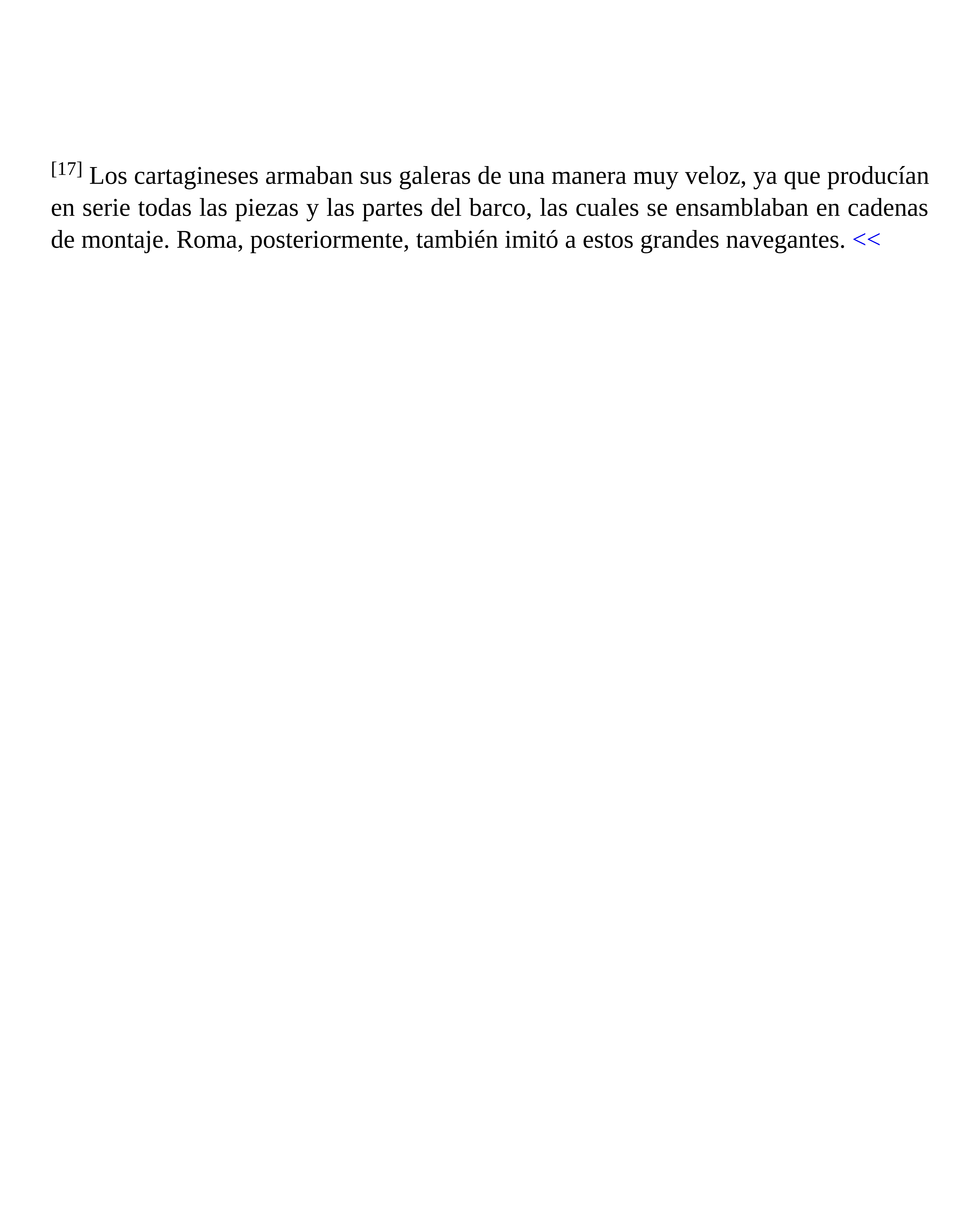
[13] Almirante. <<



[14] Astarté, la Isthar babilónica, contaba con prostitutas/os consagradas/os que se entregaban sexualmente a los clientes, quienes por sus servicios pagaban una ofrenda monetaria al templo y el culto. <<

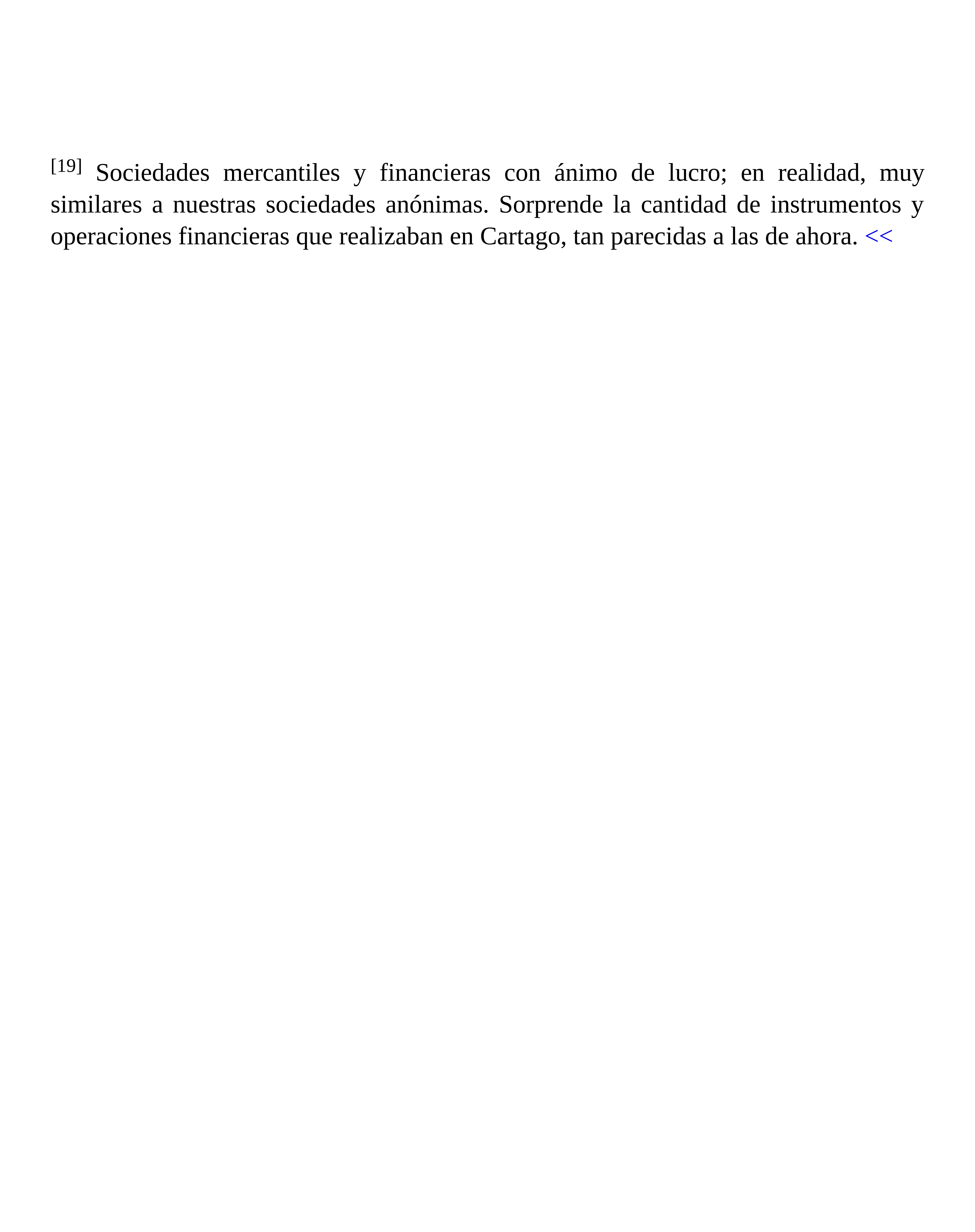
[15] Amílcar significa en español «el servidor o siervo de Melkart». <<

[16] El ejército cartaginés utilizaba, generalmente, elefantes de bosque que vivían en las selvas que había cerca del litoral norteafricano. Tenían 2,5 metros de alzada y eran más dóciles que los centroafricanos de 3,5 metros. También utilizaban elefantes indios de 3 metros de altura, magníficos para la guerra, aunque muy caros. <<



[17] Los cartagineses armaban sus galeras de una manera muy veloz, ya que producían en serie todas las piezas y las partes del barco, las cuales se ensamblaban en cadenas de montaje. Roma, posteriormente, también imitó a estos grandes navegantes. <<

[18] La actual Cádiz. <<



[19] Sociedades mercantiles y financieras con ánimo de lucro; en realidad, muy similares a nuestras sociedades anónimas. Sorprende la cantidad de instrumentos y operaciones financieras que realizaban en Cartago, tan parecidas a las de ahora. <<



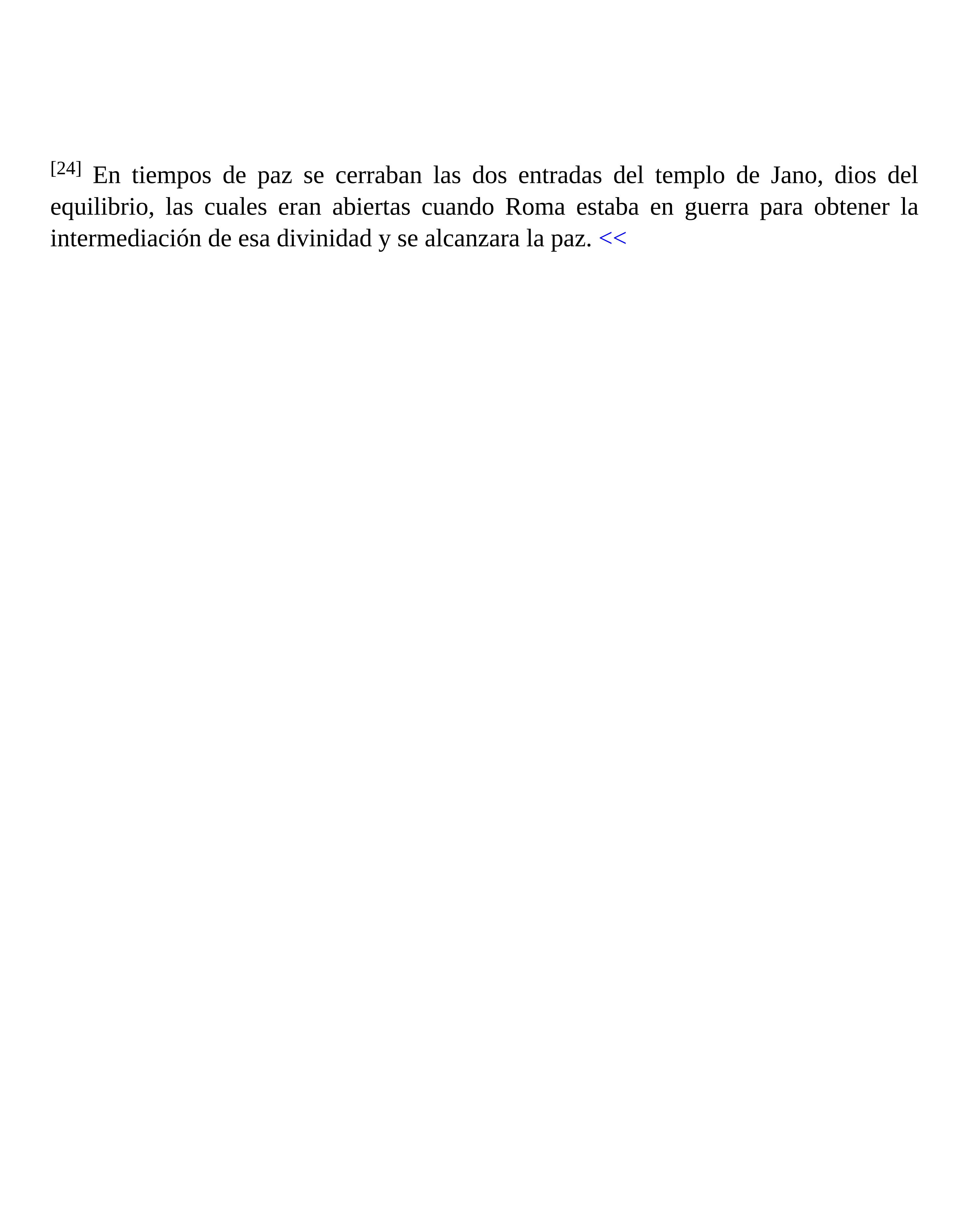
[20] Islas Británicas. Probablemente, las Cornualles. Los geólogos denominan casiterita al bloque de mena que contiene estaño. <<



[21] A resaltar que los Bancos púnicos de entonces estaban establecidos en los templos. <<

[22] Pasta hecha con pescado, vinagre y especias, imprescindible en la alimentación de la Antigüedad. Cartago y Cádiz exportaban toneladas hasta Atenas, Alejandría, Antioquía, Persia… <<

[23] Ifriqiya. Término empleado para referirse a la parte del norte y oeste del continente africano. Más tarde, será utilizado por los árabes. <<



[24] En tiempos de paz se cerraban las dos entradas del templo de Jano, dios del equilibrio, las cuales eran abiertas cuando Roma estaba en guerra para obtener la intermediación de esa divinidad y se alcanzara la paz. <<

[25] Abuelo de Publio Cornelio Escipión el Africano, que sería el vencedor de Aníbal.
<<

[26] Edificio donde se reunía el Senado. <<



[27] Las siglas de SPQR corresponden a Senatus Populus Que Romanus = El Senado y el pueblo de Roma. <<



[28] El norte de Italia y sureste de Francia estaban pobladas por hostiles tribus galas e itálicas independientes de Roma. <<

[29] Isla de Ibiza. <<

[30] Estrecho de Gibraltar. Según la leyenda, había una columna en España y otra en África, dedicadas a Melkart o Heracles. Años después, con la romanización, fueron denominadas «Columnas de Hércules»; y como tal figuran en el escudo nacional de España. <<



[31] Cádiz o Gadir, que significaba en lengua púnica «Recinto cerrado o fortaleza», fue fundada por navegantes de Tiro alrededor del año 800 antes de Cristo. <<

[32] Muchos años más tarde, la familia Baalbo, compuesta por banqueros y empresarios gaditanos, ayudarán y apoyarán decisivamente tanto a Julio César como a Augusto, teniendo mucha influencia, junto a la colonia hispana, en la Roma imperial. <<

[33] Estas danzarinas fueron muy famosas y celebradas en la Antigüedad por lo sensual, atractivo y festivo de sus danzas, que realizaban moviendo rítmicamente el vientre y las caderas, al compás de crótalos y castañuelas. <<

[34] Galera de guerra. <<

[35] Mahón, en Menorca. <<



[36] Los honderos baleares fueron famosos en la Antigüedad por la efectividad con que utilizaban la honda en las batallas. Era tan eficaz o más, que las flechas del mejor arquero. <<



[37] Habitantes bereberes del norte de África, vecinos de Cartago, en cuyos ejércitos lucharon como la mejor caballería ligera de la Antigüedad. <<

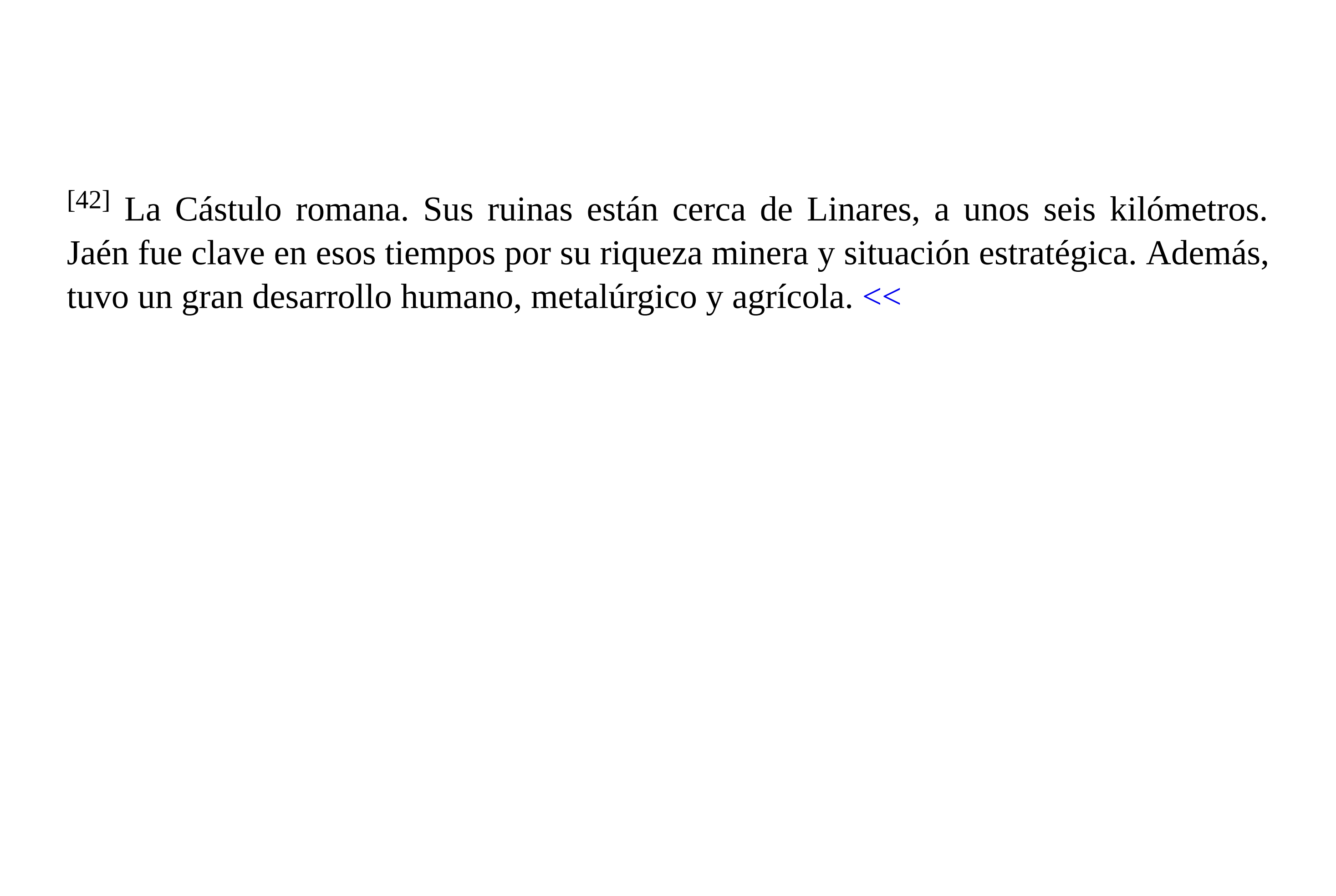


[38] Monumentos megalíticos de las Islas Baleares. La naveta se cree que era funeraria, y el talayote es una torreta de piedra. <<

[39] Guerra Inexpiable entre los mercenarios y Cartago, que duró desde el año 241 hasta el 238 a.C. Este hecho histórico inspiró la maravillosa novela Salambó, de Gustav Flaubert. <<

[40] Río Guadalquivir. Los romanos lo llamarán Baetis. <<

[41] Córdoba. <<



[42] La Cástulo romana. Sus ruinas están cerca de Linares, a unos seis kilómetros. Jaén fue clave en esos tiempos por su riqueza minera y situación estratégica. Además, tuvo un gran desarrollo humano, metalúrgico y agrícola. <<

[43] Provincia de Jaén. Más o menos, en esa época comenzó el desarrollo y explotación masiva de los inmensos olivares jienenses. Destaca el estímulo del comercio con fenicios y cartaginenses por por su riqueza minera y situación estratégica. Además, tuvo un gran desarrollo humano, metalúrgico y agrícola. <<

[44] Como todos los pueblos del Medio Oriente y los semitas, los púnicos profesaban un cariño enorme a sus hijos. Por ello, los sacrificios de primogénitos a Baal o Melkart representaban lo máximo. Recordar en la Biblia la historia del sacrificio de Isaac, el hijo de Abraham. <<

[45] Hippo: Embarcación de tamaño medio y poco calado de fenicios, gaditanos y cartagineses. Llamada así porque su mascarón de proa era una cabeza de caballo. Capaz para 20/30 hombres, podía remontar muy bien los ríos navegables. Las futuras naves vikingas ofrecerían características similares. <<

[46] Denia y Sagunto. <<

[47] Espada de hoja curva y con estrías longitudinales, usada por los antiguos iberos. <<

[48] Pueblo ibero de las costas de Alicante y Valencia. <<

[49] 228 a.C. <<

[50] Alcalá del Río (Sevilla), importantísimo puerto fluvial y punto estratégico donde se encontraba el Vado de las Estacas, lugar ideal para cruzar el Guadalquivir. <<

[51] Conviene tener presente que en esa época todas las marismas y el actual Parque Natural de Doñana, desde Chipiona hasta Matalascañas, estaban hundidos y formaban un gran golfo atlántico. El Guadalquivir desembocaba entonces en la actual Coria del Río (Kaura en ibero). <<

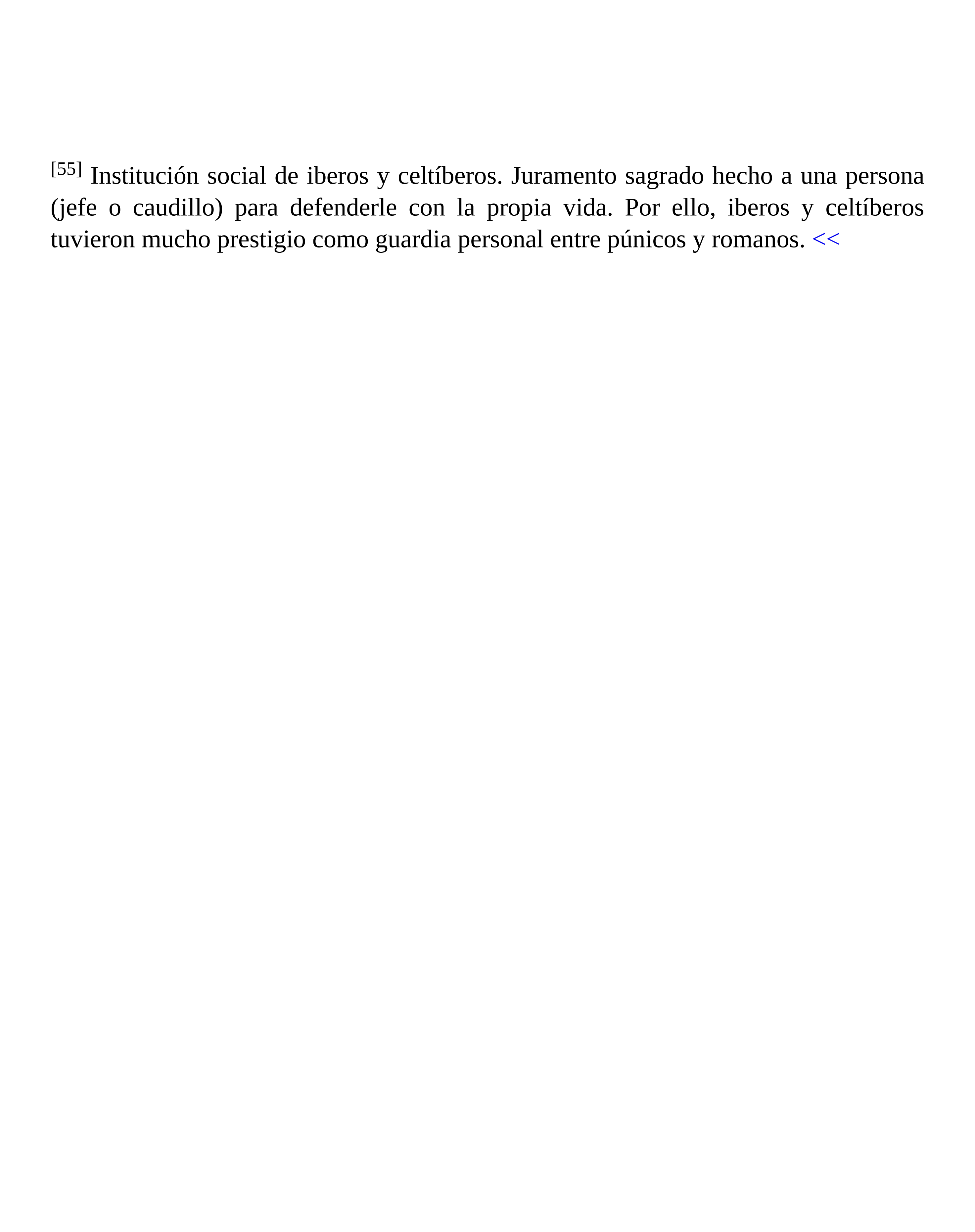


[52] Nombre que le daban los griegos al puerto de Arse, con quien comerciaban intensamente. De ahí deriva el nombre romano de Saguntum y de ahí Sagunto. Era una de las capitales de los iberos edetanos que vivían en Valencia y Castellón. <<

[53] Terrible manera de ajusticiar practicada por los cartagineses que, más tarde, copiarían y popularizarían los romanos, clavando a un madero los antebrazos o muñecas y pies o tobillos del reo. Lo dejaban así colgado hasta la muerte por asfixia y agotamiento, pues solo se sujetaba con los pies clavados para tomar aire. <<



[54] Tribus iberas que vivían en Alicante, Valencia, Albacete…, y eran rivales de los edetanos. <<



[55] Institución social de iberos y celtíberos. Juramento sagrado hecho a una persona (jefe o caudillo) para defenderle con la propia vida. Por ello, iberos y celtíberos tuvieron mucho prestigio como guardia personal entre púnicos y romanos. <<

[56] Fides ibera: Fidelidad, vínculo de lealtad hasta la muerte. <<

[57] Coria del Río. <<

[58] Sevilla. Los romanos lo tradujeron por Hispalis. <<

[59] Formado por tribus iberas, se extendía por Jaén, Albacete… <<

[60] Guadiana y Tajo. <<

[61] Huelva. <<

[62] Río Tinto. <<

[63] Sierra Morena. <<

[64] Bailén (Jaén), región de importancia capital en tiempos iberos por su estratégica situación y su riqueza minera/agrícola, donde combatieron romanos contra cartagineses. <<

[65] Poblado de El Carambolo. <<

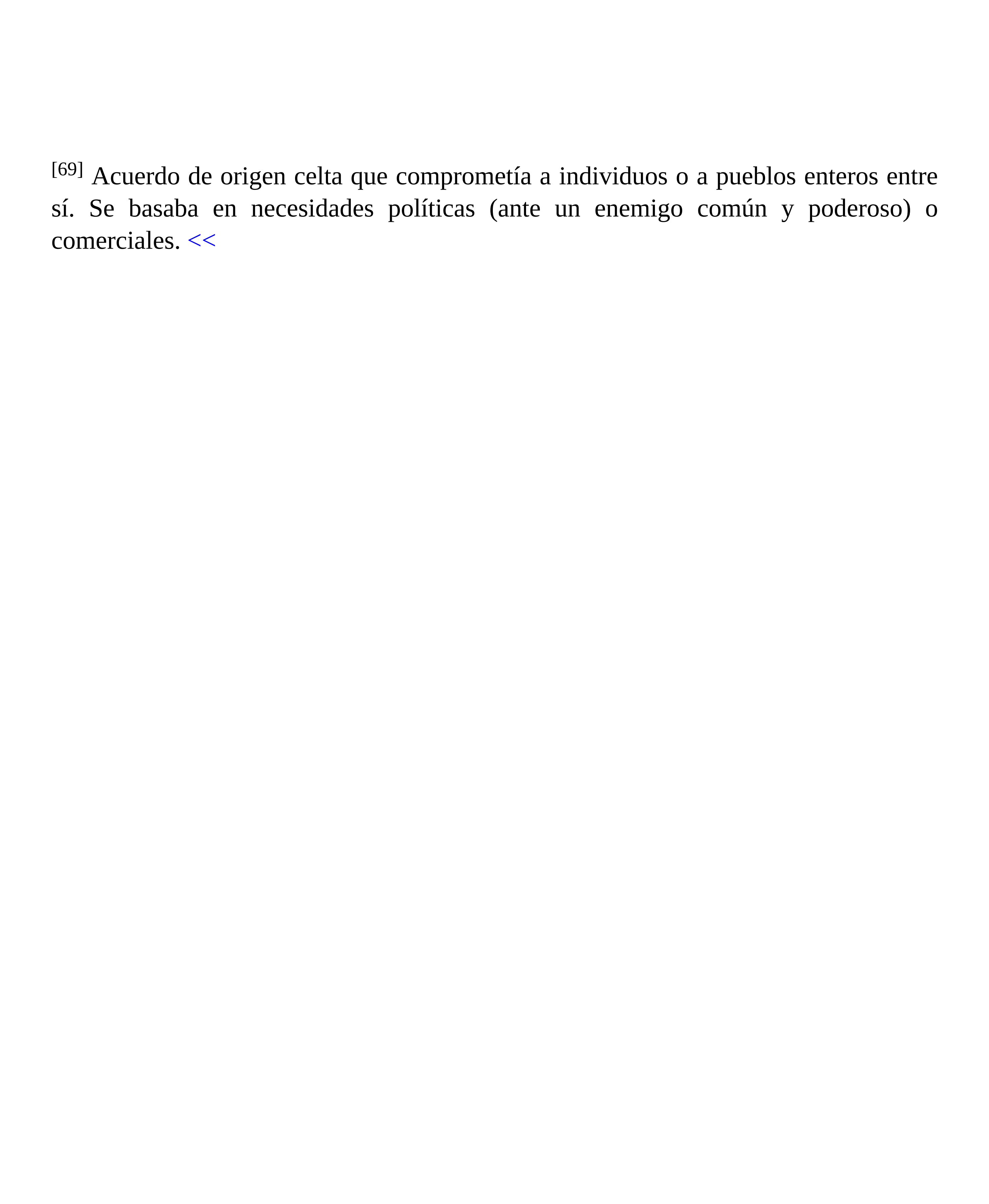


[66] Idioma oficial e imprescindible en los ejércitos púnicos. Posibilitaba el entendimiento entre los mercenarios que hablaban distintas lenguas. <<



[67] Recordar que Barca o Baraq, apelativo de Amílcar, significaba «rayo» en lengua púnica. <<

[68] Guadalimar. <<



[69] Acuerdo de origen celta que comprometía a individuos o a pueblos enteros entre sí. Se basaba en necesidades políticas (ante un enemigo común y poderoso) o comerciales. <<

[70] Tribus celtíberas que ocupaban Madrid, Toledo y la zona centro. <<

[71] Carmona (Sevilla). <<



[72] Dios celta y celtíbero muy importante, también venerado por los oretanos iberos. Dios de las moradas de ultratumba que emitía oráculos. <<

[73] Sierra Morena. <<



[74] Los pueblos prerromanos de España utilizaban ritos mágicos de cremación de los cadáveres para su vida en el más allá. <<

[75] Padre de Escipión el Africano, vencedor de Aníbal en Zama. <<



[76] Almas de los difuntos, considerados benévolos y dioses domésticos a quienes daban culto los romanos. <<



[77] Colgante amuleto recibido al nacer, y del que se desprendían al llegar a la edad de 17 años. <<

[78] Siete años de lucha les costó a los romanos dominar ambas islas (238-231 a.C.) <<

[79] En lengua púnica: Asdrúbal. Aquel a quien ayuda o es favorecido por Baal. <<

[80] Dios celta. <<

[81] Málaga. <<

[82] Almuñécar. <<

[83] Adra. <<

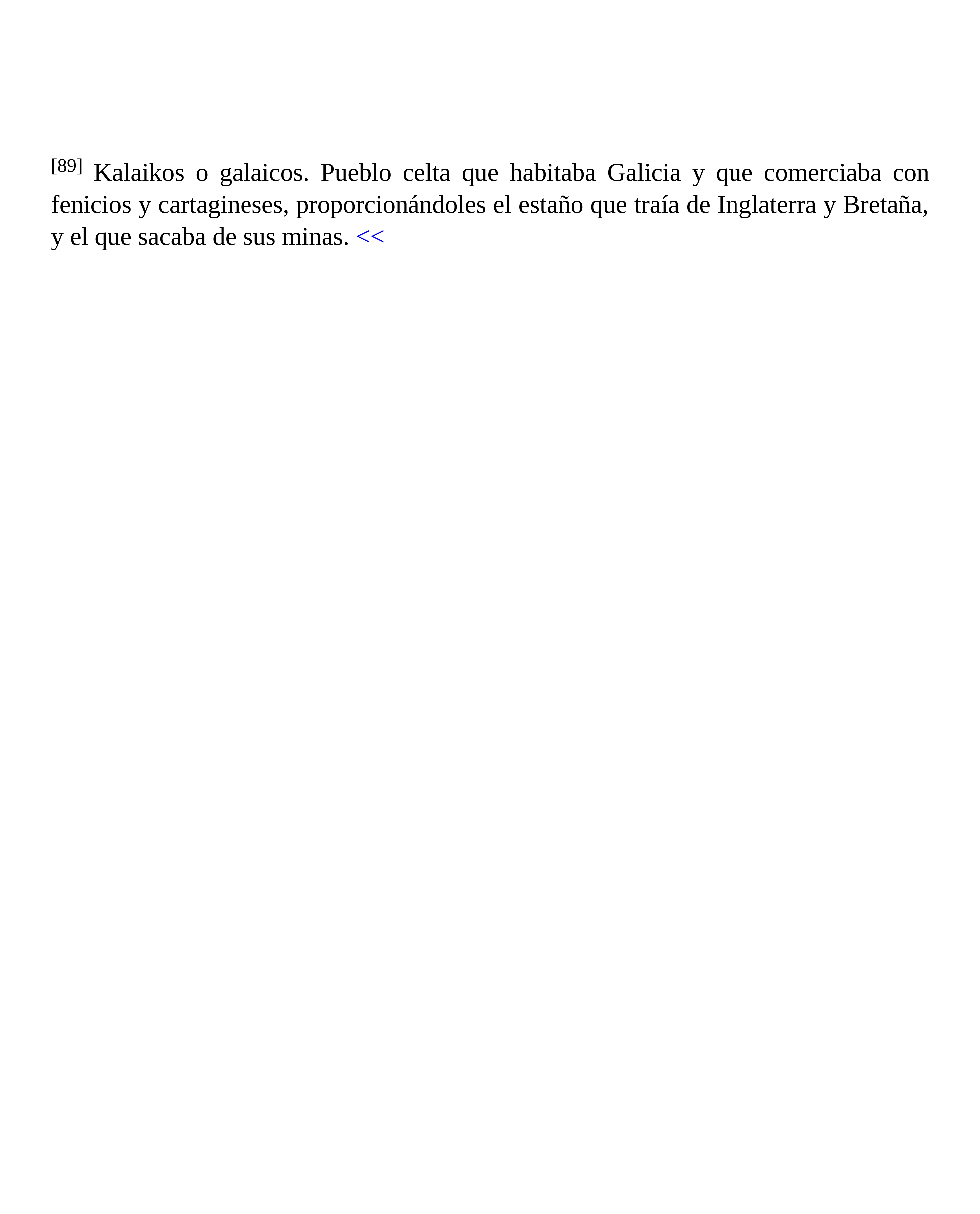
[84] Caronte no es solo un invento griego. Fue un barquero mítico que los iberos compartieron con etruscos y griegos como prueba de unas creencias religiosas comunes y ancestrales, según testimonios funerarios tartesio-iberos encontrados en la península Ibérica. Cobraba por pasar un río de fuego para salvar el alma. <<

[85] Alcalá de Henares. Los romanos transformaron Konbouto en Complutum. <<

[86] Colina donde se asienta hoy la catedral de la Almudena de Madrid y pasa el río Manzanares. <<

[87] Bailén (Jaén). <<

[88] Pueblo celta que vivía al sur de Portugal y era vecino de lusitanos y turdetanos. <<



[89] Kalaikos o galaicos. Pueblo celta que habitaba Galicia y que comerciaba con fenicios y cartagineses, proporcionándoles el estaño que traía de Inglaterra y Bretaña, y el que sacaba de sus minas. <<

[90] Torino y Milán, que era la capital de los ínsubros del valle del Po. <<

[91] Osuna y Carmona. <<

[92] Río Guadalete, en cuya desembocadura habían fundado Gadir los fenicios. <<



[93] Necrópolis de Baza (Granada), cerro del Santuario, donde se encontró la famosa «Dama de Baza». Se cree que representaba a la diosa cartaginesa Tanit. <<

[94] Estos eran los que Cartago utilizaba habitualmente. Superando escasamente los dos metros y medio de alzada, eran robustos y resistentes, ágiles, rápidos y potentes. No comían tanto como los más grandes, consumían menos energías y eran más manejables. <<



[95] Celtas e iberos que habitaban núcleos muy pequeños de población, realizaban una comida comunitaria y compartían a diario los alimentos. <<



[96] Collado de los Jardines (Despeñaperros), el mayor y mejor conocido santuario ibero, donde se han encontrado más de 3.500 exvotos. <<

[97] La trashumancia ya se practicaba en esa lejana época. Existían vías y cañadas que comunicaban la actual provincia de Soria (donde vivían arévacos y pelendones) y las limítrofes con Extremadura y Andalucía. Los celtíberos del interior, arévacos y pelendones, eran los pastores más expertos y, en invierno, llevaban sus grandes rebaños hacia las zonas cálidas, y acogían en sus frescos pastos las ovejas de turdetanos, oretanos y otros iberos durante sus abrasadores veranos. <<

[98] Numancia y Vinuesa. <<

[99] Forma de Gobierno, según Aristóteles. <<

[100] Rey del Épiro, que invadió Italia al frente de un ejército helenístico con elefantes, y combatió a los romanos desde el 280 al 275 a.C. Sus primeras victorias le hicieron perder tantos soldados que se denominan «pírricos» los éxitos logrados a costa de unas pérdidas tan grandes que casi equivalen a derrotas. <<

[101] Iberos asentados en Jaén, Murcia, Granada y Almería. <<

[102] Bicha de Balazote, Montealegre del Castillo (Albacete). <<

[103] Túnica fuerte y áspera de los celtíberos, hecha con lana de oveja de una sola pieza. Tenía apertura para la cabeza y los brazos, y contaba con una capucha. Llegaba hasta debajo de las rodillas. Los hombres la llevaban negra y las mujeres clara. <<

[104] Cerveza que producían los celtíberos fermentando agua, miel y harina de cebada o trigo. En el Túmulo de la Sima (Miño de Medina, Valle de Ambrona, Soria) se han descubierto restos de la cerveza europea más antigua, datada alrededor del año 2400 a. C. <<



[105] Bebida alcohólica que, fermentando agua y miel, producían en la península Ibérica los celtas. <<



[106] En la Antigüedad hispana, en las zonas menos afortunadas se fabricaba ese energético y barato pan, además de elaborar otros con trigo y centeno. <<

[107] Tribu celtíbera vecina de arévacos, belos y pelendones. <<

[108] Dios lusitano. <<



[109] Ya se hacían entonces jamones curados en Hispania y eran muy apreciados por fenicios, griegos y romanos. <<

[110] Dios guerrero de los celtíberos. <<



[111] Tribus celtas asentadas en Galicia, a la que dieron nombre, que controlaban el comercio de estaño y aluminio, tanto como productores como comerciantes, dado que también lo traían de Bretaña e Inglaterra. <<

[112] Adra (Almería). <<

[113] Cerro del Santuario (Baza-Granada). <<

[114] Dama de Baza. <<

[115] Publio Cornelio Escipión, el vencedor de Aníbal en Zama el 202 a.C. <<

[116] En Roma, se colocaban coronas en los dinteles de las puertas para anunciar que había nacido un nuevo miembro de la familia. <<

[117] Comadrona, partera profesional. <<

[118] No hay constancias arqueológicas definitivas de que Alicante capital fuera esta ciudad, pero sí se han encontrado en la Albufereta de Alicante, junto al cerro de Manises (Tosal de Manises). <<

[119] Elche de la Sierra (Albacete), cerca de Hellín. <<

[120] Río Segura. <<

[121] Provenían del sur de África y para los cartagineses representaban la idea de inmortalidad, ya que aunque los huevos aparentaban ser como grandes piedras exánimes e inertes, en su interior latía la vida y esta se materializaba cuando nacía el enorme polluelo del avestruz. <<

[122] Año 228 antes de Cristo. <<

[123] Río Ebro, que dio lugar al nombre de Iberia. <<